









JOSÉ MARÍA JAVIERRE

MAESTRA Y MADRE  
Alberta Giménez Adrover

TERCERA EDICIÓN

CESAG

Costa de Zaragoza, 16 - 07003 - Palma - Islas Baleares

© CESAG

Costa de Zaragoza, 16 - 07013 - Palma - Illes Balears

ISBN: xxxxxxxxxxxxxxxx

Depósito legal: xxxxxxxxxxxxx

Fotografía: Xiskya Valladares rp

Maquetación: Pilar Carrero

Impreso en Planobal.

## ÍNDICE

	Pág.
1.- El tostadero de Europa.	21
2.- De cel i de llum pura.	37
3.- Con tal que doubles mis amores.	49
4.- Bendigamos la mano que nos hiera.	61
5.-Una llamada, una vocación.	75
6.- Alberta es el castillo encantado	91
7.- Directora de la Normal de Maestras.	105
8.- Ya es Madre Alberta.	123
9.- Entre Palma y Valldemosa.	139
10.-El pleito de Ca ses collegialas.	153
11.-Monjas, verdaderamente.	163
12.-Madre Alberta es una madre.	183
13.-Cabeza de puente en tierra firme.	207
14.-Fuegos artificiales en el viejo caserón	225
15.-El Gobierno liquida Normal M. Alberta	237
16.-Vale para santa.	257
17.-La Madre le regaña a un obispo.	277
18.-Maestra de mujeres.	289
19.-Como una encina silenciosa.	301
20.-Una lámpara en la Catedral.	313
Nota crítica.	319





## **José María Javierre, la biografía como servicio**

“La era de la biografía está aquí, a nuestro lado”, escribía G. Boxker en un suplemento de *The Times*, en 1993. Después de décadas de insistencia en la historia social, en la primacía de la colectividad sobre la individualidad, los especialistas vuelven a considerar el relato biográfico como disciplina y como modo de conocimiento. De nuevo, la biografía recupera su prestigio, precisamente desde el convencimiento de que no hablamos de un género menor, un género popular o comercial, sino un género complejo y completo, el que proporciona mayor luz –le plus éclairant, como diría el historiador George Duby. Por consiguiente, es en este contexto historiográfico de recuperación de la biografía en el que presentamos este libro.

La reedición de *Maestra y Madre*, Alberta Giménez Adrover, de José María Javierre ofrece, refuerza y actualiza el significado y el eco de una biografía, la proyección de la individualidad y el sentido de la ejemplaridad. Javierre, por su parte, ha vivido en carne propia la evolución del género hagiográfico, el devenir de la biografía hasta convertirse en un género moderno y riguroso, sin renunciar al componente moral. Alberta Giménez Adrover (Pollensa 1837 – Palma 1922) puede considerarse, sin duda, una mujer privilegiada desde el punto de vista historiográfico y hagiográfico, ya que su vida ha interesado y ha sido objeto de diversas obras significativas, incluso durante los últimos años, cuando este género no gozaba de excesivo predicamento. Entre dichas biografías la de José María Javierre siempre ha ocupado un lugar de privilegio, precisamente porque reúne unas características que la hacen singularmente atractiva. Está escrita con rigor, simpatía y gracia; con un lenguaje ágil, casi periodístico; pertenece a un género de historia religiosa que tiene como principal vocación dialogar con la sociedad moderna; y está pensada con la mirada

puesta simultáneamente en diversos tipos de lectores. Es una biografía para todos los públicos, una obra en la que incluso quienes tienen un grado cultural elevado y una formación solvente en historia se adentran rápidamente en el texto, lo disfrutan y captan el mensaje que ha sostenido magistralmente su autor. Javierre aparece una vez más como un gran divulgador, como un excelente comunicador que conoce perfectamente los códigos del género histórico y sabe colocarse ante sus lectores. El biógrafo también actúa en la trama. Forma parte de la historia. Se compromete con la causa que narra y piensa en un tipo de lector interesado en descubrir los tesoros escondidos de la historia. Javierre es un historiador de fondo con la agilidad de un periodista efervescente. Tiene consistencia y flexibilidad al mismo tiempo, conjuga el lenguaje de los documentos con las formas fluidas de la comunicación moderna.

## **El biógrafo**

José María Javierre forma parte de un grupo de selectos que tuvieron la fortuna de ser cronistas de una etapa especialmente “novedosa” para la Iglesia y para la sociedad occidental. No se puede entender de forma exhaustiva la evolución de la Iglesia española durante la segunda mitad del siglo XX sin tener presente este grupo de comunicadores integrado, entre otros, por Jesús Iribarren, José Luis Martín Descalzo, José María Javierre, Lamberto de Echevarría o Juan Luis Ortega. Este grupo mantuvo un punto de vista, un grado de implicación y de compromiso con su tiempo que resultaba verdaderamente novedoso y atractivo. Muy pronto convirtieron este estilo en referencia para una generación que creía profundamente y que anhelaba la puesta al día de una Iglesia a la que la modernidad había encontrado con el pie cambiado.

José María Javierre Ortas (1924 – 2009) había nacido en Linaje (Huesca), pero echó raíces en Andalucía a partir de 1958. Pertenecía a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, un proyecto de consagración que ofrecía el escenario perfecto para conjugar el espíritu sacerdotal moderno con la vida comunitaria y los grandes proyectos institucionales. Había estudiado Humanidades en el Seminario de Huesca; Filosofía en Salamanca, Teología en Roma, e Historia en la Universidad de Munich, en Baviera, donde se doctoró con la tesis *La Diplomacia Pontificia con los grandes Estados Europeos*, de 1904 a 1914. Además cursó estudios de teoría y pedagogía cinematográfica en Roma y periodismo en Madrid. Fue vicerector del Colegio Español de Roma y fundó el Colegio Español de Munich. Ya a comienzos de los sesenta, fue subdirector de *Ecclesia* y corresponsal del diario *Ya* en el Vaticano. En su perfil periodístico destaca como vaticanista, experto en el papado contemporáneo y como comunicador culto, abierto a su tiempo y con la mirada atenta al futuro, pero con un gran conocimiento del pasado, visto con los ojos de un observador crítico.

Afincado en Sevilla, a partir de 1958, dirigió *El Correo de Andalucía* (1969-1972), fundó la revista *Tierras del Sur*, promovió la *Gran Enciclopedia de Andalucía* y la *Gran Enciclopedia de España y América*. Fue el responsable de la edición española de la *Historia de la Iglesia*, de A. Fliche / V. Martin, en treinta y tres volúmenes. A su solvencia como editor y promotor de grandes obras culturales contribuye de forma destacada su aportación biográfica. En 1952 publicó *Pío X*, su primera hagiografía, la única publicación no escrita en Sevilla, donde posteriormente escribió 36 libros más, la mayoría biografías de fundadores – *El león de Cristo. Biografía del venerable Francisco Tarín* (1980), *La aventura de ser sacerdote hoy. Biografía de Rufino Arnabalde* (1997), y fundadoras -*Angela de la Cruz*, *Alberta Giménez*, *Teresa de Jesús*, *Mary Ward*, *Madre*

Purísima de la Cruz- de órdenes y congregaciones religiosas. Además fue vicepostulador de la Causa de canonización de Sor Angela de la Cruz, de la que ha publicado diferentes versiones biográficas, desde 1968 hasta 2003. Entre otros títulos destaca también Isabel la Católica: el enigma de una reina (1983).

Hemos leído una parte relevante de la obra de Javierre y nunca acabamos de definirlo completamente. A pesar de que se mueve preferentemente en el terreno de la narración biográfica consigue trascender los límites del individuo y del espacio por el que transita la historia contada. Javierre es un escritor con oficio, ha aprendido a escribir rápido, pero siempre después de documentarse de una forma consistente y profunda. Escribe después de estudiar a fondo el tema y a sabiendas de que conecta perfectamente con el tema tratado.

### **El contexto de la investigación, el período de redacción del libro.-**

El impacto del Concilio Vaticano II tuvo tal magnitud que el historiador puede perder de vista los antecedentes y el contexto en el que se fraguó su convocatoria. Al margen de las nuevas corrientes teológicas, que fueron consolidándose durante los años cincuenta y que desembocaron en el Concilio, ya Pío XII había hecho algunas apuestas a favor de la renovación y la recuperación de las fuentes, en particular para la vida religiosa. Las congregaciones religiosas tenían conciencia del valor que suponía recuperar el espíritu de los fundadores, tal y como preconizaba el Magisterio. El perfil de la vida religiosa también evolucionaba claramente a mediados de los cincuenta, cambio al que ayudó claramente la creación de la Conferencia Española de Religiosos (CONFER), en 1957.

Los superiores mayores de muchas órdenes y congregaciones religiosas se mostraban especialmente sensibles ante el patrimonio legado por los fundadores. En capítulos y reuniones ordinarias de los consejos se comenzó a tratar con seriedad el estudio de los fundadores y, en muchos casos, la oportunidad de activar la causa de canonización, si era el caso. El contexto social y eclesial de finales de los cincuenta favoreció este clima de profundización, mayormente porque esta inquietud era compartida y porque desde diferentes institutos teológicos y desde diferentes instancias de asesoramiento a la vida religiosa se divulgaba esta idea.

Fueron varios los jesuitas, claretianos o benedictinos cuya investigación se centró en la redacción de biografías de fundadores y fundadoras mallorquinas. Las Hermanas de la Pureza entraron en contacto con José María Javierre, sacerdote conocido como historiador y periodista, particularmente por sus biografías. El mismo Javierre cuenta que empezó a estudiar la figura de Madre Alberta, durante el Concilio, coincidiendo con la enfermedad del obispo de Mallorca, Jesús Enciso Viana (1955-1964). Monseñor Enciso participó activamente en las sesiones del Concilio, donde presidió la Comisión de Liturgia y era conocido por periodistas, asesores y teólogos que se movían en el entorno de las sesiones conciliares. Jesús Enciso y José María Javierre seguramente se conocían con anterioridad, como nos recuerda el propio biógrafo de Madre Alberta: “Hace años comencé a estudiar los papeles de madre Alberta. Antes de irme a Palma visité al Obispo, que estaba enfermo en una clínica madrileña. Enfermo de un mal que meses más tarde lo venció. Era el Obispo un hombre amable, fino, inteligente, amigo de los libros y de la música. Tiempo atrás lo había conocido en su palacio de Palma y me mostró un ventanal prodigioso cara a la bahía. Ahora lo encontré asomado ya a una ventana sobre las playas eternas, de las que nadie regresa. Hablamos

de los cambios de Mallorca, de los problemas que trae consigo el turismo. Al Obispo le inquietaban los hoteles, las agencias, el personal de asistencia que sin el respaldo familiar pierde su criterio moral; quería que las iglesias dieran facilidades a los viajeros para oír la misa, confesar, que los sacerdotes predicaran cortito y, a ser posible, en varios idiomas“ (Javierre, 1997, pp.17-18). Javierre escribe la biografía de Alberta Giménez posiblemente entre 1964 y 1969, en pleno auge del turismo, en un ambiente de cambio y de convulsión que cuestionaba las raíces de la religiosidad y de la moral de todo un pueblo. En este sentido, Javierre nos ofrece una visión ambiental de Mallorca, que vive aturdida por el impacto del turismo.

### **Los componentes biográficos esenciales de Alberta Giménez.-**

Madre y Maestra sigue el guión cronológico y temático de sus fuentes y antecesores. En este sentido el libro tiene cinco grandes capítulos (Infancia y juventud; La vida matrimonial, Real Colegio de la Pureza, La Escuela Normal de Maestras y la Congregación de Hermanas de la Pureza de María) todo enmarcado y narrado de una forma ágil, dando aún mayor consistencia al trayecto vital de la biografiada. Su arte consiste, sobre todo, en el ritmo que impone al texto y la forma como conjuga lo singular y la común, aquello que es único y relevante en Alberta y todo aquello que pertenece al inventario de características de su tiempo.

Javierre nos introduce desde el comienzo en la historia de una familia de clase media y destaca una infancia no marcada por la religiosidad tradicional. Alberta era una niña seriecita y responsable; simpática, contenta. Una chica con valores, en sintonía con su tiempo y con su historia. De ahí, el respeto y

la normalidad con que presenta su relación con Francisco Civera. Desconoce el momento en que Alberta consigue el título de maestra. Cree que en Barcelona, como los biógrafos que le sirven de fuente. Y plantea la hipótesis de una posible vocación a la vida religiosa en Barcelona. Insiste, no obstante, en el drama de la vida matrimonial: se hace más hincapié en su rol profesional como maestra, que en su vertiente maternal (boda, hijos, drama de la muerte de los hijos y del marido). Se insiste en la escuela y las oposiciones.

El biógrafo identifica perfectamente a los personajes del entorno de Alberta (Tomás Rullán, José Moragues, Miguel Salvá, entre otros); describe muy bien la historia del Real Colegio de la Pureza, hasta 1870. En este contexto, Alberta aparece como una persona preparada, culta, con dotes de mando, virtuosa, fuerte, a la que no le tiembla el pulso a la hora de expulsar a las colegialas disidentes. Nos adentramos, en la primera etapa al frente del Real Colegio de la Pureza (1870-72), un tiempo que Javierre define como “operación de salvamento, en servicio de urgencia”, cuya principal misión consiste en ordenar, reglamentar, pensar el colegio del futuro.

Poco después, Alberta obtiene el título de Magisterio Superior (Barcelona, 1872); consolida su misión en el Real Colegio y comienza su etapa como Directora de la Escuela Normal de Maestras de las Baleares. Esta nueva tarea sólo se entiende desde su relación con la Diputación Provincial de las Baleares y con el Obispado de Mallorca. Así, Javierre itenera por los principales problemas entre la institución y la administración (1874, 1901, 1912). Como ha sido convencional en la historiografía eclesiástica contemporánea, interpreta la gestión al frente de la Escuela Normal a partir de la tensión entre clericalismo y liberalismo, un debate real que requiere matices, pero muy a tono con la historiografía de los setenta. “Doña

Alberta, por educación familiar, por sus relaciones, por trabajar codo con codo con don Tomás y por la dependencia del colegio con respecto al Obispado, está clasificada como ‘elemento reaccionario y clerical. Pero al frente de la Escuela da tal impulso a la instrucción femenina, muestra un entusiasmo tan fervoroso por los nuevos métodos pedagógicos, se entrega con tal generosidad a la búsqueda de ideas, a los contactos científicos, a los viajes de estudio, que la Mallorca ‘liberal y progresista’ cuenta con ella como mujer moderna, actual, digna de admiración y respeto” (1997, p.106).

Finalmente, Alberta reconduce los restos del naufragio de la Pureza, crea una Congregación religiosa moderna, sobre la base de una institución casi centenaria. Lo describe perfectamente en sus diferentes etapas: un primer período de maduración (1874-1892); una fase como congregación diocesana (1892-1902) y un tercer momento ya en calidad de congregación de derecho pontificio (1902-1922); con un referencia explícita a las hermanas que acompañaron a Alberta en este recorrido; su relación con el clero (Tomás Rullán (1870-1889), Guillermo Puig (1889-1895), Enrique Reig Casanova (1895-1901) y José Ribera (a partir de 1901). Hace especial hincapié en el acompañamiento por parte de Tomás Rullán primero y de Enrique Reig, después. Don Enrique en 1891 era Vicario General y Provisor de la Diócesis de Mallorca, referente del obispo Jacinto María Cervera (1886-1897), durante cuyo episcopado la Congregación inició sus primeras fundaciones. Poco después Enrique Reig sería consagrado obispo, arzobispo primado y cardenal.

### **La relación del biógrafo con la biografiada.**

José María Javierre tiene una formación académica y una perspectiva histórica de tal magnitud que sabe perfec-



tamente que la historia rígida y positiva no puede explicarlo todo. Su legitimidad intelectual y su reconocimiento eclesial le permiten ponerse en el lugar del novelista que reconstruye –de forma creativa y en la frontera de la ficción- aquellos aspectos intangibles que pasan desapercibidos al cronista y que difícilmente pueden quedar explícitos en la documentación. En este sentido aporta una visión de Madre Alberta sobre el carácter y las características del pueblo mallorquín, “fabricado de un metal duro, resistente y austero” (1997, p.129). La historia de Madre Alberta nos permite también una aproximación a la historia y al sentido del pasado, con una reflexión ciertamente interesante y actual (1997, pp.21,23).

El libro ofrece, también, una visión personal de Javierre sobre la mujer (1997, pp.113-120). “Madre Alberta no fue una monja tradicionalista y comodona. Ella quiso que las mujeres de Mallorca se instruyeran, aprendieran, tuvo la visión de que el futuro de los pueblos está en el cuidado de la escuela” (1997, p.22). Este es el gran principio de la modernidad, del reformismo educativo: la creencia de que la sociedad avanza, mejora y se robustece con la educación. Principio ilustrado, razonado y divulgado por Pestalozzi y los padres de la pedagogía moderna.

La perspectiva que ofrece de Madre Alberta no sólo ha resistido el desgaste del tiempo, sino que la ha convertido en una obra de larga duración, con tres ediciones. Javierre recoge el capital biográfico, la visión local y le da un aire universal, en un momento en que la Iglesia se abre al mundo y aspira a recuperar su dimensión universal. Javierre introduce el relato de Madre Alberta en las rutas de la modernidad. La biografía no se halla casi nunca desposeída de una carga moral, constituye un tipo de escritura de historia edificante, que realza valores o que los combate, aunque de manera sutil e invisible, como ha

escrito la profesora Elena Hernández. A partir de estos valores, hoy se prioriza el presente, la vida diaria, la capacidad de hacer bien las pequeñas cosas, el sentido de la cotidianidad, la perspectiva del obrar diario, la capacidad de conjugar el yo con el nosotros, lo individual y lo colectivo, la forma como se dialoga con la sociedad.

Si tuviéramos que hacer algún tipo de matización a la obra de Javierre hoy le diríamos que probablemente sostuvo una visión pesimista de las Baleares, una tesis que perpetúa una imagen de retraso histórico, como si el nivel económico y social de la isla deba entenderse en inferioridad de condiciones respecto al conjunto de España y de la Europa del momento (1997, pág. 85-87). Este es el clima que acompaña el libro, un entorno que la historiografía reciente está matizando y corrigiendo. Si partimos del hecho de que el libro está redactado en la década de los sesenta, indudablemente también reconocemos que la obra de José María Javierre resiste y sigue ofreciendo una imagen globalmente actual.

Pere Fullana i Puigserver  
Algaida, 29 julio de 2011





# 1

El tostadero de Europa



Recibo puntualmente el telegrama que D. Rafael me prometió: «Póngase en viaje, florecen los almendros».

Este mes de febrero hace frío en Madrid: ráfagas de viento helado caen del Guadarrama sobre las glorietas de los bulevares y siembran un catarro en cada ventanilla de los infinitos ministerios de la capital de España.

«Póngase en viaje» Don Rafael me avisa que a los almendros de Mallorca les baila ya la primavera en la cara. Los buenos catadores de Mallorca espían los cambios de color del paisaje de la isla con el minucioso cuidado que los verdaderos amantes de Sevilla dedican a los rincones de la ciudad: En las islas Baleares, Palma representa una gigantesca concentración de habitantes y posee los testimonios, escritos y documentales, de su historia; pero lo que importa de verdad no es la serena belleza de la catedral, ni la armonía de los patios señoriales, ni el crecimiento enloquecido del paseo marítimo con los hoteles que dan envidia a los síndicos de Montecarlo. En tiempos viejísimos, entusiasmado porque él venía del desierto y a ‘Medina-Mayurkah’ — así llamaron a Palma los árabes — la refrescaba un canal «por donde corren las aguas todo el año», el periodista Ashshakandi le puso a la ciudad el epíteto de ‘magnífica capital’. Y cuando los árabes tuvieron que abandonarla, los sucesores de Ashshakandi en el oficio reporteril dejaron en los cronicones un precioso elogio indirecto a la ciudad por medio de un insulto directo al régulo que no supo defenderla: le llamaron «desgraciado como el camello maldecido por la esterilidad».

Palma es hermosa, muy hermosa, y ocasión de oírme tendrán los lectores de este libro, donde se cuenta la historia de

una mujer que en el recinto de la ciudad vivió la mayor parte de su vida.

Pero los almendros ...

Los almendros, el aire, los campos llanos de la planicie y el sinuoso contorno de la costa, vetustos troncos de olivo retorcidos, un mirador sobre las aguas verdes, pinos y breñas de Formentor, la cala solitaria milagrosamente escondida, todo este mundo elemental y campesino constituye el tesoro de los espíritus selectos de Mallorca. Y lo descubren generosamente a los amigos: «Póngase en viaje, florecen los almendros».

Pues aunque mil viajeros lo hayan escrito antes que yo, debo dejar aquí acta notarial: Mallorca florecida en sus almendros ofrece un espectáculo que no está previsto en los catálogos normales de emociones del turista; Mallorca tapizada por estas miríadas de copos que pasan sutilmente del blanco purísimo al gris suave hasta encenderse en un rojo vivo que nadie sabe si está en la flor o en el aire o en tus ojos; esta Mallorca que baja los almendros por la pendiente de las calas hasta la orilla del mar, y los siembra entre olivos, entre pinares, entre naranjos, los planta entre peñascos, los protege con algarrobos... está, Mallorca, decididamente guapa.

Tendrían que prohibirlo, es un pecado venir a Mallorca en avión. Por lo menos la primera vez. Aquellos escritores que a principios de siglo embarcaban al anochecer en Barcelona, disponían de horas tranquilas para prepararse a contemplar el amanecer en las islas: podían gozar pausadamente las evocaciones de todos los tópicos que la historia ha volcado sobre el Mediterráneo, recordar a los fenicios que por estos senderos traficaron, a los griegos repartiendo bellas cerámicas, a los cartagineses peleones, a los turcos piratas, a los genoveses ricos de astucia. Dedicaban un poema al Rey don Jaime el Conquistador «bien formado y cumplido de todos sus miembros, levantado un palmo sobre los demás; tenía el rostro grande, rubicundo y fresco, la nariz larga, recta, ancha y bien formada la boca, dientes grandes y muy blancos que parecían perlas, ojos negros, cabellos rubios, todo su corazón y voluntad estaba en guerrear



con los sarracenos»—. Y yo que soy aragonés nacido cerca de Monzón recordaría el castillo del cual Don Jaime, aún niño, se fugó para entregarse a grandes hazañas; os contaría, aunque sea una bobada, que durante toda mi infancia anhelé secretamente desde las áridas parameras de Monearos comprobar un día si quedan todavía peces en el Mediterráneo con las armas de los Reyes de Aragón marcadas sobre las escamas.

A principio de siglo entraban juntos el barco y el sol en la bahía de Palma. Ahora en nuestros días, los folletos turísticos ofrecen un viaje atrayente, ultrarrápido, que en pocas horas de vuelo desembarca en Son San Juan a un veraneante que viene...de cualquier país del mundo: las líneas aéreas internacionales han introducido Palma en sus escalas, de modo que cuentan con servicios directos desde Argel, París, Bruselas, Londres, Manchester, Frankfur, Dusseldorf, Hamburgo, Ámsterdam, Ginebra, Copenhague, Estocolmo... Aquel mallorquín universal que se llamó Ramón Llull estaría feliz. Y pensar que los santos de la leyenda áurea tenían que realizar un milagro para deslizarse sobre el Mediterráneo usando la capa como si fuera un patín.

Hoy las agencias de viaje te preparan el pasaporte, cambian el dinero, presenta la lista de hoteles para que escojas el conveniente, ofrecen un plan de baños y excursiones, de fiestas, de folklore. Total que el ciudadano sueco de piel blanca color lubina cocida aterriza en este gran tostadero de Europa que son las Islas Baleares sin el tiempo necesario para una preparación psicológica. Viajamos privados de la sensación de venir. Desde la cabina refrigerada del avión, el morro occidental de Mallorca parece un recortable sobre el azul inmenso del mar. Lo que sí hubiera sido fantástico es contemplar desde esta altura el traje de los piratas.

La letanía de piropos dedicados a Mallorca es notable; y con tanto viajero, en barquitos o en avión supersónico, estos elogios circulan por el mundo traducidos a todos los idiomas: isla de luz, isla dorada, perla del Mediterráneo, isla de la calma. Rubén Darío, que lloró al despedirse de sus amigos mallor-

quines con unos versitos de andar por casa, pero encantadores («que no son tristes/ las despedida:/ di a quien lo dijo/ que se despida»), escribió que «la isla es florida y llena de encantos por todas partes»). Salaverría la llamó «precioso jardín en medio del Mediterráneo azul». Los mallorquines ponen aire de zumba al recitar estas sentencias, porque ellos se saben muy bien que no siempre ha sido fácil extraerle al suelo de la isla los productos necesarios para un vivir cómodo ni mucho menos boyante: la agricultura le sacaba sus buenos dineros a los almendros, algo a los olivos y un ten con ten a los diez o doce géneros de un de un suelo trabajosamente regado a fuerza de molinos de viento. La industria fuera de los zapatos, y algo de muebles y perlas artificiales, también quedaba circunscrita a cubrir las necesidades primarias. La llegada del turismo valoró el aire, el sol, los colores, la calma, ese puñado de bellezas que nuestro tiempo ha conseguido cotizar en los bancos internacionales. Entonces el dinero circuló vistosamente por las arterias baleares, reforzó lo que había, creó negocios insospechados y hasta elevó a cifras muy rentables las mansas labores artesanas de rafia, tejidos, vidrios artísticos.

Los mallorquines pueden contar las viejas leyendas que describen la hermosura de su isla: será la única explicación definitiva que los viajeros nórdicos se llevarás a su larga noche invernal.

Las versiones son variadas, se entrecruzan: tendrían que ponerse de acuerdo para expurgar los textos, algún canónico teólogo de la catedral de Palma y el delegado provincial de turismo.

Hay primero la teoría de la maqueta. Dios omnipotente se dispuso a crear el universo. En una maqueta previa juntó las bellezas que pensaba distribuir por todo el orbe, con objeto de repartirlas equitativamente sin repetirse demasiado. Terminada la creación, ¿qué hacer de la maqueta, si en el cielo no hay museos? La tiró al mar...: la maqueta es la isla que pisan tus pies.

Hay otra versión más sencilla. Al rematar el universo, el Señor Dios se sacudió vigorosamente el barro que le quedaba pegado en los cinco dedos de la mano derecha...: los goterones fueron las cinco islas baleares.

Contra esta hipótesis depone el hecho de que existen, junto a las cinco grandes en perímetro balear, otras noventa y cinco islitas más, casi despreciables, desprendidas en el sacudida de la genesiaca mano creadora.

En fin, un tercer documento. Expulsada del Paraíso la primera pareja, quiso Dios esconder aquel retazo de tierra donde toda dicha tuvo su asiento, no fueran Adán y Eva a encontrarlo de nuevo. Lo llevó al mar, lejos de las costas orientales. El Paraíso escondido se llama hoy Mallorca.

Voy a contar la historia de una mujer que nació y murió en Mallorca antes de que la isla fuera «descubierta» por el turismo internacional. Manejando los documentos que describen las Baleares del siglo XIX me pregunto atónito qué ha quedado, qué permanece.

Hoy nuestra isla no da la sensación de ser un trozo de tierra firme, hoy parece el puente de un buque gigantesco que navega plácidamente por el Mediterráneo llevando una carga pintoresca, un conglomerado de turistas variopintos, igualado solo al tostárseles aquí la piel, nivelación social la más contundente que pudiera soñarse. Hoy Mallorca no asombra que no se resquebraje bajo el peso de tantos autocares repletos de pingües viudas norteamericanas, pingües en cheques y en carnes, autocares azules, blancos, rojos, verdes, viudas inglesas, suecas, holandesas; nos asombra que Mallorca no se aturda con esos turismos lanzados alocadamente por sus carreteritas con exóticas sirenas al volante; que Mallorca conserva su pulso, que nos quede un solo mallorquín, un solo indígena bajo esta galerna de urbanizaciones, souvenirs, sombreritos, postales, cremas, periódicos...

Un cambio fantástico, formidable, literalmente formidable que según la Academia significa «pavoroso, que da miedo». Hoy un industrial maderero de Helsinki, un ras etíope de Addis Adeba, deciden llevar la familia de veraneo, despliegan los mapas a la búsqueda de un lugar privilegiado, y sin darse cuenta se les va el dedo índice hacia esa isla famosa del Mediterráneo, el gran charco donde han remansado las civili-

zaciones clásica. Es como una invasión, la última invasión, y algo hemos ganado que en vez de llegar los asaltantes lanza en ristre, o a golpe de cañón, vienen dispuestos a dejar sus dineros y marcharse en paz. Letreros prestigiosos de transatlánticos brillan al sol de Porto Pi: Leonardo da Vinci, Independence, Queen Anna Mary, Canberra, Constitution... barcos de gran porte a cuyos costados cabecean bonitas fragatas de vela.

Las cifras del turismo se superan de un año para otro. El medio millón de visitantes de 1963 pasó a casi un millón en 1964 para rebasarlo en 1965; cada temporada se anuncia que ya estamos en la cumbre, que ciertas complicaciones internacionales, monetarias, políticas, o la competencia de otras costas contendrán el crecimiento. Pero fallan los presagios pesimistas y andamos ya en diez millones largos de turistas.

Para atender los servicios que esta invasión requiere, Palma ha solicitado ayuda a la península. Su población ha crecido hasta pasar de 300.000 habitantes censados; ha mejorado las instalaciones portuarias, ha ampliado las pistas del aeropuerto que tiene un aire tropical, portorriqueño y venezolano, limpio, bullanguero, rebosante de la quincallería amada por los turistas: domingos hay con ciertos de vuelos en el registro y un total de doscientos a trescientos mil pasajeros.

La gran tarea de Mallorca ha consistido en levantar a ritmo febril alojamientos: Mallorca y Miami representan las zonas del planeta con mayor número de hoteles en menor extensión de terreno. Mallorca dispone de cientos y cientos, estrenados en los últimos años, a uno por día. Y cien urbanizaciones costeras, auténticos hormigueros con distrito inglés, alemán, sueco, danés..., que consumen a lo largo del verano millones de periódicos en todos los idiomas, amén de haberse fabricado para uso interno el Majorca daily bulletin. Fiestas, bailes, concursos, verbenas, canciones, folklore, excursiones, autos por todos los rincones —además de los matriculados en Palma, miles de turistas traen el suyo en la panza del barco o del avión...—. ¿Qué van a hacer los mallorquines sino segar la cosecha inesperada, ganar su dinero, con prisa, con afán, sin disponer de margen ni para respirar? Silos viejos de mi siglo XIX levantarán la cabeza...

¿Qué ha quedado? ¿Qué permanece?

Alberta Giménez Adrover, cuya historia voy a narrar en este libro, nació en 1837 y murió en 1922.

Sus islas Baleares —las Baleares de su tiempo— descansaban en el suelo seguro de la tradición familiar, del tesoro que los padres pasan a sus hijos: la honradez, las buenas costumbres, el respeto, los sentimientos profundos...

¿Qué ha quedado, qué permanece?

Por eso he gastado meses, años largos, en escudriñar pacientemente la historia y el paisaje de Mallorca. No se puede entender a una persona, ni descifrar el misterio de su vida, sin conocer, palmo a palmo, su escenario. La tierra donde piso y el tiempo que la envolvía.

De la Mallorca de principios de siglo queda la historia y el paisaje.

Ocurre igual en Palestina, cuando el peregrino llega ávido de huellas para seguir el reguero de Cristo: lo han borrado las capas superpuestas, nada tienen que ver estos hombres, estas iglesias, estas ciudades, con lo que ocurrió en tiempos del Señor. Pero el aire sigue, y los senderos, la colina junto a Naín, el riachuelo de Nazaret, los atardeceres del Tabor y ese horizonte del Tiberíades donde pudieran aparecer en cualquier momento el grupo de Jesús y sus amigos.

El paisaje y los almendros de Mallorca, sí son de madre Alberta.

Alberta Giménez Adrover da testimonio de los valores espirituales en la historia contemporánea de Mallorca.

¿Y qué les importa los valores espirituales a los viajeros que hoy invaden las islas Baleares?

Hace años comencé a estudiar los papeles de madre Alberta. Antes de irme a Palma visité al Obispo, que estaba enfermo en una clínica madrileña. Enfermo de un mal que meses más tarde lo venció. Era el Obispo un hombre amable, fino, inteligente, amigo de los libros y de la música. Tiempo atrás lo había conocido en su palacio de Palma, y me mostró un ventanal prodigio-

so cara a la bahía. Ahora lo encontré asomado ya a una ventana sobre las playas eternas, de las que nadie regresa. Hablamos de los cambios de Mallorca, de los problemas que trae consigo el turismo. Al Obispo le inquietaban los hoteles, las agencias, el personal de asistencia que sin el respaldo familiar pierde su criterio moral; quería que las iglesias dieran facilidades a los viajeros para oír la misa, confesar, que los sacerdotes predicaran cortito y, a ser posible, en varios idiomas. El Obispo se reía contándome la fórmula que un cura discurrió para que los extranjeros no se le fueran aburridos de la iglesia mientras él predicaba un florido sermón de tres cuartos de hora:

«A partir del domingo, mientras el sermón, cerraré con llave las puertas de la iglesia».

La verdad es que el apostolado tiene, con relación a los turistas, unos límites muy concretos. Ellos vienen aquí a descansar diez o quince días, a tostarse al sol, a bañarse... Y a que los dejen en paz. Esto pide hoy a sus vacaciones el ajetrezado ciudadano que a lo largo del año se ve cazado en las implacables tenazas de la máquina y de la burocracia. Necesita «descansar de vivir» olvidarse de todo, durante unos días; que la jornada se deslice suave, bien engrasada, fresquita en el agua y caliente mientras la digestión. Los políticos de Londres, cuando han querido denunciar un estado de ánimo que ellos juzgan peligroso porque significa «tomar la vida a la ligera», no empecinarse en los problemas, esquivar los choques y quitar virulencia a las diferencias de opiniones, les han colocado esta etiqueta: «síndrome de Mallorca». Ya está expresado en esta frase lo que buscan los viajeros en la isla.

Vienen de aquellas que Rilke llamó «grandes ciudades malditas», en las cuales, según el gran poeta:

Hombres insatisfechos penan para vivir,  
Y mueren sin saber por qué han sufrido.

Vienen cansados. Solos. Traen una compañía brillante, unos a otros se animan, pero viven solos, están solos, carcomidos por la terrible «soledad en común». Esperan que aquí podrán despistar un poco ese interrogante que atormenta el espíritu ante

las amenazas de un porvenir oscuro.  
¿Qué les importa a ellos los valores espirituales representados por una monja española que se llamó madre Alberta?

Pues quién sabe, podría importarles.

Si alguien les dijera que la voz de Dios se ha oído en esta isla.

Que ha resonado aquí la voz de Dios. Que en estos espacios inmensos hubo almas a la escucha, hombres y mujeres provistos de una técnica sorprendente para penetrar en los misterios donde tiembla la vida, donde reside la muerte, donde late el amor, las raíces mismas del amor. Hombres y mujeres dotados de un radar con empalme más allá...

Podría importarles, porque vienen cansados y solos, y Albert Camus; uno que los conocía, los describió:

«Las multitudes del trabajo, hastiadas de sufrir y de morir, son muchedumbres sin Dios».

Podría importarles, preguntarían nombres.

Se llamaron por citar los más insignes de la isla, Ramón Llull, Alonso Rodríguez, Catalina Tomás..En tiempos recientes se llamaron Miguel Maura y Alberta Giménez. Oyeron la voz de Dios y supieron que hombres y mujeres sencillos de estas islas hablaban con Dios.

Apenas comenzaba el turismo, en los primeros meses de este siglo, y ya madre Alberta escribió estas advertencias:

«¿Qué hacen los viajeros que se dignan visitar nuestra amada isla? Cuando más estudian nuestra flora, agricultura, comercio, marina, admiran la esbeltez de nuestra catedral, la frondosidad de nuestros valles, el arbolado de nuestros montes; tildan de patriarcales nuestras costumbres y de pobre y duro nuestro idioma; hacen sus obligadas excursiones a Miramar, Soller, Torrent de Pareis y Gorch Blau; visitan las cuevas de Artá y del Drach... y marchan creyendo conocer lo que somos y lo que valemos. ¡Cuánto se equivocan! No saben que nos caracteriza la modestia y que cualquiera de esas viejezuelas que ven hilando como nuestra madre Eva, con la rueca y el huso, a la puerta de su pobre vivienda, encierran un tesoro

de ciencia, un cúmulo de conocimientos con que se gloriarían muchos sabios de allende los mares».

Ahí los tenéis en la playa, tumbados con la panza al sol. Los hijos de Europa, técnicos felices de sus conquistas. Poderosos en dinero, bien organizados, han montado un Mercado Común, una burocracia eficiente, fábricas infalibles. Pero llevan en la sangre una carga de sentimientos oscuros. Dios se les apagó, han desaparecido de sus cielos, confundido con estas fuerzas de la naturaleza vaga, una superstición amable sin ninguna relación directa a verdades concretas. El gran tesoro de la existencia humana que los antiguos llamaron amor, se está convirtiendo para ellos en una explosión biológica que debe ser médicamente regulada y acaso en un complejo sentimental no demasiado conveniente. Ahí los tenéis, son los hijos de Europa que calientan sus panzas al sol. Pero yo lo sé y os lo digo, llevan dentro una gran tristeza. La vida les parece un absurdo y quizá un naufragio. En la naturaleza ven un agregado de fenómenos sin sentido. El mundo es para ellos un escenario donde juegan en compañía de otros condenados a muerte. Quién sabe, podría importarles.

¿Aflojará pronto el turismo en las islas Baleares? Lógicamente los isleños deben pelear para que no suceda. Están alerta.

La competencia viene por las islas griegas, que son infinitas, por la ribera exótica del Mar Negro, por las costas baratas de Yugoslavia, por la fascinación de Turquía, por el sol abrasador de África del Norte.

Las Baleares defienden su futuro. Piden al gobierno autopistas, ampliaciones en los aeropuertos de Ibiza y Mallorca, nuevos puertos para yates y barcos de recreo. Piden a los municipios limpieza de basuras en las calles y de alquitrán en las playas. Piden a las compañías comerciales que refuercen sus servicios.

Opino que las Baleares tienen ganada la batalla. Por muchos años. La cercanía de los centros europeos, los precios todavía razonables y la estabilidad del clima, he ahí tres factores decisivos. Sobre todo, el clima. Qué maravilla. Dice una



periodista:

«No es verano siempre; hace frío cuando debe hacerlo, pero con sol; y en enero se apacigua, ofrece treinta y un días de mar en calma, con viento dormido y sol fuerte».

Así que el tostadero de Europa seguirá repleto...y rentable. Mirando las cosas fríamente, uno comprende que en pocos años más las esencias tradicionales de Mallorca, todavía hoy defendidas en el baluarte de la familia, serán arrolladas por esta ola implacable que cada primavera cubre las islas con la espuma multicolor de cien países exóticos. Algunos veranos las agencias suecas de turismo han inventado un nuevo aliciente para estimular el viaje de los ciudadanos de Estocolmo: en las arenas de una playa mallorquina han encontrado un tesoro de alhajas y metales preciosos valorados en 25.000 coronas. Vale la pena venir a encontrarlo...

Pienso que las tradiciones baleares, sus costumbres, su estilo, su vida espiritual, pronto será un tesoro oculto bajo las arenas de turismo internacional que fatídicamente nos iguala. Es signo de la época nueva, y sobre Mallorca la época se ha despeñado en catarata.

Sin embargo...

Más adelante veremos, cuando madre Alberta funde su congregación de monjas, la importancia que tiene para los institutos religiosos el «espíritu tradicional», el mensaje primero que dio la fundadora a sus hijas, el fermento, la levadura primitiva: Pío XII, padre de la modernidad de la Iglesia católica, pidió siempre a las congregaciones religiosas que resucitaran y cultivaran los rescoldos de su primera historia, la herencia de sus mayores.

Pues me parece que nada mejor podemos apetecer para las ciudades, las religiones, los países: en esta avasalladora nivelación de costumbres a que nos vemos sometidos, tratemos de salvar, allá en la bodega de nuestros hogares, allá en el santuario íntimo del alma de nuestros hijos, un cogollo de tradiciones, unos diamantes de costumbres antiguas, un puñado de sentimientos, una docena de recuerdos, tratemos de salvar un espíritu. El alma.

Este quehacer incumbe principalmente a las educadoras: padres y maestros.

Las monjas que fundó madre Alberta se encuentran hoy enfrentadas a unos problemas a primera vista muy distintos de los que a ella se le plantearon; ha cambiado profundamente el estilo de las niñas, ha evolucionado el tipo de mujer y han variado las condiciones sociales.

Las monjas de madre Alberta respetan colegios donde estudian jóvenes que van a ser mujeres de nuestro tiempo, no mujeres de mitad del siglo XIX.

Por tanto las monjas se equivocarían si pretendieran ajustar su trabajo como educadoras al tipo femenino que en tiempos de madre Alberta se consideraba ideal.

La meta de una monja educadora tiene que ser hoy conseguir una joven preparada que no solo supere los obstáculos de la sociedad actual —obstáculos, por cierto nada infantiles—, sino que además realice conscientemente y con éxito la misión que como mujer y madre le corresponde. Para lo cual necesita una serie de cualidades que hubieran aturcido a las educadoras del siglo XIX: títulos oficiales, idiomas, viajes, universidad, deportes, inquietud social, ideas políticas...

Sin embargo...

Sin embargo, ¿qué?

Pues que este problema de las chicas de hoy es como el problema de Mallorca: tenemos que darles todo lo que exigen los tiempos nuevos, y la Historia no hay quien la detenga; pero es preciso enriquecerlas con un depósito sagrado, hay que esconderles en el alma un cogollo inviolable. Sentimientos sanos y sólida vida cristiana. Este es el lastre que las salvará de los vientos huracanados. La mujer que no lleve dentro esos contenidos, un corazón profundo y un espíritu fervoroso, naufragará, está segura. Se hundirá. Tarde o temprano —más bien temprano. Y será desgraciada. Aunque las conveniencias sociales —¡ah, las conveniencias!, asignatura que las mujeres aprenden gratuitamente—, pues aunque las conveniencias sociales le hagan sonreír, será desgraciada.

Madre Alberta no fue una monja tradicionalista y co-

modona. Ella quiso que las mujeres de Mallorca se instruyeran, aprendieran, tuvo la visión de que el futuro de los pueblos está en el cuidado de la escuela.

Y atendió más que nada los sentimientos y la vida religiosa. Lo enseñaba todo: matemáticas, idiomas, arte del hogar, geografía, ciencias... Pero todo empapado en el clima, en la atmósfera de uno sentimientos sanos y una religiosidad cultivada. A ella se debe que hoy Mallorca conserve su tesoro escondido bajo la arena movediza del turismo.

Ojalá sepan sus hijas, las monjas de *la Pureza*, prolongar la hazaña, no ya en las islas Baleares, sino en toda España y en América: educar un tipo de mujer moderna y profunda.

Mallorca fue isla de la calma. Bueno, en tiempos antiguos la calma andaba regular, porque la situación estratégica le impuso servidumbres de piratería, corsarismo y contrabando. Menesteres que, dice socarronamente Amengual, han sido sustituidos ahora por la «industria de los forasteros». Entre la época de piratería y la época de turismo, Mallorca conoció unos siglos de paz que sí le merecieron el título de *isla de la calma*.

Hoy está convertida en un escaparate. A sus playas llega la resaca humana de todo el planeta.

Lástima que hombres y mujeres vengan solo a descansar. ¡ Sería tan propicia la ocasión para tomar el pulso a nuestra sociedad !. Aquí están tumbados al sol muchos responsables de la marcha de los pueblos, muchos conductores de este mundo nuestro desorientado entre el temor y la esperanza. Una cierta dosis de inquietud espiritual podrían llevarse a su país, si durante las vacaciones conectaran con la historia de Mallorca. Ningún lugar más propicio que una isla para entender que debajo del suelo, aparentemente seguro, laten los misterios: que quizá los fundamentos se apoyan en agua. Marx dijo algo muy triste cuando afirma que «el hombre está enraizado en sí mismo». Por eso penan, por eso penamos: si el hombre estuviera enraizado nada más en sí mismo, la existencia sería una cuestión de lucha personal por un triunfo. Afortunadamente lo pasamos mal, sin que el dinero y los placeres consigan adormecernos por completo. Quisiéramos conocer en qué aguas se pierden nuestras raíces...

A mí me encanta Mallorca. Uno habla de la feria según fue. Para mí dicen verdad los versos mágicos, soleados, de Rubén cuando deja latir su alegría:

«Entre olivares pingües y entre pinos de Alepo».

A pesar de que Jorge Sand, al partir de la isla, se sacudió los zapatitos canallescos con ademán de ira amargada, tuvo que reconocer que se iba «del lugar más hermoso que pueda contemplarse en la vida». Para su compañero enfermizo, lánguido Chopin, «el aire tenía la pureza del paraíso». Bien le vino a sus pulmones.

Mi experiencia ha sido alegre, «fina, sana y sonora». He saboreado uno a uno los tópicos mallorquines. Para los escritores baleares será ya insoportable llamar a la ensaimada con las palabras de Rusiñol «un sol dorado y caliente». Para mí fue un descubrimiento, y un gozo. El viajero que llega de otros horizontes lejanos se sumerge en los tópicos del lugar y los encuentra sabrosos, auténticos. Me fue bien en Mallorca, estoy contento por haberla vivido.

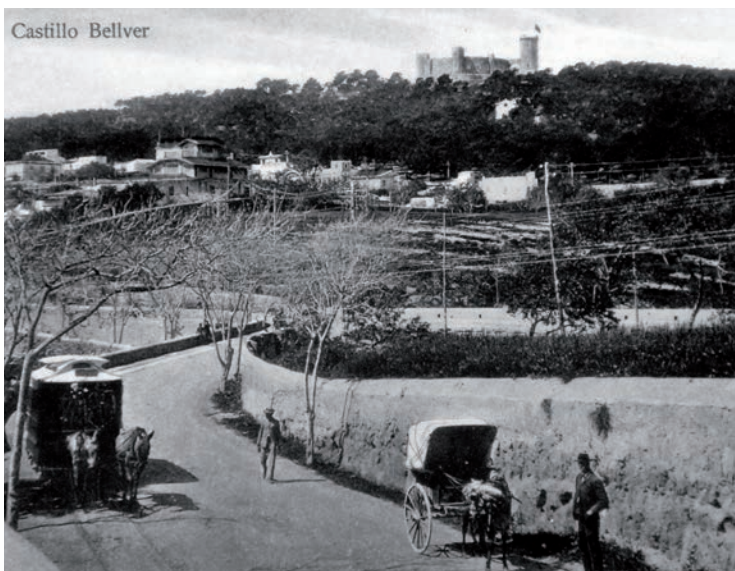
No voy ahora a contar cómo es ni a cantar sus glorias a los mallorquines. Ellos conocen la biografía de madre Alberta mejor que yo. Escribo para que sepan quienes no han nacido aquí, incluso para los que nunca vinieron.

En Mallorca, ya veis, he rezado mucho por Europa, por la Europa del futuro. Se reza bien en la isla. Relatar la historia de una mujer buena equivale a rezar. Yo estoy de acuerdo con aquel novelista:

Contar la vida de un hombre, ¿no es acaso una plegaria?

# 2

De cel i de llum pura



1914. Camino de El Terreno / Web: Fotos Antiguas de Mallorca



1914. Plaza de la Constitución / Web: Fotos Antiguas de Mallorca

Tengo la manía de que no puedo entender ni las personas ni las cosas sin estudiar sus principios. El arranque. Las raíces. Los orígenes de un acontecimiento y de una existencia condicionan, me parece, su trayectoria posterior. Un amigo antropólogo me tiene dicho que desde luego, que la ciencia moderna respalda esta intuición mía de escritor: los hombres aparecen amasados con un barro, mojados en un agua, alimentados con una leche, y el aire, y los pájaros, y la papilla, y los juegos de la infancia sitúan en un mapa concreto el sujeto que somos. No quiero decir que las reacciones se oponen automáticas, porque entonces los habitantes de cada escenario geográfico y cultural seguirían idéntica trayectoria: entran luego en liza otras fuerzas, emanadas del propio individuo tal vez, o caídas desde fuera sobre él. Pero el paquete inicial de energía se lo da la madre tierra.

Por esta manía colecciono fuentes de río: para entender los países, y doy pie a que los amigos me tomen el pelo.

Colecciono, para entender a los santos, pilas bautismales.

He ido a buscar la casa donde nació madre Alberta.

Mallorca presenta la forma de un cuadrilátero defendido en el costado noroeste por una larga cadena montañosa que viene a ser como la testuz de la isla. Supongamos que en línea recta, saltando por las crestas de la sierra, este esqueleto de Mallorca mida, desde Andraitx a Formentor, 90 kilómetros. Y que tenga 15 de grosor. La vertiente noroeste cae sobre el mar en un juego maravilloso de puntas, morros y calas. La vertiente sureste se suaviza hasta formar la gran llanada de la isla. Paralela a la sierra y casi tirada a cordel, una carretera enlaza las dos bahías mallorquinas, la de Palma en occidente y la de Al-

cludia en oriente. Cualquier aprendiz de geólogo adivinaría que durante el mioceno el mar entraba en esta llanura por la bahía palmesana y desembocaba en la bahía de Alcudia, hasta que las emersiones de la época cuaternaria rellenaron y nivelaron esta depresión

Mi esquemático diseño orográfico solo necesita una pequeña rectificación: la bahía oriental no es realmente una, sino dos, conocidas con los nombres de Alcudia y Pollensa, y separadas por la península de la Victoria. Sin embargo, las dos bahías parecen como segmentos dibujados en un solo trazo, y es significativo que en la antigua Mallorca una sola ciudad, Pollentia, daba, desde el cuello de la península de la Victoria, la réplica oriental a Civitas Maioricarum, la capital occidental que hoy llamamos Palma. Estas dos ciudades, una al este y otra al oeste, constituyeron los polos del eje de Mallorca en los mapas romanos después que el cónsul Quinto Cecilio Matelo vino a conquistar la isla trayendo los flancos de sus naves forrados de cuero para aguantar la granizada de piedras con que los hombres baleáricos recibían a todo visitante inoportuno.

Civitas Maioricarum, también llamada Palmaria, progresó según pasaba el tiempo hasta convertirse en Ciutat, la capital indiscutible no solo de la isla, sino de todo el archipiélago. Pollentia, en cambio, sucumbió a la embestida de los bárbaros; y la reedificación la partió en dos, como por afán de poner una presidencia a cada uno de los segmentos de la gran bahía: Alcudia, juntito al mar, y Pollensa, retirada tres kilómetros al cobijo del pie mismo de la sierra.

He venido a Pollensa a buscar donde nació madre Alberta.

Y tengo que decir que las dos bahías son un prodigio, constituyen uno de esos pocos lugares del planeta donde la belleza se ha remansado, se ha concentrado hasta un grado que casi rebasa la capacidad de goce humano. Están preparadas las dos bahías, íntima la de Pollensa, inmensa la de Alcudia, para recibir el sol, cuando nace, como el sol se merece. En ninguna playa del Mediterráneo encontrarían escenario más solemne para desembarcar lucidamente los gentiles centuriones romanos que patrullaban en naves de tres órdenes de remos el Mare



Nostrum. Comprendo la exaltación de los turistas retóricos que se llenan de júbilo al bañarse en un mar «que golpeó la quilla de la nave de César, vio nacer a Venus y oyó el cántico de las sirenas»

Pollensa está retirado del mar tres kilómetros tierra adentro, en una suave hondonada presidida por un alto monte, el Puig, que le sirvió de atalaya. Los entendidos dicen que el término municipal de Pollensa constituye el núcleo más representativo, genuino, de las tierras y de los hombres de Mallorca. El Archiduque Luis Salvador, famoso notario de las bellezas baleares, afirma que Pollensa «es el pueblo que ha conservado más y mejor el carácter mallorquín, no solo en la lengua, sino también en la indumentaria». En tiempos del Archiduque, las familias pudientes de Palma tenían aquí una «posada», especie de casa veraniega, a la que solían acudir más bien durante la primavera: sin las obligaciones perentorias de la capital pasaban unas semanas de plácido descanso a base de largas tertulias en la «botica», donde bebían una mezcla de aguardiente y jara-be en escudillas de plata de doble asa.

He recorrido el pueblo buscando la casa de madre Alberta. Tiene Pollensa casi quince mil habitantes, y fue, sin duda, devoto: estuvieron aquí establecidos los Caballeros Templarios — a quienes perteneció la que hoy es iglesia parroquial, y hasta el concordato de 1851 el párroco de Pollensa era el único de Mallorca no sujeto al obispo de la diócesis, pues lo designaba el bailío de los caballeros sanjuanistas—; los frailes dominicos, cuyo convento ha servido luego para todos los menesteres locales; hospital, hospicio, juzgado y cuartel; los padres jesuitas, en su iglesia de Montesino; las monjas de la caridad, con numeroso colegio de niñas. Cruces de término, y otras dos pequeñas iglesias: el oratorio de San Jorge, y el de Roser Vell, dedicado a la visitación de María Santísima. Pero más que nada subraya la religiosidad de Pollensa su célebre Calvario: pegada al caserío hay una suave colina coronada por una ermita que guarda un crucifijo medieval. El cerro perteneció a los Templarios y el Cristo, según la tradición, fue donado por los náufragos de un barco. Los pollensinos han construido una escalinata con tantos peldaños como días tiene el año, y

por ella ascienden en procesión devotas desde el pueblo a la ermita.

Hay una calle dedicada a madre Alberta. Y su casa: pequeña, pueblerina, con un portal en arco de medio punto, una ventana en mitad de la fachada y un ventanuco en el costado. El Ayuntamiento ha colocado una lápida: «aquí nació...». El día que se colocó esta lápida, domingo 28 de febrero de 1965, proclamaron a madre Alberta «hija ilustre» de Pollensa y añadieron su retrato a la galería de los distinguidos en la historia del pueblo. Fue un festejo bonito, y a mí se me antoja un ensayo para otras fiestas muy sonadas que Pollensa organizará cuando su hija ilustre sea recibida por la Iglesia católica en el elenco de los santos.

A Felanitx, pueblo tranquilo del sureste de la isla llegó un apuesto oficial. Joven y soltero. Las chicas casaderas de todos los pueblos del mundo vigilan desde tiempos prehistóricos el movimiento de las tropas, y bendicen al ejército que puede colocarles inesperadamente un príncipe azul al alcance de la mano. El príncipe azul que llegó a Felanitx, joven y soltero, se llamaba Alberto Giménez caveró, aragonés nacido en Sádaba, una de las cinco villas de Aragón, provincia de Zaragoza. Militar de Infantería, había pasado al cuerpo de Carabineros organizado por la Hacienda Pública para vigilar las fronteras de tierra y de mar e impedir el contrabando. El guapo teniente, a poco de llegar a Felanitx, encontró su dulcinea. La dulcinea mallorquina reservada por las hadas al teniente aragonés se llamaba Apolonia Adrover Barceló, y era hija de bienestantes labriegos de Felanitx: Apolonia, discreta, linda y virtuosa. Se casaron, el carabinero y la mallorquina, como manda el amor y la Santa Madre Iglesia.

Apolonia perdió el sosiego de su pueblo, porque la familia militar está condenada a dar tumbos de una parte para otra en esos «traslados» que pertenecen a la misma esencia de la milicia. Pero qué le importaba si ya se debía a su marido.

El primer destino fue Pollensa. Los carabineros no tenían todavía cuartel, y el teniente Giménez alquiló una casita

—pequeña, pueblerina, con un portal en arco de medio punto, una ventana en mitad de la fachada y un ventanuco en el costado, hoy la casa tiene una lápida de mármol que dice: «Aquí nació...» en la calle La Roca. Aquí nació, aquí les nació la primera hija; le pusieron por nombre oficial Cayetana Alberta Francisca Luisa, la llamaron Albertita.

Madre Alberta dio siempre como fecha suya de nacimiento el 7 de agosto de 1837. Según la partida del libro de bautismos de Pollensa, custodiado en el archivo de la curia episcopal, nació el 6 y fue bautizada el 7. Madre Alberta (que luego veremos tuvo varios hijos) seguía la tradición de las familias piadosas de su tiempo: bautizarlos cuanto antes, en seguida, en la misma fecha o al día siguiente de su nacimiento. Daban más valor al nacimiento a la gracia que al nacimiento a la vida. Por eso ella desconoció intencionadamente el día 6 de su nacimiento y fechó el día 7 de su bautismo: el 7 de agosto celebraba su cumpleaños.

El calendario del 7 de agosto registra la festividad de los santos Cayetano y Alberto. Otra devoción de las familias piadosas españolas: los niños deben llevar el nombre del santo del día. Esta devoción implica sus riesgos, porque a veces deja a la persona ligada a un nombre extraño. Yo tengo un amigo vallisoletano a quien pregunté cuando le conocí: «¿Cómo te llamas?», y me respondió: «Sisinio, pero como pille al padriño...».

Albertita tuvo más suerte, y no estaban nada mal los dos patronos que el calendario le adjudicó: Cayetano, el hombre de confianza sin límites en la Providencia divina, y Alberto, mártir de Cristo.

Me gusta que madre Alberta diera la mayor importancia al día de su bautizo. Imagino que le hubiera complacido saber que su biógrafo colecciona pilas bautismales y que ha querido besar la suya. Ese puñado de agua que el sacerdote vicario de la parroquia de Pollensa, don Pedro Miguel Cánaves, derrama sobre la cabecita de la niña, ese puñado de agua encierra los misterios profundos de la existencia humana en la cual se cruzan con pelea silenciosa fuerzas potentes. El agua terrible de las tormentas africanas, el agua oscura y hostil del océano

enfurecido, el agua imparable de la inundación devoradora, es aquí en la pila bautismal, sobre la cabecita frágil de Cayetana Alberta, una deliciosa caricia bendecida por Francisco de Asís: humilde, preciosa y casta, hermana. Si queréis entender las cosas y los hombres, hacedme caso: sentaos a meditar en las fuentes de los ríos y a la vera de la pila bautismal. Federico García Llorca lo dijo a su bella manera:

Quién pudiera entender los manantiales,  
el secreto del agua  
recién nacida.  
Ese cantar oculto  
a todas las miradas  
del espíritu.  
Dulce melodía  
más allá de las almas...

Se ha perdido en Pollensa una costumbre que, según el historiador de Mallorca Mn, Antoni Pons, arrancaba de la época romana, cuando Pollensa era Pollentia y presidía las dos bahías: para anunciar el nacimiento del primogénito colgaban en las jambas del portal dos ramas de laurel si el recién nacido era varón, y dos ramas de mirto si era una niña.

No sabemos si en la puerta de la casita de calle La Roca colgó el teniente don Alberto las ramas de mirto. Y apenas quedan noticias de la infancia de Alberta. Lo cual no debe asombrarnos, pues ocurre lo mismo con la vida de Jesús en Nazaret: treinta años de existencia normal, de una familia más, que eso fueron en Nazaret José, María y su Hijo, una familia corriente entre las del pueblo. Desde la Edad Media nuestra gente sencilla ha sentido la necesidad de tejer viñetas milagrosas en la biografía de los santos, llegando a extremos que nos hacen sonreír. Cuanto más veneraban a un patrono, mayores tendrían que ser los despropósitos que una leyenda bienintencionada trasmite de padres a hijos. La isa de Mallorca adora los ingenuos romances que cuentan prodigios increíbles sucedidos de niña a Santa Catalina Tomás, monja del monasterio agustino de palma a mitad del siglo XVI: por supuesto, Catalina,



lactante, se negaba a tomar el pecho de su madre los viernes, en memoria de la Pasión del Señor; recitó el Avemaría aún balbuciente; a los tres años de edad se escondía en los rincones para rezar completo el rosario y llevaba la cuenta de la Avemarías deshojando ramas de olivo; a los cinco repetía de memoria en familia el sermón oído al párroco en la iglesia; a los seis, huía de los bailes del pueblo, se encerraba en su casa y peinaba los cabellos del niño Jesús, que se le apareció para hacerle compañía; a los siete, vio a su padre, difunto, en el purgatorio; a los ocho, presenciaba desde Son Gallard, a veinte kilómetros, la misa de la Catedral de Palma; a los nueve, se perdió una noche en el monte y vino San Antonio para darle la mano y llevarla a su casa; a los diez, el demonio peleaba con ella a bofetada limpia...

Un retablo pintoresco que ayudaba las romerías y suministra recursos oratorios al panegírico de la fiesta.

Hoy preferimos ajustarnos a los datos históricos y meditar el núcleo espiritual de una biografía ejemplar: nos interesa la oración de Santa Catalina Thomás, su arrebatada mística sostenida por una capacidad de sacrificio, de sufrimiento sin límite.

Y nos encanta que los hombres y mujeres selectos hayan cumplido sencilla y normalmente las etapas de su existencia humana, sometidos como uno más a las limitaciones, a los altibajos, incluso a los defectos comunes.

En la casa de Albertita Giménez la vida transcurrió al ritmo propio de una familia de clase media: un día una inquietud, otro día un gozo, hoy cobramos, mañana nace un hijo, pasado amaga una enfermedad.

El hijo se llamó Saturnino, nacido a los dos años de su hermana. Para la pequeña Alberta fue aquél un juguete fascinante, un muñeco de carne.

Yo, que también soy hijo de guardia civil, puedo entender cómo el ambiente de la familia Giménez imprimió en la pasta humana de la niña Alberta las virtudes esenciales, la fe honda, el respeto a la ley, la actitud de servicio a los demás, la lealtad y la rectitud de intenciones.

No hubo más inconveniente que los traslados: el te-

niente de carabineros Giménez, mudó su residencia frecuentemente, a Palma, a Ciudadela, a Barcelona, otra vez a Mallorca.

Fue una lástima que Albertita y Saturnino se perdieran las posibilidades que Pollensa les ofrecía para disfrutar una niñez dichosa: las cercanías del pueblo abren una rica variedad de excursiones. A escalar el Puig, con su santuario de la Virgen que no se dejó bajar de la montaña, y su monasterio de ermitaños silenciosos. A bañarse en el puerto, que por entonces era pacífica colonia veraniega y no ese tumulto de autocares que hoy lo invaden. A Castell del Rei por el desfiladero de Ternelles, donde la imagen infantil rastrea los secretos de los últimos moros ante las fuerzas de Rey don Jaime. A remover las ruinas de Alcudia, los vestigios romanos de la Pollentia desaparecida. Y sobre todo una jornada a Formentor, donde los pinos se alimentan como las almas predestinadas «de cel i de llum pura».

Fue una lástima; pero sabemos que, niña pequeña, Alberta vivía ya en Palma y era agasajada con entretenimientos por las vecinas de su madre.

Da pena irse de Pollensa. Es un pueblo amado de pintores, que vinieron guiados por Anglada a descubrir la que Sorolla enaltecía:

–Esa luz, esa luz...; imposible captarla.

Peligrosa luz de Mallorca que al pintor Joaquín Mir le costó la locura: desesperado por no conseguir dominarla.

En Pollensa nació, paisano de madre Alberta, don Miguel Costa y Llobera, insigne sacerdote. Don Miguel definió en cuatro palabras intocables el paisaje de su pueblo: «Austera distinción y pensativa belleza».

Cuando ya hube gastado varios años en estudiar los papeles y el alma de madre Alberta, cuando ya la conocí bien, la supe, me pregunté cómo podría resumir en una frase la trayectoria completa de esta mujer. El lector que prosiga la lectura de la biografía verá con que justicia me volví a las palabras de Costa y Llobera. El alma de madre Alberta está descrita en el paisaje de su pueblo; austera distinción y pensativa belleza.





# 3

Con tal que doubles mis amores



A tres caminos se reduce la información que ha llegado sobre la infancia de Albertita Giménez Adrover. Tres cosas que encajan perfectamente en el carácter de lo que pasando el tiempo será madre Alberta.

Que era piadosa. Ninguna maravilla, para una hija de familia mallorquina a mediados del siglo pasado. Albertita madrugaba por ir a misa con su madre. Cobró afición a los rezos mañaneros, le entró lo que luego llamaba en broma «la manía de la devoción»: se acostumbró a llegar temprano a las iglesias, tan temprano que a veces encontraba la puerta cerrada.

Que fue seriecita, responsable. Este matiz merece relieve, porque cobrará importancia enseguida: madre Alberta pone un pulso eficaz y constante en todas sus tareas. Pues la niña Albertita a los diez años «ya era una mujer». Su madre la enviaba de compras y a los recados, que ella cumplía sin falta. Y si los papás tenían necesidad de salir juntos de la casa, el «peque» Saturnino quedaba al cuidado de la hermana mayor, que gozaba mucho ejerciendo de madre.

Que le agradaba vestir elegante, pero no le gustaban las sortijas.

Este es el pequeño manojito de confidencias que las monjas supieron arrancar a doña Apolonia sobre los primeros años de madre Alberta.

La niña creció simpática, contenta: antes de cumplir los catorce años ya experimentó en su corazón esa llamada misteriosa del amor que se abre a esperanzas doradas. El muchacho, ya joven apuesto, se llamaba Francisco y era maestro. A Albertita empezó a parecerle que ser maestra le gustaría más que nada. Albertita regaló a Francisco una pluma de mango de

hueso con bonitos dibujos. Francisco escribió para Albertita un poema de versos adolescentes que a ella casi la desmayaron de dicha:

Por tu fina cortesía,  
por la pluma que me envía  
tu dulce y tierna amistad...;

le da las gracias y repasa uno a uno los dibujos: capullos, un pi-chón, mariposas, una paloma, tomando pretexto para engarzar en ellos las cualidades de su dama:

Como tierna tortolilla  
la inocencia arrulla en ti.

El joven maestro no era Rubén, pero evidentemente estaba enamorado.

Nadie contó en el Ministerio de Hacienda de Madrid que sería una crueldad separar a Francisco de Albertita, y si lo hubieran contado quizá el señor coronel de negros mostachos diría que no le fueran con simplezas. El caso es que llegó a Palma orden de traslado para el teniente Giménez destinado a Barcelona.

¿Le prometió Albertita a Francisco que estudiaría para maestra? ¿Se dijeron algo importante, y la separación sirvió para madurar en lazos definitivos aquel candoroso idilio?

La familia Giménez embarcó rumbo a Barcelona, probablemente en el lucido vapor de ruedas El Mallorquín, primero de la matrícula de Palma, que precisamente el 6 de octubre de 1837 había iniciado los servicios regulares con la península. El Mallorquín era el orgullo de Palma, costó cincuenta mil duros a los astilleros ingleses, pero la compañía los iba a recuperar de prisa con los precios del billete a Barcelona: ciento setenta reales en popa, cien en proa y setenta sobre cubierta. Al teniente Giménez el cuerpo de Carabineros le abonó los costos del traslado.

Y claro, Albertita en Barcelona se hizo maestra. Apre-

dió labores de puntillas y blondas de palillos, aprendió cocina, aprendió francés. Pero sobre todo se hizo maestra, lo había prometido...

Remató la carrera de magisterio con sobresaliente.

Por estas fechas amagó en Alberta un conato de vocación religiosa: presenció la ceremonia de vestición de hábito de algunas amigas. Nada generoso. Amagó y no dio: el teniente de carabineros Giménez recibió orden de traslado a Palma de Mallorca. Esta vez los coroneles de mostachos habían sido comprensivos.

Tampoco dicen los documentos si Francisco —don Francisco, profesor de instrucción primaria— esperaba en el muelle la llegada del El Mallorquín para recibir a Alberta —doña Alberta, profesora de instrucción primaria—, pero mi olfato de viejo galgo de archivos me dice que sí estaba: ¿cómo no iba a esperar, si regresaba Alberta en ese precioso barquito que, con sus dos velas blancas, su chimenea de juguete, su rueda gigante y sus banderas al viento, parecía construido para transportar lindos romances por el mediterráneo?

El maestro y la maestra formalizaron su noviazgo, las dos familias aprobaron satisfechas, y en un par de años —a los mallorquines, dijo don Santiago Rusiñol, los caracterizan tres cosas: elegancia, reflexión y calma— la boda.

El maestro se llamaba don Francisco Civera Llanera, nacido en Palma. Por curiosa coincidencia los padres de Francisco eran él de Aragón y ella de Mallorca, igualito que los padres de Alberta. El padre, don Bernardo, ejercía de procurador y administraba fincas importantes. Aragonés de pura cepa, nacido en los montes de Teruel, su temperamento, amigo de la sustancia y enemigo de melindres, se refleja en el consejo dado a un empleado de los señores Maroto: «Cuando vengas a Palma quédate a comer en mi casa; si vas a la del señor Maroto, te darán sopas con cuchara de plata; si vienes a la mía te daremos pollo con tenedor de palo».

Las capitulaciones resultaban fáciles: dos familias de buen acomodo, los novios jóvenes y con su título flamante.

Una pareja ideal.

Se casaron en primavera, el 7 de abril de 1860, en la iglesia parroquial de San Nicolás, de Palma. Alberta tenía veintidós años. Su marido, treinta y dos.

Don Francisco Civera se acreditó en pocos años como uno de los mejores maestros de Palma. Los recién casados se instalaron en una habitación de la casa, amplia y señorial, que el teniente Giménez había adquirido al regresar a Palma: pertenecía al marqués de Ariany, situada en la calle de San Jaime. Algunas dependencias de mismo edificio fueron habilitadas como aulas, y en ellas montó Francisco su «colegio privado».

Maestro joven, capaz, bien preparado, feliz con el amor de su esposa, ilusionada...El Colegio Civera tenía que triunfar. Creció la matrícula. Las familias de Palma se avisaban unas a otras. Don Francisco y sus ayudantes no daban abasto. Algún día de apuro, Francisco dijo a su mujer: «¿Quieres ayudarnos hoy? Podrías dar esta lección...»

Fue un gozo para Alberta, que no se resignaba a sepultar toda su persona en las faenas domésticas. Le sobraban energías. Y le apetecía vivir intensamente la aventura educacional de su esposo.

Una señora amiga de la familia pidió a Alberta que diera clase a su hija, quizá retrasada o difícil. Alberta aceptó. De la mano de la primera discípula vino el compromiso de otra segunda, hija única que requería alguna atención especial. Comenzó la cadena.

A Francisco le parecía muy bien que Alberta abriera una escuela, con otra amiga maestra, en un pisito de la calle Brossa: el joven matrimonio estaba como arrebatado por una vocación que los unía más aún y levantaba su entrega mutua a un nivel de servicio social. Se sentían conscientes de la belleza de su esfuerzo, aceptaban alegres la fatiga. ¡Qué buen cemento robustecía la unión Civera-Giménez...!

Los discípulos invadían cada mes mas piezas de la casa de San Jaime, y las niñas rebosaban en el pisito de Brossa. Francisco y Alberta buscaron una casa grande para instalar

en ella un colegio con todas las de la ley. La encontraron en la calle Misión, frente al convento de los Paúles: con dos entradas independientes, una para chicos, otra para niñas. La alquilaron, les parecía un milagro.

Tomemos nota de un apellido. Uno de los profesores del colegio de Francisco Civera fue el sacerdote don Tomás Rullán. Alberta no lo trató, apenas lo conocía. Pero tendrá que ver en esta historia. Años adelante madre Alberta repetirá a sus hijas: «Digan providencia, la casualidad no existe; no cae la hoja del árbol sin la voluntad de Dios».

También la fama, el buen nombre conseguido por sus colegios les servía de estímulo, los empujaba a superarse: Alberta cultiva la literatura, escribe preciosamente, en prosa y en verso. Francisco perfecciona sus conocimientos de matemáticas, y gasta horas de la noche en componer un texto elemental de aritmética: piensa publicarlo, es su gran ilusión.

Se quieren, se quieren con toda el alma: en el trajín de la jornada; en la intimidad de su matrimonio; en las frecuentes aunque breves escapadas de fin de semana o de vacaciones a Felanix, donde Alberta descansa y goza tanto que describe así la felicidad de este mundo: «Cumplir la voluntad de Dios trabajando con cierta abundancia de bienes materiales... y vivir en el campo».

Francisco la adora, está pendiente de sus deseos. Como recordando aquel poemilla de los quince años, intenta decirle en versos, flojos pero expresivos, sus amores:

Que si qualque pena tenc  
Ta paraula es mon consol.

Alberta, en la energía de sus veinticinco años, es un prodigio de actividad y de orden. Serena, da paz. Cumple su tarea sin darle importancia, como si no supiera en qué ocupar el tiempo. Y no tenía las cosas tan fáciles, porque sus padres vivían en la misma casa y doña Apolonia manifestaba las rarezas de su incipiente vejez, hasta el extremo de que Francisco se





enfadaba:

—Solo por cariño a ti puedo sufrir que tu madre te moleste como lo hace.

Pero Alberta disuelve los problemas. Contenta a su madre, la convence de que el colegio es obra hermosa y santa. Encariña a sus suegros, a sus cuñadas: la familia de Francisco la consulta en todos los asuntos. Dirige la economía familiar, lleva la correspondencia, reparte bienestar. Los meses discurren suaves y sabrosos en la casa de la calle San Jaime.

Y ¡quién lo dijera!, Alberta no parece tener otra ocupación que dedicarse a su marido. Vive para él, solo para él. Extrema la finura con un ingenio que vale un potosí. Una noche Francisco se retrasa: reunión con los amigos, o alguna lección prolongada, Alberta, que lo espera, piensa que Francisco tendrá pena cuando llegue y la encuentre despierta, aguardándolo. ¿Cómo evitar a su marido el fastidio y ahorrarle las excusas por la tardanza? Alberta da una vuelta a los relojes de la casa y los retrasa: así Francisco pensará que todavía es temprano.

Francisco llevaba su propio reloj, pensó que su mujer era realmente un regalo del Cielo.

Y yo que soy un romántico me repito la frase que en alguno de sus libros dirigía Tagore a su esposa:

Me pondré de rodillas y tomaré reverentemente tu alma en la cuenca de mis manos...»

Porque el amor gana consistencia y profundidad cuando lo escolta el respeto.

Años más tarde, las alumnas de madre Alberta se maravillarán porque le oyen palabras tan certeras sobre la vida de familia, sobre la relación de una mujer cristiana con su esposo, sobre los cuidados del hogar.

Las alumnas adivinan detrás de los consejos de madre Alberta las huellas de una experiencia personal. Recogen cuidadosamente los párrafos. Madre Alberta los dice, a unas de palabra a otras por escrito:

—Si el ama de casa es aseada y cuidadosa, el esposo encuen-

tra en su casa la felicidad y no siente la necesidad de buscarla en otra parte.

La mujer debe prevenir los gustos y deseos de su esposo para satisfacerlos.

La ropa aseada y remendada con pulcritud puede contribuir a la felicidad.

Si después del trabajo u oficina vuelve el esposo a su casa y encuentra el desorden, la ropa sin botones, el traje sin asear, insensiblemente se apodera de él el malestar y necesitando descanso y distracción, los busca fuera de casa. Para evitarlo, la mujer prudente disimula sus penas y hace a los otros la vida agradable.

La mujer virtuosa y prudente guarda `para ella sola los pequeños disgustos y sinsabores de la vida diaria. Ella hace agradable la vida familiar a su esposo con detalles al parecer insignificantes: una flor en la mesa de su despacho, una comida o un postre a su gusto particular, la ropa interior o de vestir preparada por ella misma con todo esmero, una conversación grata, un paseo...

Todas sus aspiraciones deben encaminarse a servir a Dios labrando la dicha del hombre que le da su nombre. Cifre usted su ventura en la que logre para su esposo; este es el medio más seguro de alcanzar la propia paz y la más pura alegría».

¿Y cuándo llegaron los hijos?

El primero, enseguida, al año de casados. Nació el 3 de marzo 1861 y lo llamaron Bernardo.

Pero intencionadamente he retrasado la noticia, para cerrar con una tristezaza alegrías que narra el capítulo. Así pasa en la vida. Alberta, desde ahora, desde sus pimpantes veintitrés años, va a entrenarse en aguantar. Besa la mano de Dios, pase lo que pase. Escribirá más tarde:

«Tener muchas tribulaciones es señal del especial amor con que Dios ama. Si soy tan miserable que no sé desear los desprecios y trabajos, me esforzaré en conseguirlo, sufriré, sin quejarme, cuanto Dios me envíe».

El primer niño de Francisco y Alberta, Bernardo, mu-

rió al año de nacer, el 21 de agosto de 1962. Para entonces ya estaba Alberta bastante adelantado de una niña que nacería a primeros del año siguiente, el 8 de enero de 1863: la llamaron Catalina Thomás.

La nena va a ser el segundo dolor del largo vía crucis que los planes de Dios han previsto para la joven maestra de Palma.

En el libro *Del Amigo y del Amado*, escribió Ramón Llull esta parábola:

—Dime, amigo —preguntó el amado—, ¿tendrás paciencia si te doblo tus dolencias?.

—Sí —respondió el Amigo— con tal que dobles mis amore.

Alberta Giménez de Civera: Aguanta, se te doblarán las dolencias...y tus amores.



# 4

Bendigamos la mano  
que nos hiera



La estancia veraniega en Felanix ofrece a los cotizados maestros palmesano Civera-Giménez las únicas semanas verdaderamente tranquilas del año. El curso 1864-1865 había sido notablemente duro, con los dos colegios repletos de alumnos. Francisco terminó su texto de aritmética durante el invierno. Alberta repartía sus horas libres de clase entre el cuidado de la casa, la atención a doña Apolonia y lo mimos a su nena Catalina Tomás, que gracias a Dios cumplía dos años y medio de edad muy llena de salud y encantadora.

Francisco y Alberta estaban deseando que llegaran las vacaciones. Y en seguida salieron con la niña camino de Felanix.

En el pueblo contaban, además de la familia de doña Apolonia, con muchos amigos. Aunque Palma no era todavía ese gran hotel internacional en que hoy se ha convertido, el contraste de la capital con el campo resultaba notable. Ya el viaje pacífico en la carreta a través de la gran planicie entre fincas flanqueadas de higueras y algarrobos, anchos almendrales, olivos, y el horizonte invadido de aspas de molinos que con su brazo incesante deban a Unamuno la sensación de que veía «a la tierra trabajando», representaban una inmersión saludable en la calma mallorquina. Montículos con pequeñas ermitas y cruces se van pasando de uno a otro los saludos del viajero, hasta divisar el alto perfil de San Salvador, el santuario que mercedamente llena de orgullo a Felanix.

¡Al fin, Felanix! Una de las villas más importantes de la isla, con un término municipal variado y rico, abundante en excelentes viñedos que respaldan una industria alcoholera que fue pingüe. Su comercio es activo con los poblados del sureste

de Mallorca, y dispone de salida al mar en Porto Colom, invadido hoy, como todas las calas del cabo Freu al cabo Salinas por bullentes enjambres turísticos.

Felanix presume de contarse entre las trece villas fundadas por Jaime II. Cuenta con hijos ilustres en su historia (Guillem Sabrera, el artista de la Lonja de Palma; Joanot Colom, jefe de las Germanías; Estelrich, nuestro gran escritor), y recientemente ha concursado al honor de ser conocida como patria de Cristóbal Colón. Con argumentos que no parecen más febles que los aducidos por eruditos de otras ciudades. Colón sería hijo bastardo del lánguido príncipe Viana que aquí estuvo preso, en el castillo de Santueri, a mitad del siglo XV; relativamente preso, pues entretenía sus ocios con las mozas del contorno, una de las cuales, Margarita de la Alquería Roja, le dio un hijo que sería el descubridor. Colón, aunque por línea bastarda, entraría de este modo en el linaje de nuestros Reyes Católicos, como sobrino carnal de don Fernando e hijo del que fue primer prometido de doña Isabel.

Sea lo que quiera de esta gentil historia, y haciendo un paréntesis para anotar que también el fenomenal ciclista Guillermo Timoner ha nacido en Felanix, a la ciudad le basta y le sobra como título de nobleza la buena pasta con que están hechos sus habitantes, gente la más sana y agradable que se puede encontrar por el planeta. Aún hoy aquí los labriegos han conseguido salvarse del tumulto. Y quien desee conocer el alma de la Mallorca que sin remedio se nos va, tiene que gastar horas de palique en estas casas calientes, sosegadas, olvidando las estampas del folleto turístico y enterándose de cómo funciona una buena noria o cuantas horas hay que dejar los pimientos secándolos al sol.

A Felanix le punza una secreta espina: que en la carrera del progreso, Manacor ha dado el estirón y le saca la cabeza. Las dos ciudades distan solo catorce kilómetros y desde tiempo inmemorial se disputan la jefatura de la comarca. En noviembre de 1836 el ayuntamiento de Felanix elevó a la Reina Gobernadora un escrito razonando los motivos por los cuales debía atribuirse a Felanix la cabeza del partido judicial atribuida a Manacor. La verdad sea dicha, aquello no estuvo del todo bien,



porque los razonamientos eran consistentes, pero la ocasión... En agosto del año anterior, los carlistas de Manacor se habían lanzado contra el Gobierno central a favor de don Carlos y, como es lógico, la «inmortal Cristina» no estaría bien dispuesta a favor de Manacor. En fin, la cosa pasó y pelillos a la mar.

Lo verdaderamente triste, lo que robó en 1865 la alegría de Felanix fue la peste, el cólera que cayó feroz aquel verano sobre la isla de Mallorca.

No era la primera ni la última vez. Poco más de cuarenta años antes, en el otoño de 1821, la fiebre amarilla se había llevado cinco mil almas de los muros de Palma.

Y en Palma comenzó este verano de 1865

¿Será cosa de las aguas, de la salinización del subsuelo, de la escasez de corrientes? El consumo de agua potable alcanza cifras que los pozos no pueden sostener. Los ingenieros afirman que la existencia de corrientes de aguas pirenaicas hasta Baleares, es solo una leyenda, y que Mallorca no cuenta de veras más que con el agua de lluvia.

Me imagino que a mediados del siglo pasado los organismos sanitarios luchaban en inferioridad contra los elementos.

Cayó el cólera sobre Palma.

Las cartas al principio no eran alarmantes, pero podía temerse cualquier cosa.

Pronto las noticias se hicieron lúgubres.

El padre de Francisco escribió a Felanix. Que ellos se quedarán quietos en el pueblo con la nena, aunque avanzara el verano, pues los preparativos del curso habían de aplazarlos. Familias enteras huían de Palma y no se pensaba que las escuelas abrieran en septiembre. La madre de Alberta, doña Apolonia, vino a Felanix.

El cólera rebotó de los muros de Palma, invadió la campiña. El terror se apoderó de los labriegos.

En Felanix comenzó suavemente. Las familias se avi-

saban en secreto cuando alguien quedaba en cama. Una onda de pánico entraba en los hogares.

Alberta y su marido, por la condición de letrados, ejercían influencia en los labriegos. Alberta se empleó a fondo, utilizando incluso recursos ingenuos para descargar la atmósfera de miedo, o por lo menos suavizarla. Después de varias semanas de contagio, Felanix contaba solos diecinueve víctimas. Alberta, en presencia de los interlocutores asustados, repasaba tranquilamente la lista y formulaba esta pregunta:

«¿Qué significan diecinueve personas en una población tan numerosa como Felanix?»

Por testigos presenciales sabemos que la gente se acostumbó a decir en medio del desaliento:

«Vamos a doña Alberta, que nos animará».

Ni ellos ni la maestra podían adivinar quien sería la víctima número veinte: Su pequeña hija Catalina Thomas.

Primero cayó en cama la misma Alberta, con un ataque de catorce horas en vómito continuo, que la dejó aplastada y sin voz. Pero fue horrible que a la mañana siguiente la nena presentó síntomas de contagio.

Francisco y doña Apolonia estaban aterrados. Alberta les suplicaba con una mirada muda que atendieran a la niña. Se la habían colocado en una camita de su misma habitación. En pocos días, las dos enfermas se agravaron, y el médico las dio por desahuciadas.

Doña Apolonia quiso probar un último remedio. Sacó la nena de la habitación para someterla a un baño. Madre Alberta contó luego que una intuición percibida como un latigazo la obligó a seguir con la mirada moribunda los movimientos de su madre; porque supo en aquel momento que ya no vería más a su hija. Así ocurrió, la pequeña Catalina Thomas fue la víctima veinte del cólera en Felanix. Pasado un largo rato, doña Apolonia entró de nuevo en la habitación de Alberta, y disimuló que se ocupaba en arreglar las ropas como si no tuviera importancia haber dejado fuera la nena. Alberta, que mantenía lúcida su mente, no intentó preguntar, porque comprendía que la engañarían.

Y nada preguntó, ni a su madre ni a su esposo, en va-

rios días. La gravedad prosiguió hasta el extremo de que doña Apolonia viendo morir a Alberta, le hablaba al oído entre sollozos, repitiéndole jaculatorias, y Francisco, pálido, sonámbulo, le cogía las manos y le tocaba los pies, temiendo que ya el frío se adueñara de aquel cuerpo amado. Alberta no conseguía sonreír, pero pensaba que para morir tendría que ponerse peor, notaba todavía sus reservas.

Superó la crisis, mejoró. Francisco recuperó la vida, pero no la miraba a los ojos. Y ella no se atrevía aún a preguntar por la niña. Pasaron varios días, pudo inclinarse en el lecho, comenzó a tomar alimento, leía algunas páginas. Estando Francisco fuera de casa trajo el cartero unas cartas y doña Apolonia las llevó a Alberta para que se entretuviera en abrirlas. En la primera, Alberta leyó el pésame de unos amigos de Palma por la muerte de la niña. Cuando Francisco volvió, lloraron al fin abrazados los dos.

Regresó a Palma una mujer derrotada. Alberta acepta la voluntad de Dios. Será una constante de su vida. Pero una cosa es el reconocimiento teórico del dominio del Señor, una cosa la oración que se dice en un momento de fervor y otra este rosario de golpes que van a servir de entretenimiento, de crisol, hasta sacar de la jovencita animosa una recia encina.

Alberta regresa a Palma pidiendo a Dios que les dé un hijo...y se lo concede.

Todavía ella ignora cuánta sangre cabe en el cáliz que con su nombre está colocado sobre el altar. Mejor que lo ignore, porque si nos avisaran de antemano qué cantidad de dolores puede caer sobre nosotros, moriríamos de espanto.

Abrieron sus colegios, reorganizaron la casa. Los dos se entregaron animosos al trabajo. El compendio de aritmética escrito por Francisco circulaba ya en bonita edición por las escuelas; su prestigio de profesor crecía sin parar, y planeó presentarse a las oposiciones de inspector. Alberta se restableció con el otoño benigno; en el otoño anunció a su marido que a fin de primavera tendrían un niño.

Vivieron dos años tranquilos, el 66 y 67. A fines de

abril de 66 nació efectivamente un hijo, y en recuerdo del primero tan prematuramente perdido, le pusieron el mismo nombre de Bernardo. A la primavera siguiente, el 20 de marzo de 1867, nació el cuarto y último de los hijos del matrimonio Civera-Giménez. Lo llamaron Alberto.

Entretanto Francisco había recibido un honroso encargo, que demuestra el alto aprecio que los círculos intelectuales de Palma le dispensaban: La Normal de maestros hubo de enviar a Madrid, para cursos especiales, uno de sus profesores; como sustituto en la cátedra llamaron a don Francisco Civera.

El año terrible, que destrozaría al parecer sin remedio el corazón y la existencia de Alberta, fue 1868.

A las puertas del verano enfermó el niño Bernardo. Alberta ya no entendía qué misteriosa reza usaba el Señor Dios en su familia. Termió lo peor y acertó: El 19 de julio murió el pequeño.

A punto de volverse loca, Alberta se agarro al puñado de carnes sonrosadas que le quedaba, Alberto, intentando adivinar cuándo llegaría el salto para arrebatarle su último tesoro. Pero esta vez el Gran Jugador cambió la baza.

Exceso de trabajo, algún comienzo de lesión, no sabía él mismo qué, don Francisco Civera se sintió agotado a las puertas del curso 68-69. Reanudó las clases, pero aquello no andaba bien. Fiebre y dolor de cabeza. Los médicos dijeron al fin que se trataba de una seria afección cardíaca, e impusieron reposo total.

Alberta prefirió de momento engañarse a sí misma y desconocer un nudo que la apretaba en la garganta: le parecía imposible. Estaba abierto un concurso entre maestras para proveer algunas de las mejores plazas de la isla, con Sóller en cabeza. Alberta presentó la documentación, estudió el programa, se examinó y obtuvo el número uno. Naturalmente renunció a la plaza, porque tenía que permanecer en Palma al cuidado de su enfermo.

Francisco empeoraba. La primavera fue angustiosa. A la entrada del verano los médicos anunciaron que el caso estaba perdido.

Palma entera se conmovió con el drama de aquella jo-



Catedral de Palma en la celebración de Alberta Giménez, venerable / Estudio fotográfico Paulino

ven mujer que en el plazo de seis años había visto morir tres de sus cuatro hijos y perdía ahora a su marido.

Alberta permanecía entera al pie de la cruz. No le interesaba nada que no fuera rodear de cariño las horas de su enfermo. Ella ni pensaba ni sentía, a ella le sobraban energías y las cosas no podían acabar tan mal. Lo único importante: que Francisco no supiera, que Francisco la notara junto a él, siempre con él.

Pobre Alberta, pobre mujer enamorada. Quizá los grandes maestros de la mística no adivinaron que una noche oscura puede atravesarse al lado de la cama donde se te deshace lo único que en el mundo quieres.

Habían recitado juntos sus oraciones cada noche a lo largo de nueve años de matrimonio, habían comulgado juntos. Alberta cuidó los últimos sacramentos de Francisco, le dijo al oído las frases de consuelo, besó su frente, le cerró los ojos. Era el 17 de junio de 1869. Don Francisco Civera murió a los 41 años de edad. Su mujer vistió y arregló el cadáver antes de abandonarlo definitivamente en las manos de Dios.

Le quedaba Albertito. Su único despojo de la pelea larga que se iniciara tantos años atrás, cuando un lindo barco de velas blancas y chimenea humeante llegó de Barcelona, trayendo fresca, reluciente, una joven maestra, casi una niña maestra. Su único despojo, las carnes de un niño de dos años.

Le quedaba el niño, le quedaban sus padres ancianos, le queda su colegio. Continuaría dando clases, ganándose la vida. Trasladó el colegio a una casa más pequeña en la esquina de Torrella y San Jaime, frente a la parroquia. Ella, ¿qué podía hacer? Años más tarde escribiría a una discípula:

«Dobleguemos nuestra cerviz, resignémonos y bendigamos la mano que nos hiere».

He aquí el lenguaje de quienes tienen la mirada encendida. Lo había dicho antes Juan de Ávila: «Aquel Señor que hiere sabe lo que hace y hace lo que nos cumple, y por eso, pecho por tierra, hemos de adorar sus juicios y conformarnos con su voluntad».

En la sociedad española del siglo XIX, una viuda joven es una mujer indefensa que debe ser protegida por sus parientes y vivir en cierta penumbra hasta que quizá se le presente la oportunidad de segundas nupcias. Madre Alberta lo sabía perfectamente y lo dirá a Florentina Borja, cuyo marido murió:

«Ha perdido usted un escudo que la defendía y tiene ahora que escudarse a sí misma con su modestia y recato, ya que el mundo y la sociedad ha de ser más exigente con usted».

Pero los padres de Alberta, en lugar de protegerla, necesitaban su protección. El niño había de vivir, ella lo sacará adelante. Alberta es la energía de su casa, el motor: Si ella se para, la casa se hunde; la alegría de los suyos: Si ella se abandona al dolor de su vida afectiva destrozada, todos se hundirán en la tristeza; la llave de la despensa: Las reservas económicas de la familia han sufrido un fuerte quebranto y conviene pensar en un futuro inmediato, achaques de los padres y estudios de Albertito.

Jesús en Naín tuvo compasión de la pobre viuda que lloraba ante el cadáver de su hijo único:

«No llores».

Como si la estampa de aquella desolación fuera excesiva y el Señor no pudiera consentirla. Una mujer viuda a la que se muere el único hijo. Ya no cabe mayor soledad.

El Señor Jesús salvó el último de Alberta, para no tener que resucitárselo: Quizá esta pobre mujer pisaba las lindes de la resistencia humana.

A ella no le surgían dudas de cara al futuro. Cuidar a sus padres. Educar al niño.

Pero...

Aquella iglesia frente al colegio le venía bien. Aprovechaba los ratos libres, un minuto entre idas y venidas. Cuando volvía a entrar reanudaba el coloquio con Dios, como si hubiera dejado la conversación pendiente. Le surgió inevitablemente

la pregunta:

«Si encontrara una solución para sus padres, alguien de la familia, una residencia, quizá Saturnino, que ya es suboficial de la Guardia Civil y pronto se casará..., y colocará en un colegio a su hijo... ¿Por qué no religiosa? ¿Podría irse monja?»

La vocación de Alberta no nace teñida de romanticismo, en esos mismos tiempos tan frecuente y espectacular: Del fracaso sentimental, una huída al convento.

Dentro de muy pocos años, y precisamente en Mallorca, el pilar del modernismo literario, Rubén Darío, sentirá un vahído de altos soles y querrá probarse el hábito de los cartujos de Valldemosa:

¡Ah, fuerza yo de esos que Dios quería!

...

Poder matar el orgullo perverso  
y el palpitar de la carne maligna...

...

Sentir la unción de la divina mano  
y oír como un Pitágoras cristiano  
la música teológica del Cielo

...

Y quedar libre de maldad y engaño  
y sentir una mano que me empuja  
a la cueva que acoge al ermitaño  
o al silencio o la paz de la Cartuja.

Además de estos versos, la veleidad vocacional de Rubén nos ha dejado un espléndido cuadro de Vázquez Díaz con la testa gruesa del poeta enfundada en la capucha.

Alberta no tenía que machacar «un orgullo perverso» ni había sido arrebatada por «el palpitar de la carne maligna». ¿Cansada, quizá? Tampoco, pues veremos en seguida la mina de energía que llevaba dentro.

Mucho más sencillo y razonable. El arranque vocacio-





nal de Alberta me parece muy cerebral, resultado de un curioso razonamiento en la presencia de Dios sobre el sentido de la vida. Alberta (lo veremos en su momento) cuando una larga existencia en el convento haya decantado, haya posado estas actividades de su juventud, no es mujer que se deje agitar por los sentimientos. Los percibe, hondamente. Los vive. Pero en ella domina la lógica, una serena rigurosidad intelectual. Fundamentalmente, Alberta es una mujer de talento notable, por encima de la raya común. Ajusta su conducta a reglas razonadas y aceptadas.

En los ratos de soledad de esta iglesia, Alberta se pregunta por qué y para qué. Por qué y para qué Dios ha permitido, ha querido que a ella le ocurrieran estas cosas. Que a los treinta y dos años se encuentre con el marido muerto, con los niños muertos, si ella a su marido y a sus hijos los quería tanto, y aún le quedaba un margen tan ancho de amor para quererlos.

Se pregunta por qué y para qué.

Comprende que Dios la espera en algún sitio.

Empieza a mirar, silenciosamente, sin hablar a nadie, en su contorno de Palma.

La esperan.

¿Dónde?

Hay un fervoroso convento de clausura.

Alberta se pregunta:

¿Habrà para ella una cita en la clausura?

# 5

Una llamada, una vocación



Alberta Giménez / Archivo de la Casa Madre

Disponible forzosa.

Alberta es hija de un militar, conoce el término. Así podríamos expresar de un modo aproximado la situación humana y sobrenatural en que ella se encuentra: disponible forzosa, pues a golpe de hacha, el Señor le ha ido podando el árbol de su familia y de sus ilusiones; hasta dejarla mirando a nuevos horizontes, que ella presiente, pero sería incapaz de explicar.

Sabe ya que en algún sitio la esperan.

Se pregunta si será en un convento de clausura.

Debo confesar que me impresionan fuertemente los nueve años de casada que vivió Madre Alberta. En las páginas anteriores el lector recuerda que dejé escrita, como de paso, una alusión a la noche oscura. No se me escapó la palabra, verifiqué la referencia cuidadosamente. Hay una acción misteriosa de la Providencia en la vida de esta mujer que se instala suave, perfectamente, dentro de un cuadro normal de existencia, profesional y familiar, luego se ve acosada por desgracias sistemáticas: la muerte de un hijo, la muerte de una hija, la muerte de otro hijo, la muerte de su esposo. Todo se le ha venido al suelo como un castillo de naipes. ¿Por qué, para qué? ¿Hacia qué metas está destinada, cuál es su hoja de ruta en los planes de Dios?

A la hora del mediodía del 2 de marzo de 1870, doña Alberta Giménez recibe en su casa una curiosa visita.

En realidad se trata de una embajada.

Son los visitantes el Alcalde de la ciudad de Palma y un canónigo de la catedral llamado don Tomas Rullán, apellido

que anotábamos como profesor del Colegio Civera.

Ni el Alcalde ni el canónigo conocían hasta el momento presente a doña Alberta, le hablan por primera vez.

Vienen de parte del señor Obispo.

Alberta, asombrada:

—¿Del señor Obispo?

El canónigo explica: no está muy claro que sea ella la persona que buscan, y de antemano le ruegan que perdone la molestia. Pero el señor Obispo desea hablar a una señor maestra, viuda de «Civera», y el canónigo, que tuvo la dicha de dar clases en el colegio de don Francisco — santa gloria haya— ha pensado que se trataría de una pequeña confusión con el apellido Civera. Esta señor maestra le ha sido indicada al Obispo por un señor Moragues...

Alberta interviene: Seguro que se trata de los Civera, pues don José Moragues de mucho tiempo atrás es amigo de don Francisco, que en gloria esté, y suyo también.

—¿Y en que puedo servir al señor Obispo?

Lo que tiene a Alberta extrañada es la presencia, amable y silenciosa, del Alcalde.

Don Tomás, el canónigo, prosigue, sin demasiada prisa por llegar al núcleo del asunto. Como si le interesara, tanto o más que la conversación, estudiar las reacciones de su interlocutora. Y el Alcalde, pues parece que tampoco anda con prisa.

(Ni que decir tiene que los padres de Alberta, doña Apolonia y el antiguo oficial, ya retirado, de Carabineros, don Alberto, habían visto con asombro la llegada de los notables visitantes, y estarían preguntándose cual sería el tema de la charla.)

El caso es que Su Ilustrísima el Obispo necesita una persona preparada, con título de maestra, culta, con dotes de mando, virtuosa, y como el señor Moragues le asegura que en usted se dan estas cualidades...

Alberta sonriente: que ni Su Ilustrísima ni ellos den valor a las apreciaciones de don José Moragues, tan buen amigo como para ver en ella dotes que no posee. De todos modos le gustará saber si en alguna cosa puede servir ella al señor Obispo.



Y ya el canónigo se decide a descubrir sus cartas. Desde luego Alberta no esperaba semejante propuesta. No la esperaba, tarda en reaccionar; dice don Tomás Rullán que el señor Obispo desea verla para encargarle que tome las riendas del Colegio de la Pureza.

—¿Del Colegio de la Pureza ? ¿A mí...?

Ahora comprende Alberta el porqué de la presencia del Alcalde.

Hagamos un poco de historia.

Me maravilla lo que son los nombres, que producen resonancias completamente distintas según caen en oídos nuevos o acostumbrados. Cuando he dicho a los amigos de Madrid que estoy trabajando en la historia del Colegio de la Pureza y que madre Alberta es fundadora de las Religiosas de la Pureza, les ha sonado raro este nombre con sabor a devociones del siglo XIX:

—Colegio de la Pureza, Monjas de la Pureza... Anacrónico, ¿no te parece?

Sonrió, porque a mí me lo pareció al principio.

En cambio, si encuentro un mallorquín, aunque sea a miles de kilómetros de las islas, me contesta:

—Cuánto me alegro; ¡ah, La Pureza y madre Alberta!

Su exclamación significa que «está dentro» de lo que esos nombres valen en la historia moderna de Mallorca. Son los nombres como una moneda gastada, conocida, van de mano en mano. Y en este caso, una moneda de oro.

El Real Colegio de la Pureza de María Santísima, fundado en Palma el año 1809, constituye una auténtica rareza, un caso singular en las instituciones docentes de nuestro país a todo lo largo del siglo XIX.

Debe su nacimiento al Obispo Nadal, don Bernardo Nadal y Crespi, notable figura eclesiástica de la España de 1800. Nació el Obispo Nadal en Sóller, fue canónigo deán de la catedral de Palma y pasó luego a la nunciatura de Madrid como oficial de la misma. Hombre inteligente y moderno, amplio de miras, era de los pocos eclesiásticos que veían con buenos ojos



ciertas corrientes ideológicas del siglo XIX, que estaban para nacer. El 20 de abril de 1794 volvió a la isla como Obispo de Palma, pero en aquel barullo de después de la guerra de la Independencia lo llamaron a Cádiz para que presidiera las Cortes extraordinarias de 1811: Nadal juntaba con su condición de eclesiástico intachable en espíritu liberal que podía convertirle en árbitro sereno de la confusión en una posguerra, donde no se sabía si con los gabachos invasores había que arrojar de la península todas las ideas de progreso simbolizadas por la revolución francesa.

En Palma, el Obispo Nadal mantenía contacto directo con los centros de enseñanza, con los artistas, con las personas cultas. Conocía y estimaba mucho a una señora viuda, doña María Arbona, dama distinguida que se había dedicado a las labores de bordados con tal aplicación y talento que sus piezas eran admiradas en las exposiciones internacionales... Y se vendían a buen precio. La señora Arbona, viuda de Ferrer, tenía una hija, María Ferrer, que heredó las aficiones y el gusto primoroso de su madre. Las dos trabajaban mucho y vendían muy bien.

El Obispo habló largamente con ellas hasta que logró convencerlas: Las iba a poner al frente de un colegio en el cual enseñarían su arte de bordado a las jóvenes mallorquinas.

Las tres dieron vueltas a la idea, ampliaron el proyecto inicial, visitaron los edificios que les podían convenir. De todas las casas posibles, la mejor era el palacio solariego de los Desclapés, que había pasado a la familia Rossinyol. Y los Rossinyol acababan de venderlo precisamente a doña Antonia Nadal de Palou, sobrina del Obispo.

La sobrina de Su Ilustrísima dijo que le prestaría encantada el edificio, aunque ya comprendía que lo iba a perder para siempre y sin cobrar.

De este modo, mientras España ardía en la descomunal defensa de su independencia, nació en Palma el año 1809 el Colegio de la Pureza de María Santísima, «fundación piadosa—dicen las historias locales de aquellos años—que ha venido a ser en toda la provincia el luminoso foco de la enseñanza de la mujer». Era oficialmente patrono y propietario del cole-

gio, el obispo. Nombró rectora a doña María Arbona, y vicaria a su hija doña María Ferrer; doña María, madre, murió quince años más tarde, y le sucedió en el cargo de rectora doña María, su hija. Realmente la rectora del Colegio Pureza (conocida en todas las islas baleares como alma de la institución) ha sido María Ferrer.

Era un gran tipo el Obispo Nadal. Cuentan las crónicas que su amistad con la señora Arbona y su hija se debe a que un día le sorprendió la maravilla de un bordado. Preguntó quién lo hizo y quiso conocerla. En enseguida su imaginación se puso en marcha. Y de las primeras lecciones, que a manera de ensayo funcionaron en casa de la señora Arbona, ha saltado a un colegio grande en este edificio que los mallorquines llaman Ca'n Clapés, donde el Obispo sueña ya con reunir la flor y nata de las niñas de Palma. Y de todo Mallorca, porque habrá internado.

Nadal necesitaba para su Colegio dinero, maestras y un reglamento. Pensó las normas, las discutió con la Rectora y la Vicerrectora, escribió el reglamento de su puño y letra.

En él se responsabilizaba el Obispo como Protector, que nombrará delegado suyo a un canónigo de la catedral. Confía que la economía del Colegio podrá apoyarse en «el trabajo, limosna, fundaciones u otros recursos» y en las pensiones que se cobre a las niñas internas: «De todos estos arbitrios se hará una sola masa, la cual sirva para todo lo necesario e indispensable». Pero la enseñanza era gratuita, y por lo mismo cortos los recursos. Nadal contribuyó con su dinero, y consiguió que en 1814 su sobrina Antonia regalase la casa. Suyo el edificio, el Obispo dirigió las obras de reforma gastando en ellas catorce mil libras mallorquinas. De las rentas de la mitra, asignó al Colegio una dotación de mil libras anuales.

La rectora, según los estatutos de Nadal, la nombra el obispo: «Aquella que por el conocimiento que se tuviere de su virtud e idoneidad, prudencia y conducta se crea más útil». Su cargo será vitalicio: este quizá fue el error de Nadal porque condenaba el colegio a envejecer con sus rectoras.

¿Y las profesoras? Para resaltar el carácter cristiano del Colegio, el Obispo llama «hermanas» a las profesoras, Herma-

nas de la Pureza de María Santísima, y las divide en «maestras», dedicadas a la enseñanza, y «coadjutoras», ocupadas en las faenas de la casa. Nadal no se mete en más líos de votos, vida religiosa, situación canónica: comenzarán y terminarán el día con rezos comunes en la capilla, y enseñarán a las alumnas la doctrina cristiana. Es una delicia el párrafo de los estatutos referente a las cualidades de las profesoras:

«La que pretendiere entrar en clase de hermana, sobre virtud loable y juiciosa conducta, deberá tener circunstancias de ser sobresaliente en las tareas de hilar, cose, hacer calceta, remendar ropa, lavar y hacer colada, planchar y bordar, pues así conviene para el principal objeto de educación civil que se intenta afianzar en este establecimiento, y también ha de ser leer y escribir».

Según el Colegio creció en número y en fama, aumentaron las exigencias. Las aspirantes a profesoras tenían que «bordar en blanco, de realce, de cadeneta, de zurcido de seda, de abalorio, felpilla y de oro, y sedas hasta labrar figuras, hechas como si fuese con el más fino pincel; no solo debe ser hábil en coser de toda clase, sino también en cortar todo género de vestidos, como ornamentos sagrados, y cuanto se puede desear; deber aritmética, gramática castellana, idiomas italiano y francés, dibujo y flores artificiales».

Don Bernardo Nadal y Crespí, Obispo liberal y talento de Palma de Mallorca, Presidente de las Cortes de Cádiz, murió el 12 de diciembre de 1818. Los muchachos y jóvenes de Mallorca tendrían que haberle tributado un gran homenaje, pues la verdad es que en aquellos tiempos nadie en España se preocupó de instruirles tan concienzudamente sus futuras mujeres: Ahí es nada una novia española que a principios del siglo XIX zurce seda, oro, felpilla y abalorio, borda de realce y cadeneta, dibuja, sabe cuentas y habla francés...

Doña María Ferrer sucedió a su madre en el rectorado del Colegio a fines de enero de 1824: el alumnado era ya numeroso y un real decreto firmado por Fernando VII, el 11 de marzo de 1819, le había reconocido existencia oficial.

María Ferrer, una mujer de empuje, tomó las riendas del colegio decidida a darle mayores vuelos. Tenía espíritu y talla de fundadora, con anhelos de alta perfección. Le correspondieron circunstancias difíciles que no pudo superar. Pero trazó planes bien pensados y se empleó tenazmente en ellos.

El primer paso consistía en dar a las profesoras del Colegio —las «hermanas» que el Obispo Nadal dejara en una situación canónica discretamente dudosa—aire y reglas de verdaderas religiosas. Elevó, en junio de 1826, un escrito al Obispo Pérez de Hirias—conquense y antiguo párroco de Madrid—pidiendo completara los estudios del Colegio con unas Reglas que permitieran a las «hermanas cuidar mejor su propia santificación y de la educación de su sexo, que les está confiada». Estas reglas, que María Ferrer solicita, establecen cuatro votos —obediencia, pobreza, castidad y clausura—renovables cada dos años; clausura absoluta; vida común; rezo en coro del Oficio parvo de Nuestra Señora y hábito religioso.

Desconocemos el baremo de confianza que habían alcanzado las relaciones de María Ferrer con el Obispo Hirias; el documento de solicitud está escrito con reverencia excesiva, casi, en algunos párrafos, adulatoria, y termina incrustando un epíteto sospechoso en la frase ritual: «Dios guarde la importante vida de V.S.I...».

En cambio, la respuesta-decreto del Obispo me parece cautelosa: Acepta fundamentalmente las reglas propuestas, pero las recorta. Los votos serán tres, no cuatro: elimina el de clausura. La clausura, rigurosa, sufre muchas excepciones, pues las hermanas —que él llama casi siempre «colegialas»—solo saldrán para ir todos los domingos y días festivos a la catedral, y todos los domingos y jueves festivos del año «un paseo por fuera de la ciudad, procurando retirarse de los de mayor concurrencia, y volviéndose siempre al Colegio antes de anochecer». Aprueba la vida común y el rezo, pero «nada» se innovará en cuanto al vestido por ser muy decente el que usan».

Sea lo que fuere del posible forcejeo entre la Rectora y el Obispo, las nuevas reglas convertían el profesorado del Colegio en una auténtica comunidad religiosa. Incipiente aún, a nivel diocesano, pero María Ferrer no descontaba los pasos

ulteriores».

Al año siguiente acudió el Rey Fernando VII, que le otorgó las gracias solicitadas: «Es nuestra voluntad que de aquí en adelante el Colegio... se denomine y honre con el título de Real «; y que las moradoras del Colegio puedan ser enterradas en la cripta de la capilla».

Amplió la casa, comprando a las herederas del canónigo Descallar, señoras Ceruti, la parte de la manzana que ocupaban. Y consiguió que una bienhechora, doña Inés Ribera, asignara a cada hermana un sueldo vitalicio de veinticinco duros anuales.

El Colegio prosperaba. Con sus doscientas alumnas externas y hasta cuarenta y cinco internas, en la mano firme de María Ferrer, obtuvo prestigio nacional. Educaba las hijas de las familias distinguidas de Mallorca; y sus labores de bordados se hicieron célebres, las solicitaban de la Península y del extranjero para todas las exposiciones escolares, tan del gusto de la época.

Pero a María Ferrer la venció un enemigo que rebasaba sus fuerzas, contra el cual no podía ella enfrentarse con éxito; los vaivenes políticos del siglo XIX.

Su colegio contaba con dos etiquetas que podían haberle servido de escudo protector en tiempos razonables: era una institución católica, diocesana, pertenecía a la Mitra. Las familias y los gobernantes religiosos habían de verlo con cariño. Tenían pos fundador a un notable liberal, el Obispo Nadal Crespí: Su recuerdo debía asegurarle simpatía de los círculos «Ilustrados».

Pues no, señor, al más clásico estilo ibero, le cambiaron las tornas sacudiéndole recio por la izquierda y la derecha: los cavernícolas, porque su padre fue liberal; los tragacuras, porque allí mandaban el obispo y las monjas.

Le pusieron cerco por medios infalibles: el dinero. Si a una institución de enseñanza se la deja sin recursos, el hundimiento es seguro.

María Ferrer luchó fieramente, como una trigueña defiende sus cachorros. Hasta límites heroicos: la Rectora y las hermanas recortan gastos, se privan de comer, vestían trajes

viejos remendados, se imponían en los recreos y por la noche horas extraordinarias de trabajo para vender bordados.

Por si fuera poco, las trampas legales. Cuando en los conocidos vaivenes políticos la burocracia estatal se encontraba sirviendo «los principios de la razón liberada de oscuras servidumbres clericales», chupatintas de Madrid sacaban inmediatamente a colación un expediente aprobado por el Ministerio a favor de un extraño colegio en Palma de Mallorca. Tiene reconocimiento oficial, pero lo rigen unas monjas y pertenece a la Mitra. ¿Podría tolerar «la razón liberada, etc». Tamaño desatinado, que a lo mejor va a poner en peligro el futuro científico del país?

Triste pero eficaz: hundieron el Colegio.

María Ferrer, que, al tomar posesión de la Silla de Mallorca el Obispo Salvá Munar en 1851, contaba ya setenta y cuatro años, cayó enferma y se dio por vencida.

Con solo fallar la Rectora, el Colegio entró en picado: Las angustias económicas aumentaron, la disciplina se resquebrajó, las clases andaban manga por hombro. Las gentes de Palma, según el color político de su pellejo, se lamentaban o atacaban sin piedad. Los «jabalíes» de Madrid reclamaron oficialmente al Obispo «una relación histórica del Colegio, en la que se expresaran las causas de su decadencia».

El Obispo Salvá intentó vencer el maleficio. Buscó soluciones. Y no encontraba más que una: llamar religiosas de alguna congregación de enseñanza.

Los obstáculos resultaban muy serios. El sorprendente origen del Colegio merecía veneración y estima. Su figura jurídica constituía una excepción en el panorama nacional: era un colegio diocesano, dependiente de la Mitra, con reconocimiento oficial. ¿Aceptaría una congregación de enseñanza trabajar en una casa que no fuera suya? ¿Qué condiciones impondría?.

Queda otra dificultad todavía mayor. Por estas fechas, las hermanas han envejecido. La casa cuenta con diecinueve personas, caso todas ancianas, medio enfermas, gastadas, que llevan muchos años viviendo una especie de antesala de con-

gregación religiosa, con sus votos, su coro, sus costumbres. ¿Cómo integrarlas sin roces en una nueva comunidad?

El Obispo Salvá suplicó a las Religiosas del Sagrado Corazón que lo intentaran.

Ellas llegaron al Colegio en 1852, con la madre Alejandrina Teresa de Résie como Superiora. Suave y eficazmente le sacudieron el polvo al caserón, limpiaron las telarañas, físicas y espirituales. La disciplina entró en caja, las clases funcionaron, las aulas se poblaron con vida renovada. Repararon el edificio. Sanearon las finanzas, pagaron las deudas. Aquello parecía un milagro, pero solo duró año y medio: La superiora general retiró sus religiosas, sin duda porque no esperaba conseguir la integración de las Hermanas en el Instituto.

El fregado que dieron las monjas del Sagrado Corazón permitió al Colegio un respiro. Pero en 1859 renacieron los apuros, y el Obispo imploró a las Religiosas de Loreto realizaran un segundo ensayo. La congregación encargó a la superiora de Valencia, Madre Galibert, que a primeros de diciembre visitara Palma y estudiara personalmente las condiciones del Colegio. El diagnóstico resultó negativo: Las monjas de Loreto exigirían la propiedad del edificio, y además no consideran viable la integración de las Hermanas en el Instituto.

¿Estaba el Real Colegio de la Pureza herido de muerte?

María Ferrer circulaba como una sombra por los ámbitos del caserón. Ella había soñado indudablemente elevar a congregación religiosa su guerrilla de hermanas. Le cortaron el camino con tajos implacables. Ni pude llevar a puerto la fundación, ni estaba ya en condiciones de defender el colegio. Las alumnas disminuían, las hermanas languidecían, apenas encontraba alguna maestra que quisiera incorporarse al equipo en buena edad. A María, la anciana luchadora, no le restaba más que morir. Y murió el 5 de marzo de 1865, a los ochenta y ocho de su edad. Me gustaría saber que al enterrarla le pusieron en las manos, además del rosario, un pañolito bien bordado.

El Obispo Salvá enloquecía a cuenta del Colegio. Intentaba descubrir entre las menos maltrechas de las hermanas,

una que sirviera de Rectora. Nombró a Margarita Fiol en junio del 65; en noviembre del mismo año la sustituyó por Francisca Castelló; en abril del 66 escogió a Catalina Gili... En las calles circulaban ya historias malévolas, y hasta calumnias a costa del Colegio. El Obispo Salvá enloquecía sin saber qué hacer.

Y el canónigo don Tomás Rullán proseguía su charla tranquila, sin prisas.

Alberta pensaba lo impacientes que estarían en la salita de al lado su padre y su madre.

Don Tomás explicaba que el señor Obispo oyó al señor Moraques que la viuda de Civera...

La presencia del Alcalde reforzaba la petición episcopal, pues las autoridades de la Ciudad—el Alcalde pronuncia Ciudad con mayúscula, que para los buenos mallorquines el nombre auténtico de Palma es Ciutat de Mallorca—consideran cuestión de honor enderezar el Colegio.

Los visitantes se ponen en pie.

Alberta les promete—adiós, señor canónigo, adiós, señor Alcalde—que mañana mismo visitará a Su Ilustrísima.

Aceptó.

¿Qué había de hacer, si ella sabe que Dios la espera en algún sitio y esta llamada viene directa del Obispo, a quien corresponde en Palma la representación del Señor Jesús?

Ya tiene tarea. Así que salva el Real Colegio. Tendrá que ir a vivir en Ca'n Clapés, el vetusto caserón del barrio clásico de Palma al costado de la catedral.

A salvar el Real Colegio, educando niñas. Le va a servir todo lo que ella sabe de letras y lo que sabe de dolor, le va a servir el cariño derramado en su esposo y en sus hijos muertos, le va a servir incluso la rica experiencia de aquellos años en el Colegio privado Civera-Giménez alzada su penacha con la misma ilusión que el barco de Barcelona a Palma...

Sus padres, sus amigos, la aconsejaban que no acepte.

Sus padres: les da escalofríos pensar que Alberta se



vaya a vivir a otra casa.

Sus amigos: ven muy negro el porvenir del Colegio.

Pero a ella la llaman. Es el Obispo, de parte del Señor. Es una llamada, una vocación. Hará los tres votos, ella, mujer viuda con tres hijos muertos y uno vivo. Prometerá obediencia, pobreza y castidad. Es una llamada, una vocación.

Alberta acudió a la cita.

¿Y su niño?

De momento lo deja en casa de sus padres. Ella irá y vendrá las veces que sea preciso. Cuando el niño crezca, Alberta pensará que es lo más conveniente, a qué colegio llevarlo interno. Ahora lo cuidará doña Apolonia.

Alberta Giménez Adrover, viuda de Civera, escoge algún libro que llevarse al Colegio y pliega la ropa imprescindible. También las joyas que le regaló Francisco y el ramo de brillantes del día de su boda. Quiere fundir las joyas y hacer un copón para el sagrario del colegio. En el nudo del copón irá el ramo de brillantes. Será un copón bien trabajado.



# 6

Alberta en el castillo encantado



Casa natal de Alberta Giménez, Pollença

Le pareció que entraba en un castillo encantado. Aquella casa enorme, de ventanas entreabiertas, bastante sucias, que guardaba dentro de sus muros el perfume de años dorados, cuando las niñas de la mejor sociedad de Palma bordaban flores y pájaros; aquel Real Colegio, aplaudido de los ricos, mimado por el Obispo, respetado por los humildes, hoy le pareció un castillo vencido por el tiempo. Y si ella iba a ser su noble castellana, prefería imaginar que detrás de las telarañas, de las ruinas físicas y espirituales amontonadas en el caserón, dormía escondido un tesoro...

Alberta se puso a barrer. Literalmente. Si una casa está sucia, lo primero que a una mujer dispuesta se le ocurre es pillar una escoba y ponerse a barrer.

Solo que en aquel castillo encantado ¡no quedaban escobas! Si fuera un castillo de verdad, bastaría un soplo de las hadas y se pondría reluciente.

Pero Ca'n Clapés era un castillo de pega, y bien sucio.

No hay escobas. No hay farol en la escalera, quien se aventura de noche puede romperse la crisma. No hay material escolar en las aulas, no hay reservas en la despensa, no hay un plato que no esté desportillado, no hay vino para celebrar misa, no hay velas, no hay, no hay... No hay dinero, sencillamente. Hace muchos meses que no hay dinero. ¿Puede concebirse un signo más convincente de miseria que, en un caserón inmenso, con capacidad para cincuenta internas y doscientas externas, no tengan una escoba porque se deshicieron las que había y no pueden comprar nuevas?.

¿De qué viven estas pobres hermanas, pocas en número y casi todas viejísimas, qué dan de comer a esas veinte o

veinticinco niñas que les quedan como colegiales, porque vinieron de un pueblecito y saben aguantar lo que sea?.

La primera tarde Alberta sentía la curiosidad porque llegara la hora de la cena. Las viejecitas la habían recibido cariñosamente y le contaban noticias revueltas, mezcladas con las de anteaayer con recuerdos de cincuenta años atrás, cuando, recién muerta su madre, tomó posesión del Rectorado María Ferrer. Las niñas la miraban curiosas, velando apenas con tosca educación las abundantes preguntas que ellas se formulaban en torno a la nueva Rectora. Y Alberta, impresionada por la extrema pobreza de la casa, desea llegar al comedor y ver qué le ponían de cena.

Le pusieron sopas de pan y un huevo pasado por agua. Las viejecitas seguían charlando tan contentas, un poco excitadas acaso por la novedad; las niñas seguían mirando, preguntando cosas con su mirada muda. Sorbido el huevo, niñas y viejecitas plegaron su servilleta... Alberta entendió que la cena había terminado.

Ella misma contó años después que se había asustado, y que inconscientemente se le fue el pensamiento a la taza de té que le preparaban en su casa.

Al día siguiente comenzó a revisar los libros y le entregaron la caja. Treinta pesetas, exactamente treinta pesetas había en la caja del Real Colegio de la Pureza de Palma de Mallorca —«es nuestra voluntad que de aquí en adelante el Colegio se denomine y honre con el título de Real»— un día de marzo de 1870 cuando la nueva Rectora recibió los libros y las llaves.

Compró escobas y un farol.

El farol lo colgó en la escalera para que nadie por la noche se rompiera la crisma.

Y se puso a barrer. Había comprado seis escobas, y vio que a la media hora ya funcionaban otras cinco además de la suya; buena señal, niñas y hermanas deseaban demostrar su espíritu de colaboración.

Después de aquel simbólico vapuleo al polvo de la casa. Alberta sonrió a sus espontáneas ayudantes, les dio las

gracias, y corrió a lavarse las manos. Esperaba a don Tomás el canónigo para ir juntos a ver al Obispo.

Durante marzo y abril de 1870, el señor Obispo Salvá recibe, un día sí y otro también, la visita de don Tomás y doña Alberta. Hacen poco a poco revisión del estado en que el Colegio se encuentra, y trazan el plan de actuación inmediata.

Alberta que ya tiene el contacto directo con la realidad de Ca'n Clapés piensa que no conviene echar la imaginación a volar: cuenta con unos elementos concretos y un personal desvencijado, una mansión entristecida, unas finanzas moribundas.

Ella y don Tomás redactan, para someterlos a la aprobación del Obispo, dos documentos: uno articulado que sirva de reglamento al colegio, y unas bases para llevar a puerto esa barca naufragante que es la comunidad de Hermanas de la Pureza. Maduramente pensado, pero ambos documentos sencillísimos, sin más pretensión que echar a andar de manera razonable. Habrá tiempo de proyectar, dentro de unos años, a largo plazo. Ahora se ocupa en operación de salvamento, en servicio de urgencia.

Las metas que cumplir están bien claras: hay que llenar el colegio de alumnas; hay que montar un cuadro de profesores para las alumnas.

Por lo que a las niñas se refiere, una tarea previa: disipar, cuanto antes, en seguida, de aquí a septiembre próximo, esa atmósfera de sospechas, de maledicencias, esas medias palabras que circulan en Palma sobre la seguridad moral del Colegio.

En cuanto a las profesoras, restaurar en lo que sea posible los ideales de santificación por la enseñanza a que aspiraban las Hermanas de la Pureza; utilizar cuando convenga las pocas energías de las Hermanas ancianas, en alguna clase de materia sencilla, o en labores; y captar elementos nuevos, jóvenes...

Lo malo de este programa tan sensato es que había de realizarlo una sola persona: doña Alberta. ¡Y con treinta pese-

tas!

El Obispo, que no las tenía todas consigo en cuanto al éxito de la operación y nos dará este mismo verano una prueba contundente de sus reservas, comenzaba a confiar que quizá el milagro asomara al horizonte. Y como expresión de una fe incipiente, puso cuatro mil reales sobre la mesa. A fin de cuentas era él quien había embarcado a esta dama en semejante aventura, si bien equivocando inicialmente el apellido.

Pero ya Su Ilustrísima no iba a confundir el apellido de Alberta. La vio ponerse al trabajo sin más historias, cargarse de clases durante toda la jornada; sin otra ayuda eficaz que la de don Tomás, el pobre canónigo que pasó de embajador a maestro, pues lo mandaron a parlamentar con doña Alberta viuda de «Civera» y ahora se ve metido en este berenjenal hasta el cuello.

Conviene guardar las formas, piensa el Obispo, y además nadie sabe si estos documentos servirán luego para la historia. Porque visto en frío parece un acto de cinismo, teniendo cuenta de las circunstancias en que el colegio se encuentra. Por si acaso, y de cara a la historia, don Miguel Salvá y Munar, Obispo de Mallorca, firma el 23 de abril de 1870 un nombramiento a favor de la «señora doña Alberta Giménez, vecina de esta ciudad»: «Vengo en nombrar a usted para el indicado oficio de hermana, esperando del buen celo de usted y del interés cristino que se toma usted por la educación e instrucción de las niñas, que lo servirá usted a satisfacción mía y con provecho del Colegio que está bajo su protección».

Según los antiguos Estatutos del Colegio, la Rectora tenía que ser escogida entre las hermanas. Por eso el Obispo firma primero este nombramiento de hermana, «a favor» de Alberta. Una semana más tarde, el 1 de mayo, Su Ilustrísima la nombró Rectora.

Y con la misma fecha, le firmó otro papelito a don Tomás el canónigo: lo nombraba Visitador del colegio, es decir, delegado suyo con plenos poderes.

Hagamos un alto, lector.



Desde que iniciamos esta historia, llevamos manejadas unas fechas que reclaman atención; que si el año 1837 nació madre Alberta, que si el año 1860 se casó, y el 62 se murió un hijo, y el 68 otro hijo; que si en 1870 la nombraron Rectora...

Estos años de la segunda mitad del siglo XIX merecen algún respeto.

Mallorca es una isla y la gente piensa en seguida en un trozo de tierra «aislada», desvinculada del mundo, al margen de la marcha universal de la Historia.

Pero el mar separa... y une. Depende de cómo se entienda y cómo se utilice. Una isla tiene abiertos todos los caminos, puede sentirse unida, sin obstáculos, a cualquier costa lejana. Los vientos la alcanzan desde todos los puntos de la rosa.

Además esta mujer que protagoniza nuestra historia, va a emplear la parte central de su biografía en montar un dispositivo de enseñanza, de educación. Por eso no la podemos tener desconectada de su época, de sus tiempos. Ella interesa al mundo, pertenece al mundo, pues se dedica a la tarea de mayor influencia en la configuración del futuro. Y el mundo, su época, presiona sobre ella.

1860, 1868, 1870...¿Cómo es la época en que vive madre Alberta?

¿Qué está pasando estos años en el mundo, en España, en Baleares?

Solo unas notas.

El balance histórico de Mallorca hacia 1850 no era en verdad halagüeño. Las Baleares llegaron cansadas a la época contemporánea. Un mallorquín enamorado de su tierra, Joaquín María Bover, cerraba un primoroso trabajo titulado al mejor estilo decimonónico: «Noticias histórico-topográficas de la isla de Mallorca, estadística general de ella y períodos memorables de su historia» a mitad del siglo XIX, con la letanía de lamentos que aniquilaron la «antigua opulencia» de la isla: «Ocho conmociones populares, siete contagios, cinco épocas de hambre, las pérdidas de muchas naves destinadas al servicio de sus reyes y

las cuantiosas sumas con que esta universidad hizo soportable los gastos de varias guerras que en nada tocaban a la isla..., la nueva senda que los portugueses abrieron por el Atlántico a las mercaderías del Oriente que venían de Siria y Egipto a los puertos del Mediterráneo...; y el descubrimiento de una cuanta parte del mundo y el haberse hecho Cádiz y Sevilla los emporios del comercio español...no solo hicieron caer de su pujanza a nuestra Balear mayor sumiéndola en el último desaliento, sino que le quitaron del todo aquel esplendor que avivó los deseos de tantas naciones para conquistarla».

No era fácil que Mallorca reconquistara «la antigua opulencia», estimada sobre todo en los fulgores políticos de una dinastía propia. Sin embargo, la mitad del siglo XIX marca para Mallorca el arranque de una nueva etapa de orden económico.

La penuria de comunicaciones había frenado el desarrollo mallorquín para la explotación agrícola e industrial de su suelo, y para el comercio exterior. Hacia 1830 el problema de las comunicaciones se convierte para Mallorca en una obsesión, que da frutos afortunados. En junio de 1837 una empresa privada establece la primera «diligencia de servicio regular» entre Palma e Inca—«porque no le permite otra cosa el mal estado del camino que resta hasta Alcudia»—. Y en octubre del mismo año inicia sus travesías regulares de Palma a Barcelona El Mallorquín, un lucido barco ya conocido nuestro.

Vale como un símbolo esta profecía que el Diario Constitucional de Palma insertó en el número correspondiente al 27 de octubre de 1837: «Tiempo vendrá en que facilitadas las comunicaciones, poblada toda la superficie de Mallorca, será toda ella un grande caserío».

Se estaba operando una revolución económica que habría de llevar ritmo nuevo a las venas de la isla. El poder central aflojaba impuestos que habían resultado intolerables, comenzaba la explotación de minas en Binissalem, se establecía la Diputación Provincial. La industria tomó vuelos. En 1803 no había en Mallorca más que 30 talleres de cardar lana; en 1857 la isla contaba con 37 fábricas de lana y 117 de cáñamo, 6.030 husos y 918 telares. En 1860 realiza el primer censo de

las 361.790 hectáreas de la tierra mallorquina. Doblan pronto el regadío, con relación a los primeros de siglo. La desecación de zonas pantanosas elimina las fiebres. A los cereales, el vino y la oliva, se agrega el cultivo del almendro en gran escala. Los almendros existen en Mallorca desde tiempo inmemorial, pero no fueron explotados. En 1860 ocupa el almendro 5.314 hectáreas, que se doblarán en 1900. Antonio Fluxá crea en Inca el 1870 La primera fábrica de calzado reuniendo los mejores artesanos de la localidad. En veinte años Inca montará once grandes talleres que distribuyen por el mundo zapatos de calidad a precio barato. En 1875 la compañía Ferrocarriles de Mallorca inaugura la línea Palma-Inca; tres años después los Ferrocarriles del Centro y Sudeste abren la de Palma-Manacor. Mejoran las carreteras y se amplían las instalaciones del puerto.

En 1800 Mallorca tocaba apenas los 150.000 habitantes, de los cuales vivían en Palma 32.000. En 1890 alcanza la isla sus 250.000 habitantes, y Palma los 63.000. Con el nivel económico y de población, se despierta el afán de cultura. En 1842 inician sus cursos regulares el Instituto Balear y la Escuela Normal de Maestros. Con los cuadros recogidos de los conventos al verificarse la desamortización, crean un museo; y con sus libros, la biblioteca provincial.

La política española sufre por estas fechas los bandazos más fuertes del siglo XIX. En 1833 murió Fernando VII, y los tradicionalistas se echaron al monte a la niña Isabel II el nombre de don Carlos. En 1835 Mendizabal ejecuta la desamortización, y en 1836 cierra los conventos. En Mallorca salen de sus casas 765 religiosos. Tras la militarada de Espartero, las Cortes proclaman a Isabel II mayor de edad, el 15 de octubre de 1843. Narváez, O'Donnel, Espartero, Istúriz... Hay un mareo de relevos en el poder supremo, hasta que en 1868 la revolución de septiembre obliga a la Reina Isabel a huir a Francia. Republicanos y carlistas acosan a tiros al Gobierno provisional. Las Cortes proclaman a don Amadeo de Saboya Rey de España en noviembre de 1870.

Justo mientras nuestra Rectora comienza el curso en el Real Colegio de Palma.

Pero el Rey va a durar menos que la Rectora. A principio de 1873 abdica don Amadeo, y las Cortes proclaman la República. Un año más tarde, el General Pavía meterá los soldados en el Parlamento y enterrará la República. El 29 de diciembre de 1874, el General Martínez Campos proclama en Segundo Rey de España a don Alfonso XII.

Hasta su incorporación al Colegio de la Pureza, doña Alberta conservaba su colegio privado. Lo tuvo que cerrar. Algunas discípulas se matricularon en la Pureza, por continuar con su maestra.

En cambio, nada más entrar en su nuevo Colegio, la Rectora hubo de expulsar a cinco de las colegialas. Dada la situación anterior, edra lógico que las alumnas quisieran tantear la energía de la nueva Directora, para conocer hasta qué punto toleraría un forcejo. Doña Alberta comprendió, y cortó por lo sano: puso en la calle a las cinco niñas más rebeldes. Lo creyó una lección saludable para las que continuaran en el colegio. Sin embargo—los jóvenes son así de leales—una de las que marcharon le dedicó un bonito elogio:

—Aunque prometa hacer lo que usted me exige, la engañaré, cosa que no quiero, porque usted no merece que la engañe. Así que me resigno a irme, aunque lo siento.

Este juicio juvenil, cuando la Directora ha llegado a restablecer la disciplina y enderezar los estudios, vale por sentencia del más exigente tribunal.

La mayor dificultad, en este primer curso decisivo para saber si aquello tenía arreglo, la encontró Alberta en la escasez de personal, que traía como consecuencia los apuros de tiempo.

No conseguía meter en la horma de cada jornada el trabajo previsto. Repartió el trabajo entre todas, asignando a cada hermana un lote de clases un lote de clases y actividades que no rebasara sus fuerzas, y las de casi todas eran tan feble... Les escribió a cada cual una hoja con el horario y las faenas que le tocaban. Todo lo que había en el plan general y quedó sin asignar, pasaba a la hoja de la Rectora:

—Clase de internas, externas, hora de recibir visitas, co-

responsabilidad, preparación de labores, cuidado del refectorio de las niñas, instrucción de hermanas, rezo del oficio parvo, meditación, examen particular, visita al Santísimo, examen de la noche...

Con estos suplementos:

—Cuidará de la limpieza de la capilla de San José. El segundo domingo de mes hará el retiro. Procurará tener una palabra la niña o hermana que vea angustiada. Cuando escriban cartas las niñas, Harán un repaso y corregirá su redacción. Los domingos cuidará que las hermanas que estén con las niñas las entretengan convenientemente con lecturas amenas o conversaciones edificantes. Si le queda algún rato los domingos, podría aprovecharlo con la hermana, novicia o aspirante que más necesite sus amonestaciones.

Esto no lo sabe el señor Obispo, él no calibra aún a qué mujer titánica ha encomendado su Colegio. El Obispo piensa que la venida de Alberta —¿Cirera? ¿Civera?— al colegio representa un parche que de momento evita la ruina. Nada más. Continúa él pensando que ha de encontrar una solución definitiva. En el mes de agosto, a los cuatro meses de firmar los flamantes nombramientos de la nueva Rectora, el Obispo tantea discretamente si las Religiosas de Jesús y María podrían encargarse del Colegio, y el 31 de agosto escribe a la Superiora General pidiéndole formalmente que le mande un equipo. La Reverendísima le dio un palmo de narices; lo cual se le estuvo muy bien, y perdón por señalar, señor Obispo, pero está feo esto de embarcar a una señora en tan fenomenal tinglado, y entre tanto, mientras ella deja la piel en el Colegio, buscarle sucesoras.

Quien ayuda en la empresa con toda su alma es el buen canónigo. Don Tomás cumple a conciencia su oficio, y va más allá de lo que podría esperarse. Ha tomado como suyo propio el compromiso de la Rectora. Ella lo distingue con su confianza sin límites, se considera hija suya, y le consulta como director espiritual. Coinciden los dos en el fundamento sobrenatural de su entrega a estos arduos trabajos. Y en la selección de métodos pedagógicos. Y en la generosa renuncia a los propios intereses. Y en la capacidad de servicios. Coinciden, se llevan bien, son

padre e hija, son dos amigos verdaderos. Quizá sin don Tomas, Alberta hubiera naufragado en esta primera salida. Por eso Dios lo puso a su lado.

Don Tomás Rullán había sido canónigo en la catedral de Menoría. Luego pasó a Palma, y le llenaron de cargos y honores. Sacerdote cabal, se jugó la vida asistiendo a los apesados y a las monjas enfermas cuando el cólera. Lo que sobre todo le importaba era la enseñanza. Y fue a terminar en el Colegio, codo a codo con Alberta... Da las clases de religión, suple a la Rectora cuando ella se ausenta, vigila las cuentas, confiesa a las chicas. Don Tomás, para Alberta, es un padre, un amigo de aquellos que según la Escritura no tienen precio.

La primera semana de estancia en el Colegio, doña Alberta realizó un cuidadoso inventario.

A veces necesitó que le explicaran dónde fue a parar un objeto, cuándo se adquirió el otro. Preguntaba. Invariablemente le respondían:

—Esto lo sabrá María Eloy  
María Eloy lo sabía.

No era nadie en el Colegio, ni hermana ni profesora; una joven interna que ya llevaba cuatro años en la casa, y la utilizaban, cuando era preciso, como auxiliar.

Alberta se la atrajo, le dejó abierto un costado de confianza por si la muchacha se decidía a entrar. María no lo dudó, se zambulló de cabeza en el cariño que se le ofrecía. Nacida veintiún años antes en Montuiri, en el centro de la isla, trajo a Palma un espíritu limpio. Limpio lo conservaba.

La estudiante y la Rectora no tuvieron que hablar mucho para entenderse perfectamente. María se puso a caminar al lado de Alberta: junto a la Directora en los barridos, en la cocina, en la colada... Y luego se quedó con ella en la capilla. Y sin saber cómo, resulta que también por dentro, en la oración, en la bondad, en el sacrificio estaba junto a ella.

Quiso la Rectora que María formalizara sus estudios cumpliendo los exámenes para hacerse maestra. Y María se puso a estudiar.

De las hermanas ya mayores, Alberta se conquistó rápidamente a dos, que con sus cincuenta y siete y cincuenta y ocho años de edad llevaban cuarenta de vida en la casa. Siempre unidad, tenían, no obstante, diversa idea del mundo y sus embrollos: hermana Fornés había guardado una a una las lecciones de su larga experiencia, más bien amarga; hermana Frau parecía, por ingenua, recién sacada de la pila bautismal. Desde aquellas semanas intensas de comienzo, Alberta se acostumbró a pedir consejo a hermana Fornés y a descansar en hermana Frau. Las dos la adoraban.

Así que pronto empezó a poblarse el sistema planetario de la nueva Rectora; mes a mes descubría estrellas nuevas, hermana Guardiola, Catalina Togores y otras que recordaremos en su momento.

Ellas fueron testigos de la profunda y rápida transformación del Colegio. Ellas supieron que le habían llenado el horno de brasas nuevas, al viejo caserón.

Muchos años más tarde le tocaba a una de ellas escribir los versos de felicitación a la Madre por su cumpleaños, por el fin de curso, por los habituales pretextos de las casas de enseñanza. Volvía los ojos atrás, y en palabras triviales, pero bien verdaderas, cantaba:

Se le dio un arbusto  
débil, macilento...

Madre Alberta responde que ellas han sido su consuelo y su fuerza. Un día María Aloy pidió insistentemente que le dedicara una poesía en mallorquín. La Rectora solía desahogar en verso las efusiones de un corazón cuidadosamente contenido en la vida diaria, para no lastimar con preferencias. Alberta escribió a esta hija que Dios le regalaba un poema simbólico de su propia existencia;

—Con el corazón lleno de tristeza,

« cansat de tant de sufrí »,

emprendí un largo camino... Anda que te anda, cansada ya y

desanimada, llegué a la entrada

«d'un gran castell encantat»;

veo abiertas de par en par sus puertas y pienso que aquí hallaré remedio a mis males...Un anciano me dice...que cultive el jardín...;cava, quita malezas, siembra, riega...,todos los años me traerás dos grandes ramos de jazmines, mirtos y claveles... Y pasa un año, y no me es posible coger el ramo... Y pasa otro año, y otro...Hasta que un día por la mañana,

«quant regava sa murftera»,

veo en un rincón un clavel sobremanera hermoso...Flor hermosa, tu me consuelas en mis afanes y amarguras... Ya no pienso en las fatigas infructuosas..., bendigo mi suerte.



7

Directora de la Normal de Maestras



**Saturnino, hermano de Alberta** / Archivo de la Casa Madre

A mí no me parece un milagro, aunque en Palma estaba la gente asombrada, y más que nadie el Obispo. No me parece un milagro, porque si una mujer dotada de talento claro y corazón generoso vuelca su capacidad maternal en un caserón como Ca'n Clapés, ha de notarse enseguida un olor fresco de lejía, a suelos limpios, han de florecer las ventanas... y las almas.

Las niñas del Colegio cambiaron de cara, se les hizo franca la mirada, confiada. El horario de clases funcionó con regularidad matemática, a costa de sacrificios de la Directora y del capellán: Alberta y don Tomás suplieron todos los fallos. Las comidas se reforzaron increíblemente, a pesar de las finanzas tan canijas. Y como Palma en realidad era una ciudad íntima, todas las damas de la villa supieron que hasta las cuatro hermanas viejecitas que en La Pureza quedaban como restos de un histórico naufragio adoraban a la joven maestra, viuda de Civera.

Pasó un solo curso, de 1870 a 1871, y ya desde aquel verano el título se mudó definitivamente en labios de las gentes de Palma: la joven maestra, viuda de Civera, pasó a ser doña Alberta Giménez, directora de La Pureza.

Su prestigio ascendió en vertical.

Monseñor, el Obispo, tan contento; él se calló ladina-mente las desconfianzas del verano pasado; va a recibir estos días una de las satisfacciones más sabrosas de su vida. Gracias a esta viuda joven que él creyó una maestrilla piadosa, ¡quién lo dijera!

Ocurre que los personajes campanudos de Palma andan ocupados con un asunto grave; la creación de una Escuela Normal de Maestras.

El 29 de enero de 1839 se había inaugurado en Madrid el primer Seminario de Maestras de España, que sería realmente la Escuela Normal Central. Palma de Mallorca abrió la suya, Escuela Normal de Baleares, el 17 de octubre de 1842: el Jefe político —así llamaban entonces al gobernador civil—, don Miguel Trías, pronunció el discurso, «en el que puso de relieve la importancia que tiene una Escuela Normal, ponderando y enaltecendo la misión del maestro, su influencia en la cultura y prosperidad del país». Su primer Director, don Francisco Riutort, había estudiado en la Normal de Madrid y había visitado las de Francia. Una casa pensión aneja a la Normal cobijaría los alumnos de la isla, pensionados por los ayuntamientos, dos niños o uno, según la importancia de cada pueblo: pagaban cinco reales diarios los internos, y cuarenta reales al mes los externos.

La Normal de Baleares llevó vida próspera, con aplauso general. El número de muchachas que deseaban trabajar de maestras en los pueblos era escaso; y se examinaban en la misma Normal de varones, aunque no acudían a las clases oficiales.

Pero en este año de 1871 el Ministerio ha dictado una orden suprimiendo los exámenes de mujeres en las Normales de varones; a las jóvenes de Baleares no quedaría otro recurso que pasar a la Península para el examen.

Los personajes campanudos de Palma andan buscando una solución.

El renacimiento económico que viven las Baleares en la segunda mitad del siglo XIX va acompañado por un esfuerzo cultural notable; hay en las islas afán de aprender; y lo que importa más, hay en los responsables políticos de la región afán de que el pueblo se instruya.

Desde que Jaime I conquistó las Baleares, el desarrollo intelectual de la zona puede resumirse en dos grandes épocas. La primera desde el siglo XIII hasta finales del siglo XVIII, y está dedicada preferentemente a las ciencias del espíritu: Teo-

logía y Filosofía. Acaso tendríamos que añadir, como exclusivo aspecto técnico, la Cartografía, que tuvo siempre en Mallorca maestros de renombre mundial.

Si podemos tomar la fecha, al menos como indicativa, el 1232, a los tres años de la reconquista, nace Ramón Llull en Palma. La potencia intelectual del Doctor Iluminado alcanzaría según Castelar, «cimas que dan vértigo», y le conquistaría un puesto en el famoso catálogo atribuido a Fray Luis de León:

«Tres sabios hubo en el mundo:  
Adán, Salomón y Raimundo».

Nada tiene de sorprendente que Mallorca se sintiera desde el primer momento depositaria de la «gran hoguera» del lulismo, fermento del movimiento intelectual que sazónaría la Corona de Aragón. El 31 de agosto de 1483 Fernando el Católico firmó en Córdoba un decreto «autorizando a los Jurados de la Ciudad y Reino de Mallorca para erigir una Universidad donde se estudiasen todas las Artes y Ciencias». Es le espaldazo oficial a casi dos siglos de enseñanza luliana sostenida por preclaros maestros contra ataques tan fieros como el de Nicolás Aymerich. La decisión del Rey Católico disponía de buena base económica: doña Beatriz de Pinós había legado una fortuna de las escuelas lulianas de Randa y Miramar, y doña Inés Pax de Quint había dotado con cien libras anuales la cátedra de lulista catalán Pedro Daguí en el edificio llamado Estudio General. Precisamente en estos años dos fervorosos lulistas, Prats y Caldentey, han introducido la imprenta en Mallorca, han establecido su taller en Miramar y publican por sí mismos, sin ayuda de los expertos alemanes que dirigen las demás imprentas de la Península, las primeras obras.

El Estudio General se desarrolla. En 1526 Carlos V le confirma las prerrogativas y le atribuye los títulos de Universidad Imperial y Regia. Las escuelas lulianas cambian de sede cuando los jesuitas se establecen en Montesión, y propiamente no alcanzan rango universitario hasta que, en abril de 1673, el Papa Clemente X las aprueba, les confiere la calidad pontificia y les otorga facultad de dar grados.

Sin embargo la escasez de recursos iba a impedir que

el Estudio General despegara con vigor en aquel momento tan oportuno. La dificultad se gravó con las presiones de las diversas tendencias que componían el «abigarrado conjunto» de la Universidad naciente; canónigos, frailes de varios hábitos, jesuitas, obligaron a que los cursos de Filosofía y Teología se explicaran según la doctrina de las cuatro escuelas máximas, a saber, luliana, tomista, escotista y suarista. Multiplicidad de cátedras que podrían enriquecer el ingenio de los jóvenes estudiantes, pero empobrecía hasta la miseria los recursos de las viejas arcas.

La Universidad mallorquina entró agotada en el siglo XIX; no pudo vitalizarla ni la inyección de locales y dineros que Carlos III le propinó en 1769, asignándole, extinguidos los jesuitas, el edificio de Montesión y sus correspondientes fondos de «misas, aniversarios y memorias pías». En 1824 perdió la Facultad de Medicina, y en 1830 fenece. Comienza en estas fechas la segunda época en la historia de la instrucción balear; la enseñanza desciende de las nubes teóricas a la práctica, se extiende a las masas populares, ensaya nuevos métodos pedagógicos para responder a las necesidades de la vida moderna.

A finales del siglo XVIII se ha fundado en Palma la Real Sociedad Económica de Amigos del País, con elementos tan activos como el que pronto será Cardenal Antonio Despuig. La Sociedad impulsa la creación de Escuelas de Matemáticas, de Cirugía, de Náutica, de Dibujo. Sus esfuerzos van a ser respaldados por una dinámica Diputación Provincial, que apoya los estudios de Economía y Agricultura.

En los primeros años del siglo XIX está Jovellanos desterrado en Mallorca. Tras una breve estancia en la Cartuja de Valldemosa, lo tienen, de 1802 a 1808, encerrado en el castillo de Bellver. Jovellanos trabaja intensamente. Se convierte en el inspirador ideológico de la Sociedad de Amigos del País de Palma; redacta para ellos una memoria que estudia los medios y las metas de la instrucción popular en las islas.

Las experiencias del Real Instituto Asturiano que había fundado en Gijón, y las meditaciones del castillo de Bellver, ofrecieron a Jovellanos la base para el Plan General de Instrucción Pública, que siendo ya miembro de la Junta Suprema de

Gobierno escribió en Sevilla el otoño de 1809: reclama que la instrucción primaria y la universitaria sean separadas mediante institutos « en las capitales de provincia o en pueblos» para que «abunden en el Reino buenos físicos, mecánicos, hidráulicos, sin cuyo auxilio nunca podrían ser ni conservar abiertas las fuentes de la riqueza pública, ni la nación alcanzará aquella prosperidad a que están acreedoras». Los amigos de Palma hicieron honor a la confianza de don Gaspar Melchor de Jovellanos. A finales del siglo XVIII, recién nacida la Sociedad, habían fundado escuelas de primeras letras y de «hilazas al torno»; habían estimulado con premios de Agricultores, Artes y Comercio la iniciativa popular; habían solicitado, para mejorar los vinos de la isla, los consejos de la Economía de Sevilla, que les remitió una explicación completa del tratamiento de los vinos de Jerez y Sanlúcar; y para aumentar el ganado lanar, una memoria de la Sociedad Vascongada. Ahora estaban dispuestos a realizar el sueño de Jovellanos: crearían el Instituto Balear. Lo consiguieron. Fue tramitación costosa, pero el Instituto quedó listo en 1835, el año de la excomunión de religiosos en Mallorca con cierre de muchas escuelas conventuales. En el mes de enero de 1836 el Instituto Balear abrió sus aulas, con cátedra de humanidades castellanas, lengua francesa e inglesa, latín y griego, ciencias matemáticas y legislación. Heredaba, y remozaba desde luego, la categoría social de la fenecida Universidad. Le corresponde además un puesto de honor; después del de Jovellanos en Gijón, el Instituto de Palma es el primero de España. Y le sacó seis años de ventaja a la Escuela Normal.

Ahora, en el verano de 1871, la diputación Provincial ha de remediar el problema de las maestras: ¿dónde hallar edificio, personal y dinero para montar la Escuela Normal femenina?

La Diputación podría en todo caso aportar el dinero, hasta un presupuesto discreto para el sueldo de profesores y gastos de material. ¿Pero y el edificio, la dirección, los trámites administrativos, el sostenimiento de un internado?

Se les ocurrió pensar en La Pureza porque el Colegio andaba en lenguas de todo el mundo a cuenta de su resurrección.

ción.

Y si aquella mujer ejemplar, doña Alberta Giménez, era capaz de resucitar una institución moribunda, ¿por qué no podría establecer otra de nueva planta?

Ignoramos si don Tomás Rullán acogió con temor o con entusiasmo las primeras insinuaciones. Pero los sondeos se convirtieron pronto en avances de propuestas concretas, y tuvo don Tomás que llevar la oferta al señor Obispo: ¿verían con buenos ojos Su Ilustrísima el proyecto de establecer la Escuela Normal Femenina en el Colegio de La Pureza? ¿Continuando el Colegio sus actividades en el mismo edificio? ¿Y doña Alberta Giménez como directora de las dos instituciones?

Al Obispo la propuesta le encantó: el asunto tenía importancia para el futuro de las islas. Pues claro. Y resultaba gracioso que en plena revolución izquierdista, con la Reina Isabel arrojada fuera de España, y un Rey italiano en Madrid a punto de ser derrocado para dejar paso a la República, resultaba gracioso que al Obispo de Mallorca le pusieran en la mano la Escuela Normal de donde saldrían las maestras de toda Baleares. Dijo a don Tomás que llevara la conversación adelante...

Y don Tomás, previsor, avisó a doña Alberta: «Convenirá que prepare los programas y se presente a la primera convocatoria que haya en Barcelona» Alberta tiene título de maestra elemental, y para el puesto de directora de Escuela Normal se exige título de maestra superior

De este modo sucedió que los tanteos de las autoridades de Palma echaron una carga más en el horario, bien apretado, de doña Alberta; para marzo del próximo año 1872, ha de rendir examen en Barcelona. Estaría feo no lograr sobresaliente.

Pues ya lo creo que la Escuela Normal de Maestras tenía importancia para el futuro de las Islas Baleares.

Este de la escuela es un viejo pleito de España. Desde Costa a nuestros días ningún español ha dejado de diagnosticar que todos nuestros males arrancan de la enseñanza primaria; faltan escuelas, muchas de las que existen carecen de instru-



mentos necesarios, los maestros están mal pagados y no se les da la categoría social correspondiente a su alta misión. Ya está dicho, mil veces dicho. Pero el mal sigue sin remedio. Quizá lo solucionen las nuevas condiciones sociológicas del país; cuando se acaben de morir todos los pueblo pequeños, absorbida su población por las ciudades mastodónticas, desaparecerá el problema de las aldeas sin maestro. ¡Qué triste ironía!

Durante siglos hemos sido incapaces de resolver la deficiencia más grande de la nación. Y quienes tuvimos la dicha de contar en la infancia con un buen maestro, sabemos que en los sillares que coloca la escuela es donde se apoya el futuro de cada persona.

A la Normal de Maestras de Mallorca tocaría preparar una mujer por cada pueblecito de las islas, una mujer que despertara la sensibilidad infantil, una mujer que enseñara a leer a las niñas, a coser, a rezar, que acompañara las crisis de la adolescencia y pusiera a las muchachas camino de su plenitud. Una mujer, la maestra, que en la mayoría de los pueblos será, con el párroco, la única luz encendida más arriba de las urgencias materiales.

Claro que la Escuela Normal tenía importancia...

En marzo de 1872, mientras doña Alberta Giménez ganaba en Barcelona su sobresaliente de magisterio superior, los diputados provinciales Fuster y Salvá ultimaron las bases del acuerdo y redactaron el escrito que la Diputación elevaba al señor Obispo:

«...tomada por el Gobierno la disposición de que aquí no se den títulos de maestras, como antes se daban, porque no hay establecida Escuela Normal de mujeres, la diputación se ha ocupado de la manera y forma como la establecería en esta ciudad de Palma de Mallorca, para que sin salir de la provincia, puedan todas las aspirantes a maestras recibir el título... Ha llegado el momento de señalar el local..., se ha fijado en el Colegio de la Pureza de María Santísima, que para el indicado objeto reúne las mejores condiciones... Creyendo que, cuando no haya formal inconveniente V.E.I... ha de querer cooperar a la realización de tan útil pensamiento... Se digne consentir que se establezca en el Colegio de la Pureza este centro de enseñan-



za...»

El 3 de abril contestó el Obispo que sí, subrayando la condición de que sería directora de la Normal la que fuese rectora del colegio: de este modo la Normal quedaba sujeta al obispado, pues el nombramiento de la rectora, según ya sabemos, correspondía al Obispo. Nació en Palma de Mallorca lo que luego hemos llamado una Escuela Normal de la Iglesia; ¡corría la primavera de 1872!

El uno de mayo la Diputación atribuyó a doña Alberta Giménez la dirección de la Normal, «con la gratificación de quinientas pesetas anuales y la tercera parte de la mitad de los derechos y matrícula que ingresen en el establecimiento», Vila y Salóm, Presidente de la Diputación de Baleares, lo comunicó a las interesada el día 2 de mayo. El 13 tomó posesión ante don Juan Muntaner, presidente de la Junta Provincial de primera enseñanza.

El presupuesto —dos mil pesetas anuales en profesorado y material—, el plan de estudios, la ficha de la directora y el cuadro de profesores —don Tomás en la cátedra de religión y moral— fue enviado al Ministerio de Fomento de Madrid: el 22 de mayo un escrito del Director General de Instrucción Pública daba las gracias a la Diputación y sellaba con los crismas oficiales la Normal «bajo el amparo de las leyes, teniendo todos sus actos el valor académico que corresponde».

Alberta y don Tomás ocuparon el verano en acoplar el edificio a sus nuevas funciones; el Colegio y la Escuela Normal tendrían independencia, con alumnas distintas, plan, horarios y programas diversos.

Pero estarían sostenidas las dos instituciones por la misma columna. Hasta el Obispo sabe ya que no le fallará esa «joven señora viuda de Civera». Hasta EL Obispo la llama ya «doña Alberta».

Ella tuvo a mano una fórmula para no asustarse: trabajar, entregarse con toda su alma a la tarea que le confiaban.

Abierta la matrícula, enseguida se vio que la Normal sería un éxito.

Doña Alberta medía, ante la lista de alumnas, el alcance de aquel trabajo nuevo. Por las impresiones que reflejan sus escritos se aprecia que desde el primer momento ella comprendió que la Normal de Maestras ponía en sus manos los hogares de las islas, pues prácticamente todas las maestras que educarían la mujer mallorquina iban a salir de aquellas aulas. Viene a la mente el dicho clásico, que se atribuye a Fernando el Católico y a Carlos V en visita a Salamanca; «Este es el tesoro de donde proveo a mis reinos de justicia y de gobierno».

Aquel caserón que Alberta encontró dos años hace invadido de telarañas, ha de ser la reserva espiritual de Baleares, el almacén de donde proveer a los hogares de ternura, de amor.

Parece preciso que la Directora ensanche su propio corazón hasta llenar la casa, y que así la casa sea toda un latido fervoroso.

Octubre llegó enseguida.

Las hermanas viejecitas del Colegio, estupefactas, no podían creer a sus ojos: aquel enjambre ordenado de niñas que iban y venían por los pasillos de la casa, uniformadas, sonrientes, hacendosas. En el piso superior funcionaban las clases de la Normal, en la planta baja, el Colegio.

Doña Alberta Giménez conocía de sobra los riesgos que amenazaban su gestión como directora. Le iban a medir con un rasero difícil: la Escuela Normal de Maestros, que protegía su vida pujante. Doña Alberta tenía que mirar de reojo en aquella dirección. Perería la prueba de fuego la Normal de Maestros contaba con treinta años de solera, un cuadro de profesores experimentados, locales amplios, una biblioteca bien nutrida, y acababa de adquirir un lote precioso de material nuevo; aparatos agrícolas, cuadros sinópticos para historia y gramática, globos, mapas, pesas y medidas, sólidos geométricos, grandes tableros, láminas murales... Al primer director — don Francisco Riutort, nombrado inspector general de primera Enseñanza— había sucedido un fenómeno pedagógico, don Sebastián Font, inteligente y entusiasta, que bien respaldado por sus colaboradores estaba dispuesto a ganar medallas para

su Normal en todas las exposiciones internacionales.

Cabalmente había una en París el 1873, a fin de curso.

Doña Alberta aceptó aquel reto implícito; anunció que la Normal de Maestras también acudiría al certamen de París. Todo Palma entendió que sería la prueba de fuego para la capacidad y la resistencia del nuevo equipo que regía el Colegio de la Pureza.

Se trabajó duro aquel curso en Ca'n Clapés. La Directora, serena siempre, sin jamás perder la compostura, que para ella se iba convirtiendo en segunda naturaleza, daba un ejemplo infatigable; antes de la hora de las clases cumplía sus rezos, lavaba ropas, fregaba suelos, preparaba labores; y entrada la noche oía a las niñas en su despacho, ayudaba en la cocina, componía los dormitorios.

Hay que decir la verdad completa: doña Alberta llevaba una ventaja sobre el señor Font. Una ventaja que vale 15 puntos. ¿Cuál? Pues que trabaja él con niños y ella con niñas, con mujeres. Los chicos, en el mejor de los casos, se dejan arrastrar; es normal que frenen y anden a remolque. Las niñas, las mujeres, ante una personalidad como la de doña Alberta, limpia, inteligente, generosa y sincera, echan su leña en la hoguera y son capaces de dar cuanto se les pida; multiplican las energías de su conductora.

Al señor Font y a la señora Giménez les enviaron de París sus respectivas medallas. Empate a veinte. Mallorca está de enhorabuena.

Las hermanas viejecitas del Colegio habían dejado cinco noches dos lámparas encendidas al Santísimo. Para que su joven directora triunfara en la aventura.

Como Directora de la Normal de Maestras, doña Alberta conecta no solo con las pueblos de Mallorca, sino también con Menorca e Ibiza, que envían niñas al internado para conseguir el título.

Alguien había planteado dudas temiendo que la dependencia «episcopal» de la Escuela implicara recelos oficiales a la hora del reconocimiento de títulos. Una comunicación del

Director General de Instrucción Pública dispipó todos los temores: «Los títulos de maestras que se expidan en virtud de exámenes de reválida verificados en la Escuela Normal de Maestras de Baleares, con arreglo a las disposiciones vigentes son títulos oficiales que autorizan para obtener los magisterios de las Escuelas Públicas».

Otra curiosa conexión le vino a doña Alberta gracias a la Escuela. En la historia de las ideas, el siglo XIX se caracteriza por la pelea feroz que los campeones del pensamiento moderno riñen con la Iglesia Católica, contra el clericalismo, contra la influencia de la religión en la sociedad. Son los tiempos aquellos de oposición entre la ciencia y la fe: eruditos de uno y otro bando gastan años y años en analizar con lupa las concordancias o discordancias de los descubrimientos científicos con los relatos de la Biblia. Hoy sonreímos ante semejante despropósito. Pero en la sociedad del siglo XIX estas posturas de recíproco enfrentamiento turban las conciencias, y traen además como consecuencia resultados prácticos lamentables; buena parte de los educadores del pueblo están viciados por la fiebre anticlerical, y al mismo tiempo que enseñan a leer o contar o a mover la garlopa atacan los fundamentos de la fe, apagan la religiosidad de la gente, debilitan sus principios morales.

Doña Alberta, por su educación familiar, por sus relaciones, por trabajar codo con codo con don Tomás y por la dependencia del colegio con respecto al Obispado, está clasificada como «elemento reaccionario» y clerical. Pero al frente de la Escuela da tal impulso a la instrucción femenina, muestra entusiasmo tan fervoroso por los nuevos métodos pedagógicos, se entrega con tal generosidad a la búsqueda de ideas, a los contactos científicos, a los viajes de estudio, que la Mallorca «liberal y progresista» cuenta con ella como mujer moderna, actual, digna de admiración y de respeto.

En los comentarios de la sala capitular, después de coro, los canónigos dicen de doña Alberta que es una mujer de vida cristiana y apostólica.

En las tertulias del Círculo Mercantil, a la hora del café, los Amigos del País dicen de doña Alberta que es una



señora culta y avanzada.

Ya llevaba dos años de práctica —y ferviente— existencia la Normal de Maestras, cuando cayó sobre ella la primera tormenta «burocrática»

Estaba para comenzar el curso 1874-75.

Ignoramos si en efecto el Rector de la Universidad de Barcelona, Bergnes de las Casas, tuvo un simple despiste administrativo; ignoramos y había cuestión de fondo y el señor Bergnes juzgó impropio de las circunstancias políticas nacionales —que una Normal funcionara dependiendo del Obispo y gobernada por una señora que al parecer es medio monja.

Al distrito universitario de Barcelona pertenecían las Baleares y, por tanto, el Rector era el jefe de los centros de enseñanza de las islas.

Los informes que al Rector llegaron decían, al parecer, que la Normal de Maestras de Palma era una escuela libre fundada por la Diputación y apoyada por el Obispo. Sin ningún reconocimiento oficial por el Ministerio de Fomento. Pero la aprobación de las escuelas libres correspondía legalmente al rector, que en este caso no había sido consultado.

Con Fecha 20 de octubre de 1874 el Rectorado de Barcelona cursó orden al Gobernador Civil de Baleares: que clausure la Escuela Normal de Maestras y se incaute de los documentos de secretaría.

El Gobernador cumplió: ordena la clausura y reclama los libros.

Los libros se los entregaron. Pero las clases continuaron su marcha normal, mientras la Diputación instruía un expediente y elevaba reclamación a Madrid.

El Ministerio respondió por Real Orden —ya tenemos a don Alfonso XII de Rey de España— el 6 de abril de 1875:

—Que la Escuela Normal de Baleares tiene carácter de establecimiento oficial;

—Que la Diputación no estaba obligada a otros trámites;

—Que la orden del Rector de Baleares queda anulada.



El Gobierno Civil devolvió los libros a la Secretaría de la Escuela.

Y el curso remató de manera normal.

Ni es mujer dada a nostalgias ni le dejan demasiado tiempo para evocaciones románticas. Pero Alberta piensa en Francisco, su marido. Le gustaría tanto tenerlo a su lado. ¡Y cuánto gozaría él con estas realidades que superan inmensamente sus sueños de maestro! Alberta considera sagrada su misión, al igual que la considerará en nuestros tiempos otra maestra de alma grande, Gabriela Mistral: «Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe».

Alberta y Gabriela han sabido en qué última reserva de cariño descansa el secreto de la pedagogía eficaz: «Que enseñar y amar intensamente sobre la tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor».

Alberta se ha visto «llevada en volandas», se ha convertido en doña Alberta, se ha encontrado embarcada en una empresa insospechada; ella no vacila: ve clara la voluntad de Dios.

Aplica su buen sentido al enfoque del trabajo que tiene entre manos. Comprende que sola no podría el ancho programa. Y no conseguiría, sobre todo, darle seguridad, estabilidad.

Alberta empieza a hacerse preguntas, a hacer preguntas. Le pregunta a don Tomás. Pero el sacerdote adivina que los interrogantes le llegan a él de segunda mano, porque Alberta los ha desgranado previamente en la oración.

Las niñas internas veranean en Valldemosa: el viaje y la estancia constituyen una página pintoresca que carga de emociones la fantasía infantil.

Doña Alberta se lleva como auxiliar a María Aloy.

Mientras las niñas retozan por el monte, maestra y discípula platican tranquila, largamente.

Doña Alberta piensa que habría que recoger las tradiciones de la Sociedad de Hermanas de la Pureza que fundó María Ferrer. Y darle forma, consistencia. Atraer vocaciones. Forjar un plan espiritual, de perfección y apostolado. Enseñar,

instruir, con amor, con gran amor. Por Amor...

María Aloy está ya dentro de los planes de su madre Alberta.

Para María Aloy, doña Alberta ya es Madre Alberta...

# 8

Ya es Madre Alberta



Parroquia de Felanitx / Arxiu del So i de la Imatge, Consell de Mallorca



Galereta como las que usó Alberta Giménez para ir de excursión / Archivo de la Casa Madre

En estos mismos parajes de Valldemosa, donde corretean las niñas de doña Alberta, vaga todavía flotante el espíritu de una pareja de artistas neuróticos, geniales, que pocos años hace escandalizaron la moralidad pacífica de Mallorca con una conducta detonante: Federico Chopin y madame Dudevant. Los labriegos mallorquines que vieron la exótica dama vestida de hombre y fumando cigarros puros, ignoraban que ella estaba rabiosa contra su propia condición femenina. Por eso firmó sus libros con pseudónimo masculina: Jorge Sand. Ella fue quien resumió en una etiqueta los desprecios teóricos y prácticos que la sociedad dedica tradicionalmente al «sexo débil». Jorge Sand admite, en pleno siglo XIX, que la mujer «es imbécil por naturaleza».

He querido recordar ahora, cuando la Directora de la Normal de Maestras de Palma está a punto de embarcarse en una empresa que la incorpora activamente al que los sociólogos actuales llaman el cambio más profundo y decisivo de la historia contemporánea.

De la Revolución francesa hasta nuestros días se ha operado una mutación sustancial en la mentalidad política del mundo. Las formas democráticas de organización ciudadana conceden igualdad de derechos a toda persona humana, y aceptan a los poderes públicos como simples mandatarios de la comunidad, a la que sirven y a la que deben rendir cuentas de su gestión. Es lo que llamamos la revolución política, gracias a la cual queda, por lo menos teóricamente, rechazada para siempre la forma totalitaria de gobierno.

El segundo aspecto que caracteriza nuestro tiempo corresponde a la revolución social. Los trabajadores unieron sus

fuerzas a escala internacional y han conseguido, dramática y heroicamente, que el trabajo adquiriera el primer puesto en los cómputos de rentabilidad. El peso de las plantillas laborales imprime hoy caracteres específicos a la configuración de nuestro mundo.

Apoyada en esas dos anteriores, se ha desatado sobre el planeta una tercera revolución: la técnica, que en pocos años transforma el rostro de la tierra, proporcionando a los hombres medios de comunicación, de transporte, de investigación absolutamente insospechados pocos lustros atrás. Los últimos escondrijos del planeta están siendo alumbrados, y cuando tengamos bien pateada la superficie toda de la tierra acabaremos de entender los hombres que nuestro quehacer en los espacios siderales no significa solo un entretenimiento para astronautas rusos y americanos.

Ya se ve la importancia de estos cambios.

¿Cuál es el más profundo, el más importante?

Bien ponderadas las cosas, índices, estadísticas, reflejos, consecuencias, el equipo de sociólogos más exigentes del mundo ha llegado a la conclusión de que la decisiva no es ninguna de esas tres revoluciones. Hay una cuarta que modifica el planteamiento tradicional de la existencia de los hombres: es la revolución de la mujer.

Los periódicos suelen decir promoción de la mujer. Porque lo ocurrido, en realidad, ha sido que la mujer estaba como en su crisálida, utilizando a medio gas las energías que la naturaleza le ha concedido; hasta que los tiempos actuales han sacudido su marasmo, la han despertado, la han obligado a tomar conciencia de sus posibilidades, y le han descubierto que su tarea no consiste en acompañar sumisa el desarrollo del varón, como si ella fuera nada más un elemento pasivo pendiente de las veleidades de su dueño.

Muchos se alarman enseguida. Temen que promoción de la mujer signifique abandono de su misión en el hogar, donde ni el hombre ni los robots están en condiciones de sustituirla. No, la mujer ha de continuar sirviendo de apoyo a la familia. Pero de otra manera; sin limitar su campo de acción, sin dejarse atar ni a la cocina ni al cuarto de costura y, sobre todo, recibien-



Don Enrique Reig / Archivo de la Casa Madre

do un trato de paridad en los derechos humanos y valorando exactamente igual su trabajo que el trabajo del hombre. Por eso la mujer ya no está situada un peldaño más abajo que el hombre en la escala de los seres, y no tiene como única meta de su vida casarse a toda costa, conseguir un buen partido..., o resignarse a encadenar su vida a un negrero.

¿Por qué es tan importante la revolución de la mujer? Habíamos construido el mundo a base de utilizar solo la mitad de las energías escondidas en el ser humano. Le faltaban matices de gran valor que han de venirle por el costado femenino.

Por una serie de circunstancias que sería interesante analizar, la sociedad española no ha tomado todavía cuenta de la «revolución femenina» y concretamente de sus consecuencias cara al futuro. Por recoger solo un dato, digamos que las mujeres determinan ya, en casi todos los países del mundo, las grandes decisiones acerca de la guerra y de la paz, la forma de régimen, las condiciones de gobierno, la organización sindical..., gracias a un sencillo cálculo: el derecho de voto las convierte automáticamente en dueñas de los destinos de la historia, pues suman algo más de la mitad más uno.

A la promoción femenina contribuye el afán que se ha despertado en las familias para que las niñas estudien, más allá de la tradicional y sospechosa cultura general. Hoy deseamos que las chicas se capaciten en ámbito universitario o profesional responsable, hasta dejarlas en condiciones de valerse económicamente por sí mismas. Contribuyen también las organizaciones políticas y apostólicas, que darán dirigentes para el futuro. Contribuyen los movimientos matrimoniales: se ocupan de aspectos espirituales, pero llevan consigo un desarrollo de las dotes de la mujer en orden a su vida familiar y social.

La batalla ha sido larga.

Nuestro mundo histórico fue construido con el varón como base, ha desarrollado sus energías con un patrón masculino. La mujer era «huésped en casa ajena», tratada con menos o más consideraciones, pero no protagonista. Y la mujer aceptó esta humanidad rebajada, de segundo grado, que los hombres le atribuyeron.

Por las fechas en que nació Madre Alberta, una joven



norteamericana inició la rebelión femenina. Lucy Stone había nacido en 1.818:

«Una niña ¡qué desgracia!», se lamentó su madre.

Lucy creció bonita y despierta. Quería estudiar. «Eso no es para ti, le respondían, eso no es para una mujer». Hasta que a los diecisiete años se hartó. Confeccionaba un día una camisa en el taller de costura de la parroquia, oyó hablar a Mary Lyon de la educación de las mujeres; Lucy dejó la camisa sin terminar, buscó trabajo, y con un dólar por semana montó la vida por su cuenta. Nueve años más tarde consiguió que le permitieran matricularse en la Universidad de Oberlin.

Mientras en Norteamérica comenzaba de este modo la lucha legal por la promoción de la mujer, las sufragistas inglesas se veían forzadas a plantear pintorescas batallas campales en las calles de Londres: «El día en que yo, de un zurdazo a la mandíbula — cuenta Misses Ida Ros Wylie— envié al foso de orquesta del teatro donde celebrábamos una de nuestras reuniones a un sólido agente de la policía, fue para mí una jornada de gloria». Cuando la señora Emmeline Pankhurst y sus hijas se echaban a la calle, la policía temblaba. En el bolso llevaban tomates y huevos podridos para arrojarlos a la cabeza de un diputado o de un ministro, y en las manos recios bastones que blandían con feroz entusiasmo. Los fermentos sociales de la nueva existencia creada en Inglaterra por el desarrollo industrial favorecían la reclamación femenina. Pero, con razón, las mismas mujeres se sentían avergonzadas de aquellas terroristas que a paraguazos y pedradas defendían los derechos de su sexo. Londres destacó contra ellas los ataques de un humor fácil. La verdad es que sin el sacrificio, un poco ridículo de las sufragistas, la irritante servidumbre de la mujer se hubiera prolongado. Los santones del pensamiento contemporáneo seguían aferrados a los tópicos de la época de Maricastaña: «La inferioridad física de la mujer — escribía Proudhon, muy progresista, pero muy antifeminista— resulta de su no masculinidad. El ser humano completo, adecuado a su destino, es el varón que, por su virilidad, alcanza el más alto grado de tensión muscular y nerviosa... La mujer es un diminutivo del hombre».

Las sufragistas cometían un error, sin darse cuenta: Pre-

tendían convertir a la mujer en hombre. Hasta ellas daban por sentado que la medida de la perfección residía en los varones, y por eso buscaban que a la mujer se le concedieran prerrogativas masculinas. Su batalla necesitaba una corrección para ofrecer la meta que hoy vemos perfectamente clara: la mujer debe conseguir que se le reconozca el derecho y se le den los medios para ser mujer. Exactamente al mismo nivel que el hombre. Y borra hasta la última huella de aquella situación histórica que, frente a Proudhon, denunciaba elocuentemente el Padre Lacordaire: «El hombre ha ocupado contra su compañera todo cuanto ha podido imaginar en durezas e incapacidades. La ha convertido en una cautiva, en una esclava; la ha cubierto con un velo y la ha escondido en un lugar más secreto de la casa, como una divinidad pernicioso, o como una esclava perfecta. Le ha cortado los pies desde la infancia, a fin de hacerla incapaz de andar y de llevar su corazón donde quiera; la ha obligado a los trabajos más penosos, de criada; le ha prohibido la instrucción y los placeres del espíritu. La ha tomado en matrimonio bajo la forma de una compraventa; la ha declarado incapaz de suceder a su padre y a su madre; incapaz de testar, incapaz de ejercer la tutela sobre sus propios hijos. La lectura de las diversas legislaciones paganas es una revelación perpetua de su ignominia, y más de una, llevando la desconfianza hasta la extrema barbarie, la ha obligado a seguir el cadáver de su marido y a enterrarse bajo la hoguera».

En mis estudios sobre el siglo XIX, me ha correspondido investigar la biografía de varias mujeres católicas fundadoras de monjas de enseñanza. He comprobado la influencia decisiva que ellas ejercieron en esta fabulosa revolución de la mujer a la que hemos asistido, gracias a la cual se liquida una pernicioso tradición antifeminista que trae sus orígenes de las más remotas culturas del pasado.

Porque en el fondo todo el problema era cuestión de cultura, de enseñanza. Mientras la mujer no elevara su nivel de instrucción, mientras se la mantuviera en una discreta penumbra al margen de los centros de enseñanza, ni siquiera los

tomatazos de Misses Pankhurst remediarían su servidumbre. ¡Qué bien lo entendió Concepción Arenal, aquella extraordinaria mujer de la que sospechaban sus contemporáneos que se había disfrazado de hombre para seguir los cursos de la universidad !.

«La educación de las mujeres —escribía en 1869— hasta aquí podría llamarse, sin mucha violencia, arte de perder el tiempo».

La Condesa de Campo Alange ha estudiado los últimos cien años de la historia de la mujer en España. Y al comentar la ley que recientemente fue aprobada en las Cortes españolas a favor de los derechos de la mujer, comenta:

«No obstante, y a pesar del éxito logrado en este aspecto, la mujer, como se humano completo, queda con su incultura, con su falta de formación moral, social y profesional; con sus características infantiles... Todavía necesita recorrer un largo camino hasta llegar a la plena conciencia de sus derechos y sus deberes. Y es evidente —más evidente que nunca— la urgente necesidad de aumentar su bagaje espiritual, de ensanchar y cultivar su mente, de fomentar su sentido de la responsabilidad, de explotar hasta el máximo la latente potencialidad de sus características humanas».

El único modo de remitir a la mujer de aquel «complejo de estupidez» que Jorge Sand le atribuye, era instruirla, capacitarla, ocupar con ideas vivas, dinámicas, la vaciedad, la oquedad del lindo «jarrón de porcelana» en que la hipócrita admiración del hombre la había convertido.

No seré yo quien niegue que la acción educadora de las religiosas de enseñanza en la segunda mitad del siglo XIX está frenada por los hábitos conservadores de la sociedad burguesa en que las monjas se desenvuelven: ¿Cómo podrían ellas aplaudir los escándalos de las sufragistas que perturban el orden público y originan situaciones morales dudosas?

Pero el instinto que va inserto en toda dedicación leal al Evangelios, hace que las monjas de enseñanza se pongan a trabajar como zapadores infatigables en el subsuelo mismo de la gran revolución de nuestros tiempos. Ellas enseñan, instruyen a las niñas, las pasan de las lecciones de hogar y de labores

de ganchillo a la gramática, a las matemáticas, a la geografía y a los idiomas, las empujan hacía la segunda enseñanza, y las pondrán a las puertas de la universidad. Nadie que conozca bien los condicionamientos sociales de la época podría pedirles más.

Madre Alberta comienza por hacerlas maestras. Pero ella ya ve que es solo un arranque, una semilla. Quiere estar preparada para los nuevos pasos a los que le llevará esta vocación de servicio.

Necesita un equipo. El colegio, la Normal..., y el futuro, le obligan a disponer de una plantilla de mujeres entregadas que se consagren a la misión educadora. Ella sabe que hasta ahora va solucionando las dificultades sobre la marcha, con improvisaciones a fuerza de energía y de sacrificios.

Le parece tremendamente serio lo que tiene entre manos. Y adivina que será mucho más lo venidero.

Su talento práctico le aconseja una planificación.

No fantástica, no irreal, sino a base de los materiales disponibles.

Doña Alberta toma la solución práctica, inmediata. Remozará la antigua Comunidad de Hermanas de la Pureza de María Santísima, instalada por el Obispo Nadal en el Colegio, según el espíritu que luego le dio María Ferrer.

La Comunidad estaba, de muchos años, fenecida. Lo que doña Alberta encontró al llegar en 1870 al Colegio eran los restos de un naufragio: «Había quedado —la comunidad— sin formas ni reglas que se observasen».

Suele ocurrir con las instituciones que, en el lenguaje jurídico de la Iglesia, llamamos «congregación diocesana». Un instituto religioso que pretenda desarrollar sus actividades por todo el mundo, debe someter sus estatutos a la aprobación de la Santa Sede y someterse al régimen establecido mediante un control de los organismos vaticanos. En cambio, los institutos que, por hallarse en período experimental o por cubrir un programa voluntariamente limitado, se mantienen dentro del territorio de una diócesis, basta que cuente con la aprobación

del obispo y acepten su inspección.

La mayor parte de los religiosos y las religiosas que operan en las ciudades españolas son de derecho pontificio, es decir, trabajan a escala mundial y dependen de Roma, o pretenden serlo cuando obtengan desarrollo.

En cambio los países centroeuropeos disponen de múltiples instituciones de derecho diocesano, nacidas sin mayor pretensión que resolver una necesidad concreta del ambiente o del momento. Tienen la ventaja de servir como guerrilleras ágiles, simples y eficaces. Cuando han resuelto un problema, desaparecen.

Me ha sorprendido al estudiar la historia y la situación religiosa de Mallorca, encontrar un número abundante de institutos diocesanos, al estilo europeo. Supongo que habrá influido el carácter isleño de la Diócesis. Media docena de congregaciones, acogidas a la regla y al espíritu de los maestros clásicos del catolicismo, se han dedicado a tener limpias las iglesias, cuidar parvulitos, asistir enfermos, preparar los moribundos a la recepción de los últimos sacramentos y acompañarlos a su muerte. Casi no hay pueblo sin su conventito de tres o cuatro monjas, sencillas, buenas mujeres, sacrificadas, austeras y alegres, que viven con muy poco, son queridas de los campesinos, llevan los ropajes amplios de las payesas antiguas, y ponen una nota de candor y de esperanza en el horizonte monótono del campo.

Ni que decir tiene que cuando una de estas minúsculas congregaciones desaparece, por haber agotado su misión o simplemente por el desgaste de la edad, se va de puntillas sin llamar la atención.

Me parece claro por los documentos ya conocidos del lector, que María Ferrer puso el fundamento para una de estas congregaciones diocesanas cuando estableció las reglas de la comunidad al servicio del Colegio de la Pureza. Las hermanas tenían la misión de llevar adelante la empresa del Colegio. La falta de vitalidad del Colegio ahogó el proyecto de congregación, que no pasó de ser un intento sostenido por el tesón de María Ferrer.

Ahora doña Alberta utiliza aquella fórmula: comuni-



Don Tomás Rullán / Archivo de la Casa Madre

dad para el Colegio. Pero ella tiene las miras más altas, el eslabón diocesano es provisional.

Con sencillez, como si se tratara nada más de un asunto de orden interno en la vida del Colegio, y utilizando las facultades de «Rectora» que con cierta ingenuidad había recibido en el célebre nombramiento del mes de mayo de 1870, doña Alberta Giménez «recompuso» la comunidad, el 19 de septiembre de 1874, en manos de su fiel consejero don Tomás Rullán. Eran una patrulla mínima: la Rectora; María Aloy, la joven Vicerrectora que ha terminado sus estudios y funciona como secretaria personal, brazo derecho de doña Alberta; tres hermanas, Fornés la experimentada, Frau la ingenua, Guardiola cumplidora y discreta —las tres constituyen la herencia de la comunidad antigua—, y una aspirante, Catalina Togores, que ya es maestra y al rematar los estudios había confiado a doña Albertas su propósito de permanecer en la casa: «No deseo salir del Colegio, pues ni aun en el seno de la familia vivo tan a gusto como a su lado». Total seis personas. Pasemos cuentas. La Rectora tiene 38 años. Las dos hermanas viejecitas son Frau, con 62, y Fornés, con 61. Hermana Guardiola cuenta 47. Las jovencillas son Aloy, 25 años, y Togores, que solo ha cumplido 19. Media docena no parece una plantilla muy lucida. Pero depende; según sea la voluntad, el fervor. Porque a fin de cuentas, los Apóstoles eran solo doce y le pudieron al orbe.

El programa, bien sencillo: santificarse en la oración y en el trabajo. Llevando adelante, por ahora, el Colegio que les han encomendado, con la Normal dentro. Hay que tener de ojo la Normal de maestros, así que las jóvenes —entran en el cupo Togores, Aloy, la Rectora— estudiarán, sin parar, aprovechando los huecos que el horario les deje y estirando la jornada con algunas horas robadas a la noche. Deciden que María Aloy viaje a Barcelona para traerse notas de cómo funciona el Colegio que las Religiosas del Sagrado Corazón tienen abierto en Sarriá. Togores preparará el examen de magisterio superior. La Rectora —la Madre, ya es definitivamente y para siempre Madre Alberta— proseguirá sus lecturas de textos pedagógicos,

sus notas de planes de estudios, y organizará viajes a centros extranjeros donde hacer acopio de iniciativas. A ella, a la Madre, corresponde también descubrir y cultivar nuevas vocaciones.

Bueno, en realidad, a la Madre le corresponden muchas cosas, hasta conseguir que la casa marche suave y sabrosa como un hogar muy poblado en el cual haya cariño para cada una de sus moradoras.

Pero tiene la ventaja de que también le corresponde el amor de todas. Son, de verdad, hijas suyas. La adoran.

Las paredes del viejo caserón laten a buen ritmo, se les oye respirar con pulmones vigorosos. La patrulla de Madre Alberta, la media docena de mujeres, aún no son nada más que «proyecto de monja». Ensayo de comunidad, recibirán en el momento conveniente la forma decisiva. Viven, eso sí, la temperatura heroica de las grandes ocasiones. Viven una vocación. Quieren educar, instruir a las niñas de Mallorca.

Ponen sacrificio y amor en la tarea. Receta infalible para educar bien, pues según el aviso de Joubert, «los niños más necesitan de buen ejemplo que de censuras». Madre Alberta repite una consigna a sus colaboradoras:

«Siempre tranquila, siempre alegre, siempre sumisa la quiere a usted Jesús».

En este clima espiritual se abre en Ca'n Clapés el curso académico 1874-75.

Las mujeres del mundo, que han ganado su revolución y están consiguiendo la mayoría de edad, deben atreverse a salvar del ridículo el esfuerzo genial de las sufragistas de Londres. Tendrían que levantar un monumento en honor de Misses Emmeline Pankhurst y sus inocuas petardistas.

También es hora de rendir el tributo debido a las religiosas de enseñanza que en el paso del siglo XIX al XX fueron colocando, silenciosa, calladamente, las cargas de profundidad que dotarían a las mujeres del tiempo actual con los instrumentos imprescindibles para su renovación.

Mallorca se ha convertido en el paraíso de los novios,



en el refugio obligado de la «luna de miel». Aquí aparece cada verano la reina del turismo, la belleza de los mares, la mujer más guapa de Europa, la más eficiente secretaria, la «taquimeca» más veloz, aparecen veinte chicas brillantes, modernas, preparadas, que bajo diversos pretextos de hermosura física o de talento, simbolizan el tipo de mujer contemporánea.

Pues cien años hace, cuentan las crónicas del Colegio de Madre Alberta, los padres de familia mallorquines oponían resistencia a la instrucción de sus hijas: «Temían de carteos amorosos traídos en secreto, y que pudiesen arrebatarles con fraudes y engaños a sus hijas».

Y la pequeña patrulla de monjas incipientes, empeñada en que las chicas aprendiesen geografía, física y química...



# 9

Entre Palma y Valldemossa



**Don Francisco Civera** / Archivo de la Casa Madre

Resulta increíble pensar que tan pocas mujeres pudieran con la obra encerrada en los muros de Ca'n Clapés a partir del curso 1874-75. Solo a fuerza de tesón y sacrificio, a fuerza de austeridad, de dejarse la piel en el trabajo.

Muchos peninsulares que ahora viajan a Mallorca y encuentran una isla brillante, lujosa, con aspecto de haberse convertido en cobijo de existencia dorada, ignoran que el mallorquín está fabricado de un metal duro, resistente y austero. La austeridad de las gentes baleares era célebre en la antigüedad, y estuvo bien comprobada en las calamidades que de vez en cuando llovían sobre las islas. Cuentan los viejos pergaminos de Estrabón, que los baleares idearon un sistema pedagógico para adiestrar eficazmente a sus hijos desde la infancia en el manejo de la honda; les colgaban la comida en la rama más alta de un árbol y el rapaz solo comía cuando lograba derribar la presa con el tiro certero de una piedra. Ni que decir tiene que los chavales afinaban su puntería.

Aquella austeridad clásica sostiene a estas seis mujeres que, presididas por Madre Alberta, están llevando adelante tres obras simultáneas: el Colegio, la Normal de maestras y una Congregación incipiente. Parece mentira. Recuerde el lector que doña Alberta llegó a esta casa hace solo cuatro años.

El Colegio funciona «viento en popa», favorecido por la existencia de la Normal en el mismo edificio. Las clases del Colegio sirven de prácticas para el profesorado y alumnas de la Normal. En pocos años Mallorca se sentirá orgullosa del Colegio de la Pureza, que, según los diarios de la época, «puede competir en instrucción con los más adelantados del continente», llenos el internado y el externado de niñas que reciben una

«esmerada educación y sólida instrucción». El cronista añade la inevitable frase retórica que debe cerrar un artículo elogioso en el siglo XIX: «La Pureza parece un bello jardín repleto de exuberantes capullos que pronto se abrirán para el gran mundo de la vida».

La Normal no es que funcione, la Normal es un prodigio. Madre Alberta la cuida como a las niñas de sus ojos. Ha medido perfectamente la importancia de este laboratorio de maestras que han de instruir y educar a las mujeres de las Islas Baleares. En los veinticinco años que corren de estas fechas hasta fin de siglo, la Normal se afianza, se desarrolla y prospera sin una vacilación, sin un desmayo. El cuadro de profesores se amplía con hombres escogidos entre los mejores de Palma y con nuevas hermanas que van engordando paulatinamente la Congregación, y a las cuales Madre Alberta da una preparación científica concienzuda, enviándolas incluso a centros extranjeros para que dominen los idiomas. La matrícula de alumnas crece sin parar, llega a ochenta, a cien en el décimo año de funcionamiento, a ciento veintiséis el año 1887. Los trabajos de las normalistas de Palma son admirados en las exposiciones internacionales de Barcelona y Chicago, y merecen medallas que brillan en una vitrina del caserón de Ca'n Clapés. Sería injusto no copiar los elogios que circulan en las reseñas de los jerifaltes ilustrados de Palma, teniendo en cuenta que van dirigidos a «la Normal de las monjas»;

«El crecimiento de la matrícula en este centro ha sido asombroso desde hace diez años, y las alumnas matriculadas y examinadas, oficiales y libres, se cuentan por centenares, habiéndolas que han alcanzado escuelas públicas...En el año 1900 verificaron sus exámenes de reválida 34 alumnas, obteniendo el título todas ellas...En las labores propias de la mujer esta Escuela se puede considerar como un importante centro artístico, por el buen gusto de los bordados que por mil diversos procedimientos confeccionan las alumnas...»

Y es que los Amigos del País por muy liberales que sean y mucha guerra que den a los canónigos de la catedral, son



personas cultas dispuestas a aplaudir los esfuerzos a favor de la enseñanza. Veamos lo que escriben de la «Señora Giménez» —que no vamos a pedirle la llamen ellos «madre reverenda» cuando no están claros los tejemanejes de monjío que se traen entre manos las mujeres de Ca'n Clapés— :

«La directora, señora Giménez, puede enseñar, gracias a su superior talento, cualquiera de las asignaturas de la carrera, siendo las clases de Historia y de Geografía las que ha regentado con más frecuencia... La señora Giménez, ha hecho cuanto le ha sido posible para elevar la Escuela y aquilatar los fecundos resultados de su enseñanza; goza la directora en toda la provincia de merecida reputación literaria y artística, y es indudablemente una de las primeras profesoras de «labores» que hay en España; en el arte del bordado es por todos reconocida su competencia, y públicos certámenes de labores propias de la mujer se han celebrado en Palma en que su voto ha sido decisivo... Esta provincia puede estar agregada a dicha ilustrada profesora..., alma de toda empresa docente a favor de la mujer, cuya instrucción está, por desgracia, tan descuidada en España».

Supongo que Su Ilustrísima el Obispo estaría satisfecho cuándo le llegaran a palacio estos comentarios en el Círculo Mercantil.

¿Y la Congregación incipiente?

Una pena sería: hermana María Aloy, la pequeña y eficaz Vicerrectora, columna la más importante en el edificio espiritual recién levantado por Madre Alberta, vacila, se tambalea, ha caído gravemente enferma. Está tuberculosa, agotada sin duda por los esfuerzos excesivos.

Don Tomás da otra vez muestra de su aguda psicología: comprende que este golpe resulta demasiado duro para Madre Alberta y se apresura a ofrecer una solución. Hermana María Aloy no debe continuar en el Colegio, primero porque habría peligro de contagio entre las niñas, y segundo porque los mé-



dicos exigen un ambiente tranquilo y a ser posible de campo, con aire sano. Don Tomás, de su bolsillo, compre una finquita en las alturas de la ciudad, en la parte llamada Son Serra, y la ofrece a Madre Alberta para que instale allí a la enferma.

Madre Alberta no puede darle las gracias a don Tomás con palabras, solo lo mira con ojos llenos de lágrimas...

Pero detrás de la pena viene implacable la desgracia tremenda. Ni el aire limpio de Son Serra devuelve la salud a los pulmones quebrantados, María Aloy se muere...

Murió el 24 de marzo de 1876. Suave, calladita, sonriente.

Madre Alberta no se resignó a perderla. Continuó encomendándole los asuntos de la Congregación, para que María Aloy la ayudase desde el cielo. A Madre Alberta la confortaba suponer cercana la asistencia de su Vicerrectora, prematuramente ausente, y le atribuía esos pequeños auxilios que imploramos en momentos de apuro.

El Señor arrancaba una pieza fundamental de la plantilla de Madre Alberta; pero como la Congregación había de proseguir su camino, puso al alcance de la fundadora otra pieza de recambio, cabalmente dotada de las cualidades necesarias para el caso.

Se llamaba Monserrat Juan, era una joven de veinticinco años, nacida en el pueblo de Porreras, de donde vino a Palma para hacerse maestra. Obtuvo el título en junio de 1872, quedó de maestra en el Colegio, y en el otoño de 1874 pidió a Madre Alberta que la recibiera como hermana en la Congregación incipiente. A partir del uno de enero de 1875 realizó el año de prueba. Es una joven «de carácter franco, leal, de gran temple, algo vivo, vehemente...

Al mes de fallecida María Aloy, el Obispo da nombramiento de vicerrectora a hermana Monserrat: no es mala adquisición, tendremos ocasión de ver que Madre Alberta cuenta en ella con buen respaldo.

Todavía en estos años nuestros, las colegialas de La Pureza de Palma que suben de excursión a pasar un día de campo en Valldemosa, charlan un rato con dos viejecitas, las «Quencas», vestidas de payesa antigua, que de pequeñas conocieron a Madre Alberta cuando venía a veranear con las normalistas.

Los veranos constituyen la página más gozosa del calendario anual de Ca'n Clapés.

Y no es para menos, porque difícilmente encontraríamos en el mundo un paraje veraniego más evocador y poético que Valldemosa.

Ahora no tardamos ni un cuarto de hora en ascender en auto de Palma a Valldemosa, por una carreterita que primero se abre paso entre batallones de almendros y luego trepa escoltada de algarrobos y retorcidos olivos que tienen la piel surcada de arrugas como la cara de los campesinos viejos. Es rápido; pero a las niñas de Madre Alberta les resultaba mucho más emocionante.

El señor Obispo deseaba que la Madre utilizara la hermosa «galera» episcopal para el viaje a Valldemosa, pero ella prefería declinar la oferta: Le inquietaba abusar de las amabilidades de Su Ilustrísima, y además prefería no exponer el tapizado interior de la galera a las diabluras de las niñas en tres horas largas de viaje. Así que cumplidos los exámenes, a las puertas de cada verano enviaba el aviso a «Mestre Gelat» para que las aguardara en el mercado.

También para Mestre Gelat, el campechano arriero que se gana la vida transportando a Palma las hortalizas de los campos de Valldemosa, estos viajes veraniegos representan una fiesta, pues rompen la monotonía de todo el año. Con su carro de dos mulas, él viene a Palma antes que la aurora, y cuando el sol entra por las calles de la ciudad ya Mestre Gelat ha colocado su mercancía en los puestos del mercado. Las dos madres y las ocho colegialas que caben en el carro cada viaje, oyen misa muy temprano en Ca'n Clapés, desayunan y, entre siete y media y ocho están en el mercado aguardando a que Mestre Gelat dé la señal de partida. El arriero limpia con una escoba su carro y coloca los complementos del rústico «autobús». Alfombrillas de esparto para que las niñas se acurruquen en el suelo, y un

asiento balancín forrado de piel de cabra y colgado con correas donde acomoda a las madres. Así los quince días que dura el transporte.

El carro salta en los baches del camino. Las colegialas ríen a gusto, cantan, repiten incidencias de otros años. Las monjas hacen punto, y cada media hora piden unos minutos de pausa en el jolgorio infantil para rezar un padrenuestro, el trisagio, unos misterios del rosario. A las dos horas, el camino se empina en la subida de «s'estret» que salva el desnivel de la sierra de la costa. Las niñas bajan del carro para aligerar el peso a las mulitas. Se conocen al dedillo las ondulaciones del terreno, los pedruscos y los árboles porque todo este cerco ya lo alcanzaron en las excursiones del verano pasado. Mestre Gelat sonrío satisfecho cuando rinde viaje bulliciosamente en la «ca ses collegialas»: Por unas semanas, todo Valldemosa estará más alegre.

El pueblecito presenta una estampa pintoresca que diríase predestinada a viajar en postal de colores por los sacos de correos del planeta llevando el mensaje afectuoso de los turistas felices a la familia o a los amigos: La montaña como telón de fondo, el poblado presidido por la torre parroquial, una larga balconada con las celdas de la célebre cartuja asomada al declive sobre un gracioso barranco.

En las celdas de la cartuja —arrebatada a los monjes cuando la desamortización y vendida por el Gobierno en cien mil pesetas— han buscado romántico refugio personajes ingleses, desde Rubén y Russinyol hasta Unamuno, Maura y Azorín. La primacía de los recuerdos pertenece a la pareja Chopin-Jorge Sand, cuya presencia ha dejado el perfume histórico que gusta respirar a los viajeros, nadie sabe en qué celda vivieron, pero aquí están desenfadadamente preciso su alojamiento, sus paredes, su piano, Madame, la escritora puso fundamento a la leyenda con las cartas exageradas que escribía a sus amigas de París:

«Habitamos una inmensa cartuja abandonada y medio derruida. Estamos suspendidos en las montañas y los buitres

vienen a hacer sus presas junto a los naranjos de nuestro jardín...Pienso narrar mi viaje, pero lo que del mismo escriba no podré darlo a la publicidad hasta tanto haya abandonado este país. De lo contrario me quemarían viva. Ya basta lo mal considerada que me tienen estos montañeses porque no voy a misa».

A las agencias de turismo se les ha puesto fácil proporcionar al cargamento de sus autobuses una mañana deliciosa en Valldemosa, con solo pasarles a que veneren el mechón de pelo del músico entristecido y darles a continuación un repertorio de bailes folklóricos en un salón de la cartuja: El baile «parado», el «copeo», las «mateixes» y las boleras que tanto complacían a Rubén:

Danzan, danzan los payeses  
Las boleras mallorquinas,  
Forman sus ochos y eses  
Al son de las bandolinas  
...Se regocija la sala  
cuando hecha rosa y jazmín  
sale una alegre zagala  
con un payés chiquitín...

En los últimos veinticinco años del siglo XIX, las niñas de Madre Alberta que veraneaban en Valldemosa recibían de sus monjas indicaciones para perseguir en aquellos parajes huellas más piadosas: las de Ramón Llull y las de Santa Catalina Tomás.

La biografía de Llull ofrecían a la madre, materia abundante para encandilar imaginaciones infantiles: aquel arriesgado andador de empresas imposibles por los caminos de la tierra y por los caminos del cielo, forjó aquí entre los pinos y el mar grandioso planes de evangelización que llevarían el nombre de Jesús a los rincones más remotos. Aquí fortalecía su espíritu con las prácticas descritas en Blanquerna:

«En su eremitorio levantábase a medianoche y abría las ventanas de su celda para ver el cielo y las estrellas, empezaba a orar con la mayor devoción a fin de que su alma estuvie-

se inundada de Dios y sus ojos en llanto abundante...»

Llull es un apasionado, antes y después de su conversión:

«Yo soy aquel que para alcanzar los placeres de la lujuria me he puesto muchas veces en peligro de muerte, y he sostenido trabajos, ansias y muchos temores».

La misma leyenda, hoy rechazada como tal por el pleno de los biógrafos, de la dama que para sustraerse a la pasión de Llull tiene que recurrir a mostrarle el pecho canceroso, simboliza la violenta decisión del hombre dispuesto a introducir el martirio como «suprema razón necesaria» en la testificación de nuestra fe.

En la soledad de estos bosques concebirá Llull los colegios misionales, donde varones fervorosos y de entendimiento despierto aprendan las lenguas que hablan los infieles y se capaciten para predicarles el Evangelio. Aquí redactará los esquemas para solicitar a pontífices y reyes la fusión de las órdenes militares en un solo ejército potente que acometa la conquista de Tierra Santa. Aquí saboreaba él, vendaval en las cortes europeas, la gozosa soledad donde solo se oyen las voces de Dios:

«Estaba el Amigo a la sombra de un bello árbol. Y pasando varios hombres por aquel paraje, le preguntaron por qué estaba solo.

Respondióles el Amigo:

«Ahora estoy solo, que os he visto y oído; pues antes tenía la compañía de mi Amado».

Con las historias de nachos horizontes propias del beato Ramón Llull, Madre Alberta mezcla para sus niñas los episodios ingenuos de Santa Catalina Tomás, para la cual los labriegos de Valldemosa han escrito romances conmovedores;

El dimoni li sortia  
en forma d'un ermitá,  
i li deia; Catalina,  
tu i jo mos hem de casar.

Lo que yo daría por saber si en alguno de estos veraneos, Madre Alberta se encontró con el Archiduque Luis Salvador. Lástima que no he hallado ningún documento con referencias al caso. A Luis Salvador había de resultarle interesante aquella mujer dedicada en cuerpo y alma a elevar la cultura de Mallorca. Y Madre Alberta estimaría los cariños que el Archiduque volcaba en el embellecimiento de la isla. ¿Cómo ha de ser posible que alguna vez no coincidieran? En Valldemosa o en Palma, o en algún festejo cultural... Lástima. ¿Qué pensaría el Archiduque de la viuda ilustrada... y beata? Luis Salvador tuvo su mejor amigo y guía mallorquín en don Francisco Manuel de los Herreros, Director del Instituto; nunca iba a participar en las reuniones académicas de las Normales, de maestros y maestras, de Palma, por curiosidad al menos?

El Archiduque Luis Salvador de Habsburgo-Lorena-Borbón, príncipe de Austria-Hungría y Bohemia, nieto de María Teresa, llegó a Mallorca el año 1867, con veinte de edad. Era un mocetón según mandan los cánones germanos, alto y rubio, de ojos azules, de mente ilustrada y de temperamento tenaz. Se había dado a navegar por el Mediterráneo, cuyas islas e islotes conocía al dedillo. Mallorca le encantó; como sede donde residir y como plataforma desde la cual proseguiría sus descubiertas mediterráneas, que pronto irán entreveradas con la publicación de gruesos mamotretos geográficos en la Brockhaus de Leipzig.

Compró, para instalarse en ella, la finca de Miramar, a tres kilómetros de Valldemosa, emplazamiento del Colegio Misional de Ramón Llull. Remozó el vetusto edificio. Se vistió ropas de payes. Y ordenó a sus criados que ni uno solo de los pinos, encinas u olivos del predio fuera tocado por un hacha.

Los campesinos se preguntaron primero cuáles serían las intenciones del rubio mocetón. Y luego pusieron en juego su rústica picardía. Comenzaron a talar árboles en la finca de Miramar. Inmediatamente se presentó el Archiduque, les reprochó su vandalismo y ofreció comprar a buen precio la finca. Se la vendieron. A la semana siguiente, el hacha golpeaba una finca más allá, y Luis Salvador repitió la escena, la oferta y la compra. La astucia campesina le fue llevando, finca a finca, a

lo largo de la costa, hasta que el Archiduque se encontró con que había gastado varios millones y era dueño de una posesión increíble entre Valldemosa y Deiá.

Protegió los árboles, abrió caminos a la vereda del mar, afianzó miradores, recogió en Miramar colecciones artísticas compradas en sus viajes. La visitaron los aristócratas europeos, a los que revelaba las bellezas de Mallorca. Y remitió a la Brockhaus inmensas maletas de cuartillas escritas con letra minuciosa, de las que salió Die Balearen, un monumento geográfico e histórico levantado en lengua alemana en honor de las Islas Baleares.

Antes que los turistas, quienes más disfrutaron las bellezas creadas o defendidas por el Archiduque en Valldemosa fueron las niñas de Madre Alberta en sus vacaciones veraniegas. ¡Qué pena no hallar papel donde se cuente la conversación aquella que más de una tarde sostendrían el Archiduque y la monja!. Por si fuera poco, Luis Salvador conmemoró en 1876 el IV centenario de la fundación del Colegio de Lenguas Orientales. Levantó en Miramar, sobre una roca, una capilla redonda con la estatua, dentro, del beato Ramón Llull. ¿No iba a quererle Madre Alberta? Ya sé que su vida íntima chocaba con los principios de la moral cristiana y con las tradicionales costumbres mallorquinas. Pero el Arquiduque era lo suficientemente discreto para mover, como escribió Juan Estelrich, «más a piedad que a escándalo»: representaba «el brote extremo de una familia sentimental y trágica».

De verdad, no puedo consolarme de que nadie me cuente qué se dijeron el Príncipe de Viena y la monja mallorquina.





# 10

El pleito de *Ca ses collegialas*



Albertito, hijo de Alberta, sentado en primera fila a la izquierda / Archivo de Casa Madre

Ca'n Clapés funciona ya a toda presión. Lleva un ritmo de vida metódico y trepidante. El Colegio y la Normal tienen las metas bien claras.

La pequeña patrulla de hermanas con que Madre Alberta puso en pie la Congregación, recibe sangre joven, la mejor sangre que circula por la casa: era inevitable que niñas de talento percibieran la llamada de aquellos ideales vividos intensamente a su lado por las mujeres admirables que eran Madre Alberta y las primeras hermanas. Late en Ca'n Clapés ese pulso característico de las ocasiones en que nace algo grande.

Al final de cada curso escolar, don Tomás Rullán, en funciones de visitador representante oficial del obispo, lee en acto solemne una memoria que sirve de balance y de programa. Todas las personas de Palma que deseen conocer los propósitos de Madre Alberta basta que oigan la memoria anual leída por don Tomás. Son documentos bien pensados, densos de contenido. Veamos, por ejemplo, cómo describe, en la memoria correspondiente al curso 1879-80, el programa educativo de una cualquiera entre las hermanas de la Pureza.

«Ilustra el entendimiento de las niñas con los conocimientos generales y especiales que se dan en el establecimiento conforme lo pueda soportar su edad y desarrollo; fortifica su cuerpo con ejercicios higiénicos y gimnásticos; amolda su carácter a las prescripciones de la moral más pura, la hace obediente y respetuosa, sencilla y franca, fuerte y ruborosa, amante del orden y de la verdad, hace que siga la virtud como el mayor bien, que huya el pecado como el mayor de los males, que ame a Dios como Creador, a Jesucristo como Redentor, a la Iglesia como a la que lo representa en la Tierra, a la Virgen Santísima

como modelo de inocencia, candor y pureza; hace que guarde en su corazón la fe, la esperanza y la caridad como el más rico tesoro, que practique los actos y obras que prescribe nuestra santa religión e inspira la divina gracia; que sepa desprenderse de sus bienes para socorrer al pobre, que tenga gusto en visitar al enfermo y en practicar cualquier sacrificio en obsequio de su hermano, en quien como en sí misma descubre la imagen de Dios...»

No podemos negar que las ideas pedagógicas de Ca'n Clapés eran claras y sólidas. Don Tomás y Madre Alberta saben lo que traen entre manos.

Lástima que haya de gastar energías en asuntos fastidiosos, al margen de su vocación: tiene que plantar cara a una pelea en los tribunales. Precisamente a cuenta de la casita Ca ses collegialas de Valldemosa.

El asunto venía de muy lejos, hemos de tomar la hebra en tiempos de María Ferrer, la fundadora del Colegio de la Pureza.

En los años de pleno esplendor de la fundación, la Rectora Ferrer pensó que sería bueno adquirir una pequeña casa para el asueto veraniego de las collegialas, y a tal fin compró, en otoño del 1831, un edificio en la calle Son Canonge, de Valldemosa. En febrero del año siguiente amplió la casa comprando una vivienda contigua.

Al firmar los contratos cometió uno de esos errores que de momento traen ventajas pero a la larga proporcionan abundantes líos: Por resguardarse de las leyes de desamortización, ya amenazantes, la compraventa la realizó a su nombre propio como persona privada, no en calidad de Rectora del Colegio y Superiora de las hermanas de la Pureza. El dinero con que se pagaron los edificios era del Colegio, y nadie dudó jamás de la pertenencia de aquellas casas a La Pureza. Con dinero del Colegio y ayuda de los cartujos y de los labriegos de Valldemosa, se realizaron las obras de reforma necesarias hasta que en 1837 estuvo listo el «Colegio de verano».

Veinticinco años más tarde habían llegado los malos

tiempos para el Colegio, vicisitudes que el lector ya conoce: Doña María Ferrer está vieja, caduca y vencida.

Como suele ocurrir a los ancianos en semejantes circunstancias, la Rectora Ferrer se encapricha con una persona a quien se entrega y en quien se apoya para báculo de su vejez. En esta ocasión, la elegida fue una desgracia para La Pureza: se trata de una hermana de pocas luces y temperamento inestable llamada Margarita Ana Fiol, ocupada primero en la cocina y después en labores de decoración.

Quizá por lo mismo que su genio estrambótico la distanciaba de las otras hermanas, Margarita Ana dedicó todos sus esfuerzos a conquistar la simpatía y los favores de la Rectora, con tal éxito que María Ferrer solo veía por sus ojos. La verdad es que Margarita colmaba de cuidados a la viejita Rectora y le prestaba mimos sin límites. Pero bien atenta a pasar factura en el momento propicio.

Momento que se presentó el otoño de 1861. Doña María Ferrer tenía firmado un testamento en el cual constaba naturalmente que la casa de Valldemosa pertenecía a las Hermanas de la Pureza, representadas por la Rectora que le sucediera en el cargo. Pues el 17 de octubre de 1861, la Rectora Ferrer, mediante escritura secreta que pretendía dejar sin efecto esta cláusula de su testamento, hizo donación entre vivos de la casa de Valldemosa a Margarita Ana Fiol, sirviendo de testigos dos carpinteros que ocasionalmente trabajaban en el Colegio.

A la sombra de doña María Ferrer, la figura de Margarita Ana consiguió medrar incluso en la opinión del Obispo Salvá, hasta el extremo de que al fallecer la Rectora en 1865 escogió a Margarita Ana para sucederla. Causó tales desastres que, en noviembre del mismo año, a solo seis meses del nombramiento, el Obispo la destituyó mediante un decreto restaurante:

«Inmediatamente que usted reciba esta orden, cesará V. en el mandato de rectora de este Real Colegio, y entregará V. el gobierno del mismo a la colegiala doña Francisca Castelló con las cuentas, fondos, llaves y demás pertenencias a la casa».

Margarita Ana cesó en el cargo; pero se retiró a su casa de Valldemosa, se instaló cómodamente en ella y dijo que a ver quién era el guapo que venía a disputarla.

En 1870 el Obispo Salvá contó a don Tomás y a doña Alberta los antecedentes del caso, añadiendo que también habíanse evaporado 30.000 pesetas de los fondos del Colegio al morir la Rectora Ferrer. Añadió su Ilustrísima que las pesetas las daba por perdidas, pero encomendaba la nuevo equipo — visitador y rectora— la tarea de recuperar a toda costa la casa de Valldemosa.

Y así don Tomás y Madre Alberta se encontraron sin comerlo ni beberlo encadenados a una guerra de nervios con aquella loca peligrosa.

Iniciaron contactos amistosos, pacíficos. Don Tomás pidió a doña Margarita Ana que ayudara a la renovación del Colegio admitiendo a las hermanas con las niñas durante el verano en la casa de Valldemosa, como se hizo tradicionalmente en tiempos de la Rectora Ferrer. Margarita accedió. Y de esta manera se reanudó, en el verano de 1873, el ejercicio de «posesión» que podría en su momento reforzar los derechos del Colegio.

Pero a Madre Alberta correspondía la segunda fase, por cierto peliaguda, del plan. Ganar las simpatías de doña Margarita, para ver si luego se presentaba a discutir un arreglo razonable. Don Tomás pensaba que al reinstalar la Comunidad de las hermanas podrían atraer a doña Margarita, y, si ella se incorporaba de nuevo, ya no habría problema con la discutida donación.

La tal Margarita era una «lagarta» con conchas de galápago: Cuando adivinó que estaba a la vista la nueva Comunidad, aceptó conversaciones con doña Alberta; pero desde el primer momento daba por supuesto que si ella volvía al Colegio habían de brindarle el puesto de rectora.

Así fue que el verano de 1874 hubo altibajos de fiebre en la temperatura espiritual de doña Alberta, pues de las ingenuas confidencias de Madre Aloy, con quien soñaba ilusionadamente, había de pasar a la peligrosa esgrima de doña Marga-

rita, ducha en picardía. El 9 de agosto doña Alberta escribía a don Tomás:

«...La conducta de esta señora Margarita es tan contradictoria y enigmática que no sabemos descifrarla. Amable, risueña, complaciente y asidua..., jovial y atenta conmigo, lo mismo que con todas las demás, es, no obstante, nuestra continua pesadilla...Estoy convencida de que esta señora no irá al colegio no siendo rectora, pues lo ha dejado comprender muy bien».

Y no fue. Cuando conseguía doña Alberta acorralarla pidiendo una respuesta concreta, se escurría con el pretexto de que aguardaba una inspiración de Santa Catalina Tomás, o había de bajar a Palma para consultar a este padre o al otro. Llegó mitad de septiembre, las veraneantes regresaron al Colegio, y doña Margarita quedó atrincherada en su casa. No había solución amistosa. Don Tomás le escribió informándole que la nueva Comunidad estaba en marcha. Ella contestó, el uno de noviembre, que no va al Colegio: «...alejado mi corazón de aquella casa, he roto los lazos que a ella me unían...»

A Madre Alberta tocó capear el temporal y mantener las relaciones suficientemente anudadas para que fuera posible el verano de las niñas. Cuando la Comunidad aumentó sus efectivos, instaló dos hermanas permanentes en Valldemosa con la misión de cuidar a doña Margarita, cuidar también de la casa y dar clase a las niñas del pueblo.

A primeros de 1884 estalló la tormenta. Doña Margarita cogió una rabieta contra las dos hermanas y las echó de casa. Hubieron de buscar un local donde vivir y dar las clases, pero lo gracioso fue que doña Margarita retuvo encerrado bajo llave los enseres de niñas y hermanas. Madre Alberta escribió desde Palma al Alcalde de Valldemosa pidiendo que rescatara los muebles; ni la vara municipal pudo con doña Margarita airada. En marzo vino personalmente Madre Alberta para enderezar el asunto. Doña Margarita la recibió con protestas de cariña, luego se negó a entregar ni siquiera las camas de las niñas, alborotó rabiosa, se desmayó..., y al fin se abrazó a Madre Alberta queriéndola mucho otra vez. La Madre escribió aquella noche a don Tomás:

«Mañana pienso mandar a las hermanas Bernat a ver cómo está y llevarle un par de duros para que haga limpiar la casa, pues con el remover chismes y vaciar despensa está muy sucia...»

Aguardaron un año. El 21 de enero de 1885 doña Alberta, por consejo del visitador, presentó demanda, en juicio declarativo, contra doña Margarita Ana Fiol ante el Juzgado de primera instancia solicitando se declarara que la casa de Valldemosa pertenecía al Colegio.

Duró el pleito dos años; y terminó con un arreglo, suscrito el 28 de marzo de 1887 ante notario: Doña Margarita reconoció que la finca pertenece en propiedad al Colegio y la entregaba en calidad de rectora. El usufructo de la casa quedaba reservado a doña Margarita, con derecho además a ser alimentada y servida por el Colegio y compensada con una cantidad.

Las colegialas solo teniendo noticias de estos líos cuando una explosión de genio de doña Margarita llevaba las cosas al límite; ellas la ven como una pobre viejita avinagrada.

Las colegialas gozan cada verano en Valldemosa más allá de lo que pueda contarles. Además de los recuerdos históricos evocados en aquel paisaje bíblico, ellas viven intensamente el encuentro con la naturaleza.

Han entablado amistad con los ermitaños de Trinitat, el pequeño y precioso cenobio donde un grupo de anacoretas, mitad monjes y mitad payeses, prolonga la tradición de los innumerables ascetas que después de la conquista de las islas por don Jaime I de Aragón ocuparon cuevas y ermitas convirtiendo Mallorca en una Tebaida.

Madre Alberta venera a los ermitaños y es venerada por ellos. Las niñas contemplan absortas estas figuras barbudas vestidas de recio sayal.

Doña Margarita Ana Fiol, vieja revieja —había nacido en 1807— tiró hasta los primeros días de 1893. Las Hermanas la



cuidaban como si fuera «palo santo». En los últimos años la pobre se quedó ciega. Murió el 3 de enero.

Pero antes había muerto don Tomás...



# 11

Monjas, verdaderamente



Carle

Don Tomás, murió don Tomás.

Sin la presencia de don Tomás sería inconcebible la obra de Madre Alberta, las tres obras de Madre Alberta: el Colegio, la Normal y la Congregación de la Pureza.

Sin don Tomás sería inconcebible la misma Madre Alberta.

No solo porque a él correspondió «descubrir» a aquella señora viuda, cuyo apellido tenía equivocado el Obispo cuando buscaba una mujer que limpiara y vivificara Ca'n Clapés.

Es que a partir de aquel primer encuentro las energías de don Tomás y de Madre Alberta se unen, se mezclan sin que sea posible distinguirlas y decir con criterio histórico: hasta aquí, esto pertenece a don Tomás y aquello a Madre Alberta. Sacrificios, trabajos, reocupaciones, sobresalto, amarguras, palabras y silencios, alegrías, todo es común, todo está amasado y cocido entre los dos. Los papeles del archivo atribuyen los actos solemnes, las intervenciones definitivas, la resolución en los momentos clave a don Tomás: Porque los papeles del archivo se guardaban en Ca'n Clapés y bien se cuidaba Madre Alberta de que recayera sobre el visitador todo honor y toda gloria. Pero de veras la entrega de don Tomás al servicio de las obras de Madre Alberta fue absoluto, total.

El Colegio se convirtió para don Tomás en la tarea de su madurez sacerdotal. Había trabajado mucho en su juventud, había desempeñado cargos prestigiosos. Pero a partir de 1870 concentró sus energías en el Colegio de la Pureza y volcó allí su vocación de educador. Con un estilo, con una altura de miras impresionante: humilde, comprensivo, desprendido, sacrificado... Qué tipo de canónigo, sus «hermanos de hábito» debieran

estudiar su figura y proclamarlo «honor del gremio».

Daba clases a las niñas, supliendo, mano a mano con Madre Alberta las anormalidades que por cualquier causa imprevista se plantearan en el horario. Platicaba y confesaba a las hermanas. Orientaba la vocación de las jovencillas que se ofrecían a engrosar las filas de la Comunidad. Mantenía enhiesta la consigna de Ca'n Caplés: «Semillero de santidad y centro de cristiana educación». Redactó planes de estudio, esquemas de lecciones, cursillos extraordinarios. Vigilaba cuidadosamente el progreso espiritual y la maduración humana de las hermanas. Les exigía observancia y les levantaba el ánimo. Era maestro, padre y amigo. Ni el más nimio detalle escapaba a su interés.

Prueba definitiva del amor de don Tomás: el Colegio le costaba dinero, bastante dinero. Compró la casa de Son Serra cuando la enfermedad de María Aloy. Pagó muebles, reformas. Adelantó dinero para gastos del Colegio, material escolar, instalación de gas, viajes de una monja que iba a estudiar en la Península o en Francia...

Un día la Vicerrectora tiró las sumas: Se alarmó, porque según sus cuentas el Colegio debía a don Tomás hasta veinticinco mil pesetas.

—Don Tomás, por Dios, que traiga los recibos y sume las cuentas.

Don Tomás sonrío, que sí, traerá sus cuentas.

Las trajo y, efectivamente, el total pasaba los cinco mil duros, que por aquellas fechas no era ninguna tontería.

La Vicerrectora lo miraba, desconcertada:

—Tenemos que pagarle, don Tomás, poco a poco le iremos pagando...

Don Tomás sonrío, que no, que ya está todo liquidado. Le entrega los recibos cancelados.

¿Se sentía él enfermo, decaído?

En una conversación a las puertas del verano de 1889, don Tomás ha dicho a Madre Alberta:

—Y puedo morirme, el Colegio tiene vida propia y no me necesita.

Está presente Madre Monserrat. Madre Alberta comenta luego con ella:

—Hay que cuidar a don Tomás, quizá serán los agobios del final de curso, la carga excesiva de trabajo...

Pero algo habría de mal profundo, pues el presentimiento de don Tomás era certero: Iba a venir a fines de verano.

En la obra de Madre Alberta —las tres obras de Madre Alberta: el Colegio, la Normal, la Congregación de la Pureza—, don Tomás Rullán representa un apoyo fundamental para el arbusto que empezaba a vivir. Algo así como la estaca que los labriegos le ponen a la cepa joven para sostener se ascensión. El barco de Ca'n Caplés, encallado y con serias averías, no podía echarse de nuevo a mar abierta con solo una mujer en el puente de mando. La presencia de don Tomás respaldaba la arriesgada empresa. Con él a bordo todo era distinto y más seguro, como si la nave saliera de la catedral de Palma que a orillas del mar fuera su astillero...

Más profundo todavía. La colaboración de don Tomás imprime a los programas de Madre Alberta una vibración, una tensión característica que, según los psicólogos, se produce solamente cuando una obra intervienen elementos femeninos y masculinos. Según los teólogos esta colaboración resulta verdaderamente importante a lo largo de la historia de la Iglesia, porque el destino del mundo y el destino de nuestra comunidad religiosa se cumplen bajo el signo de la polaridad entre hombre y mujer. Quiere esto decir que siempre será psicológica y religiosamente más completa una obra en cuyo nacimiento han confluído aportaciones masculinas y femeninas. Con mayor razón si esta obra está empeñada en tareas pedagógicas, en la educación que sirve de base a la familia.

Don Tomás se murió la tarde del 21 de septiembre de 1889, y por supuesto su muerte afectó a Madre Alberta terriblemente. Habrá que seguir adelante, pero el golpe era recio...

Esa misma mañana, don Tomás había celebrado la misa en la capilla del colegio. Por la tarde, pisándose los talones vinieron el aviso de su gravedad y la noticia de su muerte.

Ca'n Caplés lloró, y cumplió sobradamente sus deberes filiales para el padre bueno que fue don Tomás.

El golpe era recio..., pero habrá que seguir adelante.

Murió don Tomás al comienzo del otoño del año 1889. Cuatro años antes, en 1885, había llegado de obispo a Palma de Mallorca don Jacinto María Cervera, un eclesiástico de cualidades notables y vida más bien ajetreada: valenciano de origen, pasó de su diócesis a Cuenca, Toledo, Zaragoza; después de un salto a América, fue nombrado obispo auxiliar de Zaragoza. Ocupó durante un corto período la sede de Tenerife, de la cual lo trasladaron a Mallorca.

A la sombra valenciana del Obispo, ha aparecido en Palma un sacerdote joven con personalidad acusada y atrayente. Él es discreto y no presume de su historia personal, pero las devotas que asiduamente frecuentan los confesionarios están subyugadas por ciertos datos biográficos del brillante clérigo que el Obispo se ha traído de Valencia para colocarlo en un cargo de máxima confianza: secretario de cámara y gobierno.

Se llama don Enrique Reig y Casanova. El servicio de información confidencial que las devotas de todas las ciudades tienen montado entre sí comunica de Valencia a Palma noticias interesantes. Don Enrique nació en el pueblecito valenciano de Agullén, y el buen olfato de los labriegos lo tienen ya destacado con hijo predilecto que dará días de gloria a su tierra natal. Cuentan que su afición al estudio era desde niño asombrosa, de modo que sus padres solían contestar a los amigos en visita:

—Tenemos dos hijos nada más, Eduardo y Ramoncito; porque el tercero, Enrique, no aparece nunca, está el día entero encerrado en el desván... estudiando.

Hizo el bachillerato en el instituto de Játiva, la carrera de Derecho en la Universidad de Valencia, donde obtuvo la licenciatura en 1885, a los veintiséis de su edad, con sobresaliente en todas las asignaturas. En estos años de estudiante ya su nombre alcanzó relieve nacional como líder, inteligente y simpático, de los muchachos católicos de Levante. Eran años de efervescencia en las universidades españolas, y la de Valencia estaba vivamente afectada por los grupos activistas de Blasco Ibáñez. Hoy vemos a distancia aquellas tensión, mitad



ideológica y mitad callejera, entre «las dos España» y nos apenas cuántas energías inútiles se quemaron. Pero los jóvenes de la época jugaban sus cartas generosamente, enarbolando como guión de combate conceptos que dividían a la manera de trincheras ásperamente fortificadas toda la geografía espiritual de nuestro país. Los unos peleaban a favor de la «libertad de pensamiento», los otros en pro de las «tradiciones católicas». En el último curso de su carrera, Enrique Reig tuvo una ocasión para batirse bravamente al frente de sus jóvenes contra los grupos «librepensadores» de Blasco Ibáñez.

Fueron los célebres sucesos de Morayta. Don Miguel Morayta Sagrario, catedrático de Historia en la Universidad de Madrid, (autor de nueve tomos «en folio mayor a dos columnas» y de un centenar de obritas menores), llevaba veinte años como portaestandarte de la ideología izquierdista del profesorado español. Masón destacado —creó el Gran Oriente de España—, secretario de la junta revolucionaria madrileña en septiembre del 68, diputado revolucionario activo, le pertenecía por derecho propio el cargo de presidente de la Liga Anticlerical. En la apertura del curso 1884, pronunció el discurso inaugural de Madrid. A cuenta de los faraones de Egipto se enzarzó en agudas disquisiciones sobre la «libertad de cátedra», que hoy nos obligan a sonreír por inocuas, pero que en aquellas fechas eran gasolina desparramada en el pajar. Ardió la paja y se armó la marimorena, destituciones, choques estudiantiles con la fuerza pública, manifestaciones de adhesión o repulsa en todas las universidades de España, interpelaciones en la Cámara, ataques de los predicadores en los púlpitos, excomuniones de los obispos contra Morayta. La huelga de los universitarios de Valencia amenazaba eternizarse, pues los equipos de Blanco tenían amedrentados a los chicos. Reig decidió presentar batalla, y una mañana entró en clase con sus hombres. La masa de los indiferentes los secundó, aliviada del temor de perder el curso. A partir de aquella jornada los de Blanco tuvieron que contar con unos adversarios prestigiosos. Reig multiplicó las adhesiones de militantes católicos, los organizó, y en las ocasiones solemnes los lanzó a manifestaciones bulliciosas en las calles. La primera, por la fiesta de Santo Tomás de Aquino,

propuesto por el Papa como patrono de las escuelas. Los valencianos fueron el primer grupo español que se atrevió a rendirle homenaje público. La segunda escaramuza adquirió tonos divertidamente épicos. Los universitarios católicos organizaron una manifestación clamorosa en honor de la Virgen de los Desamparados, declarada canónicamente patrona de Valencia; los universitarios librepensadores montaron la contra y no se les ocurrió otra cosa que sacar en hombros a Blasco Ibáñez como santo en peana por las calles. Chocaron las dos procesiones, y se enzarzaron intentando arrebatarse unos a otros las banderas. Ganaron los chicos de Reig, pues ni siquiera los huertanos que votaban a favor de Blasco estaban convencidos de que el voto republicano hubiera de menoscabar su devoción a la Virgen de los Desamparados.

Todo esto se contaban con pelos y señales las devotas de Palma cuando allá llegó, sin cumplir los treinta años, don Enrique Reig.

Y más contaban, poniendo los ojos en blanco...;

—Estuvo casado, y tuvo una hija...

—¿Casado?

Casado, sí. El morse de las devotas es infalible. El joven abogado Reig, recién terminado los estudios, se casó. Tuvo una niña. Hija y mujer se le murieron, trágicamente, en una de las oleadas del cólera. Enrique buscó consuelo en la consagración total de su existencia al servicio de la Iglesia. Convalidó sus estudios en el Seminario de Valencia y fue ordenado sacerdote.

—Viudo..., pobrecillo, tan joven...; es listísimo, verás que pronto lo hacen canónigo; y luego quién sabe...

Canónigo y luego quién sabe... De las profecías de las devotas no hay que fiarse tanto, porque si pudiera cada una de ellas haría cardenal a su confesor. Pero en este caso de Enrique Reig hasta la profecía era acertada: Sería pronto canónigo, y pasando el tiempo ¡Cardenal Arzobispo de Toledo!

A la muerte de don Tomás Rullán, el Obispo Cervera decidió desglosar en dos personas las funciones que don Tomás había

desempeñado en Ca'n Clapés:

El canónigo don Guillermo Puig ocuparía la plaza de visitador del Colegio de la Pureza, como representante autorizado del obispo a todos los efectos.

Y su secretario de cámara, don Enrique Reig, daría las clases de religión y moral. Es decir, sería el consejo eclesiástico y confidente de Madre Alberta en el funcionamiento normal de la casa.

Madre Alberta y don Enrique se conocían de pocos meses atrás. A principios de año, en el mes de febrero, estaban programados unos ejercicios espirituales para las niñas del Colegio dirigidos personalmente por Su Ilustrísima el señor Obispo: Era una «tanda de gran gala», deferencia con que el Obispo Cervera quiso testimoniar al Colegio su benevolencia y su satisfacción por la marcha pujante de la casa. Al segundo día de ejercicios, el Obispo enfermó. Para continuar la tanda echó mano de su hombre de confianza; encargó a don Enrique que prosiguiera las predicaciones a las niñas. Así Madre Alberta tuvo oportunidad de conocer de cerca al sacerdote valenciano que se había convertido en la primera estrella del ambiente religioso de Palma. Y don Enrique vió por dentro el castillo pedagógico gobernado por aquella sorprendente mujer cuyas cualidades había oído pregonar y cuya historia le resultaba paralela a la suya: viudos los dos a consecuencia del cólera y entregados los dos a una vocación ardiente.

Nada sorprendente que sintonicen los dos a la perfección y que ambos perciban un tirón de simpatía que los acerca y compenetra. Don Enrique acaba de cruzar la raya de la treintena, y Madre Alberta ha superado los cincuenta años. Su relación psicológica es de madre a hijo, y don Enrique no se andará con remilgos para aceptarla, aunque el respeto de Madre Alberta para la condición sacerdotal y para el talento de don Enrique lo tenga colocado permanentemente a un nivel superior.

El mismo día de su nombramiento como profesor del Colegio, don Enrique se ofrece a Madre Alberta para celebrar en el oratorio de Ca'n Clapés la misa diaria que antes celebraba don Tomás. Madre Alberta acepta complacida. Va a nacer entre la maestra y el abogado viudos —hoy sacerdote y fundado-

ra— una de las más estrechas y más hermosas amistades de la Iglesia contemporánea.

Estaría contento don Tomás si viera su Colegio proseguir viaje a velas desplegadas.

La plantilla de las hermanas aumenta, con vocaciones jóvenes y fervorosas. El orden de cada jornada y el calendario se ajustan a planes minuciosos, perfeccionados cada curso con las experiencias. Las clases son serias y los exámenes severos. Madre Alberta tiene el acierto de no cerrar, ni el Colegio ni la Normal, a las miradas de fuera; quien lo desee, puede examinar los métodos, el estilo y los resultados conseguidos. No hay presunción en esta postura, simplemente lealtad para el Obispo, la diputación provincial, la ciudad, y en definitiva para con las familias que han confiado sus niñas a La Pureza.

Esta apertura del Colegio hacia la ciudad se manifiesta solamente en algunas celebraciones a lo largo del año, y sobre todo en la fiesta de fin de curso. Suele asistir el señor Obispo, en cuyo honor nunca faltan unos versitos recitados por alguna colegiala dicharachera — versitos que han sido escritos en rima facilota y campechana por Madre Alberta...:

¿Dejar oír mi voz será osadía?  
Al verme tan pequeñita  
me asusto...,

y piden infaliblemente a Dios a favor del Obispo:

Dale ventura y dásela con creces.

No solo versos, para estos festejos Madre Alberta escribe también piezas escénicas muy entretenidas con fondo moral o instructivo. Algunas son en verdad deliciosas, como la estrenada un año con el título *La Gramática*. Apoyándose en una leve trama, pone en el escenario las partes de la oración encarnadas por las niñas que recitan las alabanzas del sustantivo, del adjetivo, del señor verbo, de la pizpireta interjección. Los

periodistas de la ciudad repiten cada año los elogios:

El diario de Palma: «Una vez más felicitamos a la Madre rectora y hermanas de La Pureza...Sin que sea rebajar ningún centro de enseñanza de niñas, se puede asegurar que es el que ha invertido mayores cantidades de dinero en medios materiales para enseñar».

Correo de Mallorca: «Nos complacemos en felicitar...»

Bien expresiva la prosa enfática de El Isleño, del 12 de julio de 1888: «Creemos que Palma posee, con el que nos ocupa, un establecimiento modelo para la enseñanza completa y total educación de la niña y de la doncella. Recorrimos las diferentes salas, y el Colegio de la Pureza puede competir con cualquier otro de su clase, si no en la grandiosidad, dilatados jardines y exterior aparato, en orden, cuidado, vigilancia y trabajo por parte de las Hermanas de la Pureza».

Palma está satisfecha. Lo estará don Tomás.

Estimuladas por el trabajo apremiante y alentadas por la delicadeza maternal de Madre Alberta, las Hermanas de la Pureza han creado un clima de superación que no regatea sacrificio. La gente ya las tiene definitivamente por «monjas», aunque en realidad ellas son todavía un ensayo de vida religiosa: la consagración realizada el 19 de septiembre de 1874 reviste jurídicamente carácter provisional. Al Obispo le toca vigilar y observar si el pequeño arbusto posee la savia vigorosa que ha de convertirlo en árbol frondoso.

Pues las noticias que al Obispo le traen el visitador don Guillermo y el confidente don Enrique son confortantes: las Hermanas de la Pureza, en estos quince, dieciséis años de ensayo, han creado una comunidad religiosa ejemplar.

El Obispo se pregunta si no está llegando la hora de darles los crismas debidos: que sean definitivamente religiosas.

Entre los papeles de Madre Alberta correspondientes a esta época se conservan notas manuscritas con el guión de los diálogos formativos y noticias minuciosas de las normas a que su ya creciente patrulla de hermanas ajustaba el funcionamien-

to de la casa. Vale la pena espigar algunos párrafos, pues traen el perfume sencillo y penetrante de las tierras bien labradas:

«Debemos procurar mantenernos siempre en la presencia de Dios, por ser el mejor medio para evitar faltas y adelantar en la virtud...»

«Levantarnos con presteza, santiguarnos con agua bendita; no queramos que el primer acto del día sea la pereza... Besar con devoción el crucifijo de la cabeza de la cama y la correa».

«No debemos dispensarnos de ningún acto de comunidad sin una necesidad absoluta...»

«Al entrar en el coro para la oración de la mañana y al ir a salir de él después del ejercicio de la noche, debemos hacer genuflexión profunda inclinada la cabeza y con las manos cruzadas sobre el pecho».

«Siempre que lleguemos al coro, refectorio u otro departamento donde tenga lugar algún acto de comunidad, después de empezado este, besaremos el suelo e iremos a besar la correa de la superiora o hermana más antigua de las que asistan al acto; pero esto no se hará si alguna niña o persona extraña se hallaren presentes».

«En al rezo del oficio deben turnar las hermanas en llevar el coro, excepción hecha de las festividades de la Iglesia, en que lo llevará la superiora. La menor de las que tomen parte en el rezo dirá el invitatorio y tocará las antífonas...»

Habla de las virtudes y actos de piedad de las hermanas, del cariño con que han de tratarse unas a otras, del funcionamiento suave de la casa:

«...Nos dirigiremos al dormitorio en silencio...»

« Debemos, las hermanas, ser muy silenciosas... »

«Recibiremos los alimentos como regalo de Dios para satisfacer una necesidad... No nos quejaremos nunca de que la comida esté mal... Las hermanas encargadas de guisar pondrán sumo cuidado en hacerlo bien y en que no falte ni sobre nada».

«Considerando la lengua como una espada de dos filos, vigi-  
laremos constantemente sobre ella».

«Nos avisaremos mutuamente, pero siempre con dulzura».

«Al hablar con los extraños lo haremos de modo que nues-



tras palabras, tono y asunto edifiquen. La vista es otro sentido que debemos vigilar continuamente, llevándola siempre baja sin dejarla divagar, pero evitando hacernos ridículas y faltar a lo que exige la buena sociedad».

Tampoco las ideas sobre gobierno, relaciones mutuas, obediencia, aparecen complicadas o vacilantes: todo es aquí nítido, sencillo como el pan y el agua, verdadero:

«Todas las hermanas debemos respetar y tener la más alta consideración al muy ilustre señor Obispo, como a Príncipe de la Iglesia y Superior de todas las asociaciones religiosas y piadosas, y más que todo por haberse dignado ser protector especial de esta casa...»

«Visitador es el que tiene facultad concedida por el señor Obispo para hacer y deshacer, variar reglamento, etc..., como mejor le parezca, y tiene derecha a que se le entere de cuanto ocurre, de la marcha de los negocios y demás, asientos de contabilidad y de secretaría, clases, programas... Cuando viniere un nuevo visitador se le debe enseñar las reglas, reglamentos, asientos de contabilidad y de secretaría, darle cuenta de la marcha y disciplina de todos los departamentos del establecimiento, pues únicamente así podrá hacerse cargo de cuanto convenga para cumplir con su misión».

«La Madre rectora, que es la cabeza de la Comunidad de Hermanas de la Pureza de María Santísima, debe dirigir, ordenar y encaminar como conviene... Debemos amarla con un amor santo, no en vano el hemos de dar el título de Madre, como a tal la hemos de mirar y querer de veras...»

«Todas las hermanas debemos amarnos, sufrirnos y tolerarnos las faltas mutuamente. Del verdadera amor mutuo depende la paz, tranquilidad, alegría, bienestar... debemos esforzarnos en conseguirlo para que viéndolo las niñas y otras personas...»

«Nunca nos permitiremos murmurar ni criticar las acciones de las hermanas; si vemos en alguna algo que no nos parezca bien, la avisaremos con caridad o lo diremos a la superiora para que ella obre como mejor le parezca...»



«Evitaremos el hacernos molestas reclamando servicios de otras en lo que podamos hacer nosotras».

«Consideren las hermanas como falta gravísima el desautorizarse unas a otras delante de las niñas, dejando a otra a estas las equivocaciones o inconveniencias en que incurran».

«Todas las hermanas debemos tener sumo cuidado y esmero especial en la limpieza y aseo, primeramente por lo que toca a nuestra persona y vestidos, y después en todo lo demás, como son muebles, paredes, suelos...»

«Debemos usar los vestidos viejos, pues de lo contrario faltaríamos al voto de pobreza desperdiciando prendas de que podemos servirnos; pero deben estar arregladas sin que tengan rasguños, descosidos, girones, manchas...»

«Podemos y debemos auxiliarnos mutuamente, pero siempre procurando molestar lo menos posible a las Hermanas».

«Debemos poner todo el cuidado posible en conservar la salud o en recobrarla si padecemos alguna enfermedad».

«Recibiremos en sumisión, conformidad y hasta con alegría los padecimientos que el Señor nos envíe; pero haremos cuanto sepamos para conservarnos buenas, pensando que de lo contrario ofenderemos a Dios, no podemos cumplir con nuestro oficio, nos hacemos molestas a nuestras hermanas y les aumentamos sus quehaceres, o tal vez somos la causa de que no los cumplan».

«Todo el tiempo que nuestras ocupaciones particulares nos dejen libres acudiremos a la sala..., consiguiendo por este medio vernos el mayor tiempo posible reunidas con las hermanas».

«En caso de enfermedad grava no perdonaremos medios ni sacrificios para contribuir a los cuidados y servicios de las enfermas».

«La hermana que sufra algún padecimiento crónico o tenga alguna ligera indisposición, no lo hará motivo de atención continua para todas, sino que procurará dominar y disimular su sufrimiento sin dejar de aplicar los medios que le sean prescritos para combatir el mal que le aqueja...»

Esta entrega, esta generosidad, ¿qué fin persigue? La existencia de las Hermanas de la Pureza está dedicada al servicio de las niñas que llenan el Colegio y la Normal: los apuntes de Madre Alberta ofrecen a continuación un amplio prontuario pedagógico. Recuerdo aquella observación de Piero Bargellini cuando comenta el establecimiento de las primeras abadías benedictinas con el lema «reza y trabaja»: los monjes no arrancan de las cosas de la tierra para elevarlas al cielo, parten del cielo para ocuparse de la tierra; su árbol está plantado al revés que los demás, tiene las raíces sujetas en el cielo y deja caer sobre la tierra las ramas con sus frutos. Así ocurre con las religiosas dedicadas a la enseñanza: consagran a Dios su vida, dejan perder en el misterio los caminos juveniles de la ilusión enamorada, y a eso luz más alta estudian la manera de poner acierto, tenacidad, inteligencia y cariño en el laberinto de los métodos pedagógicos. Hermosa, apasionante vocación. Al afinar sus sentimientos personales está obteniendo una etiqueta de garantía para la dedicación posterior a su trabajo. Madre Alberta dice a sus aspirantes jóvenes que no le interesan almas mediocres.

«A la religión va el novicio como el tronco al taller del escultor. A la religión se va para crucificarse con Cristo».

«Al demonio no se le puede abrir una rendija, se le tiene que parapetar la puerta. Algunas se creen libres de tentaciones, y es porque tienen tan ancha su conciencia como una puerta cochera...»

«Para corregir nuestras faltas debemos estar en calma; en el agua revuelta no se divisa el fondo; en el lago tranquilo se ven las pequeñas piedras y es fácil acertar con ellas...»

Su Ilustrísima el Obispo decide que ha llegado el momento. Estamos en la primavera de 1892.

Madre Alberta y sus hermanas le ha preguntado muchas veces, medio en serio medio en broma, cuando les cambia-

rá el uniforme por un hábito religioso de verdad. Don Enrique traduce estas insinuaciones a términos canónicos preguntando al señor Obispo si no sería hora de dar formalidad jurídica a la Sociedad de Hermanas de la Pureza, que llevan casi dieciocho años de experiencia comunitaria bajo votos religiosos.

El Obispo responde que sí: que de aquí a fin de curso se realicen las formalidades oportunas, se dé redacción definitiva a las Constituciones; y aprovechando las vacaciones de verano dará estado canónico a la nueva Congregación.

Hubo en Ca'n Caplés un estadillo de júbilo. Entre nervios e ilusiones Madre Alberta y sus hijas vivieron un fabuloso final de curso. Para la Madre y don Enrique la redacción de las Constituciones supuso un trabajo complementario agobiante, ¿pero qué más daba si estaban llegando a meta de tantos años anhelada?.

El programa quedó así ultimado: del 25 de julio al 1 de agosto, ejercicios espirituales; el 2 de agosto sería recibida en Ca'n Caplés una carta pastoral del señor Obispo con las Constituciones de la Congregación; el día 5 bendeciría don Enrique los nuevos hábitos que iban a vestir las hermanas de la Pureza, reservando al señor Obispo la bendición de los velos; y el día 6, fiesta de la Transfiguración del Señor, función solemne presidida por Su Ilustrísima...

Editado en la tipografía de Juan Villalonga, este folleto de cincuenta y seis páginas constituye un documento clave en la historia de La Pureza: «Exhortación pastoral y Constituciones que el excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de Mallorca, don Jacinto María Cervera, dirige al instituto religioso Sociedad de Hermanas de la Pureza de María Santísima».

En la primera parte el Obispo razona que si a él corresponde cultivar y defender todas las instituciones religiosas de Palma, hay «una razón singular» para que mire con predilección La Pureza: desde el Obispo Nadal, los prelados de Palma son protectores natos de las hermanas. Narra luego las vicisitudes de la Comunidad al paso con la historia del Colegio, hasta que se le vio desarrollarse y crecer desde 1870 bajo la acertada dirección del muy ilustre señor don Tomás Rullán, admirablemente secundado por vuestra actual superiora». Dice

a continuación: «Creemos llegado el tiempo oportuno para la realización de vuestras aspiraciones... Constituiros o más bien reconoceros canónicamente como congregación religiosa de votos simples consagrada a la enseñanza... y dictaros constituciones que regulen en definitiva vuestra vida y den estabilidad a los estatutos, consejos y prácticas que observáis. La oportunidad de este paso es grande. Vuestro espíritu está convenientemente preparado para recibir la reforma que anhelaís, y por otra parte, cuando vuestro celo va a ensanchar el círculo de vuestra acción bienhechora, cuando proyectáis y estáis realizando nuevas fundaciones, ocasión es de dictaros las reglas de perfección a que debéis sujetaros y la organización que debe tener vuestro Instituto en lo sucesivo».

Vienen luego cuarenta y cuatro páginas con el texto de las constituciones: fin de la Congregación, admisión de aspirantes, normas para el noviciado y la profesión, empleo del tiempo, ejercicio de los votos de obediencia, pobreza y castidad, unión entre las hermanas, silencio, clausura, visitas, confesores..., en la primera parte; la segunda parte está dedicada al gobierno general y particular de la Congregación, es decir de todo el Instituto y de las casas que se abran. La última de las constituciones, número 29, aplica las palabras de Jesús: «Amaos las unas a las otras como yo os he amado; en esto conocerá el mundo que sois discípulas mías, si os amáis las unas a las otras»; y cierra el texto con una hermosa recomendación a cada hermana: «Ame a las niñas, ame a todos en Jesús, por Jesús y para Jesús; el secreto de la felicidad futura en esto solo consiste, en el años».

Añadía el Obispo una paginita de despedida, con este mandato: «Para que las tengáis más presentes y podáis cotejar y ver si estrictamente se cumplen, mandamos que todos los días en el refectorio, al tiempo de la comida del mediodía, se lea una constitución, y aun cuando se dispense la lectura, en ningún caso se entenderá dispensada en esta parte».

Revestido de pontifical, mitra en la testa —las niñas dijeron que casi tocaba el techo con la punta de la mitra— y báculo en

mano, el Obispo bendijo los velos. Luego se sentó en el sillón, cara al público. Madre Alberta y, una a una, las hermanas se acercaron ante él, ya vestidas con su nuevo hábito. El Obispo dejó caer un velo sobre cada cabeza humillada en su presencia. Las niñas contenían el aliento. El Obispo dijo la Misa. Al ofertorio interrumpió los rezos y otra vez se volvió cara al auditorio: las monjas recitaron delante de la Divina Majestad los votos de pobreza, castidad y obediencia...

Las monjas.

Ya son monjas verdaderamente.

Han comulgado. Madre Alberta tiene cerrados los ojos. Le hablará al Señor. Estará pensando... Bendigamos la mano que nos hiere. Con tal que doubles mis años. Hace años, ya. A una mujer se le murió el marido, y los hijos uno a uno, le queda sólo Albertito. ¿Qué podía querer el Amo? La esperaban a ella. Creyó que quizá en las Salesas... Pero vinieron a casa don Tomás y el Alcalde buscando una «señora Cirera», ¡qué graciosa aquella visita! Vino don Tomás, porque el Señor, el Amo, la esperaba a ella, a Alberta viuda de Civera, no de Cirera, Alberta Giménez viuda de Civera. La esperaba el Señor en Ca'n Caplés, en el castillo encantado. No había escobas ni un farol en la escalera, era un castillo de pega... La esperaba el Señor, la esperaban...

Un lagrimón pugna por salir de los ojos cerrados de Madre Alberta, ya vestida de monja.

Son monjas, vedaderamente.

¿Y por qué dice el Obispo en su carta pastoral: «vuestro celo va a ensanchar el círculo de vuestra acción bienhechora... proyectáis vuestras fundaciones»? ¿Piensan las Hermanas de la Pureza salir de los muros de Ca'n Caplés?

Pues ya lo creo. ¿Quién podría detener el ímpetu de una escuadrilla de mujeres ilusionadas por una vocación?

Alguna vez dijo Pemán que conoce dos fuerzas imparables: un río salido de madre, y una devota que, silleta en mano, avanza en una iglesia camino de los primeros bancos.

Yo añadiría otra tercera: las monjas resueltas a crear un

convento nuevo.

Las Hermanas de la Pureza —nuevecito el hábito flamante— traen adelantados los trámites para fundar un colegio en Manacor.

Será bueno que, mientras ellas aclaran las últimas dificultades de esta nueva empresa, hagamos nosotros un alto enfrentándonos a una pregunta interesante:

Pero, en definitiva, ¿quién es esta mujer que llamamos Madre Alberta? ¿Cómo es, qué lleva dentro?

12

Madre Alberta es una madre



**Paseo de Princesa—hoy Borne— en tiempos de Madre Alberta / Arxiu del So i de la Imatge, Consell de Mallorca**



**La plaza de Cort y el Ayuntamiento en la época / Arxiu del So i de la Imatge, Consell de Mallorca. Ediciones Mir**



Quién es esta mujer que llamamos Madre Alberta? ¿Como es?

Me ha interesado investigar qué imagen de la Madre Fundadora se transmiten de una a otra generación las Religiosas de la Pureza, qué características piensan ellas que resume al existencia de la Madre, cuál es el tipo de mujer a que se ajusta.

El resultado de la encuesta ha sido unánime; por encima de todo, Madre Alberta es...una madre. Y a fe que en esta ocasión la madre con minúscula enriquece la figura de la Madre escrita con mayúscula: ¿qué misterio estará encerrado en las madres, que su significado resulta más profundo y más fabulosamente sabroso cuando se puede escribir su nombre con letras humildes? La máxima categoría de Madre Alberta está en que, además, era, de veras, madre. Recuerdo que la Madre Magdalena Juan, ya muy enferma, preguntada acerca de cómo era nuestra Madre, no sabiendo cómo expresarse, me apretó la mano diciéndome: «la Madre era...¡muy madre!»

Esta es la herencia que sus hijas se entregan unas a otras: el recuerdo, la estampa de una madre que intuía las necesidades familiares, comprendía los agobios de cada una, repararía a manos llenas el cariño. Madre Alberta poseyó «la delicadeza de espíritu femenino atento a lo pequeño, observador del detalle», el «afecto que no se mide, que no reclama», fue «la mujer fuerte en el dolor», «sencilla en el obrar», «ponía naturalidad aun en las cosas sublimes», rebajaba «los problemas a sus verdaderas proporciones». Cualidades de una madre que gobernaba amorosamente el enjambre de Ca'n Clapés.

Había llegado bien entrenada para ejercer funciones maternales. A mi juicio hay dos palabras que definen la tarea de las



Religiosas y profesores del Congo / Religiosas Pureza de María



Alumnos del Congo / Religiosas Pureza de María

madres: amar y sufrir. Sufrir silenciosamente, amar sin límites; amar y sufrir hasta donde se acaba el horizonte. Pues doña Alberta Giménez traía en la tierra labrada de su cuerpo las huellas del amor y del dolor: muertos uno a uno el marido y los hijos... Ella cambió de hogar, simplemente. Dios le pidió una cosa pequeña y le dio un enorme caserón. ¿Tendría ella corazón para tanto?

El caso es que a la muerte de Madre Alberta alguien se encargó de verificar, entre las mujeres de Mallorca que habían sido discípulas suyas, una encuesta semejante a la mía; ¿cómo era Madre Alberta? Las contestaciones las veo ahora en el archivo, amarillentas, doradas:

—¿Cómo era ella...? Una madre, era una madre.

Son testimonios emocionantes, con perfume infantil:

—La madre por antonomasia...

—Con tal nombre fue conocida en toda Mallorca.

—El corazón se me ensanchaba al verla llegar.

—Recuerdo que una vez, por distracción o por torpeza, me clavé en el dedo el ganchillo de acero con el que estaba trabajando; mi espanto, que fue mayúsculo, se comunicó enseguida a las demás, y al acudir la hermana que estaba con nosotras a la delicada operación de sacarme del dedo el tal ganchillo, horrorizadas mis compañeras empezaron a clamar: «no, no por Dios, la Madre, espérense a la Madre, que sabrá quitárselo sin dolor»; tanta era la confianza no solo en la bondad, sino en la destreza de la Madre.

—Qué triste era, en su ausencia, el ver su sitio vacío en nuestra sala de labor.

—Su inteligencia clara y segura afirmaba las nuestras, a menudo vacilantes. Su corazón de fuego caldeaba nuestros juveniles corazones.

—Supo un día que una de las ex alumnas de la Normal estaba muy grave; consumida por la tuberculosis no tardaría en morir, en un pueblo lejano, donde había ido de maestra interina. Siendo lo más triste del caso que la infeliz no se resignaba a su destino porque dejaba en el mayor desamparo a su madre, ciega, y a una tía, vieja y asmática. Saberlo la Madre y volar a su lado fue una misma cosa, y con una palabra suya, que valía

más que la escritura de un notario, aseguró el porvenir de las pobres viejecitas y la paz en el alma de la moribunda que expiró santamente. Años después, al visitar a las dos ancianas en su domicilio, me contaron el hecho, y entre lloriqueos de gratitud me decían: «¡Ni si estuviésemos en manos de la reina, señorita!». Y aún se quedaron cortas las pobrecillas en la alabanza que tan cumplida les parecía; por eso, mentalmente, añadí otra palabra, porque si la reina encarna la idea del poder, la de madre es la síntesis del amor.

Había una niña huérfana que se llamaba Pilar Covas, y tales eran los solícitos cuidados de la Madre para esta pobre niña, que la pequeña la llamaba «mamá».

—Después de hablar un ratito con ella me preguntó entre otras cosas si tenía madre, y al decirle que no tenía, me abrazó, me besó en la frente y me dijo con acento que no podré olvidar: «Desde hoy ya tiene usted madre».

—La oyeron decir alguna vez: ¡Si supieras lo que es una madre!

—Vivía yo muy cerca del Colegio y hacía poco había muerto mi madre. Un día se desencadenó una fuerte tempestad. Las religiosas buscaron preocupadas a Madre Alberta y no pudieron encontrarla. Disipada ya la tormenta la vieron llegar. Había pensado que, sola en casa, tendría miedo y había venido a hacerme compañía.

—Estuve yo mal de noche. La religiosa que velaba me dijo: «Mañana no puedes levantarte». Debí decirle a la Madre, porque después vino ella misma y con igual cariño que una madre me preguntó qué tenía, me tomó el pulso, me miró, y sin más me enrolló en las mantas y cargó conmigo. La otra religiosa no quería consentir que me llevara ella, pero le hizo un ademán significativo de que era cosa suya. Así me llevó a un dormitorio separado de las otras colegialas. Escribió luego una carta a mis padres notificándoles que tenía el sarampión; pero con aquel interés y circunspección que era en ella natural. Vinieron mis padres al momento y ella los acompañó a verme, los dejó estar conmigo y no quiso que se fueran del Colegio para que todo el día pudieran acompañarme.

No paró ahí la cosa. Se trataba de la niña Isabel Mas,

cuyo padre trabajaba en arriendo el predio de Miramar, perteneciente al Archiduque Luis Salvador. Como buen centro-europeo, el Archiduque tenía horror a los contagios; dijo que no trajeran a su finca la niña con sarampión.

Mi padre expuso a Madre Alberta la gran dificultad en que se encontraba, pues de llevarme con ellos debía salir del predio con pérdida de la cosecha, por encontrarse en época de recolección. La Madre, siempre tan buena y comprensiva, tranquilizó a mis padres. Yo no podía estar en el Colegio para evitar el contagio a las otras niñas; pero una religiosa se trasladaría conmigo a la casa de Valldemosa y allí me cuidaría hasta que, pasado todo el período de contagio, pudiera regresar al Colegio de Palma. Así se hizo con gran consuelo y gratitud de mis padres.

—Cariño maternal para con todas...

Supo incluso corregir con cariño las rabietas infantiles. Era una madre. Se hizo célebre el enfado de una colegiala premiada con la medalla mensual de comportamiento:

—La otra colegiala premiada con la medalla de estudios me dijo que se sentía indisputada y yo le contesté que se lo dijera a la hermana enfermera. Precisamente era en tiempo de silencio y al vernos cuchichear la religiosa encargada de la clase nos reprendió severamente, diciendo que siendo las dos premiadas con la medalla dábamos muy mal ejemplo. Yo me sentí por ello muy herida en mi amor propio y le dije a mi compañera que estaba determinada a dejar la medalla colgada en el sitio que se acostumbraba cuando a fin de mes la dejábamos para ponerla a otra alumna que se la hubiese ganado. Opinó lo mismo y las dos, al subir de la capilla después del ejercicio de la noche, nos despojamos de nuestras respectivas medallas sin decir nada a nadie. Ya en la cama vi abrirse las cortinas de mi pabellón; era la reverenda Madre Alberta. Con suavidad y firmeza me hizo reconocer el orgullo con que había obrado diciéndome que no quería que me durmiera bajo aquella impresión. Escuchó benigna la causa que lo había motivado y terminó diciéndome que así como me avisaba de lo que yo había hecho mal, así también tenía suficiente libertad para aconsejar a las religiosas lo que creyera

oportuno. Después de recibir su perdón y proponer la enmienda, dormí aquella noche un plácido sueño gracias a la prudente caridad de la madre de todas.

—Como yo era huérfana, me llamaba alguna vez a la tarima, y si le exponía alguna duda se desvivía por atenderme, animándome a ser buena, logrando, con su sabia palabra, hacerme vivir en la seguridad de que mi madre me ayudaba y velaba por mí desde el Cielo, lo que servía de estímulo para extremar mi interés en ser cada día mejor y lograr el máximo aprovechamiento.

A fuerza de cariño consiguió Madre Alberta un ambiente de tranquila vida familiar en la casa: había calma, orden y confianza. Una atmósfera de cordialidad:

—Había perdido a mi madre y me pareció que la volvía a encontrar.

—No prodigaba regaños, y menos castigos, sino que, al revés, siempre era muy amable y cariñosa.

—Si quisiera entrar en otro instituto, te haría esperar hasta los veintiún años; pero en La Pureza sé que encontrarás, con Madre Alberta, una verdadera madre, y te doy permiso. Las niñas percibían este milagro de la «ternura habitual»;

—Lo mismo que con el aire, que cuanto más puro es, menos se nota.

Pero el sentido práctico de Madre Alberta evitaba un escollo que la pedagogía moderna advierte a la hora de establecer las relaciones entre colegio y familia. Ocurre que la actual renovación de los centros docentes va consiguiendo que el colegio sea un lugar agradable, apetitoso, donde los educadores procuran encauzar la personalidad de niños y niñas sin choques ni violencias; la chiquilla se encuentra atendida, observada, le adivinan, la ayudan, está feliz. Y muchas veces compara con su casa, con el carácter de sus padres, su tosquedad e ignorancia. En el paralelo sale perdiendo la familia. La niñas siente entonces un desprecio para su hogar y hasta provoca choques o disgustos.

En la época de Madre Alberta no afinaban los estudios pedagógicos. A ella, sin embargo, el «sentido maternal» y su experien-



cia personal le descubrirían la conveniencia de matizar los cariños del Colegio para no dejar a la familia en condiciones inferiores. Incluso llegaba a no admitir vocaciones en su Congregación cuando los padres se oponían; prefería esperar y que madurara la resolución en el hogar;

—Pedí a Madre Alberta si quería aceptarme como religiosa. Sonrió dulcemente y me dijo: «Hija mía, no puedo, eres hija única y debes ser el báculo de tus padres y la alegría del hogar». Continuó exponiéndome algunas razones y yo, aunque triste por la negativa, comprendí que sus razones eran poderosas.

—No extrañe usted ni lleve a mal que sus papás, obrando con prudencia, quieran probar la vocación, pues esto pone en evidencia su cariño. Sométase usted dócil a su voluntad, pidiendo a Dios que les haga conocer la suya...

Un día sus religiosas comentaban con elogio la valentía de una joven que sin previo aviso, ni a los padres ni al novio, se fue de casa para ingresar en un convento. La Madre Alberta puntualizó:

—Hijas mías, no quisiera que aconsejaran ustedes a nadie obrara de esa manera. Esa señorita ha expuesto a sus padres a que les diera un síncope por la impresión, y se fueran al otro mundo; y a su prometido a hacer una trastada. Las cosas por muy difíciles que sean, reflexionadas en la presencia de Dios y maduras con prudencia... siempre dan buen resultado. ¿Qué quieren que les diga? No me gusta que se obre dando una campanada.

Aquella estampa clásica ya un poco pasada de moda, pero tan sugerente, que fray Luis de León trazó en *La perfecta casada*, podríamos seguirla en un retrato de Madre Alberta. Ella quería aparecer «sufrida y tolerante, como debe ser todo superior»; su solicitud por las religiosas, tanto en Ca'n Clapés como en las casas que le van naciendo al Instituto, es minuciosa:

—Cuídense ustedes todas, por Dios, y denme la satisfacción de encontrarlas a mi llegada en perfecto estado de salud.

—¡Quién pudiera enviarles por los aires un centenar de



buñuelos!

—Dos veces he mandado poesías... Tenemos un cajoncito de higos para enviarles... Veré también de enviarles los cien duros para el jardín... Vea usted de tenerme al corriente y de sermonear a las hermanas a fin de que la cuiden mucho.

—A todas conviene el campo y que cavén y rieguen y coman mucho y tomen buena siesta.

—Lo activo de nuestro trabajo dispensa del rigor en los ayunos; guarde usted la forma; prívase de la calidad, más no de la cantidad.

—Dicen que hermana Juana come poco; que tome seis píldoras diarias de la caja que le envió.

—No en los libros y en el estudio encontrará usted todos los medios para complacerme, no; en la mesa, despensa y paseo, tiene que buscarlo también; ¿qué haremos del saber de usted si se nos pone delicada y enferma?

—Tenga leche bastante, y chocolate y ensaimadas para la enferma.

—No pierdan una onza de fuerza o robustez que tanto cuesta recobrar.

—Guárdense del frío, abríguense, pongan esteras donde pasan la velada; evitemos que pillen un reuma...

Madre Alberta gobierna el Colegio y las monjas como un ama de casa eficiente y amorosa. Le gusta el aseo, la puntualidad, el orden, ama la limpieza, el brillo de los cacharros en la cocina. Administra minuciosamente, lleva al dedillo los balances. Pero no es tacaña, ni cicatera; defiende y retribuye con justicia el trabajo de los demás:

—Tan mal me sabría ser espléndida como lo opuesto, tacaña; pues en una religiosa pueden los dos casos ser defecto... Para practicar la pobreza no debe la religiosa valerse del egoísmo, ya que el voto nos obliga más a sentir los efectos de ella que a atesorar riqueza; y si es espléndida, la religiosa debe pensar que ella no da de lo suyo. Por tanto, debe pagar y quedar bien, dando a cada uno lo que se merece.

Una hermana se le lamentó porque el hombre que cuidaba el jardín de la casa de Valldemosa no se ganaba concienzudamente el jornal. La Madre sonrió:

Mire, hermanita, yo opino que no debemos descuidar ni malograr nuestros intereses, ni que tampoco nos puedan tener por tontas; pero siendo vecino y buena persona, ¿qué tendrá usted con un puñado más o menos de habichuelas?.

Nunca deben ver egoísmo en las religiosas. Buenamente avísele lo haya de hacer; es deber mirar por la casa, pero no obremos nunca por egoísmo. Hace mucho mal a las almas el ver egoísmo en las religiosas.

Mandaron a arreglar un paraguas. La portera regateaba el precio a la hora de pagar. La Madre la oyó;

—Mire, hija mía, en todas las cosas hay que ser consecuentes; este trabajo vale lo que ha pedido el hombre; y hemos de pensar que toda su renta es el trabajo de sus manos; y un real de usted y otro de otro, total, que a la noche pierde medio jornal. No es faltar a la pobreza dar al trabajador lo que se gana. Si conocen que es una estafa, conviene despedirlo con buenas palabras.... Que el pobre se vaya contento y edificado de la religiosa. Lo que no quieras para ti, no lo quieras para los otros. Esto que dicen, que la religiosa tiene solamente una mano para recibir, no me gusta. Esto no es pobreza; la pobreza consiste en sentir los efectos de ella.

No era espectacular. Sencillamente, trabajaba más que nadie. Se levantaba la primera, se acostaba la última. Ni deslumbraba a los demás ni atosigaba. Cumplía suave, como si las cosas le vinieran rodadas:

Asombra el pensar en sus múltiples actividades, lo escaza que debía andar de tiempo; La Normal, la Congregación, el pensionado, el externado, las escuelas gratuitas, las nuevas fundaciones. Cualquiera de estas empresas necesitaría toda la atención reconcentrada, todos los arrestos de una persona; y la Madre Alberta las tenía, las dirigía a la vez. Las sostenía...no raquícas y endebles, sino pujantes de vitalidad; las dirigía no sentada cabe su escritorio, disponiendo con un trazo de pluma sobre fondos y personal abundantes... sino sorteando graves dificultades económicas, supliendo con su propio trabajo material la falta de personal; siendo a ratos directora, superiora, profesora de Normal, maestra de primera enseñanza, jornalera,

lavandera...., fundadora.

Cultivó en sus religiosas el amor a la familia. Quiso que escribieran a los suyos, y ella misma escribía en ocasiones de luto o alegría; mandaba obsequios, dulces; compartía la preocupación por cualquier desgracia.

Y les enseñaba a no sacar las cosas de quicio; consolaba a la postulante que en pocos días rompió siete cántaros; quitaba importancia al desaguisado:

–Hermanita, no se apure, ¿qué hemos de hacer? Las cosas las rompe quien las usa.

Dedicaba verdaderos mimos a las jóvenes que preparaban el ingreso en la Congregación: las escogía ropas, libros, algún regalo para los padres. Las alentaba cariñosamente:

–Unos meses antes de mi entrada le escribí anunciándole mi próximo regreso, y le incluí una fotografía hecha en aquella época. Se apresuró a contestarme con el mayor afecto, y aludiendo a mi retrato me decía: «Muy flaquita está usted. ¿Le nutrirán nuestro pan, nuestras tortas y nuestras sopas?» Cuando se aproximaba el día de mi ingreso en el Instituto no se quien la obsequió con un velo grande y otro pequeño, los cuales dijo guardarán para cuando yo profesara.

Exige que celebren los domingos, además de los actos religiosos, con descanso, entretenimientos y alegría: adelantando las tareas del sábado para estar libres el domingo y reunirse con tiempo y en paz. Su consigna de vacaciones era célebre:

–Que suba mucho la cuenta del pan de las meriendas campestres.

Además, Madre Alberta da un ejemplo constante de amor a la familia por las ramas que a lo largo de toda su vida le quedan entrecruzadas en su existencia de monja y fundadora: le viven la madre, un hermano y su hijo.

Para una persona menos clara, menos sencillamente noble que Madre Alberta, hubiera sido una complicación molesta este injerto de su vida anterior en el árbol de la Congre-

gación. Ella acepta con serena normalidad el desarrollo de los acontecimientos: Dios le pone las fichas en el tablero de ajedrez, ella mueve cada baza con prudencia y decisión. Responde a los acontecimientos según se presentan. Ni exhibe sus sentimientos ni los oculta. Sus monjas saben perfectamente

cuánto quiere a los suyos, y conocen al día la situación de la familia Civera-Giménez.

Cuando en 1870 se viene Alberta a vivir en Ca'n Clapés, su hijo Alberto, pequeñín de tres años, queda en casa al cuidado de los abuelos, aunque con la vigilancia inmediata de su madre, que lo visita cada día. En cuanto el niño crece medio palmo, viene a clase al Colegio, sale de paseo con las hermanas y las niñas, lo llevan a las fiestas religiosas de la catedral. Las colegialas, que conocen la sencillez de doña Alberta, vestida aún con las ropas modestas de clase media y, en casa, pañolón de payesa, se admiran de lo bien trajeado que pone siempre a su pequeño. Alberto llama «mamá» a la Rectora y «tías» a las hermanas. Doña Alberta lo quiere muchísimo, pero lo contraría cuando conviene: le ha prometido una excursión a Valldemosa si deja de morderse las uñas; el «peque» no cumple la condición, y queda castigado.

A la hora de iniciar formalmente los estudios, doña Alberta medita qué colegio irá mejor al niño. Se decide por los jesuitas de Valencia, porque allí dispondrá luego de universidad para acometer una carrera.

Entretanto muere el padre de Alberta. Doña Apolonia, la madre, queda sola, porque Saturnino lleva por delante un brillante escalafón como oficial de la Guardia Civil, dando tumbos por España. Doña Alberta decide traerse a su madre, viejecita, al Colegio. Ni que decir tiene que las hermanas se desviven por atender a doña Apolonia. Su hija la mimaba, pero no alivia en nada el ritmo de trabajo concienzudo a que se ajusta su horario. Doña Apolonia vive «contemplada» hasta su muerte, ocurrida el 30 de diciembre de 1888, con más de ochenta años de edad. Don Tomás le dio la extremaunción.

En 1883 Alberto viajó a Montevideo, porque se ofrecía

una oportunidad aparentemente prometedora para el futuro del joven Civera. Su madre lo despidió en Barcelona, y mantuvo con él una correspondencia frecuente y cariñosa, a veces en prosa, a veces en verso:

«Con él estará mi alma,  
aunque tanto dista Palma...»

La madre nostálgica, escucha la voz de las estrellas,  
que

«siempre tu nombre  
a mi oído repiten  
con dulce acorde».

Tras cinco años de estancia en América, las promesas de vida próspera se disiparon; Alberto, ya un hombre, regresó jovial, simpático:

–Le dijo él a ella que, habiéndola abrazado por ser su madre, tendría que dar un abrazo a las religiosas, por ser, al parecer, hermanas suyas.

Simpático, pero enfermo. La salud de Alberto está seriamente tocada. Contraerá matrimonio en Zaragoza el 1 de enero de 1896, con la presencia de su madre y apadrinado por su tío Saturnino. Del matrimonio de Alberto nacen un niño, Joaquín; una nena, Pilar, y otro niño, Alberto. En sus viajes a la Península, Madre Alberta hará frecuente escala en Zaragoza:

–Ayer quise escribir a usted, pero los niños me absorbieron por completo; solo fuimos por la mañana a misa al Pilar, y no volvimos a bajar la escalera.

Alberto sigue flojo, y piensan si será conveniente internarlo en un sanatorio. Le ofrecen colocación en Barcelona y la acepta, con la esperanza de que el cambio de clima le beneficie. Incluso realiza un viaje a Palma con su mujer y los niños:

–El 26 marchan ya, me parecerá un sueño su venida.

Para descargarle un poco de preocupaciones, Madre Alberta se quedará temporadas a la nievecilla Pilar en el Cole-

gio de Palma; a las colegialas les entusiasma tener como muñeca en casa una nieta de la Madre. Los altibajos de salud del hijo se le reflejan constantemente en la correspondencia:

—He recibido hoy carta de Alberto y Joaquina; dice él que ya dio un paseo de dos kilómetros de subida y otros dos de bajada, y que está mucho mejor de fuerzas y de apetito; que toma seis vasos de leche buenísima diarios, que parece mantequilla pura. No dejen ustedes de rogar a Dios por él.

A las puertas del verano de 1908 vino a Palma noticia de la gravedad de Alberto. Madre Alberta presidía los exámenes de la Normal. Los profesores le obligaron a suspenderlos para que corriera al lado de su hijo. Llegó a Barcelona el 17 de junio; Alberto agonizaba, asistido por su mujer y familia. En la noche del 18, fiesta del Corpus, Alberto murió. La Hermana que acompañó a Madre Alberta describió su porte:

—De gran medida, sin caer en extremo alguno; estaba apenada, sí, pero tranquila y dueña de sí misma, como siempre.

Alberto dejaba mujer joven y los tres niños, de nueve, siete y cinco años. Madre Alberta ofreció a Joaquina quedarse definitivamente con la niña Pilar en Palma, y cuidar su educación: Pilar no tendría privilegios en la vida estudiantil, pero sí todo el cariño de Ca'n Clapés.

A Saturnino Giménez le fueron bien las cosas en la vida, aunque la primera mujer se le murió. Casó en segundas nupcias. Las dos cuñadas adoraban a Madre Alberta. Llegó a teniente coronel. Con una estampa esbelta, arrogante. Pidió destino a Mallorca, y pudo así vivir cerca de su hermana.

Era una madre, sin duda. Estuvo para ello bien entrenada antes de convento. ¿Y qué debemos añadir al retrato de esta mujer?

En seguida, urgentemente, otra característica suya: un talento notable, por encima del nivel medio.

En plena galerna anticlerical del último tercio del siglo XIX, a Madre Alberta le ha correspondido defender una institución curiosísima, casi única en España: Colegio y Escuela Normal de la Iglesia, con reconocimiento oficial.

Tuvo asistencia, desde luego: las sombras de don To-

más y de don Enrique respaldan su esfuerzo. Pero ella solo es una maestra nacional, no una profesora de universidad. Le toca idear planes de estudio, redactar programas, formar profesoras, dar clase, seguir atentamente la evolución de los métodos pedagógicos, viajar, presidir exámenes, emitir informes. Todo esto con una mano. Mientras con la otra resuelve papeletas económicas, suaviza conflictos de convivencia femenina, conquista la confianza de las hermanas y el cariño de las niñas.

Con su «maestra nacional» en el timón de la nave, el Colegio de la Pureza se lanza a mar abierta, sin que de 1870 en adelante haya que anotar una vacilación: Madre Alberta poseía un talento fuera de serie. Cosa que nadie ignoraba en Mallorca.

Leyó mucho. No escribió libros; solo ensayos breves de tipo espiritual o pedagógico; muchas cartas; piecitas de teatro para los escenarios del colegio, con intención moralizadora, y versos ingenuos, sencillos, unas veces para darlos como instrumental escolar de fiestas, otras veces por efusión cordial hacia las personas más queridas.

El talento de Madre Alberta brillaba con tal intensidad, que sus contemporáneos le aplicaron, era inevitable, lo que consideran máximo elogio:

–Superior a la medida de los varones.

–Posee rasgos varoniles en su carácter: claridad de conceptos, diafanidad de expresión.

–Tiene cabeza de abogado.

–Dispone de un talento varonil.

¿A qué seguir espigando? Son frases que pretenden rendir tributo a una mujer excepcional, elevándola al rango de varón; estamos en la segunda mitad del siglo XIX, cuando los biólogos tratan de fijar en sus laboratorios las raíces somáticas en que se apoya «la indiscutible inferioridad femenina». El mal viene de antiguo. Algunas civilizaciones orientales decretan que en la pira donde se consume el cadáver del marido muerto sea quemada su mujer, ya que su misión terrena carece de sentido una vez desaparecido su dueño. Aristóteles la considera

«un hombre desprovisto de algunas facultades, mutilado, degenerado», y pasa a los teólogos medievales el fundamento para discutir si la fémima posee alma, por lo menos alma completa. El mismo Tomás de Aquino pensará que la generación de una mujer se produce por un fallo de la energía activa «a causa, quizá de los vientos húmedos del Sur». A las puertas mismas del siglo XX, Mobius escribe que de la mejor mujer no puede salir nada superior a una buena ama de casa. Recogía las arrogancias de Kant: La encuentro intelectualmente poco dotada, fantasiosa, charlatana y moralmente débil».

Nada extraño, pues, que ante una mujer extraordinaria la estupidez masculina se quite el sombrero declarándola «hombre, casi hombre». Le había ocurrido a Santa Teresa de Jesús, cuando el padre Báñez, su confesor, consiguió que el Provincial de los dominicos aceptara conocerla:

–Habíadesme engañado, decíades que era mujer, y a fe no es sino hombre varón, y de los muy barbudos.

El «malabestia» del Padre Provincial se quedó tan panchito, convencido de haber pronunciado una frase histórica.

¡Qué vamos a hacer!, aceptemos el elogio a la clara inteligencia de Madre Alberta; tiene cabeza de hombre. Si nos ponemos a discutir, algún canónigo va a sentirse picado, quizá incluso el obispo.. Digamos en su honor: talento posee de canónigo, de obispo.

Pero ella es mujer. Fina, suave, delicada. El cerebro lo pone al servicio de la verdad, quiere ver claro.

–Una vez el señor visitador le preguntó por qué al salir por alguna diligencia o para comprar alguna cosa que convenía, salía casi siempre con determinada hermana: ella contestó: «Si voy con esta, me da su parecer, me expone las dificultades o ventajas que en ello ve». Y con gracia añadió: «Si voy con otra, son escolans d’amen, y yo he de resolver sola»..

Para ser mujer inteligente y de carácter nítido no hace falta que Madre Alberta pierda cualidades femeninas. Vamos a verlo examinando sus dotes de gobierno.

Pasados muchos años, de Roma pedirán, para conocer la figura



de la Madre, que sean enviados todos los papeles que ella escribió. Una religiosa los recoge, los ordena, los copia. Al terminar su trabajo, dice que la impresión más saliente del largo contacto con los recuerdos de la Madre está en la certeza que todos tenían de su superioridad: ella estaba por encima, sin pretenderlo, sin buscarlo.

Madre Alberta posee aquella característica del «espíritu clásico» que, según los psicólogos, es capaz de penetrar en la riqueza de los detalles sin perder la perspectiva general del panorama. A veces decía medio en broma:

–Hija mía, soy muy elástica.

Inventó una frase expresiva para designar este interés que conviene dedicar a cada persona y a cada circunstancia:

–Sacrificarse por todas y por cada una en particular con amor de sacrificio.

Es buen estilo: «Con amor de sacrificio», el superior llega en su gobierno a la meta que se proponga.

Por eso aparecía siempre equilibrada, serena. Miraba las cosas desde arriba, aunque ciertamente sabían todos que se comprometía ella sin reservas:

–En su porte, en sus modales y en toda su persona se advertía una majestuosa dignidad que le era nativa, y al mismo tiempo una llaneza y naturalidad encantadoras. Hablaba con gran sencillez, y sin embargo no había conversación más amena y más instructiva y elocuente que la suya. Su presencia inspiraba respeto, pero infundía paz y confianza. Difícilmente se encontrarán juntas en un corazón tanta firmeza i ternura como en el suyo. No tenía miras interesadas, vivía muy por encima de todo lo terreno, era sobrenatural, realmente perfecta; pero conocía y entendía muy bien las miserias, bajezas y debilidades humanas y, sin que le causaran extrañeza por grandes que fueran, las miraba con caritativa indulgencia, las disimulaba, y de esta manera las transformaba y enmendaba; descendía de lo divino a lo humano, y lo purificaba.

Centraba los asuntos y, desde luego, las conversaciones sin hablar de sí misma:

–No hablaré nunca de mí.

Este propósito lo cumplió a rajatabla, ateniéndose a los

datos «objetivos» de cada problema. En su señorío no estaba oculta una vanidad sorda. Procedía con nobleza. Si alguien percibió su alta estatura espiritual, no fue porque ella se alzara de puntillas. Era distinguida también cuando trajinaba las coladas, los pucheros, la escoba. Disponía de la bondadosa mirada que busca el lado bueno de las cosas:

—Hija mía, la gracia está en saber coger las rosas sin herirse con las espinas.

«Hablaba siempre en tono templado, sin amaneramiento; escuchaba con interés; trataba con cariño». Cortés, entraba a fondo en la cuestión que le propusieran, sin prisa, como si solo aquello tuviera importancia. Cuando las tareas agobian, se consuela a sí misma:

—Hay que remar.

Y pone una chispa de humor en los actos de autoridad:

—La hermana que nos servía dejó la cesta de la fruta fuera de la despensa; nosotras, al pasar, se la vaciamos, cogiendo una cada una. Al darse cuenta la hermana se enojó con nosotras, y fue a decírselo a la Madre. Ella disimulando nuestra falta, dijo: «Si yo hubiera sido niña, tal vez hubiera hecho lo mismo; lo que ha de procurar usted es dejarlas siempre en su sitio...»

Otro día las internas, en la cena, se pusieron de acuerdo para comer más sopas que de ordinario y no dejar para las monjas. Dicho y hecho. La pobre cocinera se enojó, la Madre derivó a broma la travesura, rió, les regaló unas estampas.

A veces tomaba ella la iniciativa:

—Un día, estando yo distraída, me dio un buen susto: oí una voz cavernosa mientras sentía unas manos sobre mi espalda; al volverme, asustada, me encontré con la franca risa de doña Alberta.

Ponía ingenio, amable y sugerente, en las correcciones. Una hermana vino, muy satisfecha, a decirme;

—Hoy que la hermana sacristana está fuera he aprovechado para limpiar la sacristía, y cuando ella regrese la encontrará limpia y aseada.

—Ha hecho usted muy mal —respondió la Madre—. Sentiría que ella lo tomase como quien dice: «Ahora que no



**Colegio de Sant Cugat del Vallès, Barcelona / Religiosas Pureza de María**



**Colegio Madre Alberta, Palma / Religiosas Pureza de María**

estás te limpio los rincones».

La hermana cocinera se disgustó con su ayudante porque cortaba demasiado pan y sobrasada: para corregirla decidió que los fragmentos sobrantes se guardaran en el cajoncito de la servilleta de la propia ayudante, que habría de comerlos. Se acumuló tanto pan duro que la pobre castigada no podía con él. La Madre lo supo. Se dejó caer por la cocina repartiendo estampitas en un momento que estaba sola la hermana cocinera.

–Dejaré la estampa de su ayudante en el cajoncito de la servilleta.

Lo abrió y se maravilló de encontrar aquel pan.

La cocinera le explicó. Ella repuso suavemente:

–No, que le puede dañar la salud: gástenlo en sopas y anímenla a que ella se corrija.

Ama la paz íntima, preámbulo para el viaje hacia la nube de Dios.

–Para corregir nuestras faltas debemos estar en calma, porque así como en el agua revuelta no se divisa el fondo, en el lago tranquilo se ven hasta las más pequeñas piedras y es fácil acertar con ella si se las quiere sacar.

Quizá de la vocación a ese viaje que termina en el seno del Padre nace un cierto aire de melancolía, de suave nostalgia que he notado en los escritos de la Madre. ¿O será un matiz temperamental de los isleños? En todo caso, ella sabe esperar; escribe:

–Hay que ver las cosas y dejarlas llegar por sus propios pasos.

Está en el jardín. Le pregunta a la hermana jardinera si goza en su trabajo, si le gustan las flores. La hermana responde que no, es un quehacer como otro cualquiera. Madre Alberta:

–Hermana, a medida que las cuide les tomará afición, porque son muy agradecidas, corresponden a los cuidados que se les dispensa. Lo mismo sucede con las cosas que se refieren a Dios: cuanto más nos aficionamos a la virtud, tanto más aprisa la adquirimos.

¿Y los animales?

Una hermana consiguió amaestrar una tortuga. La Ma-

dre estaba encantada con que cuidara de algunos animales, y un día contó a una colegiala las aptitudes de la hermana.

Y ahora, ¿dónde está la hermana?

En Valldemosa, cuidando el gallinero; creo que los huevos nos salen caros, pero ella disfruta tanto...

También contemplaba las estrellas, desde la azotea, y explicaba a las niñas las leyes del espacio. Seguía, interesada los fenómenos:

—¿Pudieron ustedes ver el eclipse? Aquí, desde nuestra azotea lo vimos perfectísimamente. Yo gocé lo indecible, como gozo en todos los grandes fenómenos de la Naturaleza, que ponen de relieve la pequeñez e impotencia del hombre, a pesar de su decantada ciencia.

Las excursiones por rutas escondidas de la isla — «amb calma per l'illa de la calma» — le encantaban. Pienso si ella vería en las calas que miran a levante, espiando la salida del sol para recogerlo como una concha guarda su perla en el agua fresca, la imagen verdiazul de los niños que esperan la palabra fecunda del maestro.

La existencia de la Madre no se encumbra en picachos altísimos ni profundiza en abismos insondables. Ofrece una trayectoria tenaz, recta, segura y llana. Azorín escribió que «lo importante en la vida y en el arte es lo normal; el minuto que es igual a otros millones de minutos y que todos juntos forman la trama de una vida y dan el nivel medio, constante, inalterable, de una persona». Si así es, entiendo el secreto de Madre Alberta. No se es maestra ni madre en un arrebato, en una hora. Se es maestra y madre con mucho amor, con gran paciencia. Derrochando amor y paciencia. Marañón dijo que nunca se pierde el tiempo cuando se trata de hacer el bien, aunque sea inútilmente.

Al alma mallorquina, Miguel de los Santos Oliver la define «suave, contemplativa y armónica». De los aragoneses dicen que somos recios, nobles y enérgicos.

El padre de Alberta fue aragonés.

Mallorquina su madre.

¿Se fundieron los rasgos en la hija?

A mi, que soy aragonés, me complace pensarlo: ella fue mujer suave y ecuánime, contemplativa y enérgica, armónica y noble.

# 13

Cabeza de puente en tierra firme



Exalumnas de Alberta Giménez / Archivo de la Casa Madre



Exalumnas de Alberta Giménez / Archivo de la Casa Madre



Hagamos un pequeño balance, ahora que ya en plena forma jurídica la Congregación de Hermanas de la Pureza está a punto de rebosar de los muros de Ca'n Clapés para fundar nuevos colegios.

Cuando, el 19 de septiembre de 1874, doña Alberta Giménez «recompuso» la Comunidad, la seguía una patrulla mínima: María Aloy, Vicerrectora; las tres hermanas Fornés, Frau y Guardiola; una aspirante, Catalina Togores. La escala de sus edades era la siguiente; Togores, 19 años; Aloy, 15; Madre Alberta, 38; Guardiola, 47; Fornés, 61; Frau, 62.

Misterios de Dios: ninguna de sus primeras provisionales hermanas estaba con Madre Alberta la mañana del 6 de agosto de 1892, cuando el Instituto de la Pureza inició su existencia oficial con los votos emitidos ante el Obispo don Jacinto María Cervera. Han muerto todas, solo queda la Madre.

María Aloy la primera, ya vimos que se fue a la otra vida en la primavera de 1876: si el amor pudiera salvar de la muerte a las personas queridas, no cabe duda que María Aloy no le hubiera faltado a Madre Alberta, que tanto cariño puso en ella...

Hermana Guardiola murió en 1883, a los 56 años de su edad: una mujer tan buena, tan callada, tan humilde, y pidió que junto a su cama de moribunda desfilaran don Tomás, Madre Alberta y cada una de las hermanas, para pedirles perdón «por lo que les había molestado y escandalizado» a lo largo de su vida.

La tercera, una de las dos viejecitas, hermana Fornés, el oráculo del Colegio, dotada del carisma del consejo, muy apreciado por Madre Alberta y bien aprovechado por las cole-

gialas, murió el año 1887, en el mes frío de enero, en que a los viejecitos les gusta morirse. Tenía 74 años y llevaba 57 viviendo en Ca'n Clapés.

Al año siguiente, en el otoño de 1888, murió hermana Togores. Con solo 33 años de edad. Fue durante una docena de cursos peón de brega en el tablero de Madre Alberta, que podía contar con ella para las papeletas más difíciles: secretaria, encargada del pensionado, profesora de materias complicadas. Extraordinariamente inteligente, incansable en el trabajo. Y con un aire de niña candorosa, escrupulosa incluso: a la hora de las confesiones las hermanas sonreían viendo que hermana Catalina quedaba siempre la última, para prepararse mejor. Solo fallaba en el oído para el canto, y la clase de solfeo —exigida por Madre Alberta a las hermanas— era un suplicio para ella, una obsesión: cuando cayó enferma pasaba sus delirios semitonando lecciones de solfeo, que partían el alma a las hermanas. Don Tomás le dio el crucifijo para que, besándolo, dijera al Señor que lo amaba; ella, con su delicado empeño de decir bien las cosas, respondía:

—Os quiero amar, Jesús.

A pocos meses, nada más comenzar 1889, también en el mes de enero de los ancianos, murió la otra viejecita, hermana Frau. Con 77 años y 57 en el colegio, los mismos que hermana Fornés. Mujer del pueblo, sencilla, ingenua, cumplió el oficio de portera del colegio: dada la candidez de su carácter y el cargo en la portería, era inevitable que la tuvieran por el «Alonso Rodríguez» de la Comunidad, recordando el lego jesuita que, precisamente en Palma, vivió tantos años de custodio del portal del Colegio jesuítico de Montesino. Había que tener cuidado con hermana Frau, pues aceptaba que se creía cualquier cosa que le dijeran: no le cabía en la cabeza que alguien pudiera mentir. Las notas de Madre Alberta refieren que, ya moribunda, pidió la hermana que le leyeran un capítulo de la Imitación de Cristo; leyeron el correspondiente al «Día de la eternidad», y ella se sintió tan consolada.

Las cinco. Abandonaron Ca'n Clapés antes del día grande. Han dejado su fuerza, su espíritu, en el alma de la Madre; no ha de extrañarnos verla tan serena, tan robusta. Las cin-



co; son el rescoldo, las mayores, los antepasados del Instituto. Son la tabla de nobleza de la Sociedad de Hermanas de la Puerza de María Santísima.

¿Y la nueva plantilla?

Madre Alberta, a la vista del esplendor que adquiere el Colegio, vuelve la vista atrás y recuerda las escépticas miradas de quienes vieron nacer su árbol:

—La matará una helada, decían los despreocupados; la tronchará el huracán, repetían los pesimistas; mas ni los hielos ni el viento fueron parte a destruir el árbol...Este creció y sus hojas reverdecieron, y sus frutos fueron óptimos y hasta supo resistir los embates de la tempestad, fecundo, siempre florido, siempre respirando vigor y vida.

Tiene a su lado, como asistente y vicesuperiora general, a madre Monserrate, que representa una etapa no de sueños y proyectos, sino de realizaciones. La joven maestra, escogida en 1876 para ocupar el puesto de María Aloy, se ha revelado como todo un carácter y una máquina de trabajar. Es la mano fuerte de la casa: pasa revista a la indumentaria de las niñas que salen de paseo, preside con severidad los exámenes, ha ganado por oposición la plaza de gerente de la escuela práctica agregada a la Normal, da clase dominical de adultas, forma parte del tribunal provincial de oposiciones a magisterio vacantes, gana premios del Ayuntamiento, de la Junta de Instrucción Pública, y consigue que sus niñas se lleven los laureles en los concursos de catecismo, de labores, de geografía...Es imparable, madre Monserrate Juan. Rigurosa, clara de cabeza, temperamento tenaz, en alas a su «genio vivo» cubre una hoja de trabajo agotadora. Y no se agota.

El «genio» de madre Monserrate le dio a ella no pocos quebrantos espirituales, a las niñas más de un susto y a Madre Alberta algún quehacer para canalizarlo y equilibrarlo. Monserate recordaba así aquellos años:

—Madre Alberta juzgaba siempre con benevolencia; cuando formábamos tribunal en oposiciones, como no estábamos juntas, no podíamos comunicarnos, y para que mis notas

resultaran iguales a las de la reverendísima Madre, tenía yo que subirlas un poco más de lo que a mí me parecía. Lo mismo sucedía en exámenes, ella siempre juzgaba con más benevolencia.

Sucedía en exámenes...y en todo. Madre Alberta le guardaba eficazmente las espaldas cuando se le iba la mano y en los escapes de humor. Las niñas después de una borrasca, recibían palabras suaves de Madre Alberta:

—No tenga reparo de acercarse a madre Monserrate; ella se alegrará, la quiere mucho a usted, la considera, no tenga miedo.

Se compenetraron. Madre Monserrate hacía frente a sí misma para sujetar «el maldito genio», como ella decía. Y reflexionaba:

—Nunca conocí que Madre Alberta juzgara mal de otros. A veces yo le decía: «Si hacemos esto pensarán que lo hacemos con tal intención». «¿Qué han de pensar?, me contestaba. «si decimos tal o cual cosa se figurarán que tenemos tal pensamiento o que lo decimos por tal motivo». «No lo crea usted», me decía. Como ella pensaba siempre bien de los demás, suponía que los otros hacían lo mismo.

Madre Alberta comprendió que, a la hora de extender por nuevos horizontes su Congregación, era una providencia disponer de aquel andamiaje sólido, eficiente. Le fue llenando de ternura los resquicios: Montserrate acusaba el impacto y agradecía. Madre Alberta hizo costumbre redactar para su asistente en cada cumpleaños uno de aquellos poemas familiares a que era aficionada: aprovechaba para decirle bromas y veras. Los versos de los primeros años confirman que Madre Alberta vio la llegada de Montserrate como una compensación de Dios por la muerte prematura de María Aloy:

«Me privó de una hermana bondadosa...

...otra me quiso regalar contigo».

La primera fundación tiene un valor simbólico: da, al puñado de mujeres habitantes de Ca'n Clapés, conciencia de que son semilla apta para esparcirse por otros surcos. La ciudad escogida por Madre Alberta y don Enrique ha sido Manacor, segunda población de la isla en número de habitantes y en em-

puje.

Los tanteos comenzaron a finales de 1891. Ya don Enrique había ascendido un peldaño en categoría eclesiástica: el Obispo lo nombró provisor y vicario general de la diócesis; es decir, era oficialmente el «vice»de su Ilustrísima.

Pues a la mesa de don Enrique llegó un expediente con acta notarial cediendo al Obispo la propiedad de la iglesia del Sagrado Corazón, edificada por el sacerdote don Juan Arlet en un barrio de Manacor llamado Fertárix: el sacerdote había levantado un nuevo templo a sus expensas y ahora lo ponía a disposición de la diócesis.

Don Enrique lleva algunos meses hablando al señor Obispo de que Madre Alberta piensa desgajar un enjambre de sus hermanas estableciendo un colegio en alguna localidad de la isla: esta poda será, indudablemente, fecunda.

Ahora se ofrece una oportunidad tentadora: podría ceder la nueva iglesia de Manacor a las Hermanas, y que ellas construyeran al lado su colegio.

Madre Alberta y don Enrique cometieron el proyecto a consideración del visitador, don Guillermo, que firmó la solicitud oficial con fecha 18 de febrero de 1892. el primero de marzo el Obispo aprobó: La Madre escogió el solar y don Enrique dirigió, ilusionadamente, las obras, comenzadas enseguida.

Así fue que, mientras al final del curso 91-92 obtenían las Hermanas de la Pureza reconocimiento oficial de su existencia, se ponía simultáneamente a punto la primera expansión del Instituto.

A finales de agosto Madre Alberta llevó a Manacor un pequeño equipo de hermanas y las instaló provisionalmente en un piso alquilado, para que antes del curso le tomaran el ritmo a la vida de la población y, además, realizaran el montaje de aulas y convento. El 92-93 darían las clases, entretanto concluían las obras, en su pequeño piso.

Todo quedó listo en el verano de 1893. Se tendía un festejo inaugural el 1 de octubre.

Fue un día esplendoroso. Las hermanas pusieron la iglesia y el colegio brillante de luces. En el trenecito de Palma llegó a Manacor una expedición jubilosa; venía un grupo de

canónigos y sacerdotes presididos por don Enrique y un centenar de colegialas con casi todas las hermanas de Ca'n Clapés. Hubo desfile con estandartes, manifestación cívica, misa solemne, discursos y mesa bien abastecida. La ocasión lo merecía.

Ya estás plantado el primer renuevo. Los viejos muros de Ca'n Clapés han reventado para dejar que la sangre circule por canales hasta lejos, quién sabe. Las hermanas tienen conciencia de que son «comunidad matriz» y que, por tanto, el éxito de las nuevas fundaciones dependen de la vitalidad que allí late. Madre Alberta lo dice...Lo dice con palabras de tarde en tarde; pero con hechos, con su ejemplo decidido, lo recuerda a las hermanas cada día. Ellas la ven como madre adorable. Se miran a ella. Le han confiado sus corazones. Y vigilan el estilo de su madre, tratan de seguir sus huellas. Emociona leer los apuntes en que recogían minuciosamente los pormenores de Madre Alberta:

–Tomaba parte en los quehaceres domésticos; éramos pocas; además de las clases había que atender a los trabajos de la casa, colada, limpieza, trabajos que había que hacer antes o después de las horas de clase.

–Por temprano que nos levantáramos o tarde que nos acostáramos, la Madre era la primera en acudir de madrugada y la última en irse por la noche.

–Muchas veces a las tres de la madrugada ya estaba haciendo la colada.

–No perdía un minuto. A primera hora ya daba clase a las hermanas, a fin de prepararlas para la clase de las niñas; esto antes del desayuno.

–Las hermanas velaban durante la noche en el dormitorio de las niñas. La vigilia se repartía entre dos, estando de guardia la primera hasta las dos, y la otra de las dos en adelante. La Madre Alberta también tenía su turno...Cada cuatro días le tocaba. Si las hermanas la reprendían cariñosamente..., contestaba: «La vela me viene de perlas...»

1870-1895. El 1 de mayo de 1870 el Obispo Salvá fir-

mó el nombramiento de Rectora del Colegio a favor de doña Alberta Giménez. Nosotros sabemos que lo firmó sin demasiado convencimiento de que el ensayo prosperara, esa es la verdad; pero dejemos correr los malos recuerdos. El caso es que el 1 de este año 1895 se cumplen los veinticinco años de aquel histórico nombramiento. Don Enrique y las hermanas llevan un mes de cuchicheos para preparar, sin que Madre Alberta se entere, la fiesta de bodas de plata. A Madre Alberta se le escapa esta fecha: no por una postura de humildad forzada, sino sencillamente porque hay muchas cosas en qué pensar y falta tiempo para mirar hacia jornadas ya tan lejanas...

Discutieron el obispo, y al fin se inclinaron por regalar a la Madre un hábito nuevo. Le hace falta, porque anda con uno, limpio, pero muy remendado. Lo preparan. Y en la noche víspera aguardaron que la Madre se durmiera: cuidando de no despertarla, le quitaron el hábito viejo y colocaron el nuevo.

Madre Alberta se despertó el 1 de mayo a la hora acostumbrada, se levantó y se vistió. Dijo luego que había notado un poco de dificultad al ponerse el hábito, pero no llegó a descubrir el cambio.

Lo que sí le extrañó fue encontrar la capilla tan adornada con flores y luces: pensó preguntar a la sacristana qué fiesta qué fiesta habían de celebrar. Recitaron como siempre, las horas menores del breviario; la voz de las hermanas sonaba fuerte y algo nerviosa, como en día especial. Por fin la Madre comprendió cuando, al salir del oratorio, la rodearon sus hijas en bulliciosa felicitación:

—No sé a que viene esto...

—Madre, ¡veinticinco años... Ya. ¿Será posible?

Fiesta colegial: misa, poesías, música de la incipiente rondalla, homenaje de las niñas; por la tarde un Tedeum y acto brillante con asistencia de amigos del Colegio, a base de más versos, más rondalla... y un entremés «historicolírico» redactado por don Enrique sobre la biografía más o menos velada de la Madre. ¿Ella qué iba a hacer más que asombrarse, un poco encogido el corazón?

Pisándole a mayo los talones vino el final de curso. Y a mediados de agosto, el primer Capítulo General del Instituto:



las flamantes Constituciones disponen que se celebre cada tres años el Capítulo. Fue todavía un ensayo presidido por don Enrique como delegado del Obispo.

Don Enrique, ya se ve, incorporado cada vez más a la obra de Madre Alberta. En 1896 se cumplen los presagios de las devotas de Palma: don Enrique Reig obtiene plaza de canónigo en la catedral. Van sus pasos tan deprisa, que hasta el Obispo piensa que no podrá retener muchos años aquel fervoroso apóstol. Pero don Enrique pone entusiasmo en sus tareas, como si fuera a quedarse en la isla toda su vida. Don Guillermo, visitador oficial del Instituto de la Pureza, comprende que siendo canónigo don Enrique no queda ningún escrúpulo jurídico para entregarle completamente la asistencia de las hermanas: don Guillermo alega flojear de salud, renuncia a su cargo; y el señor Obispo nombra visitador de La Pureza a don Enrique. La vida del Colegio camina pujante. El próximo Capítulo General, segundo del Instituto, no será ya una formalidad piadosa.

Solo una nube en el horizonte: algo le falta en los ojos a Madre Alberta. La obligan a un viaje rápido a Barcelona, que la mire un buen oculista. Aún no es cosa grave, pero el especialista le dice que ha de volver pronto, no conviene descuidarse.

En julio de 1898, antes de marcharse don Enrique de vacaciones a la Península, ha resuelto con Madre Alberta un problema que les agobiaba. El número de aspirante al Instituto de la Pureza crece, y las dependencias dedicadas a noviciado en la casa resultan estrechas. ¿Qué hacer? Levantarán un piso más. Este mismo verano.

Va a resultar un verano movido, porque toca celebrar el II Capítulo General, previsto para el 21 de agosto.

El 7 de agosto, su cumpleaños, Madre Alberta recibe una carta de felicitación que don Enrique envía desde su pueblo natal valenciano, Agullent. La felicitación este año viene en verso, relata una conversación telefónica:

«Al cielo hemos acudido,  
como centro de las almas,

comunicación pidiendo  
con esa ciudad de Palma...

... ..

Al momento ha contestado  
el ángel que está de guarda,  
que de antiguo figuraba  
como excelente abonada.

... ..

Con voz salida del alma  
y sirviendo, a maravilla,  
nuestro corazón de placa...»

Ya sé que los versos son rípidos. Pero es que me hace mucha gracia, y resulta curiosidad histórica, encontrar el futuro Cardenal Primado de España verificando familiarmente. Madre Alberta respondió en verso mallorquín:

Nang rebre tanta alegría  
despusahir, que plorava  
de goig...  
...estic empegueïda  
¿Creurien que han gosat dir,  
amb lletra llampant i clara,  
que jo figur en el Cel  
a sal lista d'abomades  
per parlar ab el Bon Jesús  
com una amiga ab una altra?

... ..

S'alegría que m'han dad  
Los voldría jo tornar  
Mil vegades cent doblada.

El 21 de agosto, Capítulo. Todavía los asuntos de la Congregación caben en el orden del día de una sola jornada. Pero qué buen entrenamiento:

«...una escribanía de plata, un cuadernillo de papel de barba, plumas y lápices, la lista de las hermanas que tienen voto activo y las que pueden ser votadas; las Reglas y el libro

de las actas de los Capítulos Generales y los puntos que tenían que tratarse. Detrás de la mesa, un sillón para el señor presidente... Otra mesa con tapete y papeles en blanco, cortados para escribir los votos, tintero, pluma y una silla. Las hermanas estaban sentadas en los sofás de cada lado de la mesa presidencial, de mayor a menos... Se reúne la Comunidad en el oratorio...; el sacerdote lleva capa...; terminado el rezo sale la Comunidad del oratorio formando dos hileras... Así formadas esperan al delegado...»

Son «ensayos de Capítulo General», porque todas conocen aún los negocios de la Congregación in cimiento. Pero en este 21 de agosto de 1898 las monjas de La Pureza discuten dos asuntos importantes: la expansión del Instituto y el nombramiento de maestra de novicias.

El Colegio de Manacor funciona de maravilla. Prueba de que La Pureza está en condiciones óptimas de expansión. Habrá que pensar en otras casas. Don Enrique —siempre don Enrique— tiene una idea...

Las obras del piso nuevo para el noviciado van adelante: sala de labores, ropería y dormitorio. El noviciado reclama no solo paredes más amplias. Madre Alberta se ocupa de mirar la formación de las hermanas jovencillas. Pero necesita ya una responsable, una maestra de novicias. Pide a las «madres capitulares» que escojan y voten a la hermana cuya fisonomía espiritual se acople más a la diseñada en las Constituciones: «La maestra de novicias debe ser excepcionalmente devota, de una virtud sólida y probada, de una gran prudencia, grave sin faltarle la afabilidad, y ha de unir al más vivo celo la más consumada mansedumbre... Será este cargo incompatible con otro cualquier empleo de la Comunidad o del Instituto... Su autoridad será completa en todo lo que se refiere a la educación y formación de las novicias... Más que otra alguna, se mostrará humilde, dócil, obediente en cuanto se refiere a su persona».

En el libro de actas del Capítulo se consigna: «Fue nombrada maestra de novicias la hermana Arrom».

Es la Directora del colegio de Manacor, tiene ahora 35 años.

María Rosa Arrom, nacida en el pueblecito de Costitx,

vino al Colegio el año 1884, con veintiuno de edad. En dos cursos se hizo maestra. Inteligente, estudiosa, buena y sencilla: un alma sin doblez, prendó a Madre Alberta. Ingresó en la Comunidad como aspirante a hermana. En dos años más obtuvo el título de maestra superior. Pero al comenzar su vida oficial de hermana de La Pureza, cayó enferma de fractura de espina dorsal; dolores agudísimos en el costado izquierdo. Madre Alberta la llevó a Barcelona y los especialistas ordenaron un aparato-corsé que corrigiera la desviación y sanara la rotura. Un año tumbada en cama, sin ladearse ni un momento... Pero sonriente siempre, cariñosa, agradecida a todo el mundo que se ocupaba de ella; jamás una queja. Se recobró, inició las tareas de maestra. Parecía afianzada. Madre Alberta la dejó de superiora en Manacor, pero tuvo luego que retirarla porque la salud se resistió: la tuvo tres años, también de superiora, en la casita de Valldemosa. Luego la destinó de nuevo a la dirección de Manacor.

Hay que cumplir la resolución del Capítulo: madre Arrom se queda en Ca'n Clapés. El 9 de octubre madre Arrom se instala con sus novicias en el piso nuevecito. Será para ellas una madre buena.

1898 es un año tristemente significativo en la historia de España. La liquidación de un gran imperio lleva consigo temblores políticos y sociales que a nuestra patria le proporcionaron quebrantos infinitos. Media España miraba con odio estúpido a la otra media, y era a su vez cordialmente correspondida. A ráfagas, los ramalazos azotan a los institutos religiosos: el país camina hacia la catástrofe...¡acabemos con frailes y monjas!

De vez en cuando los expedientes de «ilustrada reforma» del Ministerio de Fomento tropiezan con un par de incómodos verdaderamente extraños: en Huesca y en Mallorca funcionan dos Escuelas Normales regidas por monjas. ¡Dios bendito, cómo es posible!, ¿ha de extrañarnos que España pierda las Islas Filipinas, último retazo de su imperio, si en Huesca y en Mallorca la Escuela Normal está en manos de monjas? Naturalmente, el señor ministro da un puñetazo en la mesa y ordena que en seguida le pasen los expedientes, porque él ha de

remediar semejante incongruencia; monjas, habr ase visto...

Le pasaban los expedientes, reclamaban información complementaria a Huesca y Mallorca: resultaba que las Escuelas funcionaban satisfactoriamente, y costaban poquísimo dinero al erario público. Su excelencia podría eliminar las monjas y quedarse las Escuelas, pero vaya preparando un nuevo mordisco al presupuesto, nada boyante ahora mismo. Se salvaron, de momento, ambas Escuelas.

Con fecha 16 de diciembre de 1898 la Diputación de Baleares suplicó al Ministerio de Fomento que exceptuase la Normal de Palma de las disposiciones generales con que se reorganizaban todas las de España: nadie la va a llevar mejor y tan barato. El 5 de mayo de 99 un real decreto respondió afirmativamente: a la Normal se le reconocía su condición de Escuela Superior. Pero se le exigía que todo el profesorado fuera femenino y titulado. Una real orden del 12 de junio dictó las normas para el cumplimiento del decreto:

–En el plan de estudios, sistema de enseñanza y exámenes, la Normal se ajustará a las disposiciones generales.

–El régimen de la Escuela sigue encomendado a las hermanas de la Pureza.

–Es directora de la Normal la superiora de la Congregación.

–Ella nombrará las profesoras entre las hermanas tituladas.

La patrulla de Madre Alberta se había ensanchado lo suficiente como para responder brillantemente a estas exigencias. Nuestros antiguos amigos del Círculo Mercantil de Palma comentan, a la hora del café, que esta mujer impresionante ha realizado un «alarde pedagógico»: poder sustituir, sin detrimento alguno del establecimiento, el profesorado de la Normal por un claustro formado exclusivamente de hermanas.

Le sobran fichas, incluso.

Madre Monserrate tomó las clases de Historia y Caligrafía. Madre Margarita Bou, Aritmética,  lgebra y Geometría. Hermana Petra Pal u, Dibujo. Hermana Margarita Miralles, Música. Ella, Madre Alberta, se reserv  Economía, Lectura y las suplencias.

Le sobran piezas: va a emplearlas en la primera fundación del Instituto en la Península.

Quiso don Enrique que la primera casa de La Pureza en la Península estuviera en su pueblo natal, Agullent, provincia de Valencia. Esta resolución podía significar una de dos cosas: deseaba favorecer la educación de los niños de su patria chica; o pensaba que sería bueno traer cuanto antes las hermanas a una cabeza de puente en tierra firme y dar horizontes amplios al Instituto.

El caso es que a primeros de junio de 1899 las monjas de Ca'n Clapés cumplen turnos extraordinarios de rezo para que Dios ayude a la Madre en su primera aventura.

Acompañada de su asistenta, Madre Alberta embarcó el día 12 de julio rumbo a Valencia. El vaporcito tuvo una travesía movida, según informaba la Madre en carta a sus hijas: «Acabamos de fondear, después de una noche terrible. La tormenta de relámpagos y truenos y golpes de mar terribles ha sido como pocas». Pero en el puerto de Valencia les aguardaban: «Al llegar el vapor nos hemos encontrado con don Enrique y su cuñado esperándonos, hemos oído misa y desayunado».

Salieron inmediatamente para Agullent, donde contaban con la oferta de una familia adinerada que facilitaría la compra del edificio en condiciones económicas aceptables. Como base de operaciones, don Enrique había alquilado una casa por dos años «mientras la instalación definitiva, y ahí se empezará en tanto se resuelven las otras cuestiones pendientes».

Nada más llegar vio la Madre cómo la casa tomaba mal cariz, porque la familia recogió velas en cuanto a la promesa de ayuda. Desconcertada, pidió a Palma que le remitieran las cartas de meses atrás: «Que vean estos señores lo que ellos mismos han escrito». Pero la buena gente de Agullent y pueblos limítrofes estaba feliz con la idea de que establecieran el Colegio, «ofreciéndonos apoyo y auxilios materiales que no podemos rehusar en conciencia». Así que tomó la decisión: para el nuevo curso se abrirá el Colegio de Agullent. Compró

casa, trazó el plan de reforma, inició las obras. El 23 del mismo julio anunciaba en las cartas a Palma su regreso vía Barcelona: «Don Enrique marchará para baños..., pero volverá acá para la fundación de la inauguración, que, Dios mediante, será el 5 de septiembre».

Ningún eclesiástico distinguido debía privarse, a finales del siglo pasado, de unas semanas de vacación veraniega en una localidad de baños terapéuticos. Formaba parte, diríamos, del protocolo de una carrera con presagios de altas dignidades. La idea no era perversa si, además de proporcionar pláticas piadosas a las familias burguesas en los aburridísimos atardeceres de los baños, el eclesiástico distinguido que va para obispo afianza la salud del hígado y el riñón.

Mientras don Enrique pone a remojo en los «nuevos baños» de Paracuellos del Jiloca las vísceras del futuro Cardenal Primado de España, Madre Alberta regresa a Mallorca en el barquito del 29 de julio.

A mitad de agosto envía a Agullent a Madre Monserrate con dos de las hermanas que formarán parte de la plantilla de la nueva casa. Ha escogido ya la superiora: será madre Janer, que embarca hacia la Península el 30 de agosto, con las demás hermanas destinadas a Agullent. A primeros de septiembre está ella misma en Agullent ultimando detalles. El Colegio es «despejado y capaz, con planta baja muy espaciosa..., el piso principal destinado a clases, muy ventilado..., el segundo piso para dormitorio..., una ancha galería de acceso a una grandioso jardín lleno de árboles frutales, hermosos rosales y otras variadas plantas; detrás del jardín, el pleno campo con magníficas tierras de regadío. Situado el pueblo en una hermosa colina, se divisan desde cualquier punto panoramas bellos y encantadores».

El día 6 de septiembre fue la fiesta, según el programa de inauguración utilizado en Manacor: desde la parroquia, don Enrique, acompañado del párroco y sacerdotes del contorno, además del alcalde y concejales, se dirigió corporativamente al Colegio, donde aguardaban las monjas, las niñas y la gente. Bendición de la capilla, Tedeum, cánticos... Un refresco y los discursos consabidos.

Me gustaría haber encontrado el texto del que pronun-

ció don Enrique. Sospecho que recordando sus empresas juveniles dirigió algún puyazo a los secuaces de Blasco Ibáñez, que vociferan sin parar, pero no construyen soluciones prácticas para la ilustración del pueblo. Me gustaría tener el texto, porque de seguro el discurso le salió rotundo: el señor canónigo traía bien reforzados sus riñones y fresco su hígado de Paracuellos de Jiloca.

En la capilla de Ca'n Clapés arden dos cirios ante la imagen de la Purísima. Los encienden las hermanas en las grandes ocasiones. Ya regresa la Madre, para el comienzo del nuevo curso 1899-1900.

1900...El siglo XX encuentra a las Hermanas de la Pureza con una cabeza de puente en tierra firme.



# 14

Fuegos artificiales  
en el viejo caserón



Alberta Giménez al tomar las riendas del colegio y venerable anciana / Archivo de la Casa Madre

1900.

En la cumbre del siglo.

¿Es Madre Alberta una mujer del siglo XIX, pertenece al siglo XIX o llegará con vitalidad suficiente para ocupar un puesto en la aventura que significa el siglo XX?

Ha cumplido Madre Alberta 62 años, en agosto cumplirá 63. Parece mentira, no ha dado margen a que nos diéramos cuenta lo rápido que le va pasando el tiempo. 62 años. Ella escribe:

«Creo que, por más que me resista a convencerme de ello, mis 62 años me van pesando y agriando el carácter como no permite la virtud. Pidan ustedes a Jesús que me haga tolerante como debe ser todo superior».

La verdad es que Madre Alberta entra en el siglo con plenitud de facultades. Quizá sea cabalmente esta la época de su madurez. 1900.

Mallorca empieza a levantar cabeza de una década llena angustias económicas. Los últimos años del siglo XIX han sido extraordinariamente duros para los mallorquines.

Primero, el desastre de los viñedos.

En el año 1872 le había tocado a Mallorca una lotería inesperada: la filoxera arrancó las viñas de Francia y, como no hay mal que por bien no venga, la catástrofe vitícola francesa provocó un aumento vertiginoso de productos en Italia y España, cuyos caldos encontraron en Francia un mercado insaciable. Pagaban los importadores galos precio excelente y libre de trabas arancelarias. Mallorca se convirtió en un viñedo.

Pasaron las hectáreas de 15.000 en 1860, a 30.000 en 1890; la producción de 97.000 hectolitros en 1860, a 750.000 en 1890. De Porto-Colom, la salida marinera de Felanitx, partía un servicio regular a Sète. Mallorca boyante...

Pero los agricultores franceses no estaban dormidos, pelearon tenazmente para superar los quebrantos de la plaga: Rehicieron sus viñedos y además plantaron extensiones inmensas en Argelia. Exactamente en 1891 el gobierno francés creyó liquidado el paréntesis: Alzó las tarifas arancelarias a cifras astronómicas y puso en el mercado interior su propia producción. De 496.000 hectolitros, la exportación mallorquina a Francia bajó en solo el año 91 a 181.000 hectolitros, y en un par de años prácticamente desapareció. En diez años el viñedo de la isla quedó reducido a 4.500 hectáreas, y la producción total a 50.000 hectolitros. Estas cifras escalofrantes —de 750.000 hectolitros en la euforia del año 90 a 50.000 en los primeros años del siglo XX— implican la ruina total, la miseria de pueblecitos enteros cuya economía se había apoyado en «la lotería del vino». Plantaron otra vez almendros...

Y después, el desastre del calzado: Mallorca exportaba su producción a las Antillas, y la guerra ha significado un corte radical. Los talleres cierran.

En los últimos años del siglo XIX, la población balear no aumenta, disminuye en un millar de individuos, a pesar de que su crecimiento vegetativo arroja un saldo favorable de treinta mil personas. Las Baleares pasan a ocupar el tercer puesto de las provincias españolas en los índices de emigración. Agentes de Sudamérica, sobre todo Argentina y Chile, reclutan labriegos mallorquines. Como caso típico se cita el caso de Manacor, ciudad donde Madre Alberta tiene su primera fundación, que en solo el mes de agosto de un año vio partir más de 2.000 personas.

Por si fuera poco, el ejército se lleva a los jóvenes a la guerra. Al terminar el siglo, Mallorca parece desangrada.

Afortunadamente, sus hombres despiertan a la incitación que supone el arranque de un siglo nuevo: fundan sindicatos, cooperativas, buscan ayuda, mueven influencias—gracias al General Weyles consiguen un encargo de 80.000 pares de botas

para el ejército—, envían agentes comerciales por el mundo, organizan exposiciones; en una palabra, plantan cara a la crisis. Y enseguida notan que el pulso de la isla responde. Pronto los Celler de Inca estarán invadidos de turistas con ganas de beber el vino negro, espeso y suave de las botas gigantescas. La Villa de Santa María pondrá al coñac etiquetas que dicen: «del pueblo de Santa María», y uno duda si la diferencia sugerente al «Puerto de Santa María» célebre, es aquí una reverencia gentil o una astucia comercial. El mercado de los cueros subirá. Y la artesanía, los recuerdos típicos. La construcción. La industria hotelera. Mallorca percibe ya, intuye la invasión turística que se avecina...

Si a caballo en esa bisagra del calendario que da paso del siglo XIX al XX se reflexiona sobre las venturas y las desventuras de España, una de las cosas que aparece más clara como urgente, implacable, diría incluso que angustiada, es la extensión y la profundidad de la enseñanza. A España la va a coger el toro... bueno, esto pensaríamos en 1.900, ahora sabemos que efectivamente la cogió. El toro del retraso con respecto a la evolución del mundo, el toro del aislamiento, el toro de la pobreza científica, artística y espiritual. Por haber descuidado la enseñanza, la instrucción, la educación. El siglo XX nació presidido por un concepto democrático de la existencia y señaló el triunfo de las fuerzas del trabajo en el mundo. Quedaban obstáculos, por supuesto, había aún el intento de las dictaduras nazis y soviéticas. Pero las ideas son imparables: libertad, igualdad, fraternidad, herencia entregada al XX por el siglo XIX, constituyen un fermento que habría de hallar tarde o temprano, más bien temprano, fórmulas prácticas de convivencia social y política.

Por eso urgía tanto enseñar, educar. En el antiguo régimen, una aristocracia preparada dirigió los intereses públicos. Ahora, la inmensa muchedumbre de ciudadanos que llenan las fábricas, los campos, las oficinas, los talleres, va a intervenir, a elegir, a votar, a decidir, va a agruparse en asociaciones para defender sus derechos, va a anhelar y a exigir un nivel de vida más alto, va a trazar su propio proyecto de existencia.

Necesita ilustración. Conocimientos y base moral. Es decir, educación.

Y las mujeres constituyen la mitad más uno de la población mundial...

Dos tareas ocupan a Madre Alberta por estas fechas, y una inquietud le preocupa.

Le ocupa el proyecto de nueva fundación en Onteniente, la villa cabeza de partido judicial a que pertenece Agullent. Vista la buena marcha del Colegio de Agullent, los ontenienses desearon que las hermanas establecieran un instituto en Onteniente para niñas, haciendo pareja con el de niños dirigido por los padres franciscanos. Las «fuerzas vivas» de la localidad acudieron a don Enrique como mediador «suponiéndole el conducto mejor y más grato para las buenas madres». Los recursos económicos de la ciudad eran notables, de modo que la negociación anduvo rápida.

Pero al mismo tiempo don Enrique y Madre Alberta están ocupados en un negocio de altura: parece llegada la hora de que la Congregación de la Pureza remate su esquema jurídico pasando de categoría diocesana a categoría universal.

Conviene un paréntesis. Hace tres años murió el Obispo Cervera. Le ha sucedido en la sede mallorquina don Pedro Juan Campins. Aun viviendo muchos años el Obispo Cervera, don Enrique no hubiera permanecido en Mallorca. Su renombre y el afán apostólico lo empujaban a otras empresas de carácter nacional. Muerto su Obispo, la partida iba a acelerarse. El canónigo y la fundadora comprendían que el lazo diocesano de La Pureza con el palacio episcopal de Palma tenía encantos históricos..., pero no se ajustaba a la exigencia de un Instituto en trance de desarrollo, cuyos planes, espíritu, formación y gobierno, habían de contar con bases más sólidas que el cariño y la simpatía del Prelado y de sus colaboradores. Antes que don Enrique partiera, el canónigo y la fundadora querían dejar la Congregación de la Pureza directamente apoyada en los organismos centrales de la Iglesia.

El 27 de abril de 1900, Madre Alberta dirigió una razo-

nada solicitud al Prelado de acuerdo con «el Consejo General de esta Congregación» que «en sesión de ayer deliberó sobre la utilidad y honra señaladísima que el Instituto cabría si lograba la aprobación del Sumo Pontífice, puesto que a más de la mayor estabilidad que con ello conseguiría, vendría a adquirir verdadero carácter de Instituto religioso, entrando en el goce de los derechos y prerrogativas que las leyes eclesiásticas conceden... Reconocieron a la vez el deber en que se encontraban de comunicar y someter ante todo a V.E.I. tal pensamiento...».

El Obispo nuevo no había vivido la historia interna de La Pureza. Simplemente le parecía normal que si eran monjas fueran monjas del todo, alcanzando la inscripción en los registros romanos. Dijo que sí, que de acuerdo; encargó a don Enrique reuniera el expediente y lo llevara personalmente a Roma. Don Enrique se embarcó el 5 de mayo: «Lleva nuestro expediente —escribía Madre Alberta—. El Señor bendiga el celo de nuestro buen Padre y corone con feliz éxito sus gestiones». Regresó con alentadoras impresiones. Quizá en un año...

¿Y la inquietud que preocupa a Madre Alberta? Pues que el desbarajuste del país enfrenta «las dos Españas» cada vez de manera más radical. Si la Normal de Maestras de Palma está regida por monjas, ¿cómo va a tolerar su existencia un ministro librepensador? No preguntarán si funciona bien o mal. Cada relevo de Gobierno significa un sobresalto. En alguno de estos relevos, la liquidarán.

En el verano de 1900 quedó ultimada la fundación de Onteniente: podría abrirse el Colegio a primeros de 1901.

Pero antes había que pasar un trago muy amargo. Don Enrique en octubre que se traslada a Toledo. Lo llama para profesor del Seminario el Cardenal Sancha, que pronto lo hará canónigo de la catedral primada.

Pobre Madre Alberta... «El corazón resiste la prueba—escribe—y chilla y se alborota; pero debemos hacernos sordos». Don Enrique promete continuar cercano a los afanes de La Pureza y a fe que cumplirá su palabra. Madre Alberta promete también: «Mis oraciones no han de faltarle, no; si lle-

gan al Cielo, él conseguirá el éxito deseado. No pensemos en nosotras...»

Se despidió el 19 de diciembre. Quedaba el cargo de visitador vacante... Don Enrique confía que será un paréntesis breve, pues cuando llegue la aprobación de Roma el visitador cesará en sus funciones actuales. Dios quiera que los papeles de Roma no se retrasen. ¿Quién será el nuevo visitador?

El 2 de enero de 1901 Madre Alberta presidió la apertura de la casa de Onteniente. El 4 estaba de regreso en Palma. El 5 recibió un oficio del Obispo: Ha sido nombrado visitador de La Pureza don José Ribera. Sabían de él que era un sacerdote ejemplar.

Ejemplar, pero uno de esos hombres que entienden la santidad de una manera rígida, fría y fastidiosa: ellos pretenden llegar a santos canonizables, pero a quienes toca la desgracia de vivir a su lado les entran ganas de hacerse mahometanos. Don José Rivera hizo su primera visita a La Pureza el 10 de enero. A las hermanas les pareció muy chinche. A Madre Alberta también, solo que no lo dijo.

Reconozcamos que la papeleta no era fácil ni para ellas ni para él. Nacidas a la sombra del báculo episcopal, habían crecido ya y esperaban de Roma el certificado de mayoría de edad que las independizarían del Obispo actual, La Pureza solo es un asunto más de normal administración.

Y estaba..., quiera que no, la sombra familiar de don Enrique, sacerdote inteligente, apóstol, decidido, cariñoso, disparado claramente hacia puestos distinguidos.

Las hermanas, tras los ojos cándidos que saben poner las monjas, lo medían —al nuevo visitador—, lo ajustaban al patrón de don Enrique. Y don José Rivera sabía de sobra que no podría dar la talla...

La pena fue su reacción equivocada. El Instituto caminaba boyante, había excedido los límites diocesanos, contaba con una superiora general experimentada y talentuda, recibiría pronto de Roma la carta de libertad. ¿Por qué don José Rivera no limitó prudentemente sus atribuciones—que a la letra eran todavía omnímodas—y metió la nariz en asuntos que cualquiera le hubiera aconsejado no le concernía?



Quiso saberlo todo, escudriñar las cuentas atrasadas, los balances, autorizar o desautorizar los movimientos de personal, frenar los proyectos de expansión. A mediados de enero, Madre Alberta escribía a la Superiora de Agullent:

«Paso unos días y unas noches como permite Dios. Se me pasó el correo directo sin escribirle a usted; no le extrañe, tenemos visitador nuevo y...nos ocupa mucho. ¡Todo sea por Dios!»

Ella pide a sus monjas que esmeren el trato, para que don José no se sienta incómodo y para crear lazos de simpatía:

«Quisiera que escribiera usted a este señor visitador ofreciéndoselo, lo mismo que a toda esa comunidad. Es muy fino y muy cumplido y hay que cumplir con él».

«Escribe usted al visitador don José Ribera Jaquotot, presbítero, ofreciéndose a sus órdenes y prometiéndole encomendarle a Dios, a fin de que le dé salud y bendiga sus trabajos por nuestra Congregación. Creo que se le debe esta atención a este señor; no le faltamos, él es muy fino y muy distinguido y muy cortés y atento».

Pero a veces el desahogo de la Madre es inevitable:

«Se examinan nuestras cuentas con una escrupulosidad impertinente; nada más puedo decir, sino que he llorado mucho, mucho, y que lloro aún».

Malo era que don José Ribera pretendiera actuar como superior general de una Congregación de monjas; pero resultaba insoportable que descendiera además a pormenores de superiora, de prefecta y de administradora. Hay testimonios de niñas del colegio con intromisiones cómicas: «No se pudo quitar una reja del coro, que estorbaba para el canto, porque al padre visitador no le pareció bien»; «en una ocasión en que le pedían permiso (a la Madre) para una excursión, ella nos contestó que su consentimiento lo teníamos, pero que era necesario el del señor visitador; protestando nosotras que no necesitába-

mos más permiso que el suyo, nos corrigió diciendo que sin al autorización del visitador no podíamos hacerlo».

Madre Alberta aguantó y capeó el temporal con verdadero señorío

Ni una palabra fuerte, ni un desprecio. Discreta, prudente, callada. El visitador, que sin duda tenía conciencia de su propio comportamiento y acechaba alguna reacción, acabó proclamando «el talento de la Madre y su convencimiento de que era una santa». La psicología de estos tipos cuando están constituidos en autoridad los lleva a autojustificarse pensando que gracias a su prueba los demás progresan en perfección: como si el Cielo los delegara para hacer la pascua al prójimo y encima hubiéramos de apuntarles las virtudes ajenas.

La pobre Madre Alberta, de primeros de enero a últimos de abril, soportó un calvario estúpido, llegando casi al límite de su resistencia:

«En el crisol se purifica el oro; esperémoslo todo de Dios, por quien trabajamos, y busquémosle solo a Él. A todas las hermanas suplico que multipliquen sus oraciones y esperemos tranquilas...

He sufrido y llorado mucho, y mi salud, que parecía inquebrantable, se ha resentido..., me encuentro mejorada, pero han pasado por mí diez años en cuatro meses.

Ella (Madre Monserrate) y yo no hemos sabido avenirnos al cambio de visitador; quizá Dios nos pida cuenta por tanta rebeldía...Aquí no podemos hacer la cuenta sin la huésped y no creo que el señor visitador se aviniera a que de aquí se llave dinero. Hace mucho hincapié en que las fundaciones han privado a la casa de un capital, sobre todo Manacor».

No vamos a echarle la culpa al «fino, distinguido y cortés» don José Ribera, pero aquellos «cuatro meses que la hicieron envejecer dien años», a fuerza de disgustos y lloros, ciertamente ayudarían poco a mejorar la vista débil de la Madre. Escribía ella el 30 de abril:

«No sé si el mucho llorar o del mucho tener que estudiar, estoy muy mal de los ojos. Sobre la pupila del izquier-

do se me forman una nube que me estorba muchísimo y que aumenta mi disgusto por la necesidad que tengo del trabajo».

Menos mal que en seguida una catarata de luz va a inundar las pupilas de Madre Alberta: Vienen noticias de Roma, habrá fuegos artificiales en el viejo caserón.

Quizá en el fondo del problema de don José Ribera late esa manía permanente de los hombres que también, cuando de cosas de la Iglesia se trata, consideran retrasadas mentales a todas las mujeres. Estamos ahora mismo superando semejante ridícula visión. Pero hay que ver lo que han tenido que soportar las monjas. Los sacerdotes hemos bromeado siempre a cuenta de la psicología monjil. Un amigo mío tiene escrito un largo romance que comienza:

Piden consejo; lo das;  
si les gusta, te bendicen;  
si no, al punto te dicen:  
Vade retro, Satanás.

La verdad es que hemos intentado gobernarlas como a menores de edad. Todavía más grave: ellas aceptaban esta «depreciación» de sus facultades autolimitando su desarrollo intelectual y el proceso de su madurez psicológica. La estampa tradicional de la monjita delicada, casta, limpia, sonriente, perpetuamente infantil... y algo boba, era la réplica religiosa de la prepotencia social de los varones.

En Ca'n Clapés un telegrama de Roma liquida la situación insostenible.

El 10 de mayo; en ese mes que los colegios de monjas tienen lleno, a rebosar, de flores y cánticos a la Virgen María.

León XIII había firmado la aprobación pontificia del Instituto de la Pureza de maría Santísima, de Mallorca.

El sobre lacrado con un hermoso decreto en latín, firmado por el Cardenal Gotti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, tardó aún veinte días en llegar.

Llegó con la traducción italiana de las Constituciones, retocadas oportunamente. La constitución XVII, dedicada al visitador, había desaparecido, puesto que la Congregación dependerá directamente de Roma. Don José Ribera—«fino, distinguido, cortés»...y bastante chinche—quedaba cesante.

En el mes de las flores y los cánticos, la obra de Madre Alberta obtiene la definitiva bendición del Papa.

Ya no le importa ni quedarse ciega por haber llorado tanto.

El verano próximo irá otra vez al oculista de Barcelona y se comprará unos buenos anteojos.

Esta noche del mes de mayo le brillan de mil colores las lágrimas de la Madre, porque las hermanas se han vuelto locas de alegría y hacen estallar una rueda de fuegos artificiales en el patio del viejo caserón.

# 15

El Gobierno liquida la *Normal*  
de Madre Alberta



Doña María Ferrer / Archivo de la Casa Madre

Apertura del curso 1901-1902 en el Colegio de la Pureza.

Una chiquitaja de gentil palmito lee con desparpajo unas cuartillas de saludo a los invitados en el salón de actos. Las cuartillas han sido escritas por Madre Alberta. Es una tarea complementaria que desde hace años le ha sido asignada a la Madre por sus hijas. Ella redacta las felicitaciones en verso y en prosa, los discursos, las piecicillas de teatro para todo festejo que se celebre en los colegios de La Pureza.

La niña monicaco habla a los invitados:

«¡Si viérais los trasudores y congojas que cuesta presentarse ante el público! De mí sé deciros que ahora mismo las piernas me tiemblan, el corazón me da saltos y la garganta se me anuda...»

Pero la chiquitaja explica a continuación que no le importa, que esta apertura de curso tiene un significado especial en el Colegio:

«El Sumo Pontífice, el Vicario de Jesucristo, ha visitado a nuestras amadas madres y hermanas por medio de un decreto, les ha tributado los mayores elogios y les ha adjuntado a la vez que el premio de sus alabanzas el valiosísimo e incomparable de su aprobación. Con ello ha declarado abierto un nuevo curso, una nueva etapa, una nueva época de más ardoroso apostolado, de mayores sacrificios y más brillantes triunfos».

He aquí la tónica espiritual de la Congregación en estas fechas: «Una nueva época, una nueva etapa» de apostolado y sacrificios. El mapa del Instituto comienza a poblarse de crucecitas que señalan las casas fundadas estos años. Cerca de Ca'n Clapés estaba «desde siempre» la casita de Valldemosa; luego vino Manacor, primera fundación en Baleares; Agullent,

primera en la Península; Onteniente después...La vida sigue. Madre Alberta vigila el desarrollo de los colegios, los visita frecuentemente, sostiene correspondencia con superiores y hermanas, las aconseja, les pide que se cuiden, sugiere fiestas, métodos, procedimientos pedagógicos, envía materiales de última novedad, recomienda experiencias:

«Dígame que se tratan ustedes con mucha caridad y dulzura; que se presentan a la vista de las niñas y de los extraños con la compostura conveniente; que no dan voces desentonadas ni ríen a carcajadas; que gastan siempre un humor jovial y atractivo...»

Es la Madre quien vigila el calendario para que no pasen inadvertidas las fechas de cada hermana. A cada cual le prepara una alegre sorpresa. El 2 de febrero de 1904 se cumplían 25 años de la entrada de la Madre Monserrate. Madre Alberta quiso dar relieve a estas bodas de plata de su asistencia. Escribió un largo poema con estribillo y 38 estrofas, a las que hermana Miralles puso música; las estrofas eran cantadas en español, francés o mallorquín.

Un par de meses antes, en la Navidad de 1903, Madre Alberta y su asistenta viajaron a Toledo invitadas por don Enrique para visitar al Cardenal Primado, que había escuchado tantos elogios de las religiosas de La Pureza; las colmó el Cardenal de atenciones, les hizo regalos, pidió que fundaran en su diócesis. Las sentó a su mesa:

«Figúrese usted qué vergüenza...Estuvimos animadas y tranquilas, y comimos muy bien. Yo a la izquierda del Cardenal y madre asistenta a la derecha del Obispo auxiliar. ¡Qué esplendidez de comedor! Si nos hubieran ustedes visto por un agujero...»

Don Enrique fue llamado a Madrid para ocupar una plaza de auditor de La Rota: El proyecto de fundación en Toledo quedó abandonado. Don Enrique desarrolló en Madrid un intenso programa apostólico: Fundó revistas, dirigió centros



universitarios, asambleas sacerdotales, sindicatos, dio clases, conferencias... Pero encontraba tiempo para seguir de cerca el desarrollo de La Pureza.

En julio de 1907 Madre Alberta recibe en Agullent las propuestas del pueblo cercano de Ollería para fundar un colegio. Le apetece, porque así tres casas de la Congregación estarían cercanas, agrupadas: Agullent, Onteniente y Ollería. La fiesta de inauguración se celebró el 15 de septiembre. El con-sabido protocolo tuvo esta vez un detalle inesperado: al llegar en su carruaje a las puertas de la población, don Enrique y las hermanas, que venían presididas por Madre Alberta, encontraron a las autoridades de Ollería, endomingadas y esperándolos ¡con el señor cura revestido de capa y cruz alzada!

En 1909 se cumplían los cien años de la fundación del Colegio de la Pureza por el Obispo Nadal.

Madre Alberta pidió a las hermanas que organizaran un programa de festejos a todo largo del curso. De una parte servirían de estímulo para el aprovechamiento de las niñas. De otra, obsequiarían repetidamente al señor Obispo Campins —no fuera a imaginar que aprobadas como Congregación de derecho pontificio lo dejaban de lado—, y a los amigos del Colegio.

Las colegialas lo pasaron en grande. Discursos (una cuartilla de Madre Alberta sobre la historia de la casa recordaba que si «el arbusto es hoy secular árbol de grandioso ramaje, se debe al esfuerzo denodado de aquel ingenio, de aquel santo... Pilar, la nieta de la Madre, intervino en un diálogo rimado escrito por su abuela:

Las fiestas terminan ya;  
Yo creí que durarían...  
¡Que no se iban a acabar!

Se acabaron, mientras le venía encima a Madre Alberta un disgusto descomunal: como para romper su equilibrio. Pero

no había en Madrid político que pudiera llegar a tanto. Los incontables cambios de gobierno en Madrid son comentados en Palma de Mallorca con una coletilla permanente:

¿Qué le harán a la Normal de Maestras?

Ahora entra Romanotes de Ministro de Instrucción Pública. En Palma concluyen: Liquidará la Normal. ¿Podía el lobezno liberal renunciar a un plato así de gustoso?

En el verano de 1901 Romanones creó los institutos generales técnicos, a los que deben incorporarse los estudios elementales y técnicos de primera enseñanza. El 26 de agosto dispone que la Normal de Baleares continúe «en la forma actual», «ínterin se ponían en vigor en toda su extensión los preceptos del real decreto».

La primavera de 1902 trae una gaita destemplada: Ahora el profesor de religión del nuevo instituto General Técnico reclama la cátedra de religión de la Normal con un empeño que sería digno de alabanza si naciera del cielo apostólico y no... de la nómina.

En noviembre de 1903 ordenan — ¡otra vez! — en Madrid que la normal de Palma siga como está.

Otoño de 1906: Ahora es Gimeno, el Ministro de Instrucción, que se rasga las vestiduras por el desafuero de las «Normales monjiles» y ordena se abra expediente. El 22 de abril de 1907, como resolución del expediente Gimeno, Madrid declara que las Normales monjiles continúen como están. ¿A qué se debe este frenazo en los propósitos del Ministro rabiosamente anticlerical de Moret? Imagino que la mano grande de don Antonio Maura protegía en Madrid los intereses de Mallorca; la Ley obligaba a contar con el informe del Consejo de Instrucción para suprimir centros docentes, y seguro que mientras Maura siga en Madrid los Ministros de Instrucción tropezarán con ese escollo a la hora de suprimir la Normal de Palma.

Una verdadera carrera de obstáculos. Pero Madre Alberta no se llama a engaño, sus cartas revelan que ella sabe cómo acabarán estos lances de esgrima:

-«músicas de Madrid respecto a la Normal»...

-«muchas y densas las nubecillas que flotan»...

-«la situación no es para fiestas».

-«dificultades con la nómina de la Normal: Desde diciembre —escribe en el mes de abril— no hemos cobrado, pues según el Reglamento general debe eliminarse al profesor de religión por serlo del Instituto».

-«Mucha barahúnda con lo de la Normal, y muchas ideas y venidas y muchos papeles y trapisondas que me tienen disgustada».

-«Música de Madrid respecto a la Normal; veremos si ahora se irá al traste».

A mí que me conozco bien los jabalíes de la época, lo que me sorprende es que tardara tanto en llegar el epílogo: ¿Cómo han podido superar «las Normales monjiles» la primera etapa de Canalejas, cuando la «ley del candado» ha partido España en dos ejércitos formados en línea de combate? Quizá porque las oleadas de la Península tardan tiempo en alcanzar las islas y llegan amansadas. De todos modos llegarán.

La «gloria» de eliminar ese «residuo oscurantista» iba a corresponder a don Santiago Alba, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1912. Preparó un nuevo expediente a la chita callando, y el 22 de julio sometió a la firma de su Majestad un real decreto que suprime la Normal de Maestras de Huesca y Baleares: Aunque España haya perdido su imperio colonial, puede sestear tranquila, pues Alba le ha purificado la sangre de los últimos miasmas clericales.

El decreto tardó unos días en publicarse. La primera noticia llegó a Palma comunicada desde Madrid al diario católico Correo de Mallorca. Fue una bomba en la redacción. Un periodista salió zumbando a Ca'n Clapés. Las monjas no sabían nada. El periodista pidió ver a Madre Alberta y le dio la noticia. El correo publicó la nota al día siguiente:

«Solo palabras de admiración pueden brotar de nuestra pluma ante la noble generosidad de la reverenda Madre doña Alberta Giménez; ella nos declaró...que estimaba perfectamente legal; y en la bondad de su alma no se le ofreció otra cosa más que el recuerdo de la alumnas...»

Llegó La Gaceta con el texto:

«A propuesta del Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,

Vengo en declarar lo siguiente:

Artículo primero: A partir del 1 de octubre del presente año, quedarán suprimidas las Escuelas normales de Maestras de Baleares y Huesca en su actual organización.

Artículo Segundo: En sustitución de ambas y desde la citada fecha, se constituirá en cada una de dichas capitales una Escuela Normal Elemental con la plantilla establecida por el Real Decreto de 23 de septiembre de 1898...

Artículo cuarto: El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes invitará a las Diputaciones provinciales de Baleares y Huesca a que manifiesten si desean sostener las Escuelas Normales respectivas en la categoría de elemental o superior...»

El Decreto iba precedido de una venenosa «exposición» del Ministro a Su Majestad: La cuartilla le había salido a Santiago Alba como un ejercicio de exámenes de aprovechado discípulo canalejista y daba pie al vapuleo clamoroso de los periódicos católicos. Decía:

«Señor:

Las Escuelas Normales de Baleares y Huesca han venido hasta ahora sujetas a una organización peculiar...

Sin examinar de momento, el ministro que suscribe, los frutos que para la cultura pública haya podido producir semejante régimen, y sin recordar tampoco, al dirigente de V.M. en este caso, aunque fuera perfectamente legítimo hacerlo, doctrinas y prácticas acerca de la intervención del Estado en la enseñanza...»

El Siglo Futuro lo llamó «un Real Decreto a lo Nerón». El Debate, nueva voz, equilibrada y responsable, de los católicos españoles, propinó a don Santiago la merecida azotaina:

«El señor Alba, al dar su decreto de supresión de esos centros de enseñanza no solo burla la ley, sino que, con una frase despectiva, traspasa los dinteles de la seriedad y hasta de las conveniencias del respeto debido al Jefe del Estado, cuya firma solicitaba; preciso es que esta cuestión se toque en serio»...

«Antes de entrar en el fondo y en el espíritu sectario del Real Decreto de supresión de las citadas Escuelas, fijémonos en la forma poco respetuosa con la que comienza el decreto:

«Sin examinar de momento, el ministro que suscribe, los frutos que para la cultura pública haya podido producir semejante régimen, y sin recordar tampoco al dirigirse a Vuestra Majestad en este acto, aunque fuera perfectamente legítimo hacerlo...»

«Nosotros creíamos que precisamente los preámbulos o exposiciones de los decretos que para solicitar la firma del Jefe del Estado se escriben, antes de la parte dispositiva, eran para todo lo contrario de lo que dice el señor Alba; siempre vimos en esos preámbulos la exposición de los motivos que a un ministro aconsejan una modificación de lo estatuido por una ley o por otro decreto anterior; pero nunca vimos que esa exposición comenzara por negarse a examinar las razones que se tienen para modificar un estado de cosas que el tiempo y la opinión aprueban sin protesta y aun sin quejas de ninguna clase.

Negarse a dar al Soberano las razones del por qué se solicita su firma, es a nuestro juicio, una falta tan grave que el Jefe del Gobierno no debió tolerar...»

El Debate razonaba implacablemente: Alba procede no como un demócrata, sino saltándose las leyes a la torera «por el solo gusto de no seguir más que sus instintos sectarios». En efecto la Ley de Instrucción Pública decía en su artículo 256 que el Gobierno debía oír al Consejo de Instrucción «en la creación y supresión de cualquier establecimiento público de enseñanza». El Debate pregunta:

«¿Está esto claro y terminante? ¿Ha cumplido el señor ministro con lo preceptuado en esta ley?»

«Tal vez mucha gente no se explique el por qué en este decreto no figura la fórmula legal que en todos los de su clase apareció siempre de: «Oído el Consejo de Instrucción Pública...», y la razón es muy sencilla. El señor Alba, que, aparte de su marcado e interesado sectarismo, no carece de habilidad ni de talento, sabe muy bien que si examinaba las razones que tenía para suprimir o variar le régimen de esas Escuelas, había de confesar que no tenía otros motivos que los de reemplazar las religiosas por personal laico; esta razón era aún muy fuerte, era demasiado descarada, y los católicos no pasarían por ella; pero ni aun así le ha salido al señor Alba, porque los diputados



Convivencias de Foc / Religiosas Pureza de María



Convivencias de Foc / Religiosas Pureza de María

católicos están como centinelas avanzados, pronto a defender, cueste lo que cueste, los intereses católicos...»

«Todas estas cuestiones de las Normales de Baleares y Huesca no son cuestiones políticas ni administrativas; son cuestiones puramente religiosas; se trata de descatonizar la enseñanza, y esta cuestión es independiente de tramoya política; afecta a la conciencia y por eso llamamos la atención no ya solo de políticos, sino también de los católicos».

Desde luego hay que admitir, aparte el fervor apasionado de la lucha que en aquellos momentos estaba planteada, que no favorece a la biografía liberal de Alba este arbitrario golpe de autoridad para suprimir dos Escuelas Normales que funcionaban bien y baratas. En España hemos tenido la manía de sujetar la enseñanza a un monopolio estatal que ha dado pésimos resultados y no se justifica siquiera con los fallos de los establecimientos privados: Porque ha sido un monopolio alicorto, pobretón, mísero incluso, sin aliento, por supuesto, para socializar en serio la enseñanza.

Además los periodistas dejarían en pijama al honorable señor ministro. Como corresponde a su condición de sabuesos, se pusieron a investigar cuántas Escuelas Normales, y por qué, funcionaban en régimen especial. Resultó que había no dos, sino tres: La de Palma, regentada por las Religiosas de la Pureza; la de Huesca, regentada por las Religiosas Dominicanas del Beaterio de Santa Rosa, y la de Las Palmas de Gran Canaria. La de Palma era Superior, de maestras; la de Huesca, Elemental de maestras. La de Canarias, Elemental de maestros. Los periodistas preguntaron: ¿Y cómo es que Alba suprime Huesca y Mallorca, dejando en pie Canarias? ¿Por qué se salva la Normal de Canarias?

—La Normal de Canarias no la regentan religiosos, ni curas ni frailes; la regenta personal seglar...

El honorable señor ministro, muy aventajado, muy liberal, quedó en camiseta ante la opinión pública del país: No le importaban las Escuelas Normales, le importaba golpear a la «clericalla»...

¿Reaccionó Mallorca? Ruidosamente.

Debemos decir en su honor que no fue un griterío orquestado para dar en la cara a un ministro canalejista, aprovechando la circunstancia. No, a Mallorca le interesaba la Normal de Madre Alberta por motivos simples, concretos: Esa Normal hacía maestras, fabricaba excelentes maestras que desde cuarenta años atrás estaban trabajando estupendamente en las escuelitas de las Baleares.

La sorpresa del Ministro Alba será mayúscula porque él contaba con la reacción de los carcas, pero nunca creyó que hasta los elementos izquierdistas y liberales de la isla reclamaran contra la supresión de la «Normal de las monjas». Madre Alberta ha conseguido, con su tenaz trabajo de cuarenta años, que Mallorca considere tesoro común a sus maestras de escuela. Un fenómeno curioso este de las Baleares, que resulta extraño a los politicastos de Madrid: «La inmensa mayoría de los españoles —escribe Unamuno por estas fechas—, aun de los que podríamos llamar cultos, maldito si creen en la eficacia del maestro de escuela; les carga la ciencia, y están convencidos de que los brutos e ignorantes son más felices que los intelectuales y cultos; fáltales fe en la cultura...» Pues en Mallorca no, en Mallorca se han tomado en serio el asunto de las escuelas. Alba está desconcertado.

Los diarios de Mallorca echan chispas: Reportajes, comentarios, entrevistas con Madre Alberta; solo ella mantiene el equilibrio con un lenguaje mesurado: «Llevo ya cuarenta años desempeñando la dirección; tengo en la actualidad setenta y cinco, y ya ve usted, creo que es hora de descansar»; incitaciones a las autoridades de Palma, reproches al Ministro:

-Hoy no se estima, al parecer, para nada el que una señora lleve cuarenta años dedicándose a la enseñanza, encerrada dentro de las aulas; que ha formado el corazón de tantas madres de familia que hoy bendicen su gestión altruista; que ha sacrificado su vida, su bienestar(La Región)

-Parecía natural que los excelentes servicios prestados por nuestra Normal de Maestras fueran reconocidos de una manera ostensible por el mismo Estado que se ha valido de ellos y los ha aceptado durante tanto tiempo como buenos, y que así lo



manifiestan en los documentos con que los da por terminados (El Magisterio Balear)

-Pedimos que se otorgue a la reverenda Madre Directora de esta suprimida Normal una recompensa pública por sus largos años y reconocidos servicios a la provincia y al Estado; entendemos que esta es cuestión de justicia y honor (Correo de Mallorca)

-Además de procurar una acción social de justicia de alto significado educativo y moralizador, cumplirá con una deuda de gratitud para con la «reverenda Madre», como cariñosamente la llaman y la han llamado, y como la recordarán siempre sus discípulas, el noventa y cinco por ciento de las maestras de Baleares (La Almudaina).

-Ben merescuda la té, an aqueixa creu, la tan respectada M. Alberta Giménez. Ella no l'ha mester ni la demanda; pero noltros estam en el cas de demandarla por ella, porque la se té massa guanyada (La Aurora).

Le hicieron las cuentas al Ministro. El Estado anda mal de fondos: el año pasado, Canalejas, para equilibrar la ocupación de Fez por los franceses y la presencia del crucero alemán Panther en Agadir, ordenó una movilización de tropas y el desembarco en la costa occidental de Marruecos, ocupando Arcila, Larache y Alcazarquivir. Marruecos cuesta mucho dinero. Los periódicos dicen que el Estado adeuda fuertes cantidades a los contratistas de Obras Públicas. El Gobierno habla de reducir gastos...Pues aquí hay un pequeño caso: Alba suprime una Normal que funciona ejemplarmente y le cuesta una miseria, para establecer otra Normal que nadie sabe cómo resultará y va a costarle un dineral.

La Ley obliga a que haya Normal en Palma, al menos Elemental; si la Diputación la quiere Superior; ha de sostener los gastos con el Ministerio. La Normal de las monjas (Directora, profesoras, auxiliares, conserje, conservación del edificio; ¡no cobran al Estado alquiler de edificio!) le cuesta la erario público exactamente 2.895 pesetas. La Normal de cualquier población de España tiene un presupuesto de profesorado de 18.400 pesetas, sin contar alquiler de casa y gastos de material. ¿Qué tal, señor Ministro? ¿Sabía usted que «la reverenda Ma-

dre Alberta Giménez, esta señora cuyo talento superior ha sido reconocido no solo en Mallorca, sino en el continente, y aun fuera de España, tenía exactamente el mismo sueldo que la sirvienta de la Normal de Madrid, 750 pesetas anuales?» (Diario de Mallorca)

Nunca hubo una queja ni una reclamación del Ministerio porque la Normal de Baleares descuidara un trámite, un detalle de régimen o documentación. Los administrativos del Ministerio afirman que «la Normal de Maestras de Baleares era la que daba menos quehacer entre todas las de España». Ni una sola visita de inspección ha sido precisa en cuarenta años. El nivel intelectual...: va en cabeza con primeros premios.

¡Pero son monjas!

Y Santiago Alba se encuentra con que los izquierdistas mallorquines defienden la Normal de las monjas. Habló El Ideal, de Palma, órgano del partido republicano, con su lenguaje pintoresco:

«Durante cuarenta años y unos meses ha ido preparando esta Escuela las maestras de escuela públicas que difunden la enseñanza en toda la provincia, y que tan notables muestras han ido dando de su desvelo por la cultura...

Está ahora (que esto no es esencial, aunque es muy práctico) unida la Escuela superior con el Colegio de Internas de la Pureza. Pero quien no quiere que su hija sea interna, ni nadie le obliga, ni nadie muestra preferencia por quien lo sea o lo deje de ser. Para la lugareña de algún pueblo de las islas hermanas, es una gran comodidad tener una pensión que le permite asistir a clase sin salir a la calle. Esto todos los padres de familia de cualquier villa lo comprenden mejor que los que tenemos el privilegio de vivir en la capital.

¿Pero es que no sabemos ya cómo y por qué y por quién fue fundado este Colegio?

¡El Obispo Nadal!

No hay libertad de corazón que no se descubra al pronunciar este nombre.

Pues este Obispo quiso que se estableciera una escuela donde la mujer prendiera a ser buena madre de familia, no monja mojigata; todas las labores propias del hogar, todas las

enseñanzas de despejar la inteligencia.

Y no buscó monjas, sino trabajadoras, para maestras. Dos señoras, madre e hija, que eran sobresalientes bordadoras y confeccionadoras de ropa blanca.

Con decir que eran madre e hija, dicho se está que la fundadora de este Colegio era la casada. Como viuda es ahora la cultísima Directora, que llora la reciente muerte de su hijo, y tiene en su compañía una encantadora nievecita.

No son, no, un arcano para ellas los inefables goces del hogar, de la familia.

Voluntariamente se someten en uso de su libre voluntad a reglas y disciplinas tan respetables como los estatutos de cualquier institución.

¿Es que en nombre de la libertad hemos de impedir que unas mujeres dueñas de sí mismas establezcan las normas de vida que bien les plazcan?

...Veamos si salen buenas discípulas, si obtienen una buena carrera, y apartemos los ojos de si las maestras llevan hábito...Aspiremos a tener un pueblo que sepa leer y escribir, y celebremos si hay algún fraile que nos ayuda en esta empresa».

La Asociación Provincial de Maestros de Baleares elevó al ministro una instancia —«la propuesta que nos permitimos formular es de iniciativa popular, reflejada en la prensa local; no teniendo en ella esta Asociación más que el honor de darle forma administrativa, que pueda poner en conocimiento de vuestra excelencia el deseo de toda una provincia española admirada de la notabilísima labor pedagógica y cultural...»—; y el Centro de Defensa Social le presentó una exposición largamente razonada con dos peticiones: Que dejara sin efecto el Real Decreto de 22 de julio y que concediera a Madre Alberta la Cruz de Alfonso XII al mérito civil. Copio algunos párrafos del texto:

«Excelentísimo señor:

El Real Decreto de 22 de julio último, refrendado por vuestra excelencia, solo por las dignísimas Directora y profesoras de la extinguida Escuela Superior de Maestras de las Baleares ha sido recibido aquí con ejemplar ecuanimidad, con aquella indiferencia que es producto, no del despego, sino de

remontada virtud...No es por tanto en apoyo a la Congregación benemérita que nos permitimos dirigirnos a V.E., sino en interés del pueblo balear, y por bien del archipiélago entero... No hay en Baleares sino una sola poderosa voz para proclamar los relevantes beneficios producidos por la Escuela... Apenas conocido el Real Decreto, la prensa de todos los matices, y singularmente la profesional, hombres políticos militantes en todos los partidos, aun de los llamados más avanzados, individuos de corporaciones populares, lo más selecto de quienes son ornamento de su patria por el saber o por sus prestigios personales, hanse sentido dolorosamente impresionados por la mentada disposición y han exteriorizado estos penosos sentimientos por medio de escritos periodísticos; proposiciones sometidas a la aprobación de los cuerpos a que pertenecen, visitas a las hermanas Directora y profesoras, y propósitos de apelar a cuantos medios lícitos y nobles tengan a sus alcances para lograr la persistencia del actual establecimiento en su primitivo estado...Este espontáneo plebiscito...es prueba fehaciente de que todos los isleños consideran dentro de la más estricta legalidad la Escuela Normal Superior, y la tienen por altamente beneficiosa para la provincia y la estiman irremplazable por otra cualquiera de su clase montada en diversa forma y sujeta a distinta dirección técnica y a desigual régimen administrativo...En nada se opone la Escuela Superior Normal ni a la Constitución de 1876, ni a la Ley de Instrucción Pública de 1857, ni a la oficialidad de sus estudios, ni a los intereses de la enseñanza, ni a la dignidad del poder público...ni a la exención por privilegios, pues lejos de obtenerlos las hermanas, eran en realidad el Estado y la provincia los privilegiados por régimen tan beneficiosos para el procomún y tan evidentemente gravoso para ellas mismas... Suprímase la categoría de Superior a nuestra Escuela Normal, y con ello se imponen onerosísimos y, en mayoría de casos, imposibles sacrificios a quienes quieran habilitarse con tal grado académico, pues les obliga a tener que ausentarse de la isla para adquirirlo, y a dispendios de que pueden perfectamente ser dispensados, y, en caso negativo, les desvanece toda esperanza de poder ascender a escuelas de sueldo superior a la mínima categoría de mil pesetas. Se invita a

la Excelentísima Diputación Provincial a manifestar si desea sostener la nueva Escuela, en sus grados elemental o superior; no advirtiéndole que con ello se pondría a tan importante cuerpo, de suyo apuradísimo por su ordinario presupuesto, a tener que recargarla cuota de los pueblos, cosa que con suma dificultad podría avenirse a que produciría a los gravados no pocas molestias y extorsiones. Supone gastos cuantiosos de instalación, de material docente y administrativo y de retribución al profesorado, a cambio de local gratuito, material de la propia clase y personal cuya remuneración es bastante inferior a cinco mil pesetas, y, por consiguiente, al sueldo de una profesora y un simple auxiliar de cualquiera de las Normales...Sustituye una organización docente que casi medio siglo de existencia ha demostrado ser inmejorable, por otra de inseguros primeros pasos, de difícil consolidación y de resultados que nunca, por más celo que se despliegue, podrán sobrepujar a los hasta aquí obtenidos a tan poca costa y con tales desprendimientos por parte del nobilísimo profesorado actual...»

La exposición era larga, pero sustanciosa. Encabezaba un grueso volumen, con la adhesión, en actas separadas, una por corporación, de la Diputación provincial, 47 ayuntamientos — ¡de los 49 que había por aquellas fechas en la isla! — y 91 entidades públicas.

El tomo constituía un auténtico desafío a las convicciones democráticas de Alba: «Veremos —escribió el Correo de Mallorca— si es verdad que el Gobierno democrático de Canalejas quiere o no gobernar con la opinión, como tantas veces ha anunciado; creemos que pocas veces una provincia ha manifestado su decidida opinión como en la presente».

A la espera de la resolución ministerial, los isleños no se mordían la lengua, como se puede ver en estos recortes de prensa:

—¿Qué legalidad es esa que roba a Mallorca una cosa que miraba con cariño, de la que estaba completamente satisfecha, de la que jamás tuvo una queja?

—Lo sucedido puede servir de ejemplo para que jamás ni una institución particular, ni un municipio, ni una provincia se imponga sacrificios...no sea que venga luego el Estado,



Escuela Normal de Maestras, Son Serra / Archivo de la Casa Madre

con su intervención, a destruir lo edificado y reemplazarlo con menguas.

–Se nos escapa de las manos el bien inmenso que están produciendo en Mallorca las escuelas de niñas, así públicas como privadas, regentadas `por maestras que se educaron e instruyeron a la sombra y los cuidados y afanes de las Hermanas de la Pureza.

–El establecimiento oficial de enseñanza de Baleares que mejor resultados ofrece para la cultura pública es la Normal de Maestras dirigida por las Hermanas de la Pureza.

–La «nostra» Normal: ¿No la pagam am doblers nostros? ¿No la paga san ostra provincia? Ido, «qui paga», deym en mallorquí. Que nos deixis tenir una Escola Normal Superior que tan gustosament tot-hom pagava y sostenía per sa miseria d'unes 3.000 ptes. Mal contades.

–Parecía lógico y natural que un Estado pobre...se preocupara en descentralizar servicios, que ya se cuidarían bien las provincias de atender mucho mejor y más barato...

«Lógico y natural». El famoso principio de «subsidiariedad», que, señor Alba, para un auténtico liberal no debe tener fallos.

Alba no cedió. Eran monjas. Porque no le dio la gana. Sostuvo su decreto contra la razón, contra los interesados, contra el erario público. Eran monjas. Pero no vengamos luego con que la España cavernícola está cerril e ingobernable. Probablemente lo está. Solo que en la acera ilustrada, democrática y liberal, se le responde con cañones del mismo calibre. Españolito que vienes al mundo...

No cedió Santiago Alba. No le dio la gana.

Un oficio del 7 de septiembre comunicaba a la «Sra. Directora de la Escuela Normal de Maestras de Baleares»:

«...En ejecución del Real Decreto de 22 de julio próximo pasado, en 30 del actual, habrán de estar terminados todos los exámenes y reválidas, cesando esa Orden religiosa de su superioridad en al misión oficial que viene desempeñando, y debiendo estar entregado para 1º de octubre el archivo y documentación de la Escuela Normal al funcionario o centro que se

designe».

El 25 de octubre la prensa trajo un suelto del Ministerio:

«Se desestima la petición de la Diputación Provincial de Baleares sobre que fuera derogado el Real Decreto de 22 de julio último, suprimiendo la Escuela Normal de Maestras de Palma de Mallorca, con la organización excepcional con que hasta entonces venía funcionando, disponiéndose, además, que el Ministro de la Gobernación manifieste al presidente de la referida corporación que convoque inmediatamente a sesión para votar el presupuesto extraordinario, a fin de implantar pronto la nueva Escuela, con arreglo a las plantillas remitidas al Ministerio de la Gobernación por Real Orden de 20 de agosto también último».

Madre Alberta sabía desde el principio que la batalla estaba perdida. En pleno mes de agosto escribió en una carta privada:

«La cuestión de la Normal sigue ocupando a la prensa local y a todo el mundo, y llueven visitas y protestas que a nada conducen».

Le haría gracia una de las visitas.

El Ayuntamiento de Palma acordó «ir en Comisión a saludar a las Reverendas Madre y Hermanas de la Pureza para expresarles su reconocimiento por el gran bien que en ciencia y en virtud han realizado durante los cuarenta años que han tenido a su cargo la Escuela Normal Superior».

Le haría gracia la visita. Tiempo atrás comenzó todo con otra visita de un canónigo y del Alcalde a la señora viuda de apellido equivocado...

¿Cómo pasa el tiempo tan de prisa?...

Este verano los periódicos, enfrascados en la querrela de la Normal, dicen que la Directora es una dama venerable de 75 años.

Setenta y cinco años ya, Madre Alberta...

¿Será posible?



16

Vale para santa



**Ca'n Clapés, actual calle de La Pureza**

Era un gran poeta y dijo una estupidez. Pero hay que comprenderlo: los poetas denuncian los pensamientos secretos de su época, suelen servir de altavoz para los sentimientos. D'Annunzio estaba convencido de que en sus palabras se levantaba a los cielos todo el siglo XIX. Se tenía por guapo, aunque por lo visto algunas mujeres abrigaban reservas al respecto. Europa entera conocía las historias de aquella niña, nieta del general francés, descolgada por una tira de sábanas anudadas, desde la ventana del palacio romano de los Altemps. En los salones saboyanos las damas suspirantes se pasaban postales del poeta retratado en posturas de valeroso aviador dispuesto a liberar la Italia irredenta. Guapo, valiente, bigotudo y poeta...

Dijo una estupidez, en nombre del siglo XIX.

Dos tipos de versos acompañaron el nacimiento de la sociedad industrial, aparte de que los poetas continuaban cantando los ojos de su amada. Los hechos enormes de tipo social y económico que estaban ocurriendo motivaron dos reacciones poéticas: una de repulsión, de susto; y otra, más fervorosa, de entusiasmo.

Recordemos, como representativo de la postura crítica, el verso de Rilke contra las «grandes ciudades malditas» donde hombres y mujeres, que antes respiraban el aire limpio de horizontes abiertos, ahora se hacían bajo tentáculos de hierro y cemento.

Los cantos de júbilo al progreso, de loas a la ciencia moderna, de admiración a las locomotoras humeantes eran inevitables y servían al ingenio anticlerical de los casinos provincianos para fabricar alfileres con que pinchar a los canónigos:

el hombre moderno iba a suprimir la religión, ese atraso oscurantista y supersticioso de ponerse a rezar ante los misterios. Y Gabriel d'Annunzio resumió en una frase triunfal las ilusiones del «siglo científico» embriagado de grandezas y dispuesto a borrar las huellas del Creador en el firmamento:

-¡Apaguemos las estrellas del cielo!

Era guapo, bigotudo y retórico, le gustaba escandalizar el corazoncito de las damas suspirantes...

La verdad es que los filósofos y científicos se vieron asaltados por la tentación de proclamar la muerte de Dios que consideraban inservible porque ya las fuerzas de la naturaleza entregaban al hombre sus secretos. Oyeros el tic-tac en los pulsos del mundo y creyeron que poseían las turbinas. También los comprenderemos. Pensaban que la vida religiosa se apoyaba en oscuros fundamentos mágicos, como explicación de los laberintos de la existencia. Ahora los misterios encajaban en fórmulas matemáticas: ¿Para qué recurrir a cielos más altos?

Los burgueses del siglo XIX contaban además con el respaldo de su sólida economía. Administraban, defendían y consolidaban las columnas de números de su cuenta corriente. Libres de polvo y paja. Lo seguro, lo tangible, sin sueños dudosos.

Le jugaron sucio a la Iglesia porque aceptaron su tinguado como útil para sujetar las impacencias de los proletarios que ponían en peligro «el orden», su orden; presidieron las procesiones y se sentaron en la primera fila de los bancos del templo. Pero creer y esperar...¿de qué le sirve a un hombre arropado por la ciencia y las finanzas? Hay una contraprueba de que ni tenían fe ni tenían esperanza: No amaban a sus semejantes, les dejaban consumirse en su pobreza, que pelearan por sí mismos y se defendieran como pudieran, cada cual a lo suyo. Quien no ama, si dice que tiene fe, mente: Palabra de Dios.

Os voy a explicar por qué me interesa hacer un alto y preguntarme si esta mujer que llamamos Madre Alberta, ya con setenta y cinco años a su espalda, deja en el siglo un mensaje espiritual: si vale para santa.

Los hombres de mitad del siglo XX somos los herederos del «optimismo» humanista del siglo XIX. Nuestros pensadores alcanzaron, sin duda, mayor categoría y no han escrito bobadas tipo d'Annunzio. Han traducido aquel estado anímico a razonamientos fríamente serenos, desoladoramente agudos como el Por qué no soy cristiano, de Bertrand Russel. O prescinden, sin más, del tema de Dios como Sastre en El ser y la nada, donde se explican los hechos humanos sin más que una escueta referencia a las razones divinas. Somos la generación escéptica, que cierra un ciclo: ya hemos pateado el planeta, ya sabemos de que va, y podemos prescindir de más profundas inquietudes. Mirar hacia dentro no aclara nada. Afuera solo no falta colgar un farol en los árboles de las últimas selvas.

Quienes gastamos nuestros ojos en la extraña pasión de escudriñar los caminos del futuro debemos anunciar la profecía inesperada: Resucita la religiosidad, se acerca una época de fe, vuestros hijos serán más creyentes. Vuestros hijos, los chavales que ahora cumplen quince años, traen ya impregnada la mente y tierno el corazón. Van a ser profunda, soberanamente religiosos.

No me agradezcáis la alegría, os la voy a cobrar: estos muchachos pasarán antes fuertes crisis religiosas, entre otras razones porque los viejos de su época somos una cochambre, mezcla de fariseísmo y de pereza y de mentiras, no les ayudamos ni pizca con nuestras posturas interesadas en las cuales parece que hay algo de fe, algo de esperanza y algo de caridad, y que defendemos altos valores y tradiciones dignas de respeto, pero es mentira, trágica y desoladora mentira, defendemos nada más una situación cómoda en la cual hasta la «ejemplaridad religiosa» —farisaica, embustera— produce ventajas, dividendos de dinero y de poder, ayuda a medrar. Pasarán ellos crisis porque nosotros nos estamos empeñando en que a estas alturas la religión sea si los curas dan escándalo con quitarse la sotana y si deben continuar llevando un cuadrado blanco al cuello para que los distingamos, los obispos bonetes colorados y medias moradas, «Dios bendito, dejándose aún llamar ¡excelentísimo y reverendísimo señor! en vez de ser un padre y un amigo al alcance de la mano» Pero vencerán la crisis y luego

serán fabulosos creyentes.

¿Y usted, cómo lo sabe? Porque como los indios apaches, con solo pegar mi oreja al suelo oigo el trote de los caballos.

En serio os lo voy a decir. Los hombres nuevos, estos muchachos, serán humildes, nacen a la existencia arropados en una atmósfera de «humildad cósmica». Y es la humildad el suelo donde florece la presencia de Dios. La soberbia envenena las raíces mismas de la vida. ¿Humildad cósmica?

Nuestro gran hombre del siglo XIX se fue hinchando de soberbia, según descubría el teléfono, la electricidad, la radio, según montaba naves industriales...Era todo muy bonito, pero él ¡cómo se inflaba! Luego vino el acabóse: Escindió el átomo, creó fuerzas nucleares, se subió en aeroplanos veloces, enlazó los países con la televisión, programó la producción en cadena, comercializó los productos. Supo que tenía en su poder fuerzas formidables, suficientes para hacer reventar el planeta. Le dio miedo, pero aguantó un poco y luego se acostumbró a considerar que nada ocurriría. Posiblemente no es ni más dichoso ni más desgraciado que el Pitecántropo de la prehistoria, pues el asunto de la felicidad se mide con barómetros cuya temperatura oscila entre márgenes minúsculos.

Satisfecho, seguro, sólido y firme el hombre de la primera mitad del siglo XX borró las huellas de dios. Poseía la tierra. Había conquistado. Deseaba gozar sin inquietudes su conquista. Él era grande, y la tierra pequeña, casi como un cuarto de estar cuyos ventanales ofrecen rica variedad de panoramas.

¿Por qué los hijos de esta generación, incrédula y materialista, van a recuperar la fe, la oración, la sensación de misterio? ¿Por qué está a punto de cambiar el horizonte espiritual del mundo?

Los hombres nuevos, los hijos nuestros, están recuperando, van a recuperar las proporciones, el sentido de la medida, y con ello la humildad: al abrir los caminos del espacio comprenden la estatura verdadera de nuestra tierra y reducen a su categoría exacta las hazañas del famoso ciudadano del planeta. Ni éramos tan grandes ni tan importantes.

Nada de extraño. Las preguntas fundamentales



Catedral de Palma en la celebración de Alberta Giménez, venerable / Estudio fotográfico Paulino

—¿adónde vamos?, ¿de dónde venimos?— pueden adormecerse cuando la panza satisfecha del hombre le regala satisfacciones inmediatas. Pero acechan como hienas en la noche de la selva y sueltan su zarpazo al menor descuido. Los hombres de la generación inmediata no se apellidarán señores de la tierra, sino navegantes del espacio. No les satisface que hayamos conquistado el planeta, serán responsables de una constelación al menos. Miran nuestros mapas con sus cinco continentes, sus siete mares, sus altos picachos y sus arenas desérticas... Y se ríen, les da risa, amigos, de que nos hayamos sentido orgullosos por nuestras conquistas, embriagados de triunfo. Ellos no van a buscar la fuente del Nilo ni el costado accesible del Aconcagua, ellos le seguirán la pista a un rayo de luz que por lo visto lleva millones de años viajando y todavía no entró en la atmósfera donde vigilan nuestras pupilas. Ellos quieren saber hasta donde podrán lanzarse a nadar cuando ya tengan asentadas sus plataformas en Marte, en la Luna y en un vallecito de Venus al que pondrán techumbre de plástico para que no se escape el oxígeno: igualito que preparamos nosotros un termo de café caliente. Ellos opinan que hasta hoy nos hemos divertido poniendo algún que otro juguete en el espacio sideral. Y tienen un firme propósito: Rotular, canalizar, señalar, traficar allá arriba. Son ingenieros, no poetas. Nos quieren, desde luego; sentimentalmente siguen ligados a los pechos que los amamantaron y a las manos que les peinaron el primer tupe. Pero científicamente nos miran con ojos de compasión, opinan que somos gusanos engreídos en los cuatro palmos de nuestra covacha.

Probablemente tengan razón. Quizá nos pongan en ridículo, pero nos teníamos merecida la azotaina: Habíamos perdido el compás, la perspectiva.

Ellos comprenden el tamaño del hombre, su poder...y sus limitaciones. Respetan al Señor que creó los cielos y la tierra. Lo intuyen, perciben su latido. Le rezan. Le hablan. Oran.

A Gabriel d'Annunzio — guapo, bigotudo y retórico— debiera darle, en su tumba, un poco de vergüenza. Os anuncio un gozo grande: vuestros hijos, a pesar de nuestras porquerías, serán más creyentes.



El nombre de Madre Alberta evoca uno de los espíritus que empalman, que hacen cadena, del Evangelio a nuestros días, pasando, sin dejar que los lazos se desaten, por la zona helada de mitad del siglo XIX a mitad del siglo XX, cuando los hombres hemos tenido la tentación estúpida de apagar las estrellas. Ella es cristiana auténtica, un testigo de dios, una mujer que da testimonio.

Por eso es válido el mensaje de Madre Alberta. Se ocupó en tareas de enseñanza: Madre Alberta no es una persona cavernícola que reniega de los avances científicos y maldice «el progreso», mito intocable del siglo de las luces. Al contrario, vive la ingenua ilusión con que los maestros acompañan al desarrollo de las ciencias y amplían la base de conocimientos de las masas populares. En el noble y sufrido cuerpo del Magisterio nacional hallan los avances técnicos un resonador que los traduce a formulaciones muy concretas y los incorpora a la existencia cotidiana. Los maestros sirven de empalme entre el laboratorio científico y el hombre de la calle. Madre Alberta vive con entusiasmo esta vocación de servicio al saber, de entrega a la cultura, a la «extensión cultural» como fundamento para la evolución bienhechora de los modos ciudadanos.

Pero esta entrega a las hazañas de la electricidad, de la radio, del teléfono, del progreso industrial, Madre Alberta la cumple en perfecta armonía con su fe religiosa: ella no piensa que los hombres crecen tanto que van a conseguir apagar las estrellas, ella descubre una nueva huella de Dios en cada hallazgo de la ciencia. Para Madre Alberta las fuerzas de la naturaleza no eliminan el misterio de una Presencia superior: al contrario, invitan a elevar el cántico de adoración y de gracias.

El mensaje espiritual de esta mujer es válido, porque de una parte ella recoge como una hormiga laboriosa los granos de buen trigo que la ciencia le va regalando y con su harina elabora hogazas de pan tierno en los hornos de la escuela; de otra parte, conserva minuciosamente las prácticas devocionales con que se alimenta la religiosidad tradicional. Pertenece Madre Alberta al selecto grupo de espíritus cultivados que no se dejaron aturdir por la vanidad pseudocientífica de su época.

Ocupaba en puesto distinguido entre las personas cultas, informadas, en lo que llamaríamos hoy «la inteligencia» de Palma. Paralelamente, las familias que le confiaban sus hijas veían en ella un ejemplo permanente de religiosidad, un modelo de existencia cristiana.

¿Cuál es el estilo espiritual de Madre Alberta? Se apoya en fundamentos sencillos y sólidos, sin ningún retorcimiento. Para Madre Alberta sirve de base la verdad insoluble de que el Señor Dios es Amo de la vida y de la muerte. Creador y Padre amoroso que contempla y guía nuestra personal trayectoria por el mundo. Ella repite en sus cartas y en las exhortaciones a sus monjas que la casualidad no existe. Ve detrás de los acontecimientos la mano grande de Dios. Antes que un resultado de la formación ascética, este convencimiento de Madre Alberta es una parte de la herencia cristiana que las familias solían entregar a sus hijos. En plena juventud aceptó sin rebeldías los angustiosos golpes de aquella «noche oscura» en que se le perdían uno detrás de otro los amores de su esposo y de sus hijos. Las palabras las diría más tarde, cuando ya era madre y maestra: «Acatemos los designios de la Providencia y besemos dóciles su mano, que, si nos hiere, sabemos que lo hace siempre para nuestro bien». Pero el espíritu cerrado en esta frase lo respiró Madre Alberta desde su infancia.

De la soberanía de Dios, de su dominio cercano sobre los avatares humanos, se deriva una aceptación leal de su voluntad a cuyo imperio debemos someter la nuestra. En la historia de la religiosidad cristiana esta actitud reverente hacia la voluntad divina tiene raigambre tan honda que sirve incluso para explicar teológicamente la inserción de las libres decisiones de la Virgen María en el esquema de los decretos divinos: elegida Madre, predestinada para que en Ella se realicen los misterios de la Encarnación, María pliega su destino a la voluntad del Señor con un fiat de entrega amorosa e incondicional.

Madre Alberta vive repetidamente el «fiat» sagrado, no solo en instantes decisivos como su incorporación al Colegio de la Pureza o sus votos religiosos, sino en las jornadas triviales de trabajo: si la respalda esa confianza en la cercanía del

Señor a quien se sirve.

Aquí está el secreto espiritual de Madre Alberta; en este fundamento se apoyan las cualidades de firmeza, serenidad, equilibrio y comprensión que todos sus contemporáneos dan como características de su figura. Ha escrito Flambert que «si se mirase siempre al cielo se acabaría por tener alas». La frase me parece ambigua. Madre Alberta «mira siempre al cielo», está pendiente de cumplir palmo a palmo la Voluntad de dios manifestada en ese pequeño elenco de deberes que ocupan cada jornada: Lo ve todo a esa luz, lo ajusta todo a esa medida. Pero en consecuencia no le salen alas de un angelismo bobalición y lírico, no es una persona despistada. Ni mucho menos: también hay unanimidad entre los contemporáneos para advertir el carácter realista, el criterio práctico de la Madre. Pero sí responde a la verdad decir que «le han salido alas» en el pensamiento, referido siempre a los motivos sobrenaturales de la vida; alas en la intención, ajustada de forma habitual a la voluntad de Dios.

Demos un paso más.

¿A que escuela tradicional podemos asignar la espiritualidad de Madre Alberta?

Sin duda ninguna, a la escuela ignaciana.

Ya hemos visto que la actitud capital de Madre Alberta está en la rendida sumisión a la voluntad divina, actitud que coincide con la primera página de los Ejercicios de San Ignacio, llamada por su trascendencia «principio y fundamento».

Hay además en los apuntes espirituales de la Madre una observancia cuidadosa del método ignaciano: Propósitos, exámenes, prácticas piadosas y penitenciales, vigilancia de impulsos, discreción en el paso.

Supongo que la orientación ascética de los sacerdotes de Palma, como ocurría por entonces con la generalidad de los seminarios de España, respondía a las directrices ignacianas; y desde luego este patrón se ajustan las pláticas, los escritos, el espíritu de don Tomás y de don Enrique.

También de don Miguel Maura, el célebre sacerdote hermano del político don Antonio. Don Miguel Maura pasa en Palma, durante los últimos quince años del siglo XIX y los pri-

meros quince del siglo XX, por ser el más notable director de espíritu. Es hombre de recia contextura, humilde hasta negarse a las dignidades, la episcopal incluso, que su talento, sus virtudes, y la influencia política de su hermano le ofrecían. Rector del seminario y fundador del Centro Eucarístico, le consideran, los círculos clericales de Palma, un oráculo. Durante unos años, don Miguel fue confesor de la Comunidad de Religiosas de la Pureza. Madre Alberta, siempre dispuesta a dar ejemplo, se sometió al sistema rigorista de don Miguel, que gustaba de forzar con mano dura el paso de las almas sujetas a su influencia. La Madre misma contó a sus hijas el reproche con que don Miguel la animaba a esforzarse en el progreso espiritual, en la vida de oración. Pienso que esta confianza puede ser un caso más de ingenua confianza familiar, pero quizá la Madre la realizó con prudente cálculo para levantar el ánimo de las religiosas que se sintieran agobiadas por la mano pesada de don Miguel. El caso es que un día don Miguel dijo a Madre Alberta:

«Su alma es como un gran palacio, en el que se admiran grandes salones y adornos singulares; pero al recorrerlos, con interés, noto la falta de la principal dependencia: el oratorio».

La sentencia resulta un poco retórica, redicha. Indica que el nuevo y exigente confesor no había captado todavía el estilo de la Madre. Ella, desde luego, no podía separar cuatro ni cinco horas de cada jornada para dedicarlas a la plácida oración mental, en quietud contemplativa, preconizada por don Miguel: El horario metódico de Ca'n Clapés regulaba el funcionamiento de la casa como un enjambre, y la Madre no iba a quedarse instalada en su trono de reina; más bien contribuía con la generosa entrega de un peón. Sin embargo era también la primera en la oración, mental y vocal: El enjambre de C'an Clapés rendía viaje en la presencia del Señor, no para relajarse en un abandono pseudomístico, sino para sorber la savia nueva, que vitalizara las tareas. Porque realmente Madre Alberta gastaba todo el día en la oración: las horas de silencio al pie del Sagrario y las horas de trabajo en la clase, en los dormitorios, en el cuarto de costura. Ella cumplía la descripción del beato Lull:

Cercant l'Amic a l'Amat  
tot l'ample del mon corría

pues la jornada larga y apretada servía para realizar aquella «voluntad de Dios» en cuyo cumplimiento se esconden los modos verdaderos del amor.

Además de su fiel, casi escrupuloso, acoplamiento al método espiritual ignaciano, debemos subrayar en Madre Alberta algunos matices de otras escuelas: Tenía algo de la dulzura pedagógica de San Francisco de Sales; el porte abacial de la persona que preside una comunidad benedictina; un criterio agudo al estilo de Santa Teresa; y ese aire rural, tradicionalmente ingenuo, de las islas que hubiera colmado de felicidad a San Francisco de Asía. Quizá son en el fondo aspectos característicos del temperamento insular.

Entre la playa  
desierta y los luceros que allá arriba  
alumbran otras playas de la noche  
no hay separación ni intermediarios.

(Ricardo Molina)

Madre Alberta dejaba escapar a veces nostalgias contemplativas:

—Más vale hablar con Dios que hablar de Dios.

Pero no solía marearse en nubes de incienso. Manifestaba un socarrón recelo a los signos extraordinarios de éxtasis, visiones y milagrerías. Uno de sus mejores amigos, el ermitaño Elías de Valldemosa, fervoroso y algo imprudente en extremar las penitencias, se vio acometido de raptos celestiales: Desvanecido de fervor caía al suelo mereciendo la admiración de la gente. A la Madre le contaron. Ella, tiempo atrás, había aconsejado al ermita que se alimentara mejor para evitar una anemia. Le enfado la historia, y diagnosticó tajante:



Alumnos / Religiosas Pureza de María



Alumnos / Religiosas Pureza de María

Que le den de comer bien, y que por unos días le obliguen a resolver problemas de matemáticas, verás como se le pasa esas tonterías.

Al buen hermano Elías no hubo necesidad ni de ponerlo a estudiar aritmética: veneraba a Madre Alberta, y cuando supo la receta se curó de golpe.

La vida espiritual de Madre Alberta está condicionada por sus funciones de Fundadora y Superiora General de un instituto religioso. Como es viuda y madre natural antes de ser madre religiosa, el recuerdo de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal resulta inevitable, aunque las circunstancias diferentes quitan fuerza al paralelo.

Madre Alberta ni siquiera se considera a sí misma fundadora. En realidad el instituto nacido en su regazo apenas tiene nada que ver con la antigua sociedad de Hermanas de la Pureza, que históricamente le sirvió de ocasión para su nacimiento. Pero a Madre Alberta las referencias a la prehistoria del instituto le vienen de perlas para considerarse nada más que un eslabón en la cadena. Y desde luego, ella en ningún momento aparece como «poseedora» de la Congregación como dueña o artífice, en ningún momento: Es una hermana, a la que han correspondido temporalmente oficios especiales de madre.

La discreción con que ejerce su autoridad llega a extremos heroicos. Algunos casos, como el ocurrido a madre Miralles, ni siquiera fueron conocidos por la mayor parte de las religiosas; tanta fue la delicadeza de Madre Alberta.

Es una curiosa historia: la madre Margarita Miralles entretejió a medias con una monja de clausura del convento de Santa Magdalena, un romance místico de apariciones y avisos celestiales. Las monjas de Santa Magdalena habían pedido a la Pureza que madre, maestra de música de Ca'n Clapés, diera clase de órgano y armonium a una novicia del convento. Previo permiso del Obispo, Madre Alberta accedió.

Madre Miralles —«religiosa buena y fervorosa, pero sin malicia, algo simple»— tenía un hermano religioso de los Sagrados Corazones, bonachón y más bien crédulo. Por lo vis-

to existía un aire de familia.

Una monja de Santa Magdalena, sor Mercedes, se encaprichó con las visitas de madre Miralles al convento y decidió que todos los medios eran lícitos, con tal de conseguir que pidiera permiso a roma para cambiar de congregación y traerla definitivamente a Santa Magdalena.

Un día, cuando madre Miralles salía de dar su clase a la novicia, sor Mercedes le entregó una cartita misteriosa. En ella le afeaba los muchos defectos de que al parecer daba muestras madre Miralles. Impresionada, esta llamó a su hermano el sacerdote y le mostró la carta. El buen padre Miralles se fue indignado a Santa Magdalena para reprender a sor Mercedes la libertad excesiva que se había tomado. Pero no contaba con la huésped.

Sor Mercedes respondió que la carta no era suya, que había llegado misteriosamente a sus manos, y que solo encontraba una explicación: se trataba de un favor especial de la Santísima Virgen para perfeccionar y santificar a madre Miralles.

El frailecito se quedó boquiabierto, impresionado de que la Virgen concediera semejante distinción a su familia. Tragó el anzuelo. Simplón él, ni siquiera encontró chocante las faltas de ortografía en la misiva celestial.

Enfervorizada por la credulidad de su hermano, madre Miralles aceptó los místicos diálogos que sor Mercedes le ofrecía en Santa Magdalena y que ella registraba puntualmente en un diario secreto. La Virgen se le aparecía bajo la figura de sor Mercedes; la doctrinaba sobre el camino de la perfección; la aconsejaba que abandonara el Colegio de la Pureza, espiritualmente «relajado», y entrara en la clausura de Santa Magdalena; a preguntas de la madre Miralles por un hermanito suyo muerto a la edad de tres años, la Virgen respondió que estaba en el cielo; en cambio Nuestra Señora se mostró reservada en cuanto a la suerte eterna del difunto padre de la religiosa...

Por supuesto, madre Miralles, aconsejada y respaldada por su hermano, solicitó el cambio de congregación.

Fue un gran dolor para Madre Alberta. El padre Miralles le aseguraba que «lo siente también mucho, pero debe



seguir su hermana la voluntad de Dios y nosotros acatarla»; sin embargo el padre Miralles dañó el buen nombre de la Pureza, porque gozaba él fama de buen sacerdote y no ocultó a sus íntimos la trama sobrenatural del asunto y los juicios «celestiales» sobre los dos conventos. Madre Alberta lo supo, y calló. A las poquísimas religiosas de La Pureza que conocían la trama, las impuso caritativa prudencia:

—Lo siento mucho, pero reconozco que no soy digna de tener una hija tan buena; pienso acompañarla al convento. No tiene madre, debo hacer las veces de ella.

Y ordenó que otra hermana perfeccionara los estudios de música para sustituir a madre Miralles en las clases.

El asunto de las revelaciones de Santa Magdalena tomó cierto vuelo: lo analizaron dos padres de los Sagrados Corazones, el Superior de los jesuitas, don Miguel Maura, el visitador de La Pureza don José ribera, quien al fin puso en manos del Obispo el «diario místico» de madre Miralles: Su Ilustrísima se llevó las manos a la cabeza, llamó al padre Miralles, le propinó una filípica por no haber comprendido que se trataba de una estupidez, y se negó a recomendar las preces a Roma para el cambio de convento. El padrecito doró la píldora como pudo a su hermana, y procuró serenarla: cosa no demasiado difícil porque era mujer buena, simplemente ingenua.

Todo el negocio se disipó como una pompa de jabón. La Madre Alberta sufrió lo suyo:

—Hace tiempo que me quitaba el dormir, y solo en la oración encontraba consuelo.

Le preguntaron por qué no atajó antes la historia. Respondió:

—Si en verdad hubiera resultado voluntad de Dios en vez de una ilusión, por nada hubiera querido desbaratar sus planes; hay que ver las cosas y dejarlas llegar por sus propios pasos.

Don José Ribera, el visitador difícil, sentenció:

—Si la Madre no fuera una santa, no le habría sido posible recibir y después aguantar, por espacio de tres meses este golpe, disimulando la amargura de su corazón.

Y fue sin embargo el difícil don José Ribera (ya recuerdan los lectores) quien dio más hilo que torcer a Madre Alberta con sus intromisiones y rarezas.

Ya en tiempos de don Enrique, Ribera ejercía influencia sobre algunas hermanas de La Pureza y favoreció que dos de ellas, Margarita Pou y Petra Palau, recurrieran al Obispo para quejarse por la que creían excesiva intervención de don Enrique en la marcha del Colegio y de la congregación. Ni la Madre ni don Enrique disimularon jamás que el doctor Reig era pieza clave en el crecimiento de La Pureza; pero el alegato al Obispo debió alterarle la digestión a Su Ilustrísima, pues traía los aires de una tragedia: «Necesidades espirituales nos apremian a buscar su pastoral protección», decía la misiva con que reclamaban una visita urgente del Prelado para que las oyera en confesión. El Obispo se presentó inmediatamente en el Colegio, se sentó al confesonario y escuchó una a una a las monjas. Tranquilizó a las dos inquietas, y respiró satisfecho; borrasca en una palangana.

Madre Alberta ni se dio por enterada. Y respetó siempre la libertad de las dos monjas confidentes del señor Ribera cuando este pasó a visitador en sustitución de don Enrique. Da la impresión, el trabajo de Madre Alberta en la maduración espiritual de La Pureza, de que procede con el Instituto según el modo natural de engendrar los hijos: paciente y callada, da protección, calor, al crecimiento de las religiosas sin lamentar jamás las molestias que a una madre le producen los hijos en su seno. Sabe que en ella se está cumpliendo un misterio con fuerzas superiores a las suyas. Ama, entrega... y calla.

La humildad aparece en su vida como una postura permanente de sencillez que la impulsa a ocupar con toda naturalidad el puesto de mayor trabajo, de mayor sacrificio. No hace aspavientos: trabaja, simplemente. Es pobre de verdad, pasa apuros, pero está contenta, y dice:

Podemos comer, nada nos falta; nuestra riqueza son los cinco dedos de la mano.

Sin darse el menor tono, ni de Superiora ni de humilde, venía de Son Serra a Palma con la cesta de traer verdura: por-

que sería tonto desaprovechar la caminata.

Una mujer con sentido común, ese buen sentido que facilita el cumplimiento habitual de las virtudes porque enseña a colocar aplausos y afrentas en su verdadera luz:

—Así son los hombres —comentó cuando los festejos de sus bodas de oro—, les ha dado por ensalzarme; si les hubiera dado por echarme a un rincón, lo hubieran hecho; no hemos de dar importancia a las cosas de este mundo.

Solo en ocasión de los ejercicios espirituales se permitía la Madre «exagerar» en los ejemplos de humildad realizando alguno de los actos clásicos de penitencia pública: «Durante los santos ejercicios pasaba como acto de humildad con el plato vacío y una cuchara de palo pidiendo un poquito de sopa a cada una de las religiosas, y después comía de rodillas».

Pero no era aficionada a tales extremos ni los fomentaba. Le importaba mucho más acoplarse a las exigencias monótonas de la existencia diaria, a los pequeños sacrificios que la convivencia de muchas mujeres impone a la sensibilidad femenina. Esta fue su escuela. Las religiosas sabían que su Madre pasaba quietecita las noches largas de insomnio, sin moverse de la cama por no despertar a las demás; que se esforzaba en las recreaciones para que su preocupación o las amarguras no rebajaran la alegría común; que espiaba cualquier oportunidad de escoger un servicio molesto.

Vale para santa. Un temple bien logrado. Serenidad, discreción...y aguante. Todo se apoya en el amor, en el gran amor de una buena Madre.



17

La Madre le regaña  
a un obispo



El año 1913 discurrió sereno y fecundo en los colegios de La Pureza. Tranquilidad muy de agradecer después de 1912, el año de la supresión de la Normal. Madre Alberta recomendaba a sus monjas, con una chispa de humor:

–Demos gracias a Dios que nos hace hoy objeto preferente de sus bondades; y dispongámonos recibir, dóciles, sus azotes el día que tenga a bien someternos a la prueba.

Quizá los jaleos de la Normal habían procurado a las religiosas de La Pureza una publicidad gratis inesperada, o es que efectivamente los colegios de Agulletn, Onteniente y Ollería daban esplendor a la zona levantina. Muchas poblaciones de aquella región solicitan fundaciones de La Pureza. Siguen el camino seguro, buscar de mediador a don Enrique. En el mes de octubre don Enrique selecciona las peticiones que le parecen dignas de estudio, y las remite de Madrid a Madre Alberta: Jijona, en Alicante, y Puebla de Don Fradique, en Granada. El noviciado marcha a buen ritmo, pero la Madre necesitaría mucho personal para atender estas solicitudes:

–Pidamos a Dios vocaciones, pues nos van a faltar hermanas.

De momento, las reservas están empleadas a fondo en la puesta en marcha de una casa que ha de inaugurarse en Alcocer, cerquita de Valencia, a primeros de noviembre: un rico del pueblo ha regalado el edificio, amplio y bien distribuido. Madre Alberta ha aprobado el programa de los festejos inaugurales, que además de la procesión habitual, rezos y discursos, incluye una novedad muy del gusto de los valencianos: un castillo de fuegos artificiales y una traca final.

1914 fue un año de interminables disputas de cafés entre intervencionistas y neutrales que aducían rotundos argumentos a favor o en contra de la entrada de España en la guerra europea. Para Ca'n Clapés resultó un año insigne: aquella primavera trajo la noticia más emocionante, más conmovedora y hasta más útil que podían esperar las monjas de La Pureza.

Para Madre Alberta concretamente...Perdón, un paréntesis: pero qué lástima tan grande que cuando las cosas ocurren nadie piense que más tarde vendrá el biógrafo a rebuscar los documentos.

¿Qué cara puso Madre Alberta al recibir la noticia?

¿Cuál era el texto del telegrama enviado por ella después de haber pasado un rato de rodillas en el oratorio intentando calmar los golpes apresurados de su corazón, ya tan gastado?

Don Enrique, Obispo...

Y Obispo nada menos que de Barcelona.

Por fortuna, sí se han salvado unas cuartillas con los sentimientos de la Madre expresados en la primera visita del nuevo obispo al colegio de La Pureza de Palma.

En el verano, antes de la consagración, aprovechando el descanso veraniego de don Enrique en su tierra valenciana, la Madre viajó a Agullent para verlo. A la consagración — mes de noviembre en Madrid— no se atrevió ella a acudir, aunque el nuevo Obispo le había pedido representación de cada una de las casas de La Pureza:

—Muy a mi pesar, renuncio a ir, por más que lo he deseado mucho; pero no me encuentro muy bien, y sería temeridad emprender un viaje que es pesadito, sobre todo por mar con tiempo tan vario y tan inseguro: un verdadero huracán ha reinado estos días pasados, ahora ha mejorado la temperatura.

Hagamos cuentas de vez en cuando: Madre Alberta ha cumplido setenta y seis años...

Al llegar la primavera de 1915, instalado ya don Enrique en su sede catalana, Madre Alberta hizo una escapada rápida a Barcelona:

—No hay medio de ponderar las atenciones y consideraciones que nos dispensaron; don Enrique se excedió a sí mis-



mo, y otro tanto hicieron sus familiares.

Quedó el Obispo comprometido a dar un salto a Mallorca en la primera ocasión, la cual se presentó a comienzos del año siguiente, pues el 24 de enero de 1916 había de pronunciar sus votos en La Pureza una sobrina de don Enrique llamada Amelia Espí. Estuvo cuatro días en Palma: Presidió la ceremonia, bendijo los jardines de infancia del Colegio, confirmó 32 niños, escapó de excursión a Soller y Valldemosa. Durmió en casa de amigos, la familia Font y Roig, «pero solo un día —escribía la Madre a la Península— ha comido allí, está más en La Pureza... Su venida ha sido una verdadera ovación, un triunfo. Nos quiere con vida y alma; así lo ha manifestado muy claramente».

Desde Luego, pero hay que ver cómo lo querían a él en la Pureza, Madre Alberta escribió la Loa que las niñas representaron en la fiesta literaria dedicada al Obispo. Estas son las cuartillas que han llegado a mis manos. Intervienen seis niñas, tres mayores y tres pequeñitas inquietas porque notan comportamiento extraño en las monjas: como si estuvieran esperando las madres un acontecimiento singular. Al fin piden explicación a la hermana X:

—Ande, díganos usted quién es ese señor Obispo que va a venir...

—Demontre de niñas, todo lo notan y todo lo adivinan.

La hermana, después de dimes y diretes, les cuenta que viene don Enrique:

—Ya pueden ustedes ver la alegría que hay en el Colegio; porque este señor Obispo fue por muchos años visitador de nuestra Congregación...y aquí se le ha profesado siempre entrañable cariño y se le ha considerado como un padre y un protector decidido: buenas pruebas tiene dadas de cuánto ama a la Congregación.

—¿Y podremos besarle aquel anillo tan hermoso que llevan los señores obispos?

Se reparten los papeles para agasajar al Obispo; y de repente descubren que él se encuentra ya entre el público:

—Qué chasco ¿verdad? Pues a ver cómo salen ustedes del paso...

La más pequeñaza suelta su discurso:

–Deciros que la alegría de esta casa es grande, que este día será memorable en su historia, que la satisfacción más legítima y el más santo orgullo hoy rebosa nuestros corazones, sería decir muy poco...Lo que La Pureza significa para Vos: una familia que os reconoce por su padre amantísimo, por su protector decidido, por su consejero asiduo; y su historia ha de ir siempre enlazada, como con áurea cadena, con vuestras bondades y con vuestro nombre... Nuestro filial cariño, nuestra gratitud más íntima, eso bien sabéis que ni os ha faltado ni os ha de faltar. Allá, cuando en medio de vuestros sinsabores y penas, en una diócesis tan ardua, queráis aumentar el número de corazones que os acompañen en vuestras amarguras y lloren con Vos y derramen ante el Señor sus oraciones y plegarias, acordaos de las Hermanas de la Pureza y de sus Colegios...

1916: Al año que viene Madre Alberta cumplirá ochenta de edad. Se siente débil; y sobre todo, pierde velozmente la vista. Ella comenta:

–Mala enfermedad es la vejez.

El fallo de sus ojos comenzó a agravarse en la Navidad de 1913:

–Mi vista está muy mediana...Mis ojos se niegan a más, y quería escribir a las demás valencianas. No sé si podré, sé que no debo.

–...mi vista, la que en absoluto se niega. La mano escribe casi sola.

Mantuvo el esfuerzo a lo largo de dos años, 1914 y 1915, trabajosamente:

–Estoy siempre ansiosa y apenada. ¿Contribuye también a esto el estado de mi vista? ¿Por qué no acomodarme tranquilamente a que se cumpla la voluntad de Dios?

–Tendré que renunciar al consuelo de escribir a ustedes, por sensible que esto me sea; pero resistiré mientras pueda.

Han pasado muchos años desde que las fundaciones de Manacor y Agullent comenzaron a esparcir sus hijas, escribiendo siete, ocho, diez cartas diarias; no sabe cómo podrá resignarse a romper esta comunicación cariñosa:

–Mal, muy mal estoy de vista; veo que tendré que dejar de escribir. Qué privación tan grande será esto para mí, no escribir a ustedes.

–Muy sensible me es el tener que dejar de comunicarme con ustedes directamente; pero no me queda más remedio que acatar los designios de la Providencia, que lo resuelve todo para nuestro mayor bien.

Parece que si la ceguera es siempre una de las más penosas calamidades ha de doler fuertemente en tierras de horizonte limpio y abierto como estas islas de las que, según testimonio de Vidal Isern, decía Anglada: «Fuera de Mallorca el cielo no me parece muy limpio; es como si fuese preciso pasarle un plumero». Madre Alberta empeora: –De lejos veo mucha niebla; no puedo contemplar ningún panorama.

Solía cerrar su jornada con este dulce trabajo. Cumplidas las oraciones de la noche en la capilla junto a las hijas que tenía cerca, en casa, sentábase a la mesa en el silencio y consumía largo rato de paz escribiendo cartas a las hijas lejanas repartidas por la media docena de Colegios que La Pureza había establecido en otras ciudades. Era como acercarse a ellas con aliento, consuelo, bendiciones, consejos:

–Mis días a hermana Lladó...y que le encargo que el menú de la comida del día de San Juan no se confunda con el de todos los días.

–La pintora de su cuadro ¿nos resultará un Correggio o un Rafael?

–Repitan ustedes la función para que puedan todos ir a verla. El mal está en que no se contentan los que van una vez, y todos quieren volver; y esto hay que tolerarlo y ser complaciente y no dejar disgustado a nadie.

Ha seguido al día la marcha de cada colegio, las preocupaciones de la superiora, el humor de las hermanas. Bromea cuando le sale borrosa una carta:

–El pésimo papel tendrá la culpa, no se la dé usted a mi mala vista y tampoco a mi pulso; yo los defiendo, como buen abogado, contra esas calumnias.

En la primavera de 1915 su estado general es bueno:

–Sigo comiendo impunemente cualquier cosa, a cual-

quier hora y en la cantidad que apetezco; quizá el Señor, bondadoso hasta lo sumo, ve mi miseria y no me quiere someter a otras pruebas que a la falta, muy acentuada, de vista, y a la de oído, que se va acentuando también.

Todavía las tardes de otoño de aquel año dieron esperanza de que la sentencia fatal de ceguera fuera aplazada:

—Ahora me parece que veo algo y aprovecho para escribir; está cubierto el sol y la luz me favorece.

Pero en noviembre ya escribe las cartas al dictado. Solo excepcionalmente toma ella la pluma.

—Ya que manifiesta usted aprecio de mis escritos borrosos, ahí va esta de mi propio puño y letra; aún creo, querida hija mía, que sabrá usted leerla.

—Debo renunciar a escribir y mi corazón se resiste; tendré que doblegarme a la voluntad de Dios, la necesidad se impone.

En la primavera de 1916, las escasas caretas resultan patéticas:

—Distingo si la pluma deja o no la tinta; pero no puedo leer lo que escribo.

—No veo nada, por lo que tomo el papel sin rayar, no veo, de todos modos, las rayas...

—Acabará pronto y le haré con ello un favor; otro día tomaré secretaria escribiente y no me empeñaré en imposibles.

Al verano de 1916 llegó prácticamente ciega.

Sin embargo, estos tres años en que la ceguera fue cubriendo paulatinamente sus ojos, Madre Alberta ha continuado el ritmo de trabajo, visitas y viajes que las necesidades del Instituto le imponía. Ya piden monjas de La Pureza para América:

—En la Argentina un solo obispo pide dos casas para su diócesis.

El recién Obispo de Lérida —Miralles, sacerdote mallorquín, buen amigo de La Pureza— las quiere en un pueblo difícil de su diócesis, Mequinezca, que dos hermanas visitan, en exploración:

Han dicho que no hay allí religión, ni la gente va a

misa, está todo por comenzar; allí mismo les decían: «Esto es cafrería, nosotros somos cafres».

Las vocaciones abundan: el pisito del noviciado se queda chico, las jóvenes para entrar se ven obligadas a esperar turno. Madre Alberta piensa que sería bueno destinar a noviciado la casita de Son Serra, en las afueras de Palma, donada por don Tomás cuando la enfermedad de María Aloy parece ayer y quedó tan lejos...

En la última decena de julio de 1916, un padre jesuita venido de Roma dirige los ejercicios espirituales a las religiosas de La Pureza de Palma. Quiere Madre Alberta que estos ejercicios sean para ella decisivos: Ha tomado una resolución, porque comprende que no estás ya para desempeñar las funciones de General del Instituto: Ha decidido presentar la renuncia, en el Capítulo que ha de celebrarse el 20 de agosto.

La presentó firmada de su mano temblorosa: ...deseando solo la mayor gloria de Dios y bien de esta Congregación, teniendo en cuenta lo avanzado de mi edad y delicado de mi salud, y aspirando al sosiego y paz material para conseguir la tranquilidad de mi espíritu, abdicó el cargo...

Leyó su papel, y aunque los ojos se le nublaron de lágrimas daba lo mismo porque ella no veía nada y lo trae aprendido de memoria.

¡Cómo ha crecido la Congregación! Las hermanas presentes en el Capítulo están ya bien entrenadas en el desarrollo de estas asambleas. Piensan que un acto tan importante como el relevo de la Fundadora en el cargo de Superiora General exige cierta solemnidad, de cara a la historia. Redactan una memoria que sirve de cariñosa despedida, y se la leen —ahora lloran todas ellas— a la Madre:

«Con intenso pesar y profundísima pena, nos vemos precisadas a aceptar la dimisión que de su cargo de Superiora General presenta la Rdma. Madre Alberta Giménez, y aunque con indecible amargura, nos consideramos obligadas a acceder a sus vehementes deseos, y a las convincentes razones de edad avanzada, falta de salud, de vista, etcétera en que la apoya.

La Congregación entera llorará con acerbo dolor la dimisión de tan eximia y bondadosa Madre. Todas las voluntades son suyas; y todas la reconocen por su ilustrada, tierna, amorosa y virtuosísima Madre. Dotes que en grado culminante el Señor ha depositado en ella.

Cesa la Rdma. Madre Alberta Giménez en su cargo, en lo que toca al trabajo, y jamás en lo pertinente a honores que se le deben y merece.

Siempre y en todos conceptos, la consideraremos nuestra queridísima y santa Madre, y por consiguiente para ella serán cuantas distinciones y atenciones nuestro acendrado amor nos sugerirá para la que, con ternura dulcísimo de Madre, nos ha cogido como hijas predilectas y con su amor nos ha enseñado a amarla; amor de que está macizo y repleto nuestro corazón.

Huelga decir que el alma de la Congregación en masa es la Rdma. Madre Alberta Giménez. Ella ha dado vida al Instituto y, como otra Santa Teresa, ha sido reformadora y propagadora del mismo.

A sus virtudes acrisoladas, relevantes de dotes y sabio gobierno debe el Real Colegio de la Pureza su radio de acción.

Súplica fervorosa dirigen sus hijas, aquí congregadas, y estas, en nombre de todas, al Omnipotente, para que dilatados años nos conserve tan deseada, buena y amada Madre y con mano pródiga y tierna, bendiga a sus hijas que en su amado Jesús tanto y tanto la quieren».

La Madre escuchó, calladita. A ella le gusta que sus hijas se comporten como debe ser; y esto «debe ser».

Pero a la salida del Capítulo pilló aparte a la hermana que había redactado y leído este emocionante papel. Le explicó que en todas las cosas, y más que nada en los encomios, hay que guardar medida. Bastante enfadada, le dijo de paso:

—Pero ¿qué concepto tiene usted de Santa Teresa?

La última elección de Madre Alberta como Superiora General había tenido lugar en el Capítulo de 1910. Según las Constituciones de 1903, su mandato era de nueve años. Por tanto, le

faltaban tres para cubrirlo.

Al Capítulo de 1916 correspondía elegir una General «transitoria», que rigiera la Congregación hasta las elecciones de 1919.

Resultó elegida la bondadosa y pía maestra de novicias, madre Arrom. Llevaba dieciocho años cumpliendo ese delicado oficio y había ganado el cariño y la confianza de cuantas jóvenes pasaron por sus manos.

Madre Arrom será oficialmente ahora Superiora de Madre Alberta.

En un viaje rápido, vino de nuevo don Enrique a Mallorca.

A las monjas de La Pureza les daba devoción escuchar las prédicas de «su Obispo»: Le pidieron una plática.

Don Enrique aceptó. Tomó, como esquema de su exhortación a la práctica de las virtudes, la figura de Madre Alberta, que a fin de cuentas era la Fundadora y ya tan ancianita...

Terminada la plática, Madre Alberta se le quejó seriamente. Protestó. Le dio al Obispo de Barcelona una solemne regañina. Era «su Obispo».





18

Maestra de mujeres



**Colegio de la Ada del Cid, Valencia** / Religiosas Pureza de María



**Colegio de Panamá** / Religiosas Pureza de María

En los últimos años se ha despertado la manía de averiguar cuál es «la mujer ideal». Los alemanes, siempre tan apegados al control científico, han sometido la cuestión a un cerebro electrónico que manejando los datos de 550.000 opiniones masculinas describió así la «Venus de Milo» teutona: «Un metro setenta y cinco centímetros de estatura; rostro ovalado, ojos azules y rasgados, pelo castaño oscuro, piernas largas y finas, voz más bien grave; ha de ser temperamental, con sentido del humor, deportiva y elegante, generoso en asuntos de dinero y amorosa con los niños».

Interrogada sobre el asunto, la princesa Grace Kelly subrayó aspectos más espirituales: «Debe ser una dama sin que se le note que intenta parecerlo, capaz de llevar una conversación y de entrar en una fiesta sin turbarse, amable, pero distante con los desconocidos, no atolondrada; que acepte los méritos ajenos, que no le inquiete la edad en relación con la del hombre que la atrae, que nunca pierda los buenos modales; reservada sin llegar a misteriosa, no divulga sus preferencias».

Parece difícil que los laboratorios pedagógicos lleguen a producir en serie tales prodigios. Es curioso, sin embargo, cómo a pesar de los cambios de existencia hay un fondo permanente, una base común en las aspiraciones humanas: las cualidades señaladas por Grace Kelly las apetecía Madre Alberta para sus discípulas.

Eran tiempos revolucionarios en los sistemas de enseñanza. La «pedagogía fundamental» se ha conmovido con las aportaciones rousseauianas que exigen incorporar, o enfrentar, a las formas teológicas la relatividad de la historia y

las «tendencias» naturales del hombre. Del costado católico surgen Newman, Spalding, Dupanloup y Otto Willmann aceptando el diálogo que será evidentemente provechoso. España mira con recelo la innovación ideológica y también sus consecuencias metodológicas. Giner de los Ríos va a convertirse en campeón del nuevo estilo; y por lo mismo habrá una reacción exagerada en los núcleos tradicionales, para los cuales será sospechosa toda innovación. Cataluña, mejor vinculada que el resto de España a los movimientos europeos, participa en la renovación pedagógica por medio de centros que la Diputación, el Ayuntamiento barcelonés o la Mancomunidad catalana sostienen. Madre Alberta desde Mallorca se encuentra con la ventaja de hallar en Barcelona instrumental para dar vida concreta a los programas que los organismos oficiales de Madrid elaboran bastante en el aire. Así resulta que la formación de las maestras de Mallorca sigue al día las innovaciones de los sistemas Pestalozzi, Fröbel y Montessori: ¿Cómo no iban a aplaudir «a su monja» los liberales de los cafés de Palma de Mallorca?

Dos inquietudes fundamentales inciden sobre la etapa pedagógica de Madre Alberta: la educación «moderna» y la educación «femenina».

La preocupación de m»modernidad» no proviene de una moda frívola, sino que responde al ritmo acuciante del progreso verificado a partir del último tercio del siglo XIX. Educar consiste en fortalecer y desarrollar los recursos íntimos de un sujeto incipiente, para que se halle en condiciones de realizarse como persona humana en el escenario que le toque vivir. Por tanto el educador debe mirar, por un costado, a la «persona inicial», al niño o niña que tiene en sus manos; y, por el otro costado, al mundo futuro en que ese niño o niña van a realizarse, y que cierta mente no será el mismo mundo, la misma sociedad en que el educador ha vivido. Los trabajos del educador aparecen bastante difíciles cuando él toma conciencia de que efectivamente maneja «personas vivas», no números o robots a los que podría colocar un reglamento intocable como quien pone camisas de fuerza. Cada niño encierra su misterio, dispo-

ne de presupuestos psicológicos diferenciados, que constituyen su capital propio para enfrentarse con el negocio de la felicidad personal. Pero lo que levanta a cimas arduas la labor educadora es la rápida maduración de la sociedad en nuestra época: Porque resulta que debemos preparar esas «personillas» infantiles para un mundo...desconocido, del que solo sabemos que no será como el nuestro.

Basta pensar cuánto ha cambiado Mallorca desde Madre Alberta a nuestros días para sentir vértigo y un poco de susto. La Madre comenzó su tarea educadora en tiempos pacíficos, pero que ya mostraban ciertos quebrantos permitiendo adivinar la inicial descomposición descrita por los Villalonga en sus novelas. Nadie sospechaba qué sensacional sacudida sufriría aquella sociedad tradicionalmente hermética, todavía recelosa, hasta llegar a convertirse en uno de los centros turísticos más renombrados del mundo. Sirva de símbolo el dato pintoresco de que los padres jesuitas han establecido, en el mismo caserón donde San Alonso Rodríguez experimentó místicas contemplaciones, una escuela internacional de turismo.

Añádase a este desconcierto del vértigo que nos corresponde cabalgar, los problemas específicos de la educación femenina. Todo ha cambiado, pero más que nada la imagen de la mujer. Quién iba a decir a los mallorquines de final del XIX que George Sand era una simple novicia, comparada con lo que cincuenta años más tarde verían en las islas...Michelet decía que «educar a una niña es educar a la sociedad» porque la mujer influye decisivamente en la fisonomía de cada época: Quizá nada ha turbado tanto los tiempos nuestros como el cambio verificado en el estilo de la existencia femenina.

Madre Alberta pone como fundamento sólido de la educación femenina los valores religiosos: única base permanente que permite el mínimo de estabilidad imprescindible. El concilio Vaticano II declara que la educación cristiana «no persigue solamente la madurez de la persona humana..., sino que busca sobre todo que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don recibido de la fe». No se trata de alejar problemas o

aislar personas, sino de proporcionar una luz característica mediante la cual «quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre». Los apuntes de Madre Alberta insisten en pensamientos semejantes:

–Para llenar cumplidamente nuestra misión de educadoras tomaremos como base de la educación los mandamientos de la Ley de Dios...

–En lo que pondremos mayor cuidado es en la educación religiosa de las niñas...

–Los deberes para con Dios, amor y gratitud manifestados por los actos de piedad...

–Todas las hermanas velarán por el desarrollo físico e intelectual de las niñas, pero de un modo especialísimo por su perfección moral.

–Les inculcarán por todos los medios posibles los sentimientos de fe...

Naturalmente, las colegialas de Madre Alberta practicaban los tradicionales actos de piedad de cada día, en los solemnes de fiestas señaladas: besamanos a la Virgen, plegarias sentimentales, cintas de color azul, velos blancos, sorteo de virtudes, papelitos con estadística de sacrificios, coronas de mayo, poesías... Todo ese ceremonial de colegio monjil que a los técnicos criticones les parece bisutería litúrgica y sin embargo deja huellas bienhechoras en la sensibilidad de las muchachas.

Pero Madre Alberta conseguía afianzar esta práctica en terreno firme. Ya había muerto la Madre cuando preguntaron a una de sus discípulas predilectas la impresión cloral de su lejano paso por el Colegio. Rosa Blanes contestó sin vacilar:

–La Madre nos enseñó la fe y el amor al prójimo.

Atrevida en los métodos pedagógicos sí lo era indudablemente. Hasta resultar «progresista», «liberal», en el clima isleño más bien receloso ante nov edades «forasteras». Madre Alberta representa en la Mallorca de su época un intento de educación vital, completa y familiar. Para ella el mar que rodea la isla

no significa un cinturón aislante, sino un abanico de caminos por los cuales conectar con quienes pudieran ayudarla. Quiso siempre saber, conocer, informarse. En la historia pedagógica de la isla, aparece la Madre como una de esas torres vigilantes: que avisan los peligros, desde luego, y previenen contra la invasión enemiga, pero al mismo tiempo otean el horizonte y le toman el pulso al viento. Ni tuvo miedos a la cultura, ni pensó jamás que la mayor instrucción de las jóvenes pudiera apartarlas del camino de la virtud. Se hubiera sentido feliz en estos días nuestros, cuando las estadísticas de la Unesco señalan que el porcentaje de mujeres universitarias crece rápidamente, y el Concilio exhorta a los maestros: «Procuren prepararse debidamente en el arte de educar conforme a los descubrimientos del tiempo que va evolucionando... Esta vocación requiere dotes especiales de alma y de corazón, una preparación diligentísima, y una facilidad constante para renovarse y adaptarse».

Las viejas pretensiones universitarias de Mallorca, celosamente custodiadas por el Estudio General Luliano y un puñado de mentes selectas, van a llegar quizá en poco tiempo a logros afortunados, y hasta es posible que la empresa alcance rango internacional por la cooperación de varios países en el montaje de los centros de estudio. Sería hermoso. A fin de cuantas los geógrafos describen la isla como «cuadrilátero trapezoide cuyos vértices señalan los cuatro puntos cardinales». Pero en los días de Madre Alberta ni siquiera estaban en marcha las aventuras literarias de Formentor, que comenzarían cuando el argentino Dihl construyera su hotel en este paraje ideal soñado por Rubén: «Con un monte detrás y con el mar delante». Los pinares de Costa y Llobera todavía eran pura quietud vegetal, no estaban encendidos aún los farolillos filosóficos y literarios que hombres como Keyserling y Cela colgarían más tarde por la isla. Nuestra monja resultaba un caso llamativo, tanto que muchos mallorquines se hubieran asombrado si les hubiera dicho que había nacido en Pollensa: Por su apellido, su familia y su «estilo» la creían «injertada», venida de fuera con savia nueva. Me parece acertada la observación de una pedagoga que ha estudiado concienzudamente su figura: «Madre Alberta apareció en su pueblo como medio forasterita

por su lengua castellana y su ambiente familiar distinto. Entre los intelectuales de Palma ¿no se consideraría en ella este matiz de ultramar, que daba prestigio? Lo cierto es que, siendo una mujer exquisitamente mallorquina, aparecía, hablaba, quería con alma española, y más que española, europea».

Gastaba dinero (lo rebañaba como podía) en comprar instrumentos para el gabinete de física, material para las colecciones de historia natural, láminas, libros de ampliación y consulta. Experimentaba las teorías modernas sobre estímulos escolares, provocando emulaciones en las alumnas: medallas, exposiciones, concursos de labores, fiestas con invitación a parientes, autoridades y amigos. Las veladas del Colegio ganaron buena fama en la ciudad. Los invitados contaban con alguna sorpresa agradable, quizá el estreno de las piecitas teatrales a las que Madre Alberta concedía la importancia subrayada en la pedagogía de don Bosco. Para ella el teatro no servía de simple entretenimiento, sino que constituía una verdadera escuela de formación social:

—Hemos de vivir en sociedad, y en el teatro con las gentes podría perjudicarnos la timidez excesiva que nos convirtiera en hurones y nos hiciera refractarias al cumplimiento de los deberes sociales. Para evitar esto, se nos coloca en el trance de decir a muchos lo que venga al caso, con la misma naturalidad y llaneza con que lo diríamos en privado a nuestra amiga o a nuestra hermana. Cultívanse a la vez la música y las letras, y lógranse en conjunto amenidad, soltura y educación del gusto.

No es una ensayista que construye elucubraciones más o menos disparatadas, es una madre que enseña. En algunos aspectos, una maestra dispone de ventajas que no están al alcance de la madre: las niñas se le confían al margen de los problemas de convivencia familiar, y la admiran por su sabiduría. Corresponde a la maestra evitar una sustitución inconsciente del papel de madre, pero aprovechar al máximo esta disposición. Madre Alberta llegó a convertirse en auténtica especialista de psicología infantil, un verdadero técnico. Algunas frases suyas, de orden



práctico, vale por un manual pedagógico: «La maestra en todo debe enseñar», repetía a las hermanas, y «formar corazones» proponía como meta ideal. Los niños «son inocentes, flexibles, y se puede hacer con ellos lo que se quiera». En el Colegio montó cuidadosamente el sistema que luego llamarían los salesianos de «vigilancia preventiva», acompañando a todas horas a las niñas sin abrumarlas ni entristecerlas, con una amistad suave y natural que las tenía «a gusto». De este modo podía utilizar cada minuto de la jornada para una influencia formativa permanente, con solo su ejemplo, y las niñas comprendían: «Señora fina y delicada, nos decía siempre que la mujer ha de ser muy digna, muy educada, muy fina, que ha de hacerse agradable a los demás, no por sus adornos ni llamativos trajes, sino por lo exquisito de su porte y espíritu». Las colegialas sabían que esta distinción, este señorío era rigurosamente exigido por la Madre. Si encontraba una niña corriendo por los pasillos o por una sala, le ordenaba:

—Ahora vuelva usted atrás y venga caminando como una señorita, por casa no se debe correr.

Alentaba, estimulaba las cualidades de cada persona, y conseguía colocarse en el punto de vista de los demás, fuera niña o hermana, dándoles la seguridad de haber sido comprendidas. Y eso que el estilo de la época era rígido. Ella combinaba la severidad y el cariño, y antes de expulsar a una colegiala buscaba soluciones prácticas. En los exámenes quería que brillara la justicia, sin tapujos. En cierta ocasión la llamaron a formar parte de un tribunal para plazas de teléfonos. Una de las opositoras, antigua colegiala de C'an Clapés, quedó excluida, y comenzó a quejarse por Palma acusando de parcialidad al tribunal. La Madre la llamó, le explicó los fallos cometidos. Inútil, la opositora prosiguió su campaña. La Madre pidió al tribunal que en la tablilla pública fueran expuestos los ejercicios escritos que motivaron el suspenso. Así se hizo, y ni que decir tiene que cesaron los lamentos.

Ejercitaba una especie de enseñanza «por lecciones de cosas» curiosamente irresistible. Cuando las monjas llegaban tarde a un acto de comunidad, besaban el suelo como petición de disculpa. Una religiosa se ufano un día en recreo de que ella

nunca lo había tenido que hacer, y la Madre percibió una pizca de vanidades en el comentario. No la reprendió. Al día siguiente, la entretuvo con unos encargos cuando la campana llamaba a oración. Las dos bajaron tarde al oratorio. La Madre besó el suelo... y la hermana también.

No son exageraciones a distancia, sino datos reales. Como escribe acertadamente una de sus hijas: «Si hubiese sido muy grande, creo no hubiera habido dificultad en imitarla, pero...fue tan sencilla y suavemente grande que creo difícil poder llegar a ella. Baste, por muchos testimonios, este resumen de una discípula sagaz: «He sentido en mi vida algo que no sabría expresa»; es como si siempre hubiera estado bajo la influencia de su santidad». ¿Qué otra ideal recompensa puede apetecer un maestro?

Envió vocaciones a todos los conventos de Palma, pero no empujaba a las jóvenes a marcharse monjas precipitadamente. Exigía criterio y buen sentido, sin apresuramientos ni entusiasmos fáciles. Le parecía conveniente alguna prueba previa, y desde luego aportaba dinero y apoyos cuando fuera menester para respaldar la entrada de una muchacha en el instituto deseado.

Tenía idea clara de su trabajo:

—Las niñas no hay que formarlas para religiosas, hay que educarlas para buenas cristianas; luego, Dios que elija: si tiene buena formación, lo mismo servirá para religiosa que para buena madre de familia.

Educa mujeres. Ella es una mujer, de marido, hijos y hogar. Es lógico que por muy avanzadas que haya puesto sus trincheras, Madre Alberta esté condicionada por las ideas (que solo en nuestros días han hecho crisis) sobre la misión de la mujer, en íntima dependencia y hasta sumisión al marido. Ella escribe:

—La mujer debe embellecer su morada y convertirla en mansión de la paz y de la dicha. Debe inspirar al hombre sus empresas, sostenerlo en sus dudas, darle aliento y consuelo en sus aflicciones».

Pero en esta limitación tradicional de la figura femenina, Madre Alberta introduce los fermentos que aún asustaban

en España: instrucción, sensibilidad artística, lecturas, capacidad de influencia en la sociedad. De sus manos salió un tipo de mujer mallorquina «de gran clase». «Todos hemos conocido el tipo de señora mallorquina, muy señora, que de mañanita toca el armonio en la misa, sabe gustar de la soledad y de la vida social, ama extraordinariamente la naturaleza, habla jovialmente con los campesinos o sirve con altura el té a unos amigos extranjeros a quienes sirve de interprete, sabe amenizar un banquete con discursos y poesías... Esto entre aquellas señoras de hace treinta, cincuenta años. En tales familias, sonaba a familiar el nombre de Madre Alberta».

Educaba mujeres. Mujer de marido e hijos, ella tenía a la vista el hogar. Por eso las fiestas del Colegio, los jolgorios veraniegos, los célebres asuntos de las colegialas en la playa, en Son Serra, en Valldemosa, tenían un aire, un estilo de familia, un sabor grato y profundo.

A fuerza de imparciales debemos dedicar una palabra a los aspectos sociales del trabajo educador de Madre Alberta. Claro es que la condicionaban los enfoques de su tiempo. Sería ridículo pretender en ella una visión social de la enseñanza como la que afortunadamente predicaba el padre Arrupe a sus jesuitas de hoy, y que desgraciadamente no hubieran podido entender los jesuitas de ayer. Madre Alberta no mezcló las niñas de todos los niveles en sus colegios, no deshizo las barreras sociales que separaban las hijas de los proletarios de las colegialas de clase media burguesa y clase alta. Semejante «escándalo» quizá no estuvo siquiera en su mente; pero, aunque lo hubiera estado, sería inútil porque la mentalidad de su época no toleraba aventuras de este tipo... ¡que tanto trabajo nos cuesta ahora mismo!

Ella hizo lo que pudo, lo más que pudo: Ayudar, elevar, proteger a las niñas y familias necesitadas. Y abrir en cada colegio una escuela gratuita:

—...poniéndolas en condición de ganarse la vida, dedicadas con preferencia a un ramo de labor para el que mayores disposiciones manifestaran.

De veras pienso que no sería históricamente leal disi-

mular esta limitación, pero tampoco sería razonable pedir un salto en el vacío.

Tagore, el poeta, escribió:

–Para ser maestro de niños no se debe pensar en que se tienen más años, ni en que se sabe más, ni en nada por el estilo; hay que ser hermano mayor, dispuesto a caminar con los niños por la misma senda del saber elevado y de la aspiración.

Pienso que para ser maestro de niños hay que ser padre; para ser maestra de niñas hay que ser madre. Madre Alberta escribió:

–Los niños son enviados de Dios para servir de consuelo al mundo. Basta contemplarlos para experimentar interiormente esa dulce satisfacción que sentimos siempre en presencia de todo lo bello, de todo lo nuevo, de todo lo que nos brinda alguna esperanza...

# 19

Como una encina silenciosa



CESAG / Religiosas Pureza de María

La primera conversación de Madre Arrom, la nueva Superiora General elegida en el Capítulo de 1916, no fue para darle un mandato a Madre Alberta, sino para presentarle una súplica:

–Madre, es ya preciso que usted duerma, descanse un poco más; acuéstese antes que la Comunidad, y en vez de levantarse a las cinco de la mañana levántese a las seis.

Madre Alberta sonriente:

–Madre General, cuando sea vieja del todo no podré seguir a la Comunidad y lo sentiré mucho; déjeme ahora cumplir en lo que pueda lo mandado en las Constituciones.

Los periódicos comentaron con frecuencias melancólicas que Greta Garbo, la fabulosa actriz escandinava que llegó a Hollywood precisamente en los años en que apagaba la existencia de Madre Alberta, se estaba quedando ciega. Causa tristeza esa agonía «lenta y pausada» de una estrella cuyo oficio era iluminar, resplandecer: «Cuando el fulgor cesa y deja paso a una tibia claridad apenas azulada, es el principio del fin». Lo comprendo, y qué dolor.

La pacífica ceguera de Madre Alberta, por el contrario, no la convertía en pieza inútil, inservible. De ninguna manera. Sus hijas, suficientemente maduras para recibir la herencia de la Madre y llevar las riendas, consideraban un regalo del Cielo el tenerla al lado. Trataban de prolongar su existencia, de alargar su vida: no solo por cariño, sino también porque a la Congregación la enriquecía prodigiosamente su presencia. Era como tener al lado la fuente, el molde en que debía plasmarse cada mujer joven incorporada a La Pureza.

La nueva General quiso que madre Montserrate quedara

junto a Madre Alberta como amistosa compañía: la salud de la Fundadora era ya verdaderamente precaria. Madre Montserrat, íntima colaboradora de Madre Alberta a lo largo de toda la vida, había sido relevada también de su cargo de asistente general. Para Madre Alberta significaba un consuelo tenerla a su lado, la misma Montserrat lo escribió:

—Porque era la que hacía más tiempo que estaba con ella nunca fui destinada a otra casa. A pesar de su deseo, si la Superiora le insinuaba si yo iría a otra parte, ella contestaba con toda tranquilidad dispusiera de mí, que antes era la congregación que ella. A mí me mandaba que no opusiera ningún reparo ni manifestara la más pequeña contrariedad.

Madre Montserrat conocía mejor que nadie las ocasiones propicias para dar a Madre Alberta un pequeño regocijo. En cada fecha señalada reclamaba los tradicionales versitos, y la Madre entretenía unas horas en lograr la ritma dictando algunas estrofas que ya no podía escribir por sí misma. El 7 de agosto de 1917 cumplió ochenta años. Madre Montserrat exigió una poesía, que la Madre dictó en gracioso mallorquín:

Afegeix tot quant vldràs,  
si es pareix massa poquet.  
Que ja mai conseguiràs  
ni en paraules dir podràs  
quant per tu sent mon coret.  
Vuy he complot vuitanta anys,  
i pesen vuit mil quintals.  
I tu, polenta, no'm planys,  
com si te fossen extranys  
els apuros que j opas.

(Añade todo cuanto quieras, / si te parece demasiado poco./ que nunca alcanzarás, / ni podrás decir con palabras / lo que por ti siente mi corazón. / Hoy he cumplido ochenta años, / y pesan como ochenta mil quintales. / Y tú, mala, no me tienes lástima, / como si te fuesen extraños / los apuros que yo sufro.)

Luego comenzó a defenderse de las peticiones, razonando que su cabeza no le respondía:



Diz que vejez y poesía  
tan fuertemente riñeron  
que se dieron de cachetes.

Y los últimos versos que dictó reflejan su agobio:

Mas ya se acaba mi vida,  
abrumada por la edad...

Lo dijo con palabra campanuda, que para eso era obispo; pero tenía toda la razón del mundo:

«Cuando en septiembre visité a Madre Alberta, ya pensé que no volvería a verla. Era algo más que una señora, una maestra y una religiosa: era una institución».

Estas líneas no pertenecen a don Enrique, sino a otro obispo también vinculado amistosamente a Madre Alberta —aunque no del modo íntimo y familiar de don Enrique—. Se trata de don José Miralles, sacerdote mallorquín nombrado Obispo de Lérida en la misma hornada que don Enrique para Barcelona. La familia Miralles, en aquel tristísimo año 1865, cuando el cólera arrebató al joven matrimonio Civera la hijita Catalina Thomás, estaba refugiada en Felanitx: los Civera y los Miralles «en aquel forzado destierro de Palma tuvieron ocasión, por ser vecinos, de contraer amistad de las que nunca se borrarán».

Ahora, en el declive de la existencia de Madre Alberta, el Obispo Miralles viene a pasar unas vacaciones en Palma. Siempre visita a su antigua amiga. Cuando ella muera, escribirá el Obispo, en esas palabras campanudas pero exactas, la impresión que le causa esta anciana silenciosa y ciega cuya presencia llena por sí sola los ámbitos de Ca'n Clapés: una «institución», Madre Alberta equivale, sola ella, a una institución.

Mejor que una institución diríamos un molde; Madre Alberta anciana, despojada de su función de Superiora General, cumple todavía en La Pureza un servicio impagable para el futuro de la Congregación: es el molde donde se funden los materiales humanos de las jóvenes que llegan a engrosar las filas del Instituto.

Son los años que pudiéramos llamar de definitivo «rodaje» del Instituto. Si Madre Alberta hubiese continuado hasta el fin de sus días ocupando el cargo de Superiora General, a su muerte no hubiera tenido la Congregación el toque conveniente de madurez, y las monjas de La Pureza se hubieran encontrado en la necesidad de improvisar apresuradamente una sucesión nada fácil. En cambio, la existencia de la Madre despojada de su jerarquía oficial —aunque la jerarquía real sus hijas se la reconocen fervorosamente— realiza una especie de ensayo general para cuando ella falte. Es un ensayo perfecto, pues Madre Alberta da ejemplo de rendimiento incondicional a las «superiores», como si ella fuera una joven novicia inexperta. Madre Arrom desempeña el cargo de General por estos tres años, y se considera a sí misma «superiora provincial»: tan verdadero es su convencimiento de la provisionalidad de su cargo, que, vencidos los tres años, no hubo manera en el Capítulo de 1919 de hacerle aceptar, ya regularmente, el generalato. La eligieron; dijo que no, y las monjas se tomaron una semana de tiempo esperando convencerla. Inútil: tuvimos que abrir de nuevo el Capítulo, quince días más tarde y eligieron General a la Madre Consuelo Vidal, que había sucedido a la Madre Montserrat en el cargo de asistenta.

Las religiosas jóvenes consideraban un privilegio pasar un rato de conversación con la Madre fundadora, que las recibe siempre amorosamente:

Sí, hija mía, aquí encuentra usted una madre; soy vieja, mas para querer a mis hijas no lo soy.

Les pregunta por su salud, el descanso, las cartas de la familia, sus ilusiones, si alguna dificultad las atormenta. Ellas escribirán más tarde sus recuerdos: «Las veces que fui a verla, mi corazón rebosaba de alegría, me sucedía lo que a madre e hija cuando han estado mucho tiempo sin verse».

Si los achaques no la obligan a permanecer en su cuarto, la Madre deambula silenciosamente por las dependencias de la casa: sube a conversar con las novicias —«he pedido permiso a la Madre General»—, da clase de aritmética a las postulantes —sin poder ella leer los números de la pizarra, siguiendo de memoria las operaciones—, entra en la cocina y ayuda a des-

granar guisantes — «si no tengo ojos, tengo dedos» — ...

Un día las religiosas se sorprenden porque la Madre apoya con calor la solicitud de un caballero que pide dos plazas para niños en el jardín de infancia: piensan las monjas que este señor será algún antiguo bienhechor de Madre Alberta. A madre Montserrate le suena su apellido:

—¡Pero si es cabalmente la persona que más guerra dio contra la Normal de las Monjas!

Jornadas silenciosamente dichosas. Las hijas se apoyan en la encina. Aunque ella diga en sus versos ingenuos:

Soy un tronco carcomido,  
torcido, nudoso, seco,  
al que cercan frescas plantas...

A primeros de mayo de 1920 hay fiesta grande en La Pureza. Han acudido familias de todas las islas Baleares, los periódicos hablan de esa «verdadera legión, ya que varias generaciones recibieron la educación en el Colegio». Son exactamente las tres generaciones de cada familia que, según las cuentas de una parlanchina señora, han vivido en Ca'n Clapés bajo la dirección de Madre Alberta:

—Mi madre vino aquí en 1870, a los veinte años de edad; a mí me trajeron al Colegio en 1890, cuando yo acababa de cumplir los quince; a mi niña la traje en 1910, con solo diez años. Hoy hemos venido las tres a la fiesta de Madre Alberta. Y quiera Dios que dentro de pocos años vengamos las cuatro, quiero decir con mi primera nieta...

La fiesta de Madre Alberta. Realmente el año 1920 le va a resultar bonito a la anciana Fundadora. Apenas comenzado, en el mes de febrero, vino la noticia de que don Enrique Reig ascendía de Obispo de Barcelona a Arzobispo de Valencia: él ha escrito a la Madre que vendrá pronto a verla, que piensa entrar en Valencia antes del verano, y que se preparen las monjas de La Pureza a abrir una casa lo antes posible en la ciudad del Turia.

Y en el mes de mayo, las bodas de oro. Parece un poco

cruel obligar a Madre Alberta a que vuelva los ojos cincuenta años atrás, pero la verdad es que a ella se le ha pasado medio siglo como en un suspiro. Cincuenta años ya de la entrada en el «castillo encantado», cincuenta años de aquel papelito nombrándola Rectora, firmado por el Obispo sin demasiado convencimiento ¡ el Obispo Salvá que equivocó el apellido de cierta señora viuda de Civera.

Cincuenta años: las hijas no podían pasar en silencio esta fiesta de la Madre. Sus hijas, todas, las religiosas y esas otras tres generaciones de alumnas que, según los diarios de Palma «forman legión». Elaboraron un nutrido programa de festejos, se repartieron en comisiones, y era para ver el entusiasmo de las responsables.

Fueron las fechas escogidas el sábado uno de mayo, el domingo dos y el lunes tres.

Abrió las celebraciones el día primero una misa, celebrada por el señor Obispo Doménech en el salón de actos, pues la capilla no podía alojar la gran concurrencia. Y después... mañana, tarde y noche, tres días a ritmo febril. Poesías, cantos, recitales, coros, teatro, gimnasia rítmica, regalos, un álbum con mil firmas, lunch, más cantos, más teatro... Todos los uniformes brillantes de Palma andaban por el Colegio como Pedro por su casa: capitán general, gobernador civil, comandante de Marina, canónigos, ingenieros, concejales. Y un ex senador del reino, señor Valenzuela, que en su momento echó mano a la faltriquera, sacó un sobre de papel de barba, carraspeó, se puso el monóculo y leyó una carta de los gerifaltes de Madrid concediendo a «doña Alberta Giménez» la Gran Cruz de Alfonso XII: fabuloso aplauso; por fin se han entrado en la Corte de lo que pasa en las islas.

En los festejos de las bodas de oro de Madre Alberta hay dos personas que participan con especial intensidad: una, su nieta Pilar, ya espigada jovencilla. Le han reservado papeles en los momentos cumbres par emocionar irresistiblemente a su abuela y a los invitados.

El otro es un canónigo de Palma a quien debemos rendir aquí el homenaje de un recuerdo por lo mucha que quiso y admiró a Madre Alberta, siendo él mismo un tipo admirable.

Se llamó don Antonio Sancho, y fue para mí una sorpresa muy grata encontrarlo mezclado en las historias de Madre Alberta. Porque Sancho Nebot es un nombre que iluminó mi juventud: él puso al alcance de los muchachos de España un lote de libros sensacionales, escritos por uno de los mejores pedagogos de Europa, el húngaro Tihámer Tóth. En un lenguaje incisivo, resplandeciente, henchido de anécdotas y de sugerencias, Coth, de la mano de Sancho Nabot, nos enseñó a ser jóvenes de carácter, observadores, creyentes, a dialogar con Cristo, a mirar el futuro cara a cara. Me imagino que el estilo de aquellos libros ya no estará conectado con el gusto de los muchachos de hoy; pero a los chicos de los años cuarenta nos calaba hasta los huesos. El doctor Sancho escribió y tradujo muchas obras; sin embargo, realizó un esfuerzo benemérito por encima de toda ponderación: tomarse la molestia de aprender a fondo el húngaro para traducirnos las obras de Tóth.

Pues resulta que este canónigo mallorquín llamado Sancho Nebot está vinculado estrechamente a la última etapa de la existencia de Madre Alberta: fascinado con la calidad espiritual de la Fundadora y convencido de la importancia de la fundación.

En la crónica de las bodas de oro, el doctor Sancho aparece como «plato fuerte» de los festejos; tanto en el púlpito de la capilla como en el escenario del salón de actos. Y a él se debe el momento de máxima explosión sentimental: cuando la nieta de Madre Alberta, Pilar, recitó los emotivos parlamentos de una pieza teatral escrita para esta ocasión por don Antonio Sancho.

La obrita se tituló *Las dos musas*. Un grupo de colegialas discute en el escenario la manera de honrar a la Madre. Silvia propone reconstruir una escena mitológica, en la cual la Madre Alberta ocupará el puesto de Juno, servida por las ninfas que aderezan el banquete del empíreo con sabrosas viandas y agua de la laguna Estigia. Pilar, la nieta de la Madre, prefiere sustituir este cuadro de «la musa pagana» por otro conocido por «la musa cristiana»: traerán el Cielo a la tierra y las colegialas serán los ángeles que ofrecen dones a la Madre. Con arreglo a los deseos de Pilar se monta el cuadro plástico, ingeniosamente

pensado para que desaparezca la distancia entre el escenario y el público: todos los asistentes participan en las oblaciones: «Te traigo perlas, te traigo joyas, te traigo gracias, te traigo rosas...». Hubo un estallido de sollozos cuando Pilar mostró a la Madre un corazón encendido: «Abuelita...el corazón de todas tus hijas: es de ellas y es de tu Pilar». Don Antonio Sancho que también lloraba, escribió años más tarde el resumen de la velada:

«Quien estas líneas escribe ha de confesar llanamente que no recuerda si los aplausos fueron entonces estrepitosos, ni siquiera si los hubo. Lo que sí quedó grabado en su alma para toda la vida es aquella orquestación sonora de sollozos y aquel río también ruidoso de amor que salió de madre en las bodas de oro».

Tres meses más tarde, Madre Alberta vio cumplido —¡qué pena!, es una manera metafórica de hablar, porque la Madre no ve...— su mayor deseo. Las vocaciones a La Pureza crecen, las novicias no caben en el piso que el año 1898 se había preparado en Ca'n Clapés para ellas. La Madre anhela un nuevo noviciado, amplio, alegre, independiente, a ser posible alejado del casco de la ciudad.

Don Tomás había regalado la casita de Son Serra como sanatorio cariñoso para la salud quebrantada de aquella promesa primaveral que fue María Aloy. La finca era linda, pero chiquitina.

En el verano de 1920 se puso en venta otra casa, grande y con jardín, lindante a la regalada por don Tomás. Madre Vidal, la General, decidió comprarla, unir las dos fincas y establecer ahí el noviciado. Fue un acierto. Las mínimas reformas necesarias habilitaron el inmueble, que, según la crónica oficial, quedó «tan risueño como sencillo»: «Convida al recogimiento y unión con Dios; las habitaciones son espaciosas y bien acondicionadas; es admirable el orden y buen gusto con que todo está dispuesto».

De ahí saldrán jóvenes religiosas para llenar los cuadros de las nuevas fundaciones, pues el Instituto inicia un período

de expansión vigorosa. Don Enrique entró en Valencia como Arzobispo el 27 de junio, y el 20 de octubre inauguraba ya la casa de La Pureza en las afueras de la ciudad: la base económica era muy débil para establecer un colegio; pero las hijas de Madre Alberta sabían encararse con las dificultades, aderezar con alegría la comida pobretona, y contaban, además, con el aliento y el respaldo del Arzobispo.

En 1921 las monjas de La Pureza, como guiadas por un impulso «de simpatía insular», saltaron al archipiélago canario y fundaron un colegio en Puerto de la Cruz, de Tenerife.

En 1922 abrieron otro en la capital, Santa Cruz de Tenerife.

Pero en 1922 ocurrió también...

...Que ya don Enrique Reig no podría subir más alto: fue designado Arzobispo de Toledo, Cardenal Primado de España. En los ojos apagados de Madre Alberta sus hijas vieron brillar aquellos días del otoño de 1922 un resplandor de consuelo agradecido.

Escribió don Enrique que venía, quería venir a verla, a hablar con ella. Realmente el Arzobispo electo de Toledo presentía que si retrasaba la visita a la Madre hasta después de tomar posesión de la sede primada y de las insignias cardenales, Madre Alberta se le podría morir. Las monjas se cruzaban noticias apenadas en las cartas:

«Hace unos veinte días que su único alimento es leche; desde el 17 del pasado septiembre no ha bajado al oratorio, aunque se levanta todos los días, porque en cama no puede estar, le cuesta más respirar. Ella dice que no confía mejorar ni tampoco lo desea; lo que sí desea es irse al cielo. El médico no ve peligro de momento, aunque teme a los 85 años».

Vino don Enrique a finales de octubre. Las religiosas de la Pureza aprovecharon la ocasión para que inaugurara solemnemente un nuevo colegio en Establiments, en las afueras de Palma. Don Enrique consumió una parte del discurso en tejer alabanzas de la Madre...

Que esta vez no pudo regañarle, porque no le oyó: estaba

tan quebrantada que resultó imposible llevarla a la fiesta.  
Madre Alberta se acaba.



# 20

Una lámpara en la Catedral



Ramón Llull, el apasionado amante de Cristo, le pedía a Dios morir por calor:

«Los hombres que mueren, Señor, por vejez, mueren por falta de calor natural y por sobreabundancia de frialdad. Por lo cual, vuestro servidor y vuestro súbdito, si así os pluguiese, no querría morir de tal muerte, antes querría morir por calor de amor, pues Vos, Señor, morir quisisteis de tal guisa».

¿Habrá señalado alguna vez el lápiz de Madre Alberta este párrafo del libro de la contemplación? Porque a las puertas de su muerte hay un mes misterioso en que ella se recogió, se concentró, guardó silencio: quedó callada, como si hubiera decidido encaminar las energías hacia dentro, en el núcleo donde arde la llama de amor viva. Y nadie pudo saber...

Oficialmente estaba condenada por la diabetes. El mal la atenaza desde siete años atrás. En el umbral del invierno de este año 1922 Madre Alberta sucumbe.

Una hermana vela a su lado por la noche.

—Siéntese usted aquí, apoye la cabeza y duerma, si la necesito la llamaré; mañana ha de trabajar usted, las cazuelas son grandes y necesita usted fuerza, duerma... ¿No duerme usted? Dispéñeme, hermana, si no la dejo dormir: mi alivio es repetir ¡ay!, ¡ay!.

El 15 de noviembre amaneció callada: como si hubiese perdido totalmente el habla. Las hermanas se alarmaron. A las diez y media de la mañana le dieron el viático. Conservaba plenas sus facultades, y también el movimiento. Además, su silencio no era radical: a veces pronunciaba una palabra, recitaba el Angelus, daba la bendición a las religiosas. Lo cual demostró

que aquel silencio era voluntario, quizá la decisión personal de cumplir ejercicios espirituales en la más completa soledad. Un psiquiatra español, el doctor Barranco, ha dicho que «nadie puede alcanzar el arquetipo de estabilidad psíquica con sus instintos plenamente satisfechos y sus represiones vencidas; quizá la perfección de la humanidad radique en asimilar humildemente la menor cantidad posible de imperfección». El silencio de Madre Alberta, que duró exactamente treinta y seis días, me parece un esfuerzo de concentración, una toma de conciencia para esa suprema humildad de quedarse mirando, solo mirar, hacia el centro...

Le llevaban la comunión cada día. El 4 de diciembre pareció agravarse, y le dieron la extremaunción.

Una a una la visitaban sus hijas para recibir el último consuelo de su mirada maternal. Les cogía la mano, las besaba.

El día 11 le contaron que el consistorio pontificio había dado forma oficial a la dignidad cardenalicia de don Enrique.

Duró hasta la madrugada del día 21: a las cuatro de la mañana, falleció, acompañada de las plegarias de su gran familia...

Palma, toda Mallorca, las islas Baleares, se conmovieron. Tributaron a la Madre una despedida con aspectos de apotheosis.

Una novela célebre de Concha Alós ha pintado algunos seres desdichados que, «en una desolada playa de Mallorca, batida por las olas y los vientos», buscan la felicidad y «se queman inútilmente, como las estériles hogueras de verano». Asunción Molino, joven maestra, cuenta que al llegar, hace diez años, a su primera escuela, «mi grande y único amor», trajo «apasionadas ideas, según las cuales un maestro puede salvar, solo con proponérselo, a todo el podrido género humano». Ahora ella sabe que es «mentira, todo mentira: los hombres se salvan o se pierden a sí mismos. No se puede influir en la vida de nadie».

Pero Asunción Molino se equivoca. Los maestros influyen. Una maestra es como esa lámpara que me han enseñado en la catedral de Palma: dejaron una Nochebuena las puertas abiertas, y la lámpara sirvió de faro para salvar a un marino

perdido en el mar.

Una maestra es como la lámpara.

Se llamó Madre Alberta.









## NOTA CRÍTICA (2ª edición)

El fondo documental que ha sido manejado para elaborar este libro se halla custodiado en los archivos de la Casa Madre de las Religiosas de la Pureza (Palma de Mallorca) y en la Secretaría General del mismo Instituto (Barcelona). Estos documentos pertenecen a tres grupos: escritos autógrafos de Madre Alberta (apuntes espirituales, apuntes pedagógicos, cartas, escritos literarios): papeles relativos a las tres obras de la Fundadora (el Colegio, la Escuela Normal y la congregación de La Pureza): documentos varios (libro de personal, certificados y diplomas, nombramientos, correspondencia oficial, crónicas de la casa de Palma, etc.).

El autor ha consultado, asimismo, los originales del proceso diocesano, encaminado a la beatificación de Madre Alberta, en el archivo de la Sagrada Congregación de Ritos (Roma), y con especial atención los «artículos» presentados al efecto por el vicepostulador de la causa: Maioricensis. Beatificationis et canonizationis S.D. Cayetana Alberta Giménez Adrover, Fund. Inst. J.P.Sororum a Puritate B.M. V. Positiones atque articuli V. Postulatoris in causa. Palmae Balearium a. D. MCMLIX (no se trata de unos folios rápidos para cumplir las formalidades del proceso, sino de un concienzudo estudio apo-

yado en los documentos de primera mano).

La bibliografía específica sobre Madre Alberta Giménez es

A) Publicada:

-Don Antonio Sancho Nebot: La Madre Alberta, Palma, 1941.

-Un folleto sin firma: Madre Cayetana Alberta Giménez Barcelona, 1957.

-También sin firma: Madre Alberta, Barcelona 1964

-Ángeles Esteve, R.P.: Madre Alberta Giménez, Hija Ilustre de Pollensa: Discurso biográfico leído en el «Club Pollensa» el 28 de febrero de 1965, en el acto de ser proclamada la Madre Cayetana Alberta G.A. Hija Ilustre de la Villa, Pollensa, 1965.

B) Inédita:

-Pedro Antonio Matéu Mulet: La Madre Alberta. Dos tomos con un total de 295 páginas (Archivo de la Casa Madre de las Religiosas de la Pureza, Palma ).

En cambio me resulta imposible, a la hora de cerrar mi trabajo, intentar una reseña (ni siquiera rápida) de los innumerables y generalmente muy sabrosos escritos que me han ayudado a la ambientación histórica, geográfica y humana de Madre Alberta: las guías de Pla y Bonet; los preciosos folletos Panorama Balear, dirigidos por Luis Ripoli; los infinitos viajes; unos «a pasos de camello», como el de Vidal Perelló; otros «literatos», como el de Baltasar Porcel y «clásicos», los más Azorín, Salaverría, Rusiñol...); libros históricos, costumbristas, filosóficos y antropológicos, que van de Antonio Pons y Miguel de los Santos Oliver, Guasp, Ferrer, Barceló..., hasta Joseph Meliá, sin olvidar las finas novelas de los Villalonga. Sería una letanía interminable la de mis agradecimientos a escritores vi-

vos y muertos, por los ratos de gozo que me han proporcionado descubriéndome mil matices secretos de las islas. Sólo haré excepción —me parece que obligada— para el Archiduque Luis-Salvador (Las Baleares descritas por la palabra y el grabado, Palma, 1954 y ss., traducción de Sureda Blanes); y para las bellas historias de Mallorca recogidas en el Cronicón mayoricense (Noticias y relaciones históricas de Mallorca desde 1229 a 1800, de Alvero Campanet y Fuentes, Palma, 1881), del cual me ha sido complemento muy útil Joaquín-María Bover (Noticias histórico-tipográficas de las islas de Mallorca, Palma, 1864); y en la historia de sus calles Diego Zaforteza y Musoles (La ciudad de Mallorca. Ensayo histórico-toponímico, Palma 1953 y ss.). Cerraré esta brevísima referencia con la nota de dos obras que me prestaron ayuda notable: Ensayo histórico sobre el desarrollo de la instrucción pública en Mallorca, de Jaime Pomar y Fuster, Palma, 1904; Noticias y relaciones históricas de Mallorca, siglo XIX, de Juan Llabrés Bernal, Palma, 1958 y ss., rico arsenal todavía en publicación y que ojalá llegue fácilmente a puerto. Ni que decir tiene que he manejado afanosamente los periódicos mallorquines, tanto de la época de Madre Alberta como los de nuestros días.

### C) Últimos trabajos:

A lo largo de los últimos lustros han aparecido numerosos trabajos breves, artículos y folletos, con sugestivas referencias a la biografía y espiritualidad de Madre Alberta. Valga por todos la referencia a Lorenzo Alcina Roselló: Alberta Giménez. Santidad desde el equilibrio y la calidad humana, Madrid, 1994. También se han publicado aportaciones de gran relieve, que anoto por orden cronológico:

-Bruno Morey Fiol: Por la pedagogía a dios, Barcelona, 1974.

-Margarita Juan Mestre: Cartas de M. Cayetana Alber-

ta Giménez, Palma de Mallorca, 1982.

-Margarita Juan Mestre: Una insigne balear: M. Cayetana Alberta Giménez, Palma de Mallorca, 1986.

-Alfredo Turrado: Madre Alberta: Vida-obra-doctrina. Santa Cruz de Tfe. 1991.

#### Referencia a las ilustraciones

Las fotografías de carácter artístico que ilustran las páginas de este libro proceden de los fotógrafos Asuman (Palma de Mallorca); Marqués de Santa María del Villar (Madrid); Catalá Roca (Barcelona); Planas (Palma de Mallorca); Pérez Aparisi (Valencia); Archivo Fotográfico del antiguo Ministerio de Información y Turismo (Madrid).







